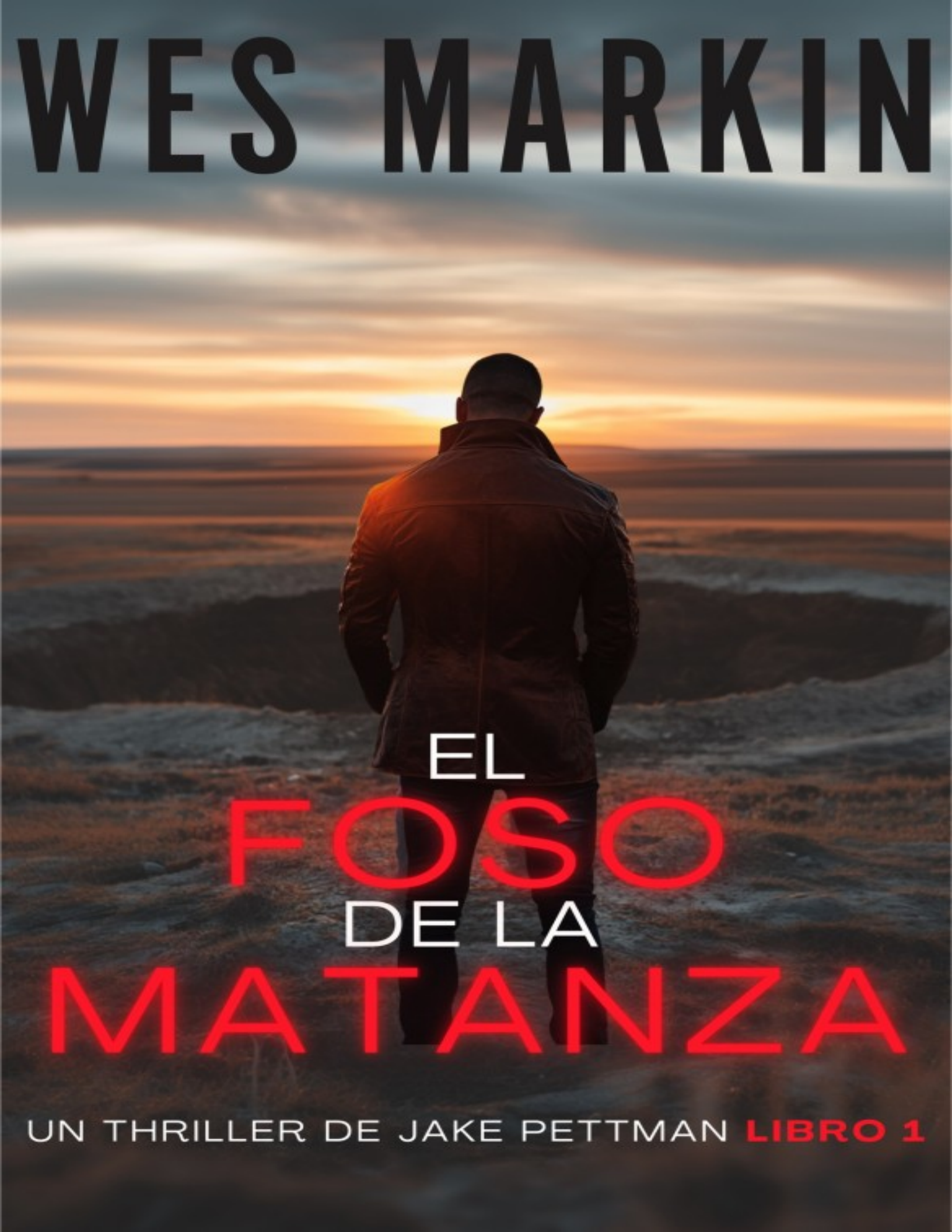
WES MARKIN



EL FOSO DE LA MATANZA

UN THRILLER DE JAKE PETTMAN **LIBRO 1**

El Foso de la Matanza

Un thriller de Jake Pettman

Libro 1

Wes Markin

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos o lugares, es puramente coincidencial

Derechos de autor © 2025 Wes Markin

Primera publicación 2025

ISBN :

Editado por: Candida Bradford

Publicado por: WFM Publishing Ltd

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro debe ser reproducida de ninguna manera sin el permiso expreso del autor

Índice

Acerca del Autor
Otras Obras de Wes Markin

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Después
Agradecimientos

Acerca del Autor

Wes Markin es el autor superventas de "Whitby's Forgotten Victims" (Las Víctimas Olvidadas de Whitby), protagonizada por el implacable Inspector Jefe Frank Black y su ingenioso compañero, la Inspectora Gerry Carver. También es autor de los thrillers del Inspector Jefe Michael Yorke ambientados en Salisbury, y los thrillers de Jake Pettman ambientados en Nueva Inglaterra. Wes vive en North Yorkshire con su esposa, sus dos hijos y su travieso cockapoo, Rosie, cerca de las escenas del crimen de las Víctimas Olvidadas de Whitby.

Puedes encontrar más información en:
www.wesmarkinauthor.com
Facebook.com/wesmarkinauthor

Otras Obras de Wes Markin

Las Víctimas Olvidadas de Whitby

Huesos Olvidados

Vidas Olvidadas

Almas Olvidadas

Tumbas Olvidadas

Sombras Olvidadas

Profundidades Olvidadas

Los Crímenes de Yorkshire

Los Asesinatos del Viaducto

Los Asesinatos del Lago Solitario

Los Asesinatos de la Cueva que Llora

Los Asesinatos del Cementerio

Los Asesinatos de Invierno

Los Asesinatos de la Roca Negra

Las Investigaciones del Inspector Jefe Yorke

Una Última Oración

La Serpiente Arrepentida

El Silencio de Severance

El Resurgimiento de los Ray

Danza con la Muerte

Navidad con el Conduit

Más Vale el Diablo

El Diario Secreto de Lacey Ray

Un thrillers de Jake Pettman

El Foso de la Matanza

Fuego en los Huesos

Blue Falls

El Núcleo Podrido

Entre la Espada y la Pared

A Eunan, sobrino y ahijado

lectuepublibre2.com

1

BLAKE THOMPSON NO quería que su familia muriera, pero sabía que poco podía hacer para evitarlo. Ya estaban en el foso de la matanza. Miró fijamente a su secuestrador.

Igual que su padre, Ayden MacLeoid tenía una mirada que no revelaba nada: la de un cazador.

—Por favor —dijo Blake—. Lo que sea que usted crea...

Uno de los soldados de MacLeoid blandió su Remington 700 y la culata del arma le prendió fuego al mundo a Blake.

Cayó de rodillas e intentó enfocar la vista a través de las llamas. Oía los ladridos de unos perros a lo lejos, a uno de sus hijos llorando a su lado, la risita de uno de los matones y el sonido de Dios sabe qué arrastrándose por el foso que tenía detrás.

Cuando el fuego se disipó, Blake escupió un diente. No era el primero de la noche. Si a alguien se le ocurriera buscarlo, podría seguir el rastro de sus dientes como si fueran migas de pan hasta esta oscura hondonada del bosque.

Miró a sus dos hijos, Devin y Sean, que temblaban a ambos lados de él. En esa fría noche de abril, el viento soplaba con fuerza sobre las vastas tierras de los MacLeoid antes de ser despedazado en lanzas por las ramas de los árboles retorcidos y su follaje. Decir que eran esas lanzas lo que hacía temblar a sus hijos sería mentira. Lo

que los hacía temblar era el agujero bostezante que tenían detrás y los matones armados que les bloqueaban la vía de escape.

Los secuestradores llevaban tapones de espuma gris oscuro en la nariz. Los reconoció porque los había usado para deshacerse de cadáveres de animales en su propia granja. Blake no podía oler el hedor que emanaba del foso circular de cuatro metros y medio que tenía detrás porque la culata de un Remington le había reventado la nariz en su casa. A su lado, Devin hizo una mueca, mientras que Sean ya se había vomitado encima.

Uno de los tres soldados, todos de veintitantos años, como sus hijos, consultó el reloj.

—Son casi las diez...

—Cállese, Cole —dijo Ayden, con la mirada fija en Blake.

Blake, un hombre religioso, apartó la vista del joven MacLeoid y buscó apoyo más allá del cielo despejado. No encontró ninguno; en su lugar, observó una bandada de pájaros que dibujaban vetas oscuras sobre la luna llena antes de bajar la mirada a la tierra y al momento presente.

Jotham Quimby MacLeoid salió del bosque, ataviado con un sombrero de cazador y una chaqueta de caza de piel. Llevaba un fusil colgado de un hombro. Agarraba la correa del fusil con una mano para que no se balanceara. Las puntas de su pelo gris, que le llegaba hasta los hombros, se erizaban con las lanzas de viento y le cruzaban la cara, cubierta por una barba espesa. Aquel granjero, como Blake, también rondaba los sesenta años. Habían ido juntos a clase. Blake era consciente de que eso no le serviría de nada.

El hijo de Jotham, Ayden, y sus tres soldados retrocedieron para permitir que el propietario pasara entre ellos y los tres cautivos, como una guardia de honor. Mantuvo la cabeza gacha. Tras pasar junto a Devin, se detuvo al lado de Blake, que seguía de rodillas, y se giró para mirarlo desde arriba.

Blake alzó la vista hacia unos ojos enmarcardos por una piel áspera y nudosa. *Ojos familiares. Ojos de cazador.*

Jotham no había optado por los tapones para la nariz.

Como tenía las manos atadas a la espalda, Blake intentó usar el hombro para limpiarse la sangre y la saliva que le corrían por la

barbilla, pero no lo consiguió. No era lo bastante flexible.

—Jo, creo que ha habido un malentendido.

Jotham apartó una mano de la correa del fusil, se la pasó por la parte delantera de la chaqueta de caza para secarse el sudor y la posó en el hombro derecho de Blake. Era un agarre fuerte, pero no pretendía causar dolor, por lo que parecía tener el mismo significado que un firme apretón de manos.

—De acuerdo. —Jotham le apretó el hombro—. Y estamos aquí para arreglarlo. Pero primero, lo siento. No esperaba que lo trataran tan mal. —Retiró la mano del hombro de Blake y miró a Ayden, que desvió la mirada de inmediato—. Parece que esta es una noche de muchos malentendidos. —Cuando se volvió, estaba sonriendo. Sus ojos se entrecerraron y la carne se arrugó y se hinchó a su alrededor, pero siguieron siendo penetrantes. Abrió la boca para hablar...

—No hemos hecho nada —dijo Devin, llorando—. No seríamos tan estúpidos.

Blake miró a su hijo con dureza.

—Devin, cuida tus modales. —Blake se centró en Jotham—. Lo siento, Jo. Los jóvenes de hoy en día, ya sabe.

Jotham se encogió de hombros.

—No pasa nada. Seguro que nosotros también decíamos lo que pensábamos en nuestros tiempos, ¿eh?

Blake sonrió. Fue un suplicio; le habían destrozado la cara. Asintió, conteniendo el dolor, sintiendo algo de esperanza en la buena sintonía que estaba estableciendo con Jotham.

—¿Sabe por qué elegí cavar el foso aquí? —Jotham señaló hacia abajo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Blake. *No, ese agujero infernal no. Hablemos de cualquier otra cosa menos de eso.* Negó con la cabeza.

—Tengo muchas tierras. Demasiadas, me pregunto a veces. Es difícil controlarlas todas. Hay tanta *energía* en la naturaleza. —Levantó un dedo, ordenándoles silencio. Lo mantuvo así un instante —. ¿La oyen? ¿Ese crepitar?

Todo lo que Blake oía era el viento en los árboles y el ruido de algo que se arrastraba por el foso a sus espaldas, pero asintió, desesperado por seguirle la corriente a Jotham.

—Aquí es donde es más fuerte, Blake. La energía. Justo aquí, donde usted está arrodillado. Algo tienen estos árboles. —Señaló las ramas que se extendían como largos dedos nudosos, llamándolos—. Así que aquí es donde vine a tomar el control. ¿He elegido bien, Blake?

—Por supuesto, Jo. Nadie cuestiona su autoridad.

Jotham se apartó el pelo largo de los ojos. Tenía una ceja arqueada.

—Nadie —dijo Blake.

Jotham sonrió de nuevo. Inspiró larga y profundamente por la nariz. Parecía disfrutar del hedor que repugnaba a Devin y Sean. Se colocó junto a Blake, al borde de su foso.

Blake se dio cuenta de que podría abalanzarse sobre el viejo cabrón y mandarlo de bruces a su propio agujero infernal. ¿Pero y luego qué? ¿Enfrentarse a cuatro rifles? Sintió de nuevo la mano de Jotham en su hombro, firme y apretada.

—Si responde a esta pregunta ahora, Blake, solo uno de los miembros de su amada familia tendrá que ir al foso esta noche.

Blake sintió como si una mano invisible se hubiera adentrado en su pecho y le estrujara el corazón. —Jo, yo..., yo...

Jotham lo mandó callar. —*Solo uno*, *Blake.* Es mi regalo para usted. ¿Recuerda la importancia del control? Por favor, acepte el control que le estoy ofreciendo.

Blake abrió la boca para responder, pero no le salió nada y, antes de que se diera cuenta, Jotham volvía a hablar. —Las contribuciones de sus hijos han sido escasas. Quizá fue solo uno de sus pequeños cabrones, quizá fueron los dos, pero depende de usted aclarar las cosas. —Su mano seguía aferrada al hombro de Blake.

El granjero, que aún tenía la boca abierta, balbuceó: —No sé nada de esto. Jo..., por favor. ¡Es la primera noticia que tengo!

—De nuevo, puede que así sea..., puede, puede. Mire, Blake. A veces la verdad no es relevante. Lo que sí es relevante es que

tengamos algo para mantener la ilusión. Sin ella, podría perder el control. Podría perderlo todo.

—Jo, son buenos chicos... —Se le formaron lágrimas en el rabillo de los ojos.

—Blake. Si entrega a uno de sus hijos al foso y restablecemos el equilibrio, usted y su otro hijo podrán volver a casa.

—Papá —dijo Sean, llorando ahora con más fuerza y con dificultad para hablar—, *yo no he hecho nada*.

Mi niño más tierno, *Sean, siempre tan sensible. El favorito de tu madre.*

—Yo tampoco he sisado, papá. Se equivoca. Se equivoca de puta madre.

Y luego estaba Devin. Obstinado. Un hombre siempre encendido. Miró a sus dos hijos.

—Debo insistirle en que elija, Blake. Tengo que volver. Mis perros esperan la cena.

Blake fulminó con la mirada a Jotham. Había desaparecido cualquier intento de establecer una buena relación, de seguirle la corriente. Los rumores eran ciertos. El cabrón reservaba la poca compasión que poseía para sus perros. —He sido yo —dijo Blake, llorando ahora tan fuerte como Sean—. Yo los obligué a hacerlo. Les dije que guardaran algo para nosotros. Estos dos últimos años han sido horribles. La granja está...

Jotham apartó la mano del hombro de Blake y retrocedió. —Elija.

—*¡He sido yo!* —La voz de Blake se elevó mientras escupía una mezcla de saliva, lágrimas y sangre.

Jotham suspiró. —Esa no es una ilusión que pueda vender.

Blake volvió a mirar los rostros largos y pálidos de sus dos muchachos. Deseó poder abrazarlos a ambos, atraerlos hacia él con fuerza. Quería tantísimo a sus hijos. —No puede hacerme elegir entre mis hijos. Simplemente no puede.

—Lo respeto. De verdad que sí. —Jotham asintió y levantó una mano—. También me lo esperaba.

Dos personas emergieron de la misma arboleda por la que había aparecido Jotham.

Blake reconoció al más alto de los dos: Anthony Rogers. Su padre era el dueño de la tienda de ultramarinos de Main Street. Anthony había ayudado en la granja de los Thompson unos años atrás, antes de empezar a trabajar para Jotham, un destino que ahora sufrían la mayoría de los jóvenes de Blue Falls.

Anthony sujetaba del brazo a una persona mucho más pequeña. Tenía un saco de arpillera sobre la cabeza.

¿Un niño? pensó Blake. *¿Seguro que no es un niño?* A medida que se acercaban, Blake reconoció su familiar jersey gris y sucio y sus zapatillas Converse blancas llenas de barro, y sintió que su mundo se desmoronaba. —No..., no... No puede...

Luego, sus llantos; la confirmación final de que era Maddie, incluso antes de que Anthony la acercara y le quitara el saco. Tenía la boca tapada con cinta adhesiva y las mejillas surcadas por el rímel negro. Sus ojos se encontraron con los de Blake y se soltó de Anthony. Consiguió llegar hasta su padre antes de que otro de los soldados la agarrara del brazo y la arrastrara de vuelta.

—¡Suelta a mi hija! —Blake se abalanzó hacia delante de rodillas —. ¡Tiene *quince* años!

Cole, otro miembro del ejército de MacLeoid, se adelantó y le dio una patada a Blake en el costado, dejándolo sin aire.

Él se dobló, apretó la cara contra la tierra fría y boqueó en busca de aire.

—Puede que parezca cruel, Blake, pero imperios más pequeños que este se construyeron sobre actos más crueles —dijo Jotham.

Tomando otra bocanada de aire, Blake se irguió. —Por favor..., a mi hija no..., a mi hija no, a mi Maddie no. ¡Ella nunca ha hecho daño a nadie! ¡Por favor, Jo! ¡Te daré lo que sea!

Jotham le apartó a Blake el pelo húmedo y ralo. —No hay nada que pueda darme, Blake. Le di la oportunidad. Le dije que un miembro de su familia iría al foso. Podría haber elegido.

—¡Pues elijo! ¡Llévate a uno de mis hijos si es necesario! ¡Es culpa suya! Pero a ella no... *¡A cualquiera* menos a ella!

—Pero esto me conviene ahora, Blake. ¿No lo ve? No tiene sentido rebobinar el reloj y cambiar el resultado. El castigo es justo y

yo conservo a mis dos mulas. —Jotham se volvió hacia su hijo—. Ayden, el cuchillo.

Ayden negó con la cabeza.

—¿Qué? —dijo Jotham.

—Cole quiere hacerlo esta vez.

—No se lo he pedido a Cole.

—No me importa, señor —dijo Cole.

Jotham levantó un dedo en dirección a Cole sin mirarlo. Mantuvo sus ojos fijos en los de Ayden.

—Por favor, padre, deje que Cole... No me siento muy...

—Cole —dijo Jotham sin romper el contacto visual—. Dale el cuchillo a mi hijo.

—Sí, señor. —Cole le entregó el cuchillo de caza a Ayden.

—Ahora, Ayden... —Jotham hizo una pausa para respirar hondo —. Quiero que la cortes.

—Padre, yo...

—Córtala.

Blake gritó desde el suelo e intentó ponerse en pie.

Otro de los hombres de Jotham lo inmovilizó en el suelo por los hombros.

—¡Quitadme las putas manos de encima!

—Isaac, mantén los rifles apuntando a los dos hermanos —dijo Jotham.

—Sí, señor —dijo Isaac, preparando su rifle.

—¡Haced algo, Devin! ¡Sean! ¡Es vuestra hermana! —gritó Blake.

—Nos dispararán —dijo Devin.

—Cobardes de mierda —dijo Blake, y se retorció cuando sintió la rodilla del soldado en su espalda; luego quedó inmovilizado boca abajo. Consiguió levantar la vista para ver a Anthony sujetando aún a su temblorosa hija, y a Ayden de rodillas, sosteniéndole el pie, con el filo dentado del cuchillo junto al talón.

Jotham dijo: —Un poco más arriba que la última vez. Menos estropicio.

Cuando Ayden alzó la vista hacia Jotham, Blake se dio cuenta de que la mirada de cazador de Ayden se había desvanecido. Debía de haber sido solo para aparentar. Estaba tan asustado como Blake.

—¡Hágalo!

Ayden le hizo un corte. La sangre brotó de su talón.

Maddie echó la cabeza hacia atrás. El lamento retumbó en su interior, pero no llegó a salir al aire por la cinta que le cubría la boca. Se le dobló la pierna, pero Anthony la mantuvo erguida.

—¡No! ¡Paren..., *por favor*! —gritó Blake.

Jotham miró a Anthony. —Tírela dentro.

Los ojos de Anthony se abrieron de par en par. Bajó la vista hacia Ayden, que estaba arrodillado.

—¿Por qué lo está mirando a él? —preguntó Jotham—. Tírela dentro.

Blake suplicó: —Anthony..., recuerde, usted jugaba con Maddie en la granja. Solía perseguirla por el granero...

—*¡Tírela dentro!* —gritó Jotham.

Anthony tragó saliva. Su nuez subió y bajó. La arrojó. Hubo un instante de silencio y luego un golpe sordo.

—Maddie... —dijo Blake, queriendo alargar la mano hacia el foso, pero sin poder hacerlo porque las tenía atadas—. Maddie. —Las lágrimas le corrían por el rostro. Apretó la cara contra la tierra y cerró los ojos con fuerza. Oyó los fuertes gemidos de su hija desde el foso. Oyó cómo se intensificaban los ruidos de antes. No quería oír. Sacudió la cabeza de un lado a otro, restregándose la tierra por la cara. Pero seguía oyendo.

Crujidos, movimiento, gemidos...

—*¡No! ¡Dios, no! ¡Mi Maddie! ¿Qué habéis hecho?*

Podía oír la voz del cabrón. El aliento caliente en su nuca era la única prueba de que no provenía de su interior. —Y ahora, Blake, vamos a llevarlo a casa. Pero recuerde: el foso de la matanza siempre tiene hambre. A quienquiera que pregunte, su hija está fuera de la ciudad, viviendo ahora con unos parientes. Si la historia cambiara, entonces podríamos encontrarnos de nuevo aquí... alimentando a la tierra una vez más.

Cuando el grupo acústico empezó a destrozar un clásico de Bryan Adams, Jake Pettman decidió que ya era suficiente. Se terminó la bebida e hizo una mueca. Era una de las peores IPA que había probado en su vida.

—Yo se lo cojo —dijo la camarera que le había atendido antes.

Dejó el vaso y mantuvo la mano sobre el borde. —No se preocupe. Ya va usted bastante cargada.

Ella sonrió. —Vaya. ¿Me he topado con un caballero británico?

Jake asintió hacia la pila de vasos que tenía en la mano. —No. Solo que no quiero acabar en el hospital.

—Venga —dijo ella con otra sonrisa—. Déjeme impresionarle.

Él se encogió de hombros y retiró la mano del vaso.

Ella lo cogió y lo añadió a la pila.

Él sonrió. —Impresionado. Ahora, ¿puede hacer malabares con ellos de vuelta?

—Si quiere un espectáculo, allí hay un grupo de música.

—¿Eso es lo que son? Pensaba que habían venido a reparar los instrumentos.

—Que no le oiga el viejo George hablar así. Lleva tocando aquí desde que se tiene memoria.

—Supongo que si los clientes tuvieran memoria, ¿no estarían aquí?

Ella enarcó una ceja.

—Lo siento, solo estaba haciendo el idiota.

—Bueno, la mayoría de los forasteros lo hacen. ¿De dónde es usted?

—De Wiltshire. Al sur de Inglaterra.

—Me encantaría decir que he oído hablar de ese lugar.

—¿Stonehenge?

Ella asintió. —Impresionante. Está en mi lista de cosas pendientes.

—Pues quítelo de la lista. Lo vallaron hace años. Ya no le dejan acercarse.

—Bueno, no podemos ofrecerle historia como esa, pero podría echarle un vistazo al río Skweda. La razón principal por la que vienen los turistas es para pescar. ¿Es por eso que está aquí?

—No, nunca he oído hablar de él.

Señaló un óleo del anciano de aspecto serio con uniforme militar rojo que había en la pared detrás de Jake. —El capitán William Ross. Le concedieron la plantación de Rosstown en 1765 por sus servicios en la batalla de Quebec. El río Skweda la atravesaba por el centro. Esta pintura es de 1801, el año en que nuestro pueblo, Blue Falls, se fundó en el Skweda. El primero de tres pueblos.

—Pues no parece muy contento con la fundación de Blue Falls. ¿Quizá por eso fundó dos más?

—No, él no. Blue Falls fue su canto del cisne. Murió ese mismo año. Bebía mucho, como muchos hacían. —Echó un vistazo a los grifos—. Como muchos hacen. Los libros de historia dicen que tuvo suerte de haber durado tanto. Los otros dos pueblos, Sharon Edge y New Lincoln, llegaron mucho más tarde. El Skweda los divide.

De fondo, George y su grupo acústico se habían arrancado con «American Pie». Los lugareños habían respondido de la misma manera y habían salido a la pista de baile.

—Un poco más agradable al oído, lo admito —dijo Jake.

—Espere al segundo verso, cuando el público se une. Bueno, ¿quién es usted y por qué está aquí?

Jake se rio. —Directa al grano. Me llamo Jake. Desciendo de una familia que vivía en Blue Falls.

—¿Quién?

—Hace mucho tiempo, en la época de la que acaba de hablar. Ya no están.

—Dígame. El suspense me está matando.

—¿Ha oído hablar de los Bickford?

—¿La familia fundadora de este lugar? ¿De The Taps?

—Sí. Sabe mucho. —Señaló a la creciente multitud—. Por desgracia, no se quedó en la familia. Parece que es bastante rentable.

—Sí. Aguantó bien la crisis y, a pesar de la disminución del turismo y de estar prácticamente aislado del resto de Maine, el negocio va bien.

Jake se había fijado al entrar en que la pista de baile estaba cubierta de cáscaras de cacahuete. —¿A qué se deben las cáscaras?

—Una costumbre desde que sus antepasados abrieron el bar. Barriles de cacahuetes. No hace falta usar una papelera.

—¿Y la gente no se resbala?

—Algunos sí, pero es más probable que sea por la bebida que por las cáscaras.

Jake asintió. —Bueno, estaba a punto de irme. Gracias por la conversación. Es la única decente que he tenido esta semana. Realmente conoce su historia.

—Parece sorprendido.

—¿Por qué iba a estarlo?

—Quizá solo ve a una camarera.

Él se rio. —Mire, vengo de un lugar liberal. Veo a una mujer con estudios haciendo un trabajo para pagar las facturas, como el resto de nosotros.

—Bien —sonrió ella—. En realidad, no soy una experta en historia. Sé que los Bickford fundaron el Blue Falls Tap, pero no tengo ni idea de por qué se marcharon.

—Creo que nadie lo sabe a ciencia cierta. Corren muchos rumores. Ninguno bueno, así que mejor los dejamos estar por ahora. Lo bueno es que… perdona, no te he preguntado cómo te llamas.

—Piper.

—Lo bueno, Piper, es que algunos Bickford se quedaron repartidos por Maine y Vermont, hasta llegar a los padres de mi madre. Así que tengo pasaporte.

—¿Así que has venido para quedarte? —enarcó una ceja.

—Te contaré un secreto, Piper —se inclinó hacia ella—. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

Llegó la segunda estrofa. Los guitarristas rasguearon sus acústicas con fuerza y el público se unió al canto con entusiasmo.

—¡Bueno, pues se acabó la conversación! —dijo Jake en voz alta.

—De todos modos, tengo que volver a servir. ¿Ves a mi colega el gruñón?

—¿Te refieres al que nos está mirando fijamente con una frente como un campo recién arado?

—Ese mismo.

—Te acompaño. Tanta cháchara me ha dado sed. Aunque creo que voy a pasar de la IPA.

Piper Goodwin sirvió una pinta de Stinson IPA, la dejó en la barra para el viejo Isaiah, cogió un puñado de dólares de sus gastadas manos de obrero y se quedó mirando a Jake. Hasta ese momento, el jefe de policía Gabriel Jewell era uno de los hombres más altos que había conocido, pero aquel hombre acababa de arrebatarle el título. Era corpulento, de aspecto fuerte y atractivo.

Volvió a centrarse en su cliente. —Gracias, Isaiah.

—Quédate con el cambio.

Piper sonrió. —Pensaba hacerlo.

—Con el mismo genio de siempre —Isaiah, sumido en una jubilación llena de trasnoches y bebidas fuertes, le guiñó un ojo y se deslizó hacia sus amigos, que se congregaban frente a George y la banda mientras se preparaban para ofrecer su característico último pase: baladas de rock acústico de Bon Jovi y Aerosmith para relajar el ambiente.

Piper echó un vistazo a su móvil: las 22:15 y ni rastro de Maddie. Le envió un mensaje por quinta vez e intentó llamar a su madre de nuevo. Seguía sin responder. Esperaba que todo fuera bien en casa de los Thompson y salió de detrás de la barra para recoger los vasos que Maddie normalmente estaría recogiendo.

Al acercarse a la pista de baile, sintió las cáscaras de cacahuete crujir bajo sus zapatillas y dio gracias a su buena estrella, como siempre hacía, de no ser ella la limpiadora que estaría barriendo todo ese desastre el sábado por la mañana. Después de dar una vuelta por el Taps y saludar a algunos clientes habituales que aún estaban lo bastante sobrios para devolverle el saludo de forma coherente, volvió a fijarse en Jake. Se dio cuenta de que su rostro, alargado y cincelado, no era muy distinto al del capitán William Ross, retratado en un óleo de 1801 que colgaba en la pared a su lado.

Él la pilló mirándolo, y ella apartó la vista, avergonzada.

PIPER LE RECORDÓ a Jake a su exmujer, Sheila: menuda, pelo largo y negro, ojos verdes y un temperamento fuerte y sin tapujos. También era muy atractiva.

Tras cruzar la mirada con Piper, la desvió. Se suponía que debía mantener un perfil bajo, pero, como tantas otras veces en sus treinta y cinco años, estaba fracasando estrepitosamente. Mantuvo la vista baja mientras se bebía su Jack Daniel's con Coca-Cola, hasta que unas risas escandalosas y unas voces altas atrajeron su atención hacia la barra.

Tres hombres borrachos. A esa distancia, parecían rondar la veintena, la misma edad que Piper. Uno de ellos se fue directo hacia ella, al otro extremo de la barra. Anunció su llegada no solo a ella, sino a la mayoría de los clientes del Taps. —¡Pipes!

Jake vio cómo Piper negaba con la cabeza, dejando claro que no estaba para él. *¡Tan propia de Sheila!*

Aunque la banda había terminado, Jake no podía oír la conversación desde esa distancia. Sin embargo, no fue difícil captar el mal rollo al ver cómo Piper le fruncía el ceño al hombre y negaba con la cabeza repetidamente. Cuando el idiota le agarró la mano, Jake se levantó.

Por el rabillo del ojo, Jake vio que los dos amigos borrachos se habían fijado en él y sintió cómo le subía la adrenalina.

Piper retiró la mano de un manotazo y empujó tres bebidas hacia el hombre. Sus ojos se dirigieron a Jake y negó con la cabeza para advertirle que no interviniera. Pero ya era demasiado tarde; su antagonista siguió su mirada para fijarse también en Jake.

El cretino engreído se acercó a la mesa, sonriendo. Lucía una perilla bastante rala, lo que hizo que Jake se preguntara por qué se había molestado en dejársela crecer.

Sus dos amigos lo seguían.

Cuando llegó a la altura de Jake, lo miró de abajo arriba. —¿A usted le gusta ella?

—¿Quién es usted?

—¿Necesito repetir mi pregunta?

—¿Necesito repetir la mía?

El hombre arrugó la frente como si estuviera atónito. Mantuvo esa expresión un momento antes de soltar una carcajada. Se giró para mirar a sus amigos, que al principio parecieron incómodos, pero le complacieron forzando unas risas. Señaló el pecho de Jake con el dedo. —Soy Justin Stone, grandullón. Es usted de fuera, así que probablemente no le suene el nombre. Más le valdría que sí.

—¿Y eso por qué? —Jake se inclinó, cogió su vaso y dio un sorbo.

—Mi padre es el *first selectman*.

Jake tragó y dejó el vaso. Arrugó el ceño. —¿Eso es como un alcalde?

—Sí.

—Ah. Pues bien por usted.

—Es un pez gordo. Esta es *su* ciudad.

—Como he dicho —Jake volvió a coger su bebida—: Ah.

—No he conocido a muchos británicos antes. No puedo decir que me esté impresionando mucho.

Jake se terminó la bebida de un largo trago. Tragó, dejó el vaso sobre la mesa y se encogió de hombros.

A Justin se le enrojeció la cara. Le dio un toque a Jake en el pecho. —Escuche, grandullón, Piper y yo nos conocemos de hace mucho.

Jake asintió y luego bajó la vista hacia el dedo de Justin.

—Así que aléjate de ella.

Jake le rodeó el dedo con su enorme mano.

—Suéltame, joder...

Jake le dobló el dedo hacia atrás con fuerza.

Con el rostro contraído por el dolor, Justin intentó apartar la mano de Jake con la otra.

—Escuche —dijo Jake—. No me importa quién sea, pero verlo ponerse tan insistente con esa señorita... eso sí que me ha interesado.

—Sé cuidarme sola —dijo Piper a su lado.

Jake no la miró. Siguió mirando a Justin con fijeza. —No lo dudo...

—Pues ahórrate el numerito de héroe.

Jake soltó el dedo de Justin.

El capullo se tambaleó hacia atrás y chocó contra sus amigos, boqueando. Tenía la cara encendida y se agarraba el dedo dolorido con la otra mano. —No te saldrás con la tuya.

Piper se puso delante de Jake y señaló a Justin. —Vosotros tres tenéis que iros.

—Ni de puta broma...

—No, o llamaré a tu padre yo misma para que venga a rescatarte.

Justin soltó el dedo, se enderezó y entornó los ojos.

—Sí —dijo Piper—. Como pensaba. Ya lo has llamado demasiadas veces este mes. No querrás que te vuelva a cortar la asignación, ¿verdad? —Piper miró a Jake—. Para tu información, esto pasa todos los viernes por la noche. Justin se emborracha y luego viene aquí a declararme su imperecedero...

—Que te jodan.

Piper enarcó las cejas. —... amor por mí. Me recuerda varias veces lo rica que es su familia.

—La más rica.

Piper asintió. —Sí, la más rica. Y yo le recuerdo el movimiento #MeToo y el hecho de que no quiero que un hombre poderoso me agreda sexualmente.

—¿Poderoso? —preguntó Justin, con una expresión que se iluminó ligeramente.

—Sí, pero esa es parte de la cuestión. Eso es lo que te convierte en un gilipollas. Pero no lo pillas, ¿verdad?

—Yo puedo ayudar con eso —dijo Jake.

Piper levantó una mano. —Bueno, a la mierda. Sobredosis de testosterona. Justin, coge a tus amigos, lárgate, y cuando vuelvas mañana por la noche, sobrio, te volveré a servir las tres copas que has pagado.

Justin señaló a Jake y entornó los ojos. Se volvió hacia sus amigos. —Vámonos.

Jake y Piper los vieron marcharse.

—Otro que solo me ve como una simple camarera.

Jake observó su severo perfil y sonrió. *Eres cualquier cosa menos eso.*

En el siguiente descanso de Piper, se sentó con Jake e intentó explicarle la dinámica de Blue Falls. —Así que, aunque Charles Stone es el alcalde y, como a Justin le encanta decirle a todo el mundo, está forrado, hoy en día es más bien una figura decorativa. Quien lleva las riendas a un nivel más detallado es el director administrativo, Alex Whittmore.

—¿La policía?

—Entre otras cosas.

Durante la conversación, Jake se dio cuenta de que Piper miraba el móvil con regularidad.

—¿Va todo bien?

—Eso espero.

—¿A qué te refieres?

—Nuestra recogevasos, Maddie, no ha venido esta noche.

—¿Cuántos años tiene?

—Quince.

Jake se encogió de hombros. —Probablemente le ha salido un plan mejor.

Piper se echó hacia atrás, negando con la cabeza. —No, ella no es así. Es muy responsable. Y también es reservada, le preocupa más el instituto que los chicos, lo cual es bueno. Ojalá yo hubiera seguido el mismo camino.

—Seguro que solo está enferma.

—Habría llamado. De verdad, Jake, esa chica es de lo más formal que hay. Y en parte me encanta por eso.

—¿Has hablado con sus padres?

—No contestan, y les he enviado un montón de mensajes.

—¿Puedo hacer algo? Puedo pasarme por casa de sus padres.

Piper lo sopesó, pero luego negó con la cabeza. —Gracias por ofrecerte, pero no. Debe de haber sido una emergencia familiar.

Volveré a intentarlo dentro de un rato. Seguro que hay una explicación. —Consultó su reloj—. Mi descanso casi ha terminado. ¿Te quedas por aquí?

—Creo que me voy a retirar por hoy. Aunque debería quedarme en el pueblo un tiempo más —dijo Jake, dándose cuenta de que no tenía ni idea de si eso era cierto.

Piper se levantó. —Sabes, la única vez que veo turistas fuera de temporada es cuando buscan alejarse de sus parejas para echar un polvo. Y eso vale tanto para hombres como para mujeres.

—Estoy divorciado. —Estuvo a punto de añadir que tenía un hijo pequeño llamado Frank, pero lo omitió por el momento.

—Vale. —Piper sonrió—. Pero eso no significa que vayas a pillar.

2

JOTHAM SE ARRODILLÓ para que Bo Peep le lamiera la cara. Luego, empujó con cuidado a su pitbull terrier americano favorito para meterlo en la jaula, sujetándolo por los flancos. Bo se detuvo para observarlo con sus ojos juntos antes de darse la vuelta, caminar hasta su cuenco y clavarle los dientes a una pechuga de pollo.

Los otros perros de Jotham gimieron desde las jaulas contiguas.

—Esperad vuestro puto turno —dijo, y se callaron. Mientras cerraba la puerta de la jaula de Bo, sintió a Ayden a su espalda—. Ahora no, que estoy con mis perras. Ya lo sabes.

—Lo siento, papá. Es importante.

Jotham se puso en pie, pero sin encarar a su hijo.

—Habla.

—Es por Kayla.

—¿Qué pasa con ella?

—No está en su habitación.

Jotham se giró.

—¿Qué quieres decir?

—Que no está. He registrado toda la casa. Debe de haberse ido a alguna parte.

Cuando los perros volvieron a gemir, Jotham golpeó la jaula de Bo con el talón.

—¡He dicho que *esperéis vuestro puto turno*!

El labio superior de su hijo tembló.

Patético. Consultó su reloj. —Son más de las once. ¿Adónde podría haber ido?

—No tengo ni idea.

Jotham se apartó el pelo, largo y espeso, de la cara.

—Tiene trece años.

—Puedo volver a registrar la casa.

—¿Y si no está?

—Registraré los terrenos.

—¿Los ochocientos acres? —Jotham se rascó la barba—. ¿Por qué crees que se iría de casa?

—Necesita que le hagan caso. Intenta llamar la atención.

Jotham se frotó la barba.

—¿Acaso no se la prestamos?

—Hemos estado ocupados últimamente. Demasiado distraídos...

Jotham le propinó a Ayden un puñetazo con fuerza en el estómago.

Su hijo cayó de rodillas y vomitó a sus pies.

Bo ladró.

—Joder. —Jotham se apartó de un salto y levantó su bota con punta de acero para comprobar si se había manchado de vómito. Cuando se aseguró de que no, le dio una fuerte patada en la cara a su hijo.

Ayden se desplomó de lado y los otros perros ladraron.

—¿Señor MacLeoid? —Jenna Hanson entró por la puerta trasera, ataviada con un mono de papel azul. La acompañaban sus cuatro compañeras. No estaban muy lejos y podían ver lo que estaba pasando. No es que importara. No dirían nada. Valoraban demasiado su trabajo.

Jotham volvió a golpear la jaula de Bo con el talón. —Callaos de una puta vez, *todos*. —Se apartó el pelo de los ojos, levantó una mano y le gritó a Jenna—: ¿Ya has terminado?

—Sí.

—¿Y está todo cerrado?

—Sí, señor MacLeoid.

Su hijo gimió en el suelo.

—Si esperáis junto a la furgoneta, le diré a Oliver que ya estáis listas.

Jenna, la mayor de sus trabajadoras con cuarenta y dos años, se llevó a las chicas en dirección opuesta a donde él le estaba dando una paliza a su único hijo.

Se arrodilló junto a Ayden.

—Joder, ¿estás llorando?

—No. Es que me has dado una patada en el ojo.

—Has perdido a tu hermana. Levanta. Dile a Oliver que Jenna y las chicas están listas y luego reúne un equipo. —Se incorporó—. Peina cada centímetro, imbécil de mierda. ¿A qué esperas?

Ayden se sentó.

—Patético. ¡Levanta! Mi padre me pegaba mucho más fuerte y por mucho menos. ¡Tu hermana! ¡Joder! ¿Qué coño te pasa?

Ayden se puso en pie frente a él, con un ojo hinchándosele.

Jotham le dio un golpecito en el pecho.

—Cada centímetro. ¿Me oyes? Y como haya saltado la valla y se haya ahogado en el Stinson, mañana por la noche dormirás con mis perras.

Mientras Jake caminaba hacia el motel, se hizo evidente que Blue Falls había conocido tiempos mejores. En la calle principal, la mayoría de los escaparates estaban tapiados, varias farolas estaban fundidas y unas peligrosas grietas en la acera podían hacer que los peatones más despistados terminaran en el suelo. A Jake no le sorprendió. Con una población de apenas tres mil habitantes y tras una recesión bastante pronunciada, era de esperar un deterioro extremo. Piper también le había comentado que el turismo estaba en su punto más bajo. *«Durante años, ha atraído principalmente a turistas mayores, pero ese número está disminuyendo, y ¿qué hay aquí para el viajero más joven?».*

Jake casi había soltado: «¿Pescar en el Skweda?», pero se contuvo a tiempo. No era su hogar como para ponerse a criticarlo.

En comparación con las zonas asoladas por la pobreza en las que había trabajado como policía en Wiltshire, Blue Falls era extraordinariamente tranquilo. Al principio, no había quitado ojo de los callejones y los escaparates a oscuras, pero había relativamente pocos personajes sospechosos por la zona. Junto al ultramarinos de los Rogers había una armería.

Un arma no era algo que se hubiera planteado hasta ahora, pero probablemente sería una buena idea. Justin Stone acababa de mostrarle el lado más peligroso de Blue Falls, y podría estar exponiéndose a ser vulnerable. Por desgracia, no podía conseguir una en ese momento, no sin un documento de identidad del estado de Maine. Tendría que arreglarlo, preferiblemente cuando encontrara un empleo y una residencia decente.

El estruendo de una camioneta al caer en un bache le hizo estremecerse. El conductor serpenteaba de un lado a otro de la carretera. Era más probable que lo atropellara un borracho a que lo atracaran por allí.

Jake entró en el motel, bautizado con el creativo nombre de Blue Falls Motel, y la profusión de luces de neón azules lo cegó momentáneamente. Si las habitaciones no venían con cortinas opacas, Jake dudaba que tuvieran clientes. Faltaban dos meses para que empezara la temporada turística, así que estaba tranquilo. Tenía la habitación quince en el primer piso, pero dudaba que muchas, si es que alguna, de las otras catorce habitaciones estuvieran ocupadas. En el aparcamiento solo había dos coches, incluido el suyo.

Se acercó a la puerta de su habitación, con la llave en la mano.

—Eh, grandullón.

Jake suspiró. Estaba demasiado cansado para aquello. Se giró y vio a Justin y a sus dos amigos de pie en la plaza de aparcamiento vacía reservada para el número catorce.

Justin se frotó el dorso de la mano. Un puño americano brillaba con un tono azulado bajo la lluvia de neón. —Me has hecho daño en el dedo.

—Siento aguarte la fiesta. —Jake señaló una cámara que sobresalía del tejado del segundo piso—. Nos están grabando.

Justin sonrió. —¿Acaso no has escuchado nada de lo que he dicho en el Taps? Las reglas no van conmigo.

—Entonces, ¿a papá le parecerá bien que atraques a un turista?

—A menos que seas un turista que ha venido a gastar dinero, y sabemos que no es el caso, a él le importaría una mierda.

—Vale. ¿Cómo lo hacemos, entonces? Tres contra uno y con un puño americano. No parece una pelea muy justa.

—Eres un tipo grande. Seguro que ya has recibido este tipo de atención antes.

Jake se encogió de hombros. Le tenía cariño a su chaqueta Barbour, así que se la quitó, se dio la vuelta y la colgó del tirador de la puerta. Cuando se giró de nuevo, vio a Justin deslizando el puño americano por el lateral de su coche de alquiler. El sonido chirriante le hizo hacer una mueca. —Vas a pagar por eso.

Justin lo ignoró y continuó.

Los amiguitos de Justin rondaban a varios metros detrás de él, y Jake calculó que podría darle un buen golpe al cabecilla antes de que se acercaran demasiado. Si tumbaba a Justin, creía tener posibilidades contra ellos. Se abalanzó con rapidez, pero antes de alcanzar al cabrón, sintió un golpe en el lateral de la cabeza. Lo vio todo blanco, pero consiguió apoyarse en el maletero del coche y responder con un codazo rápido. Se oyó un crujido satisfactorio, y cuando se giró, vio a su agresor tambaleándose hacia atrás, sujetándose la nariz.

Jake miró a Justin con furia. —¿Cuatro contra uno ahora, no?

—Bueno, no iba a correr ningún riesgo, grandullón.

Jake se lanzó y estampó la cabeza de Justin contra el lateral de su coche. El daño al vehículo ya estaba hecho; ¿qué más daba una abolladura más? Soltó la cabeza de Justin, esperando que cayera. No lo hizo. Se limitó a mirar a Jake con la sangre manando de un corte en la frente.

Jake sintió que la víctima de su codo derecho volvía a la carga. El cabrón era bastante hábil y consiguió asestarle dos golpes en el cuerpo, el segundo de los cuales le dejó sin aire.

Jake se dobló, sin aliento. Se recuperó justo a tiempo para ver a Justin asestándole un golpe con el puño americano. Perdió la

consciencia un par de segundos antes de darse cuenta de que había caído y aterrizado mal sobre su brazo izquierdo.

Las botas de ellos lo machacaban.

Los otros dos lacayos de Justin, que habían pasado la mayor parte del enfrentamiento en un segundo plano, se habían unido claramente a la fiesta.

—Cuando te despiertes mañana y apenas puedas moverte, quiero ser lo primero en lo que pienses, grandullón —dijo Justin.

Era peligroso rodar sobre la espalda, exponiendo la cara, el pecho y las costillas, pero hacía mucho tiempo que Jake no evitaba los riesgos, y no iba a empezar ahora. En su nueva posición, pudo lanzar una mano por encima de él para agarrar el tobillo de un pie que caía, al tiempo que daba una patada hacia delante a una de las rodillas del cabrón. Oyó un chasquido, seguido de un chillido, y luego completó su remontada tirando del tobillo. El agresor cayó encima de él. Esa había sido su intención desde el principio, porque así evitaba que los dos matones restantes le dieran más golpes. También pudo escurrirse por debajo del hombre caído y hacerle una llave de cabeza. —Atrás, o le parto el cuello.

Jake se dio cuenta de que Justin era uno de los dos hombres que seguían en pie. Suerte para él. Jake estaba tan furioso con esa mierdecilla que, si hubiera sido él el de la llave de cabeza, probablemente lo habría rematado.

Sonó un disparo.

Justin y su amigo retrocedieron con las manos en alto. El púgil hábil que lo había emboscado se puso en pie y retrocedió cojeando.

Sonó otro disparo, seguido de una voz grave de hombre. —Tú también, grandullón.

Jake soltó al amigo de Justin.

Este se apartó rodando, agarrándose el cuello y boqueando en busca de aire.

Jake se incorporó y vio a un hombre nativo americano, delgado y mayor, que vestía una chaqueta de cuero negra y unos vaqueros desgastados.

Sus agresores, maltrechos, se habían agrupado ahora a varios metros de Jake, demasiado lejos para desafiar al hombre del fusil,

pero no tanto como para que les disparara.

—Dogman —dijo Justin—. Un acabado con una pistola. Una combinación peligrosa. Eres casi la única persona en este pueblo de la que me alejaría.

—Es hora de que te vayas a la cama —dijo el hombre.

Jake se sacudió los vaqueros y se irguió apoyándose en el coche. Hizo una mueca, pero ahogó un gemido. No quería darle a Justin el placer de verlo herido. —Lo has oído, Justin. Es hora de que te vayas a casa a contar ovejitas.

—Esto no ha terminado, grandullón —dijo Justin.

Jake se estiró, pero no se dio la vuelta. —Por tu suerte, sí que ha terminado. —Pasó junto al hombre del fusil en dirección a la puerta —. Y no me llamo grandullón. Soy Jake. O el señor Pettman para ti.

—Última oportunidad, Justin —dijo el hombre.

—A la mierda. Ya esperarás, grandullón. Tú también, Dogman. Venga, dejemos a estos tortolitos a lo suyo.

Jake los escuchó marcharse. Abrió la puerta y se volvió hacia el hombre. —¿Entras?

Después de que Peter Sheenan se presentase, se ofreció a limpiar las heridas de Jake, a lo que este se negó.

—No puedo decir que te culpe —dijo Peter con una sonrisa—. Tradicionalmente, al héroe lo atiende el sexo débil.

—¿Héroe? —Jake se sentó en el borde de la cama, secándose el corte de la ceja con una toalla—. ¿Así es como ha parecido?

—Parecía que lo tenías bajo control. —Peter se sentó en una silla desvencijada junto a una mesita.

—¡Pues yo no sentía que lo tuviera bajo control!

—Lo tenías.

—Entonces, ¿por qué has intervenido?

—No podía arriesgarme a que te levantaras y mataras a Justin Stone.

—¿Por qué? ¿Porque su papi es el alcalde?

—Entre otras cosas.

—¿Matarlo está totalmente descartado? —Jake se puso en pie, estiró el costado e hizo una mueca ante las punzadas de dolor que recorrieron su cuerpo.

—Si quieres llegar a mi edad, sí.

—¿Qué edad es esa?

—Setenta y tres.

—Impresionante. Te echaba sesenta y tantos.

—La sangre del pueblo abenaki es fuerte. Estoy agradecido por ello. Tú también pareces ser de buena estirpe.

Jake sonrió. —Creo que te voy a decepcionar en eso, Peter. Probablemente desciendo del mismo tipo de gente que ese gilipollas de ahí fuera.

—¿Con ese acento?

—Mis antepasados participaron en la fundación de este pueblo. En fin, espero que Justin y su pandilla sean una anomalía y que el pueblo no esté hasta los topes de gilipollas.

—Creo que ahora me toca a mí decepcionarte.

Jake soltó una risita. —Genial.

—Sin embargo, también está lleno de buena gente. Pero es difícil que te encuentres con muchos de ellos un viernes por la noche en una tasca.

—Vaya, no creas. He conocido a alguien bastante agradable ahí dentro.

—¿Piper Goodwin?

—¿Lo has visto?

—Lo ha visto todo el bar, Jake. Y no tendría nada de malo si Justin Stone no estuviera colado por ella. Todo lo de esta noche ha sido predecible.

—Y yo que solo intentaba encontrar un sitio donde meterme en mis asuntos.

—Un hombre como tú nunca puede meterse en sus asuntos.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes lo que quiero decir, Jake, pero no es una crítica, así que no te lo tomes así.

Jake se acercó a la maleta que había en un rincón de la habitación y se cambió de camisa. Se quejó al recordar las palabras de Justin. *«Cuando te despiertes mañana y apenas puedas moverte, quiero ser lo primero en lo que pienses, grandullón».*

En eso no te equivocarás, pensó Jake. —¿Entonces esta no será la última vez que sepa de Justin?

—Por desgracia, no.

—¿No irá también a por ti? Lo has dejado en ridículo ahí fuera.

—No. Su padre está muy interesado en mantener buenas relaciones con nuestra gente. ¿Crees que le habría hecho esto si no? —Golpeó suavemente su rifle, que estaba apoyado en la cómoda—. Si yo fuera un hombre blanco, al amanecer me encontrarían flotando boca abajo en el Skweda. Ni de coña se arriesgarán a eso con un nativo.

—¿Por qué te llaman Dogman?

—Serví en el Cuerpo K-9 en Vietnam.

—¿Llevasteis perros? No sé mucho sobre eso, pero tampoco sé mucho sobre la guerra de Vietnam en general.

—Cuando llegas a la jungla vietnamita, el elemento sorpresa lo tienen los indígenas. La mayoría de los americanos ni siquiera llegaban a ver a sus asesinos. Cohetes salidos de la nada, francotiradores ocultos a distancias ridículas. Pero, si tenías un perro bien entrenado, tenías una oportunidad. Y si tenías miles, podías darle la vuelta por completo a ese elemento sorpresa. —Peter hizo una pausa y desvió la mirada de Jake hacia la pared del fondo. Sus dedos recorrían el rifle de arriba abajo—. Tuve varios perros en mi época, pero ninguno como mi labrador retriever, Prince. Cuarenta y dos kilos. Lo donó una familia de civiles. Era tan listo… Sabía cuándo estaba fuera de servicio, porque era un cabezota enorme, pero de servicio era de lo más eficiente y obediente. Dos-cuatro-tres-tres. Ese era su número. Tatuado en la oreja izquierda.

Jake se sentó en el borde de la cama. —Parece que estabais muy unidos.

Peter, aún con la mirada perdida en la distancia, asintió. —Se deben muchísimas vidas a esos perros. Más de diez mil, seguro. Nuestros perros tenían más de doscientos veinticinco millones de

receptores olfativos en la nariz. ¡Nosotros, simples humanos, solo tenemos unos cinco millones! Pueden oír sonidos a una distancia cuatro veces mayor que nosotros. Exploraban la jungla en busca de emboscadas del Vietcong y salvaron a muchísimos hombres de las trampas. Una vez, Prince y yo estábamos en una patrulla rutinaria en Tay Ninh para proteger un polvorín. El fuego enemigo estalló. Solté a mi chico de la correa. Eso los desconcertó, y conseguí abatir a unos cuantos, pero entonces me alcanzó una bala. —Se bajó el cuello de la camisa y le enseñó a Jake un tejido cicatricial blanquecino en el hombro—. Ahí estaba yo, en el suelo, listo para que me remataran. Y lo habrían hecho si Prince no los hubiera estado destrozando. Incluso le dispararon en la cabeza, justo debajo del ojo, pero fue implacable. Siguió adelante, despedazándolos. Me dio tiempo a pedir refuerzos por radio, y entonces se lanzó encima de mí para protegerme. Ningún ser humano, ni blanco ni abenaki, me ha demostrado jamás tal lealtad. Él me salvó y, por suerte, el veterinario lo salvó a él. —Volvió a mirar a Jake—. Siento darte la versión larga, pero cuando alguien se declara ignorante sobre los perros en la guerra, algo se apodera de mí.

—No me extraña, con esa historia.

—Con más Old Crow en el cuerpo, sería más larga.

—Me alegro de que tu perro sobreviviera. Parece un auténtico héroe. No como yo, revolcándome bajo las botas de varios borrachos. ¿Qué le pasó a Prince?

—Para esa parte de la historia, sí que necesito el Old Crow.

—Lo siento, pero acabo de mudarme y estas habitaciones no vienen con mueble bar.

Peter sonrió. —Dejaremos esa parte de la historia. Es un buen final por esta noche. —Se levantó y se estiró—. Pero ahora que me has dicho que no hay bebida, me voy a casa a tomar la última copa.

Jake lo acompañó a la puerta y le estrechó la mano. —Gracias por la ayuda.

—De nada, Jake. Pero el problema no ha desaparecido. Me caes bien, así que no te tomes esto a mal, pero puede que sea hora de que te marches.

—¿Debería esperar un ladrillazo en la ventana?

—Lo dudo. Los dueños de aquí son viejos amigos de Charles Stone. Justin no sería tan estúpido como para cabrear a su padre.

—Bien, entonces dormiré tranquilo siguiendo tu sugerencia.

—Eso es.

—Y, si sigo aquí mañana por la noche, te veré en el Blue Falls y te invitaré a un… ¿cómo lo has llamado? ¿Old Crow?

Peter sonrió de nuevo. —Buenas noches, Jake.

—Buenas noches, Peter.

3

GABRIEL JEWELL SIEMPRE había sido maniático del orden. Su padre se lo había inculcado a zapatillazos desde pequeño. En su momento, lo había resentido. Ahora, se lo agradecía. Ordenar le calmaba y le apartaba la mente de los demonios.

Miró el reloj—casi las doce. Como siempre, se había pasado todo el viernes por la noche pasando la aspiradora, quitando el polvo y limpiando los cristales de su vieja casa de piedra. Estaba agotado y se dio un baño caliente. Intentó leer las noticias en el móvil pero, como siempre a estas horas de un viernes, los demonios volvieron.

Gabriel suspiró, salió de la bañera, se secó y se examinó en el espejo del baño. Necesitaba afeitarse. Bien. Más distracción. Después de afeitarse, se frotó crema hidratante por la piel, subiéndose por la cara hasta las patas de gallo junto a los ojos. Cuarenta y tantos. Oficialmente, un viejo para cualquier adolescente. Suspiró.

Llevando un albornoz, descendió las escaleras, deseando estar lo bastante cansado como para dormir, pero sabiendo que no lo estaba. Nunca lo estaba—no cuando los demonios llamaban a la puerta.

Se encorvó para entrar en el salón. Su casa se remontaba a los primeros colonos ingleses. Entonces, los marcos de las puertas no estaban pensados para un hombre de metro noventa y cinco. La estancia estaba decorada al estilo victoriano. Cruzó una alfombra

persa y comprobó que las cortinas de encaje estuvieran rectas y que nadie pudiera mirar hacia dentro. No es que hubiera forma. Cuando sus demonios andaban cerca, nunca podía ser demasiado cauto.

Gabriel se acercó a la repisa de la chimenea sobre el fuego de leña. Pasó los dedos por la fotografía de Collette con su uniforme escolar azul—su primera semana en el instituto, catorce años.

Cuánto deseaba ver cómo era Collette a los quince. A los dieciséis. A los diecisiete... *Ahora*.

No. Imposible. Al día siguiente de hacerse esa foto, su hermana fue a Rogers General Store a por unos comestibles y no se la volvió a ver.

Observó cómo la leña del fuego chisporroteaba, soltando resina. Al darse cuenta de que apretaba los puños y los dientes, inspiró hondo y echó otro tronco a las llamas. Se quedó mirando hasta que ese tronco también chisporroteó. No servía de nada. Él también necesitaba desahogarse. Dejó caer el albornoz, se sentó en el sofá, abrió el portátil sobre la mesa de centro y buscó uno de sus vídeos favoritos.

Vio a un hombre mayor, de su edad más o menos, entrar en una habitación encalada llevando a alguien de la mano. Los dientes de Gabriel seguían apretados, ya no por frustración, sino por el embate de la excitación. El hombre mayor hablaba de sexo con una chica joven, apenas entrada en la adolescencia. Aún no había pasado nada físico, pero Gabriel ya se acariciaba y gemía de placer—

—¡Mierda!

Se le había olvidado. La fotografía de Collette. Le estaba mirando fijamente.

Cruzó la habitación corriendo, tratando desesperadamente de cubrirse la erección. Puso la fotografía boca abajo y suspiró. Volvió al sofá.

El hombre mayor ya estaba desnudando a la joven.

Los demonios de Gabriel habían salido a jugar, y lo odiaba y lo disfrutaba al mismo tiempo.

Jake abrió la puerta a Piper. Ella se protegía los ojos del resplandor del neón azul.

—¿Cómo sabías en qué habitación estaba?

—Solo hay tres personas alojadas aquí, y solo una con un coche de alquiler fuera. Ese Ford, por cierto, ha visto días mejores.

—Era la opción más barata.

—¿Y esa es también tu excusa para el albornoz?

—No. Por suerte, este pertenece al motel, así que no se viene conmigo. ¿De verdad crees que habría elegido uno que apenas me cubre los muslos?

—No serías el primer pirado en pasearse por el pueblo.

Jake sonrió.—Pasa.

Tras entrar y volverse hacia él, abrió mucho los ojos. Lejos del resplandor del neón, había visto el corte sobre un ojo y la hinchazón alrededor del otro.—¿Qué ha pasado? Bueno, da igual. Ha sido Justin, ¿verdad?

Jake cerró la puerta y señaló la silla en la que Peter se había sentado antes.—Sí. Bueno, él y su pequeño ejército. Parece empeñado en acelerar la ruina del turismo de tu pueblo.

Piper negó con la cabeza. —Ojalá ése fuera su motivo. Ese hombre es tan posesivo conmigo. Aunque nunca hemos salido y le he dejado muy claro que no me cae nada bien, prácticamente me acosa. Si el departamento de policía no estuviera en el bolsillo de Charles Stone, además de ser una panda de cabrones misóginos, quizá habría puesto una denuncia. En su lugar, he optado por la alternativa: ahorrar suficiente dinero para largarme de aquí.

—¿Y cómo va eso?

—Despacio.

Jake hizo una mueca al sentarse al borde de la cama.

—¿Estás bien?

—Me duelen las costillas. Nada roto.

—¿Eres médico? —Alzó una ceja.

—No, solo estoy muy en sintonía con mi cuerpo. Me echó una mano un tipo llamado Peter Sheenan.

—Es un buen tío. Aunque arrastra mucho equipaje.

—¿Y quién no? Así que, Piper, ¿a qué debo el placer? Teniendo en cuenta que en el bar me advertiste que me mantuviera a distancia.

—De advertirte que te apartaras, nada. Solo te advertí que no ibas a echar un polvo, y eso sigue en pie.

—¡No estaba pidiendo eso! Pero si has pasado a tomar algo, tendré que darte la misma mala noticia que le he dado a Peter. Me temo que no tengo nada que ofrecerte.

Piper suspiró. —Ojalá estuviera aquí por eso.

—Es por tu amiga, ¿verdad?

Piper asintió. —Maddie.

—La oferta sigue en pie. Podemos pasar por allí juntos.

—No hace falta. Acabo de hablar por teléfono con sus padres.

—¿Y?

—Dicen que está bien. Demasiado enferma para venir a trabajar.

—Pero no te convence, ¿no?

Piper negó con la cabeza. —La madre de Maddie, Marissa, sonaba borracha; luego su padre, Blake, le arrancó el teléfono de las manos y sonaba furioso. Algo no va bien. Maddie sigue sin contestar al móvil ni responder a mis mensajes.

—¿Crees que merece la pena llamar a la policía?

Piper alzó una ceja. —Créeme, con la policía de este pueblo, mejor dejar eso como último recurso.

—¿Por qué?

—Para empezar, son unos inútiles.

—Pero no van a pasar por alto la desaparición de una chica de quince años, ¿no?

—Jake, hay cosas que no sabes de este pueblo. Es como una telaraña: todo está enredado en sí mismo.

—No tiene mucho sentido lo que dices.

—A mí tampoco me encaja. Es como si todos estuvieran conectados y no te pudieras fiar de nadie. Es una de las razones por las que estoy tan desesperada por largarme.

—¿Y crees que Maddie está metida en esa telaraña?

—Maddie no, no; pero su familia… posiblemente.

—Estás siendo muy críptica, Piper.

Piper suspiró. —Ya te he metido en un buen lío. No voy a echar más leña al fuego.

Jake sonrió. —Te gustan las metáforas. Se me ocurre una idea: tú me cuentas algunos de tus secretos y yo te cuento algunos de los míos.

No le devolvió la sonrisa. —Hay un granjero llamado Jotham Quimby MacLeoid. No es concejal, y no creo ni que se siente en las reuniones de la junta, pero lleva por aquí tanto tiempo como los demás. Yo, personalmente, no he tenido nada que ver con él, pero Maddie ha hablado de él unas cuantas veces. Me dijo que tiene mucha mano en el funcionamiento de Blue Falls; supongo que porque posee mucha tierra y da empleo a muchas familias.

Jake asintió. —Incluida la familia de Maddie.

—Sus hermanos, Devin y Sean.

—¿En el campo?

—Supongo.— Apartó la mirada.

Jake se dio cuenta de que no estaba siendo del todo sincera, pero no la presionó. Al fin y al cabo, estaba allí para pedirle ayuda, y seguramente acabaría contándolo. —Entonces, ¿qué te preocupa de Jotham MacLeoid?

De nuevo apartó la mirada. —No es buena persona. La gente procura no cruzarse con él.

—¿Por qué?

—Como te he dicho, es alguien con quien no tengo trato. Pero esa llamada a los padres de Maddie y el hecho de que sus hermanos estén metidos con Jotham… no es una buena combinación.

—¿Qué quieres que haga?

—No lo sé. ¿Aconsejarme, quizá?

—En ese caso, sigo apostando por la policía.

—No estoy nada segura de que sea la mejor opción. Me gustaría dejarlo como último recurso.

—Vale. ¿Podrías ir a ver a la familia a primera hora y, de hecho, *ver* a Maddie de primera mano?

—Si está allí.

—Bueno, si no lo está, de verdad tendrás que recurrir al último recurso; es mejor que nada.

Piper suspiró. —Supongo que tienes razón. ¿Vendrás conmigo mañana por la mañana?

—Por supuesto.

—Estoy agotada. ¿Nos tumbamos?

Jake se quedó sin palabras.

—No pongas esa cara de susto. Solo quiero descansar un poco mientras cumples tu parte del trato.

—Ah, ¿mis secretos?

Piper sonrió por primera vez desde que llegó a su habitación.

Después de que Jake le contara a Piper sobre su breve carrera como agente de policía, omitiendo la parte en la que se había metido con la gente equivocada, se excusó para ir a ducharse.

Cuando regresó, ya vestido, dijo: —Pensé que ya estarías dormida. Mis duchas son larguísimas.

—Tienes mucho que lavar, supongo, pero ¿de verdad esperabas que me durmiera antes de saber qué pasó después?

—Siento decepcionarte, pero acabo de dejar la policía y me he ido del país. Como Piper había hecho antes, apartó la mirada al decirlo. No había dimitido; había huido.

—¿Entonces no tienes familia?

Jake negó con la cabeza y miró hacia el cajón de la mesilla de noche donde guardaba sus cinco fotografías de Frank—una por cada año de su vida—. —Así que no hay más secretos, me temo. Lo mejor es que duermas un poco. Subió a la cama y se tumbó lo más pegado al borde que pudo para no inquietarla.

Desde luego, no estaba preocupada. Se giró de lado y se arrimó a él. —Adoptada por una familia temerosa de Dios cuando era un bebé; era aplicada en el colegio, pero los resultados no eran los mejores; fui a una iglesia luterana durante toda la infancia, pero llevo más de un año sin pisarla, para disgusto de mamá y papá; curro sin salida en un bar; aburrida crónica en Blue Falls. Sonrió.

—Vaya.

—Bueno, que conste que lo de las vidas aburridas no es solo cosa tuya.

Jake se dio la vuelta para quedar frente a ella. Apoyó la cabeza en el codo y se fijó en que los botones de arriba de su blusa estaban desabrochados, dejando ver una mancha rosada en la clavícula.

—¿Esto? Se apartó la blusa para dejar al descubierto toda la clavícula y una marca de nacimiento grande, con forma de pera.

Pensó fugazmente en las cicatrices blancas del hombro de Peter. —Me gusta.

—Sí, a mí también. Piper sonrió y cerró los ojos.

Jake no volvió a hablar. La dejó dormirse y, cuando sus respiraciones empezaron a silbar quedamente, cerró sus propios ojos y las escuchó un rato.

Jotham se sentó en la cama de su hija y examinó su póster de chicos de bandas con el pelo milimétricamente recortado. Odiaba sus caras retocadas, odiaba su música y odiaba lo que representaban, pero quería a Kayla, así que lo permitía en su casa. Se fijó en el mono de peluche con el que ella aún dormía en la almohada y lo cogió: un regalo de su madre, Iris Clark. Una prostituta. Mujer guapa. Carácter tranquilo. Murió joven de cáncer de mama. Al mono se le colgaba un ojo. Lo retuvo para poder arreglarlo. Un regalo de bienvenida.

Sonó su móvil. —Dime.

—Ni rastro de ella, papá —dijo Ayden.

Jotham inspiró hondo por la nariz.

—¿Papá? ¿Qué quieres que haga?

Jotham se puso en pie y se acercó a uno de los pósteres de la boy band. En especial, este capullo le sacaba de quicio. Se había pasado la mayor parte de su vida irrelevante rebotando del solárium al gimnasio y se enfundaba la camiseta de tirantes más ceñida que encontraba para demostrarlo.

—No quiero que me vuelvas a llamar hasta que la tengas.

—Pero, papá…

Colgó, se guardó el móvil en el bolsillo de los vaqueros, aseguró el mono en el bolsillo de la chaqueta y arrancó el póster de la pared. Luego empezó a gritar y a rugir.

Fuera, sus perros ladraron.

Cuando la erección se le hubo pasado, Gabriel Jewell cerró el portátil. Fue a la cocina, tiró el pañuelo usado a la basura y se frotó las manos a conciencia. Cuando las sintió lo bastante limpias, volvió al salón, se puso la bata y enderezó la fotografía de Collette. Se sentó y observó cómo burbujeaba la savia en un tronco mientras apreciaba la ausencia de sus demonios.

Unos golpes frenéticos resonaron en la puerta.

Fue a la puerta principal, echó un vistazo a su Remington 700, apoyado contra la pared bajo sus chaquetas, y miró por la mirilla. Abrió mucho los ojos.

Kayla MacLeoid.

Como pudo, intentó mirar más allá de ella por la mirilla. Ni rastro de su hermano Ayden ni de su padre, el bastardo de Jotham. Abrió la puerta. —Kayla, ¿por qué está aquí?

Entró a toda prisa.

Él se hizo a un lado para que, al pasar, apenas le rozara en lugar de arrollarlo. Cerró la puerta y ella se volvió hacia él.

Llevaba el largo pelo negro desgreñado y lloraba a mares. Le echó los brazos alrededor. —Ayúdeme.

—Por supuesto. Pase, donde se está calentito. La condujo al salón y la sentó en el sofá. A la luz de la estancia, Gabriel vio lo enrojecida e hinchada que tenía la cara. Cogió el portátil de la mesa. —Déjeme traerle un poco de leche.

Dejando el portátil en la cocina, regresó con una taza de leche templada. Se sentó a su lado y la hizo inclinarse hacia delante. Le acercó la taza a la boca, y ella logró dar un sorbo.

—Gracias.

Dejó la taza sobre la mesa de centro y le pasó un brazo por los hombros. La atrajo contra él y la apretó con fuerza para darle algo de consuelo. Dejó pasar varios minutos hasta que los sollozos convulsos remitieron; luego se apartó de ella para poder mirarla a los ojos. Le apoyó la palma en la mejilla ardiente. —Cuénteme, niña, ¿qué ha pasado?

—El pozo.

—¿El pozo?

—Maddie… oh, Dios, Maddie. Papá le dijo a Ayden que le hiciera daño… y se lo hizo… y luego Anthony la empujó dentro…

El corazón de Gabriel le martilleó las costillas, y notó la bilis treparle por el fondo de la garganta. Había oído hablar del pozo —como tantos, claro—, pero nunca había terminado de creer que existiera. ¿No era solo un rumor? Otro ingrediente más del aura aterradora que rodeaba a Jotham MacLeoid y mantenía a la gente a raya. —¿Por qué estaba usted allí?

—Seguí a papá.

Jesús bendito, ¿en qué me acaba de meter, niña? —¿Por qué ha venido a mí? Intentó por todos los medios que la irritación y la ansiedad crecientes no se le colaran en la voz, pero no pudo evitar que los ojos se le entornaran ligeramente.

Ella se dio cuenta y se encogió. La pregunta también la inquietaría, porque la respuesta era demasiado obvia. El labio inferior le tembló al hablar. —Porque es usted el jefe de policía.

4

JAKE RECORRIÓ CON el dedo el profundo arañazo del lateral de su Ford. —Cuando la compañía de alquiler termine de clavarme por esto, puede que pida trabajo como limpiador en el Taps para encargarme de esas cáscaras de cacahuete.

—Conozco a alguien que te lo hará por un precio justo —dijo Piper—. Veré qué puedo hacer.

—Gracias. —Se dio unas palmaditas en el bolsillo trasero—. Se me ha olvidado la cartera. Súbete al coche, ahora mismo vuelvo.

Piper asintió y se subió.

Jake se aseguró de que la puerta de la habitación del motel estuviera cerrada tras él antes de sacar un fajo grande de billetes británicos del fondo del armario. Separó unas doscientas libras. Dudaba que encontrara algún sitio para cambiarlas por aquí en sábado, pero andaba bastante corto de dólares, así que era mejor estar preparado por si surgía alguna opción. Al contemplar el dinero que sostenía, su mente regresó al coche en llamas y a los ojos de aquel chico destrozado, Paul Conway. Inclinando la cabeza, inspiró hondo e intentó reprimir el recuerdo...

Unos golpetazos en la puerta lo sacaron de su ensimismamiento.

—¿Estás bien ahí dentro? —preguntó Piper.

—Sí, ya voy. —Volvió a meter el fajo en el fondo del armario, dobló los cuatro billetes de cincuenta libras, se los guardó en el bolsillo interior de su Barbour y salió a reunirse con Piper. Como

estaba agarrotado por el altercado de la noche anterior y odiaba conducir, se alegró de que Piper se ofreciera.

Ella pareció sorprendida cuando él asintió.

—Perdona, ¿estoy desafiando los roles de género? —dijo Jake.

—Sí, y me alegro de ello. Te sorprendería lo arraigados que están los roles de género por aquí.

—La verdad es que probablemente no me sorprendería.

Condujo a un ritmo constante hasta la granja de los Thompson, y Jake se alegró. Conducir le ponía nervioso.

Siendo de Wiltshire, Jake estaba acostumbrado a las granjas, pero el tamaño de la de los Thompson lo sorprendió. El estrecho camino de tierra que se adentraba en el corazón de la propiedad parecía no tener fin. —¿Cuántas tierras posee esta familia?

Piper se encogió de hombros. —¿Acaso importa?

—Supongo que no. Pero si alguien en Wiltshire poseyera tantas tierras, no necesitaría enviar a sus hijos a trabajar para un hombre como Jotham.

—Han tenido un par de años malos, según Maddie. Ha hecho demasiado calor y hemos tenido menos lluvias de lo normal. Los cultivos se han resentido.

Aparcaron junto a una casa de campo estilo Cabo Cod: un gran edificio de una sola planta, encalado, con un tejado empinado y una gran chimenea central.

—¿Crees que deberíamos haberles avisado de que veníamos? —dijo Piper.

—Ya es tarde para eso —dijo Jake, bajando del coche.

Se dirigieron por el sendero y subieron los escalones del porche cubierto. Mientras Piper llamaba al timbre, Jake se apoyó en la barandilla, admirando los muebles de mimbre, que distaban mucho de las mecedoras rústicas que siempre había supuesto que había en todos los porches de las granjas de Estados Unidos.

Un joven les abrió la puerta.

—Hola, Sean —dijo Piper.

Sean retrocedió. —No deberíais estar aquí.

Jake dio un paso adelante y se fijó en que tenía un ojo morado.

—Solo he venido a ver cómo está Maddie...

—Está bien. —Su tono de voz sugería lo contrario.

Jake se colocó al lado de Piper. —¿Le importaría que la saludáramos entonces?

—Perdone, ¿quién es usted? —preguntó Sean, con el labio superior temblándole.

—Esa es una buena pregunta —dijo un hombre más joven con un tono más tranquilo y seguro. Se colocó junto a Sean, mostrando sus labios hinchados y sus mejillas amoratadas.

—Buenos días, Devin —dijo Piper—. Siento pasar sin avisar, pero estamos preocupados por su hermana.

—No hay por qué preocuparse. Está bien.

—Sí, eso dijeron sus padres anoche, pero nos gustaría entrar y desearle que se mejore, ¿si no es molestia?

—Sí que lo es —dijo Devin.

Jake miró a Piper y vio que había enarcado las cejas. Volvió a centrarse en Devin y observó cómo este se daba cuenta de que había sido demasiado brusco.

—Lo siento —dijo Devin—. Cualquier otro día, serías bienvenida, Piper, pero me temo que no con este desconocido.

—Me llamo Jake Pettman. No me importa esperar en el coche...

—No —dijo Sean—. No queremos que se quede solo en la propiedad. Sin ofender.

—No me ofende —mintió Jake.

—No tiene mucho sentido —dijo Devin—. Maddie se ha ido a Vermont.

—¿Por qué? —preguntó Piper.

—Necesitaba tomarse un tiempo.

—Vale... Qué raro que no me avisara. ¿Cuándo volverá?

Devin se encogió de hombros. —No lo sé. Mire, estamos bastante ocupados.

—¿Cómo se hizo eso en el labio? —preguntó Jake.

Devin apartó la mirada de Piper y se la clavó a Jake. —Me caí por culpa de una alfombra arrugada en el salón.

Jake asintió. —Ya veo. —Sin apartar la vista de Devin, señaló a Sean—. ¿Y no se le ocurrió alisar la alfombra antes de que él también se cayera?

Los ojos de Devin se entrecerraron. —Será mejor que mida sus palabras...

—¿Quién es? —preguntó una voz de mujer.

—No es nada, mamá. Solo un reparto —dijo Devin y le dio un codazo a Sean para que le hiciera una seña a su madre con la cabeza. Volvió adentro a por ella.

—Señora Thompson, soy Piper Goodwin...

—¡Cállate! —dijo Devin.

Jake avanzó un poco. —Respeto que esta sea su casa, pero no respeto ese tono.

La señora Thompson se unió a Devin en la puerta.

Sean se movía torpemente detrás de ella.

Llevaba la mano izquierda vendada. —¿Qué pasa aquí?

—Piper, qué alegría verte. —Extendió los brazos y le cogió las manos. Tenía la cara pálida y ajada, los ojos vidriosos y el pelo le caía mustio sobre el rostro. Aún iba en camisón.

—Igualmente, señora Thompson.

—Por favor, has sido tan buena con mi Maddie. Llámame Marissa. —Tenía la voz cascada.

—Claro, Marissa.

—Siempre habla de ti. ¿Quieres pasar?

—Mamá —dijo Devin—. ¿Crees que es buena idea?

Marissa ignoró a su hijo y metió a Piper en la casa de un tirón.

Devin extendió el brazo para impedir que Jake entrara tras ella.

Piper se dio la vuelta. —¿Puede pasar mi novio, por favor, Marissa?

—Por supuesto.

Devin mantuvo el brazo donde lo tenía.

Jake lo miró fijamente. —No lo ponga más difícil. Nuestras intenciones son buenas.

Devin bajó el brazo y se apartó. —¡Mierda!

Marissa condujo a Jake y a Piper a la cocina, que, de nuevo, resultó ser mucho menos rústica de lo que Jake esperaba: electrodomésticos de acero inoxidable, focos y una encimera de granito en el centro con taburetes alrededor. —Sentaos, por favor —dijo Marissa—, mientras preparo un poco de café.

Jake y Piper tomaron asiento.

Mientras Marissa llenaba la jarra, Devin entró en la cocina y se apoyó en un armario con los brazos cruzados, mirando con hostilidad a los dos invitados.

—Marissa, me preguntaba….

—Un momento, cariño —dijo Marissa, midiendo el café molido en el filtro—. Esto tiene su arte. Blake siempre me está encima para que lo haga bien.

Piper y Jake esperaron en un silencio que se alargó hasta el punto de que la tensión se hizo palpable. Jake hizo rodar los hombros y, cuando le crujió la espalda, Piper le lanzó una mirada de advertencia.

Finalmente, Marissa se acercó a la mesa con cuatro tazas de café que tintineaban en una bandeja y un platito con terrones de azúcar. Piper le había dicho a Jake que la madre de Maddie andaba por la cincuentena. En ese momento, parecía mucho mayor.

—Tenga, déjeme que la ayude. —Jake se levantó y rodeó la encimera. Le dirigió a Devin una mirada de enfado por no hacer el menor esfuerzo por ayudar a su madre.

La expresión de Devin no cambió y permaneció con los brazos cruzados.

Jake le cogió la bandeja a la frágil mujer y la depositó sobre la superficie de granito.

—Marissa, ¿dónde está Maddie? —preguntó Piper.

Marissa alzó la vista hacia Piper y sonrió. —Mi hija. Es una chica preciosa, ¿verdad?

—Sí, lo es.

—Y también es una chica muy buena. Siempre hace lo que se le dice. —Señaló hacia atrás, en dirección a Devin—. Las chicas siempre son mucho más fáciles que los chicos.

—Bueno, no estoy segura de que mis padres estuvieran de acuerdo con eso —dijo Piper.

Marissa alargó el brazo para coger la mano de Piper. —Maddie habla de ti todo el tiempo, ¿sabes?

—Qué bien. Llevamos mucho tiempo trabajando juntas. Con tanto alcohol y chulería masculina en el Taps, se agradece tener a

otra persona afín con la que hacer piña.

—Asegúrate de no aguantarle tonterías a ningún hombre, chica —dijo Marissa.

—No tengo intención de hacerlo.

—Blake solía tratarme como a una princesa, ¿sabes?

—Estoy segura de que aún lo hace, Marissa.

—No, cariño, esos días quedaron muy atrás.

—Marissa, ¿dónde está Maddie?

Rin, rin.

—¿Lo oyes, cariño? ¿El viejo cabrón tocando una campanita?

—¿Por qué hace eso? —preguntó Piper.

—Tendrá hambre, sin duda. Se ha roto algunos dientes y no ha comido desde anoche.

Jake respiró hondo. —¿Cómo se hizo eso, señora Thompson?

Rin, rin.

—Estaba pensando en hacer sopa —dijo Marissa—. La de pollo es su favorita. ¿Crees que podría comerla?

—Sí, señora Thompson —dijo Jake—. ¿Cómo se rompió los dientes?

—Se tropezó anoche con un poste de una valla vieja en la oscuridad.

En su familia son propensos a los accidentes, ¿no?, pensó Jake, mirando al joven del labio partido.

Rin, rin. *Rin, rin*.

Marissa sonrió y se encaró con su hijo. —No te quedes ahí parado. ¡Llévale a tu padre su *puñetera* sopa!

Jake y Piper se sobresaltaron. La repentina subida de volumen de una anciana aparentemente frágil fue sorprendente.

Devin cruzó la cocina y abrió el frigorífico.

Marissa se volvió, sonriendo. —De tal palo, tal astilla, ¿no? —Bajó la mirada y respiró hondo—. Pero mi hija… mi Maddie… ella sí es diferente.

—¿Dónde está? —preguntó Piper por la que le pareció la tercera vez.

Marissa alzó la vista. —Se ha ido, cariño. ¿No lo sabías?

—No, la verdad. Anoche me dijiste por teléfono que estaba enferma.

—¿Dije eso? No, no está enferma. No. Una madre lo sabría, ¿no crees?

Devin se acercó y le puso la mano en el hombro a su madre. —Mamá.

Rin, rin. *Rin, rin*.

Marissa puso su mano sobre la de Devin. Cerró los ojos y suspiró. —Está en Vermont con la familia. ¿No te lo ha dicho mi hijo en la puerta?

—Sí, Marissa. Pero no por qué está allí.

—La lacra de todas las familias, cariño: las discusiones. Volverá cuando se haya calmado la tensión.

—¿Discusiones sobre qué? —dijo Jake.

—Eso a usted no le importa una mierda —dijo Devin.

Jake estaba a punto de replicar, pero sintió la mano de Piper en su brazo.

—¿Puedo hacer algo para ayudar con esas discusiones? —preguntó Piper—. Sé que a mí me escucha.

—No, cariño, está bien. Mi hermana se encargará perfectamente.

Rin, rin. *Rin, rin*. *Rin, rin*.

—Viejo cabrón —dijo Marissa, y apartó la mano de su hijo de su hombro—. Va a acabar desgastando la campanita. Ya lo hago yo. Parece que nadie más en esta casa es capaz de hacer una sopa.

—Por favor, Marissa —dijo Piper—, ¿me das el número de tu hermana? Me encantaría hablar con Maddie, saber cómo está.

Marissa sonrió y volvió a coger las manos de Piper por encima de la mesa. —¿A que eres un encanto? Mi preciosa niña tiene mucha suerte de tener amigas como tú. Me aseguraré de decirle que has preguntado por ella.

Rin, rin. *Rin, rin*. *Rin, rin*.

—Maldito *cabrón*. ¿Es que no se va a callar de una puta vez? —Volvió a alzar la voz y se apartó de sus dos invitados.

Jake bajó la vista hacia las cuatro tazas de café intactas.

Piper se alejó de la granja.

—Bueno, he vivido algunas experiencias jodidamente extrañas en mi vida, pero nada como esto —dijo Jake.

—Esa campana. Joder, Jake, esa campana. Todavía la oigo sonar. ¿Qué coño le han hecho a Maddie? ¿Vermont? ¿Cómo ha llegado hasta allí? ¿La metieron en un avión anoche? La hermana de Marissa no se habrá pasado casi toda la noche conduciendo hasta aquí para luego volver, ¿no?

—No creo que esté en Vermont.

—¿Qué han hecho con ella?

—No puedo responder a eso. Pero te aseguro que están aterrorizados.

Piper asintió. —A Sean parecía que iba a darle un infarto cuando me ha visto en la puerta.

—Sí. Y ese mierdecilla agresivo de Devin estaba dispuesto a echarnos a la fuerza de la propiedad. Marissa, la madre, está en completo estado de shock. ¿Y el padre? Sabe Dios… No estaba de humor para averiguar qué había detrás de esa campanita. Solo hay un sitio al que podemos ir con todo esto, Piper. Sé que no te gusta, pero no tenemos otra opción.

Piper suspiró. —Tienes razón.

—Pero que vayamos a la policía no significa que vaya a fiarme de ellos, sobre todo si el pueblo es tan corrupto como dices. Pero una chica desaparecida es una chica desaparecida, y a alguien tendrá que importarle una mierda.

—Eso espero.

—Además, iré yo. Quiero que te mantengas al margen todo lo que puedas.

Ella lo fulminó con la mirada. —¿Así que el hombretón habla ahora por la mujercita?

—No, la persona sensata habla en nombre de la amiga preocupada.

—Sé cuidarme sola, Jake.

Jake sonrió. —Nada de lo que he visto hasta ahora sugiere lo contrario. Pero, si le toco las narices a la persona equivocada, puedo desaparecer de este pueblo. En otras palabras, tengo mucho menos que perder que tú. Déjame en la comisaría, por favor.

—No sé… Creo que es mejor si…

—Quieres mi ayuda, ¿no?

—Sí.

—Pues confía en mí.

Se lo pensó y suspiró. —Sí, jefe.

El hedor a muerte nunca le había molestado a Jotham. Crecer en una granja con tanta matanza y podredumbre lo había insensibilizado. Pero su laboratorio apestaba a meados de gato, y ese era un animal que sencillamente no soportaba, así que se metió los tapones de carbón para la nariz hasta el fondo antes de llamar a Jenna Hanson.

Mientras ella llegaba a la puerta con un mono de trabajo azul pálido, él contempló su laboratorio con cierto orgullo. Antes de construirlo, había visitado unos cuantos. Muchos estaban desordenados, insalubres y apestaban mucho peor que este. Los suministros solían amontonarse en lugares recónditos: una montaña de Sudafed en una esquina, un montón de pilas de litio en la otra, filtros de café usados esparcidos por el suelo y vasos de precipitados rotos apartados a patadas a un lado de la sala. Su laboratorio estaba limpio y ordenado. Quería que se pareciera a la cocina de un restaurante de cinco estrellas, y la gente que había contratado para construirlo no lo había decepcionado. No se había escatimado en gastos: aire acondicionado, superficies de acero inoxidable que se desinfectaban a diario y contenedores de almacenamiento y equipos claramente etiquetados. También les ahorraba a sus empleados la paranoia que había visto en algunos de los otros laboratorios. Trabajaban en un ambiente tranquilo sin necesidad de temer a las fuerzas del orden. Les proporcionaba equipo sanitario nuevo a diario,

incluidas mascarillas, guantes, redecillas para el pelo, cubrezapatos y monos. También les pagaba muy por encima de la media y les daba vacaciones y bajas por enfermedad. Y lo único que tenían que hacer era subirse a la furgoneta conducida por Oliver cada mañana a las diez, de lunes a sábado, cocinar meta y volver a casa, y cuando alguien preguntaba —aunque la mayoría no eran tan tontos como para hacerlo— eran simplemente limpiadores que trabajaban para el señor MacLeoid.

—¿Señor MacLeoid? —dijo Jenna, con la mascarilla colgando de una oreja—. ¿Se encuentra bien?

Jotham cerró la puerta del laboratorio y le puso una mano en el hombro. —Hacía mucho que nadie me preguntaba eso.

—Lo siento. Es que parece cansado.

—No se disculpe. —Sonrió—. Me gusta, Jenna. Necesito su ayuda.

—¿Qué puedo hacer, señor?

Retiró la mano y respiró hondo. —Va a pensar que soy un mal padre. —Apartó la mirada—. Parece que he perdido a mi hija.

—¿Kayla? No lo entiendo. ¿Cómo?

Jotham la miró. —Intente no preocuparse, Jenna, todavía no. Sospecho que ha tenido un arrebato adolescente y se está quedando en casa de algún amigo.

—¿Cody?

—Sí, esa era mi esperanza. Sé que tienen una relación muy estrecha. Si hago que Oliver la lleve a casa ahora, ¿puede ver si su hijo sabe algo?

—Sí, por supuesto.

—Gracias, Jenna. Haré que Ayden espere en la furgoneta para que pueda informarle. Después puede tomarse el resto del día libre.

—No será necesario, señor MacLeoid.

—Insisto. —Le puso de nuevo la mano en el hombro, sonrió y se marchó.

JOTHAM SOSTENÍA la correa de Bo. No era necesario; su perra era obediente y simplemente se sentaba a los pies de su amo, pero de vez en cuando a Jotham le gustaba recordar a sus perras quién mandaba.

Examinó a sus veinte soldados. Algunos eran jóvenes y acababan de empezar sus carreras; otros eran mucho mayores y, como en cualquier otra profesión, estarían a punto de jubilarse. Sin embargo, en este juego no había jubilación. No podían quejarse; eran plenamente conscientes de ello cuando empezaron.

A Jotham le gustaban más los soldados más jóvenes: Anthony, Cole, Isaac y Lucas. Recordó su eficacia la noche anterior para reunir a los Thompson. En la juventud existían un afán y una energía que desaparecían rápidamente en la mediana edad.

Había enviado a Ayden con Oliver para que llevaran a Jenna a casa. No quería a su hijo allí. Estaba enfadado con él por su vacilación de anoche en el foso. No era un comportamiento digno de un MacLeoid. Si era necesario, Jotham le pegaría una paliza a diario para recordárselo. También consideraba a su hijo responsable de lo de Kayla; se suponía que tenía que haberla vigilado. Entre la multitud también faltaban los chicos Thompson. Después de ver a su hermana pequeña desaparecer en su foso la noche anterior, ponerlos a buscar a otra jovencita podría incitarles a un motín. Era mejor no ponerlos a prueba mientras sus sentimientos aún estaban a flor de piel. Además, todavía necesitaba a algunas de sus mulas en las otras ciudades. No podía tenerlos a todos fuera de servicio hoy. Aquello ya le estaba costando dinero de por sí.

—Ya sabéis todos lo de Kayla, y la mayoría tenéis cara de cansados, así que doy las gracias a los que lo han intentado durante toda la noche —Jotham se sacó del bolsillo el mono con el ojo roto —. Pero a aquellos que tenéis legañas y aliento a café del desayuno con vuestras familias, quiero que escuchéis lo que tengo que decir. —Se arrodilló, soltó la correa de Bo y le acarició la musculosa cabeza —. Que falte un MacLeod no es solo un problema de los MacLeod. Es el problema de todos. —Agarró a Bo por el collar y le puso el mono bajo el hocico—. Daba por sentado que todos lo sabíais. Así que eso me ha dado que pensar. —Bo forcejeaba contra el agarre de

Jotham. Tenía el olor de Kayla—. Quizá alguien de aquí sepa más de lo que dice. —Soltó a Bo.

La perra se movió rápidamente hacia el grupo de hombres.

Los hombres intercambiaron miradas mientras la terrier se acercaba, y algunos retrocedieron.

—Como alguien se mueva, le daré de comer sus putos cojones a Bo. Si no habéis tocado a mi hija, no tenéis nada de lo que preocuparos. —Jotham escudriñó a sus soldados paralizados. Era imposible distinguir la culpa entre ellos, porque todos y cada uno habían palidecido y apretaban los dientes.

Bo serpenteaba entre ellos, olfateando. Se detuvo ante Anthony, intrigada por sus botas de trabajo.

Los ojos de Anthony se abrieron como platos y negó con la cabeza.

Esto preocupó a Jotham. Anthony llevaba ya un tiempo siendo su soldado más prometedor. Aun así, Jotham entrecerró los ojos y se preparó para hacer lo que fuera necesario si el chico estaba relacionado de algún modo con la desaparición de su hija.

No lo estaba. Bo continuó su búsqueda. Cuando Bo terminó de rodear a los hombres sin encontrar el olor de Kayla en ninguno de ellos, regresó al lado de su amo.

Oyó varios suspiros de alivio. Jotham se arrodilló, le enganchó la correa, le acarició la cabeza y le dio un trozo de carne seca.

—Buena chica. —Se puso en pie—. La próxima vez, si alguno de vosotros desaparece cuando os necesite, simplemente asumiré vuestra responsabilidad y le daré a una de mis perras un verdadero festín.

Todos asintieron enérgicamente, incluso los muchos que se habían deslomado durante toda la noche.

—Pero entiendo lo que espero de vosotros, así que ofrezco cinco mil dólares a quien traiga a mi hija a casa sana y salva.

La multitud volvió a intercambiar miradas, pero esta vez con menos ansiedad e incluso algunas sonrisas.

5

LA COMISARÍA resultó más acogedora de lo que Jake esperaba. El sargento de la recepción escuchó sus inquietudes con una ceja enarcada y le hizo pasar a una pequeña sala con un sofá y algunas revistas. El sargento le ofreció café, que él aceptó agradecido tras la noche anterior de excesos, y tomó asiento.

Numerosas fotografías de Blue Falls decoraban la pared. Se levantó y se acercó a una de ellas, una imagen granulada en blanco y negro de Main Street. Reconoció el ultramarinos de Rogers. La fachada parecía idéntica. Solo la ropa de los transeúntes delataba la época que, según la anotación manuscrita bajo la imagen, era 1883. La mirada de Jake se posó en otra fotografía antigua, esta del Blue Falls Taps, el bar responsable de su incipiente dolor de cabeza y, en cierto modo, de su existencia. Si no hubieran echado del pueblo a los dueños, los Bickford, para que regresaran al Reino Unido todo ese tiempo atrás, Jake podría no haber llegado a existir jamás.

La puerta se abrió y entró un hombre no mucho más bajo que Jake. —Gabriel Jewell, jefe de policía —dijo, estrechándole la mano a Jake.

—Jake Pettman.

—Me lo ha dicho Ro, el de la recepción. —Gabriel sonrió—. ¿Dónde ha estado toda mi vida, señor Pettman? Yo era el chaval alto con el que todos querían medirse. Me sorprende haber llegado tan

lejos. Si hubiera aparecido usted hace treinta años, mi vida habría sido más fácil.

Jake le devolvió la sonrisa. —Bueno, si le sirve de consuelo, yo tuve problemas parecidos al crecer en Wiltshire.

—Si me acompaña, señor Pettman, iremos a mi despacho para que me explique sus inquietudes.

Jake contó un total de cinco agentes mientras Gabriel lo guiaba por la comisaría. Cuatro policías estaban agrupados alrededor de una mesa, charlando y riendo. Recordó sus días en el Cuartel General de Wiltshire. No recordaba muchos momentos como ese.

Una agente menuda estaba sentada sola en su mesa, con el pelo rubio recogido en una coleta tan tirante que relucía. Le dedicó una sonrisa de bienvenida a Jake. Él se la devolvió, y ella volvió a concentrarse en un informe que estaba rellenando.

Gabriel le abrió la puerta de su despacho a Jake en el preciso instante en que alguien gritó: —¡Sois unos putos capullos!

Jake se giró y vio que la actitud tranquila de la agente se había esfumado. Estaba roja de ira y en pie, levantando un tanga. El cajón a su lado estaba abierto. Obviamente, los machistas de poca imaginación se lo habían metido allí.

—A ver si maduráis, joder.

Uno de los agentes le gritó: —¿Quieres que te pidamos una barra para que bailes, Lil?

—Te ensartaría con ella —le respondió ella a gritos.

Gabriel se había puesto colorado. —Por favor, señor Pettman, espere ahí dentro.

Jake se sentó en la silla frente al escritorio de Gabriel y dejó que este abroncara a su personal.

Tras un torrente de improperios incomprensibles, les dijo que se pusieran a trabajar y entró en el despacho. —Disculpe.

—Parece que tiene un problema de acoso laboral —dijo Jake.

—¿Qué? ¿Eso? —Gabriel hizo un gesto con la mano—. Son todos amigos. Solo les gusta bromear a veces.

—Una cosa son las bromas y otra la misoginia. Eso me ha parecido de la Edad de Piedra.

Gabriel entrecerró los ojos y respiró hondo. Tras exhalar, tomó asiento. —Bien, ¿en qué puedo ayudarle, señor Pettman?

Jake le contó que había conocido a Piper en el Taps, sus preocupaciones por Madeline y su visita a la granja de los Thompson esa mañana.

—¿Y fue usted solo? —preguntó Gabriel.

Jake asintió.

—¿Y cómo respondieron a que un completo desconocido se presentara en su puerta?

—Amablemente —dijo Jake, manteniendo la mentira.

Gabriel tomó algunas notas mientras Jake observaba las fotografías de su escritorio. Todas eran de una pareja de ancianos, seguramente sus padres. Ni esposa ni hijos. Jake estuvo a punto de preguntarle si estaba casado o tenía pareja, pero rápidamente recordó a qué lado de la mesa se sentaba y decidió no tentar a la suerte.

—De acuerdo —dijo Gabriel—. Antes de investigar esto, me gustaría hacerle unas preguntas, señor Pettman.

Jake asintió, sabiendo que era inevitable.

—Siempre ayuda que la gente de fuera traiga el pasaporte a comisaría cuando viene a informar de algo, señor Pettman.

—Lo entiendo. —Jake sacó el pasaporte del bolsillo y lo deslizó sobre la mesa.

—Americano… Salvo que usted no es americano, ¿verdad?

Jake asintió. —Tiene delante el pasaporte que dice que sí lo soy.

—¿Pero y el acento británico?

Jake le explicó su historia como había hecho con Piper el día anterior.

Cuando mencionó a los Bickford, a Gabriel se le abrieron los ojos como platos y se recostó en la silla. —¿Sabe lo que ocurrió con los Bickford?

—No en su totalidad, no. ¿Es relevante para el motivo por el que he venido a verle?

—No lo sé —dijo Gabriel—. Hay muchas cosas relevantes. No siempre se sabe hasta que se investiga.

—Bueno, pues permítame asegurarle, jefe, que mis antepasados poco tendrán que ver con el paradero de Maddie Thompson.

Gabriel se inclinó de nuevo en su silla, revisando sus notas. —Bien, gracias, señor Pettman. Creo que tengo todo lo que necesito por el momento. Ya…

—Entonces, ¿qué va a hacer al respecto?

Gabriel levantó la vista de sus notas con los ojos entrecerrados. —Me pondré en contacto con usted si necesitamos algo más. Puede dejarle sus datos de contacto a Ro en la recepción.

Jake negó con la cabeza. —Eso no es suficiente.

Gabriel se recostó de nuevo en el asiento y enarcó una ceja. —¿Disculpe?

—He venido a denunciar la desaparición de una chica de quince años.

—Y ya le he dicho que lo investigaremos.

—Usted... —Jake señaló con el pulgar al personal revoltoso—, ¿o ellos?

—Nosotros, señor Pettman.

—Podría empezar por llamar a los parientes de Vermont para ver si ha llegado bien.

Gabriel sonrió con aire de suficiencia. —¿Sigue usted siendo policía, señor Pettman?

Técnicamente, sí. —No. Simplemente me ha parecido el curso de acción más obvio.

—Y la razón por la que le parece tan obvio, señor Pettman, es porque no es de por aquí. Y una ascendencia de esa naturaleza no cuenta mucho, la verdad. Si le soy sincero, no le conviene que cuente para nada.

—Hay una chica desaparecida, comisario...

—Y hay un ecosistema. En este pueblo, como en cualquier otro. Y es nuestro ecosistema. Si empiezo a llamar a los parientes de algunos de nuestros residentes más respetados, ¿qué imagen daríamos?

¿Capaces?, pensó Jake. *¿Proactivos?*

—Mire, no soy hombre de apuestas, pero si lo fuera, apostaría mi dinero a que está donde sus padres dicen que está. Y hasta que no

sospeche lo contrario, tengo un ecosistema en el que pensar.

—¿Pero y los moratones? Devin y Sean se habían estado peleando y, por lo que parece, el padre también.

—La gente se pelea, señor Pettman. Sobre todo en pueblos como este. Viéndole la cara, supongo que usted tampoco es ajeno a ello.

Jake se agarró al borde inferior del escritorio mientras crecía en él la necesidad de levantarse y gritar. Oyó más risas estridentes y otro grito de la agente. Se quedó mirando a Gabriel, que se movía inquieto ante el desorden de la oficina principal. Al percibir su debilidad, Jake señaló con la cabeza una fotografía colgada en la pared detrás de Gabriel, la de un agente mayor con un bigote de manillar que parecía orgulloso y competente. *Earl Jewell. Jefe de Policía. 1980.*

—¿Su padre? —preguntó Jake.

—Sí, si es que le incumbe, señor Pettman.

—¿Respondería él a mis inquietudes de la misma manera?

—No lo sé. Las cosas cambian. Yo me gané mis galones por mi cuenta.

—No lo dudo, comisario. Solo espero que, en el fondo, le importe que haya desaparecido una chica de quince años, porque a mí sí. Y mucho.

—Suena casi a amenaza.

Jake se echó hacia atrás en la silla. —Solo soy un ciudadano preocupado.

—Puede estar seguro de que, si hay necesidad de preocuparse, me preocuparé.

—¿Y qué hay de ese tal Jotham MacLeoid? ¿Forma parte de ese delicado ecosistema que ha mencionado?

Gabriel tamborileó con los dedos en la mesa. —Vaya, nuestra Piper sí que se ha ido de la lengua.

—Déjela a ella fuera de esto. Esto es cosa mía. Hago muchas preguntas.

—Bueno, siga haciendo preguntas, pero no obtendrá las respuestas que quiere. El señor MacLeoid no ha traído más que cosas buenas a este pueblo. Le costará encontrar a alguien que hable mal de él. Creo que hemos terminado, señor Pettman.

Creo que terminamos hace mucho tiempo, pensó Jake.

Gabriel se puso en pie y le ofreció la mano.

Jake fingió no haberlo visto. —¿La salida es por el mismo sitio?

—Lo acompañaré para que pueda dejarle sus datos a Ro. Y, señor Pettman, lo investigaré, y si hay algo de verdad en ello, daré la voz de alarma. Pero si no, le agradezco que sea un buen ciudadano americano y que muestre su preocupación. Pero ¿puedo darle un consejo?

Jake asintió. *Me imagino lo que viene ahora.*

Gabriel se inclinó hacia él. —No se quede mucho tiempo, señor Pettman. Este no es un lugar para forasteros. Odiaría que le pasara algo.

Jake suspiró. —Gracias por el cliché, comisario. Le aseguro que llamaré más tarde para saber si ha habido algún avance.

FUERA, la agente victimizada estaba fumando.

Jake se puso a su lado.

—¿Quieres uno? —preguntó ella.

Jake negó con la cabeza. —No, gracias.

—Trabajo con gilipollas.

—Me he dado cuenta. También me he dado cuenta de que tu jefe es el mayor de todos.

Ella se rio y enseñó un puño. —¿A lo mejor debería entrar repartiendo leña?

—Estoy seguro de que algún día lo harás. Y estaré encantado de conseguir entradas de primera fila cuando lo hagas.

Se enderezó y tiró el cigarrillo al suelo. —Eres gracioso. —Se giró hacia él y le quitó una pelusa de su chaqueta Barbour—. Desaliñado, pero gracioso. Y también debes de sacarme como treinta centímetros.

—Más, diría yo.

—Vale. Me gusta estar aquí abajo. Aunque no me ayuda a pasar desapercibida. Sobre todo ahí arriba. —Señaló la comisaría con la

cabeza.

—No quieres pasar desapercibida. Vales más que eso.

—¿Quieres decir que les demuestre lo que valgo? —Enarcó las cejas y se rio—. ¿Cómo crees que saldría eso?

—No lo sé. Pero no dejes que te hundan.

Señaló la comisaría. —¿Es tan grave en Inglaterra?

—He visto algunas cosas, pero en general, no. Nunca he visto nada tan grave como eso.

—No era mío, ¿sabes?

—¿El qué?

—El tanga.

Jake sonrió. —Ya me lo imaginaba.

—Soy Lillian Sanborn. Lil para los amigos. —Le tendió la mano, al igual que Gabriel había hecho antes.

Él le estrechó la suya de buena gana. —Y yo soy Jake Pettman. Desciendo de los Bickford. He pensado que sería mejor decirlo desde el principio. Parece ser una fuente de gran ansiedad para quien se entera.

—No he oído hablar de ellos.

—Genial. ¿Y cómo terminaste trabajando con esta gente? —Señaló la comisaría.

—Mi madre trabajó de limpiadora toda su vida. Le hablaban como a una mierda a diario. Principalmente los hombres, incluido mi padre. Hace unos años, decidí cambiar las tornas y unirme a la policía. Ponerle un poco de agallas a las mujeres Sanborn.

—Apuesto a que estaba orgullosa.

—La graduación fue el día más feliz de su vida. Ahora está en una residencia con alzhéimer. No recuerda gran cosa, pero eso sí lo recuerda. Me alegro de que no sepa en el circo que me he metido.

—Te metiste en eso y estás sobreviviendo. Chapó por ti.

—Sí. Genial. Me paso la mayor parte del tiempo en ese edificio, poniendo multas de tráfico o rescatando gatos de los árboles. Cada vez que pasa algo mínimamente emocionante, me relegan a la máquina del café.

Jake sonrió. —¿Me he quedado en lo de *emocionante*. ¿Aquí, de verdad?

—Ha llegado a pasar… Me estoy volviendo loca. Y estoy aburrida. ¿Tú qué harías?

Jake pensó en su comportamiento más reciente, el que le había hecho huir del Reino Unido. —Probablemente no soy la persona más indicada a la que preguntar.

—Venga, dime.

—Bueno, pues probablemente buscaría algo que hacer. Quizá arreglar algunas cosas.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. ¿Has visto algún problema que valga la pena resolver?

Jake sonrió. —Pues, de hecho, sí.

Enervado por Jake Pettman, Gabriel pugnaba por controlar a sus demonios de camino a casa de Jotham. Al final de Main Street, aminoró la marcha al pasar junto a un par de chicas de catorce años que disfrutaban del fin de semana.

Ellas le sonrieron por respeto a su posición.

Él les devolvió la sonrisa porque sus demonios se lo ordenaron. Dio la vuelta para volver a pasar lentamente junto a ellas.

De nuevo lo vieron y de nuevo sonrieron. No pensarían nada raro de que diera la vuelta; solo un solícito hombre de ley patrullando sus calles…

Solo que ¿no era un destello aquello en una de esas jóvenes sonrisas? ¿Y no era curiosidad aquello en las cejas arqueadas de esa jovencita?

Sus demonios parecían pensar que sí.

Después, durante el resto del trayecto, no pudo sosegar su corazón desbocado ni sus instintos más bajos hasta que sus demonios graznaron tan alto y con tanta violencia que acabó en una pequeña área de descanso, aliviándose en un pañuelo de papel.

Cuando llegó a casa de Jotham, le advirtió al viejo traficante que la conversación era seria. —Siempre lo son contigo, Gabriel.

Así que salieron juntos a dar un paseo por la propiedad. Jotham llevaba su rifle, lo que a Gabriel no le hizo demasiada gracia, pero lo dejó pasar. Jotham podía aguantar mucha presión, pero disparar al jefe de policía podría ser ir demasiado lejos, incluso para él.

Cada vez que Gabriel intentaba empezar la conversación, Jotham negaba con la cabeza. —Todavía no. Disfrutemos del silencio un momento más.

Gabriel se mordió el labio. Realmente no estaba para aguantar al viejo cabrón, pero discutir, como hacían tan a menudo, siempre resultaba improductivo.

Finalmente, Jotham se detuvo y se encaró con él. Su largo pelo blanco se alzó con una ráfaga de viento que recorrió el campo vacío. —¿En qué puedo ayudarte, Gabriel?

—Maddie Thompson.

Jotham enarcó una ceja. Un fantasma de sonrisa cruzó su rostro. —¿La cría de los Thompson? ¿Qué pasa con ella? ¿Te la follaste?

Gabriel se estremeció. Reprimió el impulso de abalanzarse sobre Jotham. En su lugar, se concentró en una bandada de coloridas currucas que revoloteaban a baja altura sobre los campos. Aquello apenas lo calmó. Volvió a girarse. —No me gusta que me hables así.

—Quizá me he pasado de la raya, Gabriel, pero no puedes venir aquí a interrogarme como si fuera un borracho pordiosero en una de tus putas celdas.

—Simplemente te he mencionado un nombre, Jo…

—Me has mencionado el nombre de una chica joven para provocar una reacción.

Gabriel respiró hondo. —Vale, intentémoslo de nuevo. Alguien ha venido a la comisaría a denunciar la desaparición de Maddie Thompson. Ha salido tu nombre.

—¿Quién?

—Un hombre llamado Jake Pettman. —Hizo una pausa para ver si Jotham mostraba alguna reacción. No lo hizo—. Un británico alto. Solo lleva un par de días en el pueblo.

—¿Por qué iba a interesarse un turista en Maddie Thompson?

—No es un turista. Tiene pasaporte americano. Y también desciende de los Bickford.

—¡Los Bickford! ¡No me jodas!

—Eso es lo que ha dicho.

Jotham se rio. —¡Los Bickford! Joder. Pensé que esa estirpe se habría extinguido hace mucho. Probablemente habría sido lo mejor para todos.

—¿Tenemos que preocuparnos, Jo?

—Bueno, si el hombre es de verdad un Bickford, ¡sin duda es algo de lo que preocuparse! La sangre es la sangre, Gabriel; tú lo sabes tan bien como yo. Tú eres tu padre, y yo soy el mío. —Jotham miró a lo lejos, al campo. Estaba claro que él también había visto las currucas—. ¿Con quién ha estado hablando?

—Con Piper Goodwin. Como Maddie no apareció por el trabajo, se preocupó y habló con Pettman.

—Ajá. —Jotham asintió.

—Ambos han ido a ver a la familia.

Jotham miró fijamente a Gabriel.

—Los Thompson les han dicho que Maddie está en Vermont, con unos parientes.

—Suena razonable.

—Entonces, si llamo a esos parientes, Jo, ¿estará allí?

Jotham se echó a reír. Levantó el rifle y disparó hacia las currucas, que se dispersaron. —Eso me suena a otro interrogatorio.

—Mira, Jo —dijo Gabriel, encogiéndose de hombros—, si no quieres mi ayuda, de acuerdo…

Jotham bajó el rifle, se volvió hacia Gabriel, entornó los ojos y dio un paso hacia él. —Oh, claro que quiero tu ayuda. Dile a ese hijo de puta de Bickford que Maddie está con sus parientes y luego dile que se largue del pueblo por el mismo camino que sus antepasados.

—Tú no me dices lo que tengo que hacer, Jo.

—¿No? De acuerdo, llámalo consejo. Y a estas alturas ya deberías saber, Gabriel, que mis consejos valen su peso en oro. Échalo del pueblo.

—Joder, Jo. ¿Maddie Thompson? Es solo una cría.

Jotham resopló. —Si hay alguien que no debería emitir juicios en ese departamento, Gabriel, ese eres tú.

—¿Otra vez esos rumores?

Jotham soltó una risita. —¿Fue un rumor cuando me pediste personalmente a la puta que aparentara ser más joven de las del Edge?

—Que te jodan, Jo.

Jotham sonrió. —Me gusta tu mala leche, Gabriel. Ahora dirige un poco de ella hacia ese niñato de Bickford.

—Me lo pensaré.

—Limitémonos a lo que se nos da mejor, como nuestros viejos, y moriremos de viejos y gordos en la cama.

—No quiero engordar, Jo.

Jotham lo despidió con un gesto de la mano. —Ahora mismo tengo otras cosas en la cabeza, Gabriel. Cosas importantes. Cosas *delicadas*.

—¿Quieres contármelo?

Jotham se lo pensó un momento, sopesándolo a las claras, y al final negó con la cabeza. —No. Yo me encargo. Es más seguro así.

—Gracias por el voto de confianza.

—Yo voy por aquí —dijo Jotham mientras señalaba en dirección a las currucas—. Seguro que sabes volver.

Mientras se alejaba, Gabriel pensó en Kayla, en su habitación de invitados, y sonrió para sus adentros. *Y ahí se quedará, bien lejos de ti, puto enfermo.*

6

EL LAGO STINSON era una masa de agua larga y estrecha.

—Recibe su nombre de una familia de los primeros colonos que perdió a un niño pequeño en estas aguas —dijo Lillian.

Un fuerte viento cruzaba el lago y Jake observó cómo se extendían las ondas.

—Hace mucho tiempo era un lugar de veraneo muy popular.

—¿Hasta eso? —preguntó Jake, señalando el muro de madera de seis metros de altura que se extendía por toda la otra orilla del largo lago.

—Sí —dijo Lillian con un suspiro.

Para llegar al lago, Jake y Lillian habían recorrido un largo sendero embarrado y habían atravesado un bosque. El paisaje había sido espectacular y le había recordado a su hogar. Ahora, frente a aquel muro monstruoso, Jake comprendía la importancia de las draconianas leyes urbanísticas que tenían en Inglaterra. Aquel lugar, el más perfecto de todos, había sido profanado.

Jake se sentó en un pequeño montículo de hierba a la orilla del agua. Notó cómo la humedad se le filtraba en los pantalones, pero no le importó. Era el mundo húmedo y embarrado en el que se había criado.

Lillian prefirió quedarse de pie.

La pregunta que le había hecho a Lillian al salir de la comisaría había sido: *«¿Y quién coño es ese Jotham MacLeoid?».*

Su respuesta fue traerlo aquí.

—Este es el tipo de hombre que es Jotham —dijo Lillian—. Construye un muro para aislarse del mundo.

—Reservado.

—Quizá. Pero la gente ya sabe que ahí dentro no ocurre nada bueno. No necesita un muro. Nadie en su sano juicio pisaría esa propiedad a menos que lo invitaran... ¡o *se lo ordenaran*, vamos! Creo que es una cuestión de intimidación. Un símbolo. Un símbolo para demostrar lo grande que la tiene.

Jake sonrió y asintió. —¿Y cómo se le ha puesto tan grande?

—Dándole al pueblo exactamente lo que necesitaba.

—Sin ánimo de ofender, pero a juzgar por lo ruinoso que parece tu pueblo, no estoy seguro de que esté repartiendo tanto.

—Es un engaño. En este pueblo hay gente con mucho dinero y también gente a la que se le da lo suficiente para que no se salga del redil mientras da gracias a su buena estrella. No te dejes engañar por unas cuantas tiendas con los escaparates tapiados en la calle principal. La gente vive bien. Tiene a la mayoría comiendo de su mano.

Jake hizo un gesto hacia la valla de madera. —¿Así que estos son los muros de su palacio?

—Algo así.

—¿Quiénes son los MacLeoid?

—Tradicionalmente, los MacLeoid eran criadores de perros. Durante la ley seca, montaron una red de contrabando de licores. Con el tiempo, el padre de Jotham, Boyd MacLeoid, continuó con el nombre de la familia siendo el matón local que extorsionaba a los dueños de los negocios para ofrecerles protección y mantenía al pueblo abastecido de drogas recreativas durante los alegres años sesenta. Pero nada pudo preparar a Blue Falls para Jotham. Es el peor de todos.

Él suspiró. —Estás a punto de decirme que es más que un simple granjero, ¿verdad? —Por dentro, se sintió decepcionado de que Piper le hubiera ocultado información la noche anterior.

—Bueno, depende de cómo definas granjero. Desde luego, cultiva mercancías. Aunque creo que la definición más correcta sería

que las *cocina*.

Abrió los ojos como platos.

Lillian asintió. —Creo que acabo de firmar mi propia sentencia de muerte al contarte esto. —Se encogió de hombros—. En fin, a la mierda. Quizá dejen de mirarme como a una niñita patética.

Jake había dejado de escuchar. —¿Fabrica drogas? —señaló el muro—. ¿Ahí dentro?

—Sí. Tiene un laboratorio de metanfetamina bajo su propiedad.

—¿Y todo el mundo en el pueblo lo sabe?

Lillian volvió a asentir. —Tiene a mucha gente del pueblo trabajando para él. Algunos en el propio laboratorio, otros distribuyendo en otras zonas.

La telaraña de Piper. El ecosistema de Gabriel. Todo se reducía a lo mismo. —Esto es corrupción. ¿Por qué nadie se pone en contacto con la Policía Estatal de Maine? ¿El FBI? ¿Alguien?

—¿No estás escuchando? Todo el mundo le tiene pánico.

—Es un solo hombre.

—Es un solo hombre con mucho poder y muchos aliados. Si supiera que te estoy contando esto ahora, mañana te costaría encontrarme.

—Aun así, si se le elimina de un plumazo...

—Pero no funciona así, ¿verdad? Lo sabes tan bien como yo. Eres policía. Existe el pequeño detalle de la sospecha, las pruebas y la burocracia. La policía estatal no va a irrumpir y a detener a nadie por una llamada tuya, Jake. Se presentarán a investigar y el pueblo cerrará filas. Probablemente le prenderá fuego a su laboratorio antes de que consigan una orden de registro. Luego, cuando se vayan, morirá gente. Y él volverá a empezar.

Jake advirtió movimiento en lo alto del muro de madera, justo frente a ellos. Alguien estaba subiendo a un pequeño pedestal con una silla, casi como una torre de vigilancia, seguramente por una escalera del otro lado.

—Tienes que estar de puta broma —dijo Lillian—. Nunca nadie lo ha visto ahí arriba.

El lago era tan estrecho que Jake pudo ver con claridad al hombre mayor, de pelo largo y blanco, que miraba desde su

pedestal. Levantó una mano a modo de saludo. En la otra mano sujetaba una lata de algún tipo.

—¿Es este su puto trono? —dijo Jake.

—¡Hola! —gritó Jotham desde el otro lado del lago.

Jake asintió como respuesta.

—¡No hay nada como beber la cerveza de tu propio lago! —gritó Jotham.

Y entonces Jake recordó la horrible cerveza que había estado bebiendo la noche anterior: Stinson IPA. Jake miró a Lillian. —¿Su lago? —preguntó en voz baja, aunque no lo oirían a menos que gritara.

—No. El lago no es suyo, pero probablemente siente que todo le pertenece.

—¡Venid a acompañarme! —gritó Jotham—. Tengo una nevera llena de cerveza.

—No, gracias —respondió Jake a gritos.

—Lo entiendo. Prohibido beber estando de servicio, ¿eh, Lillian? —gritó Jotham.

Lillian suspiró, mirando a Jake, que seguía sentado en el montículo. —Deberíamos irnos.

—¿Por qué? Esto se acaba de poner interesante.

—¿No has estado escuchando ni una palabra de lo que he dicho?

—Claro que lo he hecho, pero si corres delante de un perro, te persigue. Y como desciende de criadores de perros, él lo sabrá. Así que lo mejor que puedes hacer ahora mismo, Lillian, es seguir contándome cosas sobre él.

Jotham se sentó en su silla y observó a Jake y Lillian continuar con su conversación.

—Vale, pero si saca los prismáticos y se pone a leer los labios, te las apañas tú solo.

Jake vio a Jotham y sonrió.

—¿Con quién vive?

—Con su hijo, Ayden, y su hija, Kayla. Ayden tiene veintitantos años. Kayla es bastante joven y todavía va al colegio.

—¿La madre de ellos?

—Son de madres distintas. Exprostitutas. La madre de Kayla murió hace unos años. La madre de Ayden vive en Sharon's Edge. ¿Estás seguro de que quieres saber la parte más interesante de la historia de Jotham?

—Por supuesto.

—Es horrible.

—Es de esperar.

—Tuvo tres hijos antes de Kayla y Ayden… Trillizas…

—¡Vaya par de cotillas estáis hechos! —exclamó Jotham. No les había quitado ojo de encima—. Debe de ser un lugar interesante de donde viene usted, señor Bickford.

—Pettman —replicó Jake. No le sorprendió. ¿Cómo no iban a volar las noticias en un pueblo de tres mil habitantes?

Jotham se llevó la mano a la oreja.

—¿Perdón? No le he entendido.

—Pettman. Me llamo Jake Pettman.

Jotham levantó la palma de la mano.

—¡Disculpe! Parece que me han informado mal. Por favor, continúen con su pícnic.

—Gilipollas —masculló Jake.

—Sería más seguro que te guardaras esas opiniones para ti.

—¿Como todo el mundo en este pueblo? El cambio tiene que empezar por alguna parte. En fin, decías, ¿trillizas?

—Hace un tiempo, cuando él tenía treinta y tantos, se casó con una tal Amber Colson. Era la hija del concejal jefe de la época.

—Otra jugada astuta —dijo Jake, recordando sus hazañas de la noche anterior con el hijo del actual concejal jefe—. No me extraña que le haya resultado fácil construir su imperio, con el ayuntamiento de su parte.

—Bueno… no todo ha sido un camino de rosas.

—Bien —dijo Jake, mirando fijamente los ojos petulantes de Jotham—. Ilústrame.

—Un día llegó a casa y se encontró a sus tres hijas pequeñas muertas. Amber les había dado desinfectante.

Jake sintió un tic en los ojos, pero los mantuvo fijos en los de Jotham.

—Depresión posparto.

—Joder —dijo Jake, viendo a Jotham dar otro trago a su cerveza.

—La historia cuenta que él la apoyó, que intentó ayudarla, pero una noche ella se encerró en un viejo granero y le prendió fuego.

Jotham sonrió.

—Una forma horrible de morir —dijo Jake.

—Se voló la cabeza con una escopeta antes de que la alcanzaran las llamas.

Jake se estremeció.

Jotham se levantó y caminó hasta el borde del pedestal.

—¡Ha sido un placer ponerse al día! —Aplastó la lata y la arrojó.

Jake siguió con la mirada su descenso hasta el lago. Las ondas se extendieron a lo largo y ancho. La lata subía y bajaba, un contaminante que no se hundía. Volvió a levantar la vista y vio a Jotham caminar hacia su escalera. *Un hombre airado y amargado que lo ha perdido todo, pero que quiere seguir arrebatando.*

Jotham bajó por la escalera. Justo antes de que su cabeza desapareciera, Jake apretó los dientes.

Me da igual lo poderoso y peligroso que seas; si le has hecho daño a Maddie Thompson, te mataré.

CUANDO PIPER VISITÓ la habitación de su motel a primera hora de la tarde, Jake no quería que ella se diera cuenta de que se sentía traicionado por no haberle contado lo de Jotham MacLeoid y su poder sobre el pueblo. Sin embargo, como siempre le ocurría cuando estaba con alguien del sexo opuesto, le costaba ocultar sus verdaderos sentimientos.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás cabreado?

Después de que se lo contara, ella se sentó en el borde de la cama.

—Lo siento.

—Si necesitas mi ayuda, tienes que contármelo todo.

—Lo sé, pero no puedo evitar sentirme avergonzada de Blue Falls. Me gustaría que te quedaras por aquí, y decirte que mi pueblo es una cloaca no sería la táctica más convincente.

Jake suspiró y se sentó a su lado.

—Tiene algunas cosas a su favor. El lago Stinson es bonito. El paseo hasta allí me ha recordado a mi hogar.

—Hasta que llegas al lago y ves ese muro.

—Sí. Eso era todo un adefesio.

—¿Quién era la agente que te llevó al lago Stinson?

Jake sonrió.

—¿Ahora quieres que sea *yo* el que sea abierto y transparente?

Piper bajó la mirada.

—Justo.

Jake le habló de Lillian Sanborn y de la tarde que habían pasado juntos.

—Es agradable, Lillian —dijo Piper, todavía con la vista baja—. Me alegro de que quiera ayudar.

—Sí, desde luego es una de las personas más agradables que he conocido en el pueblo.

Piper miró a Jake con una expresión triste.

—He dicho *una de*.

Piper sonrió.

—Siento haberme guardado cosas.

Parecían estar acercándose. Jake no había cambiado de postura en el borde de la cama ni se había dado cuenta de que Piper se moviera, así que supuso que sus caras se estaban aproximando la una a la otra.

Sonó su móvil. Jake alargó el brazo por detrás de sí mismo para cogerlo de la cama.

—Espero que sea Jewell. Le he estado dejando mensajes cada cinco minutos durante las últimas dos horas —contestó—. Jake Pettman.

—Soy Gabriel Jewell.

—Es usted un hombre muy ocupado.

—Bueno, soy el jefe de policía.

¡Sí, claro! ¡El jefe de policía de un pueblo pequeño donde lo único que está pasando ahora mismo es algo que no tienes ninguna inclinación por investigar!

—He contactado con los parientes —dijo Gabriel—. Maddie está perfectamente. De hecho, van a matricularla en un colegio el lunes. Están muy interesados en cumplir la ley en esta difícil situación.

—Ya veo. ¿Con quién ha hablado?

—No es asunto mío compartir nombres con usted, señor Pettman. De hecho, no es asunto mío compartir nada de esto con usted. Solo he pensado que con toda la preocupación que ha mostrado, se merecía saber algo. Así que, ahí lo tiene: está a salvo. Caso cerrado.

—¿Por qué se ha peleado la familia?

—Mire. De donde usted viene, puede que parte del trato sea meter las narices una y otra vez hasta que la relación entre usted y la comunidad se vaya a la mierda, pero aquí intentamos mantener un cierto grado de respeto los unos por los otros.

Joder, ¡otra vez con tu puto ecosistema!

—Pero si *de verdad* tiene que saberlo, y esto es lo último que voy a decir sobre este asunto, la discusión fue por los hermanos. Esos dos no traen nada bueno, si quiere mi opinión. La madre quería alejarla de ellos. Un corte limpio.

—¿Malas noticias? ¿Cómo?

—He hecho lo que me ha pedido. Ahora, hágame un favor y piense en lo que le dije antes de que se marchara del despacho. El cliché, ¿recuerda? Medítelo detenidamente. Buenas noches, señor Pettman. —La comunicación se cortó.

Jake suspiró.

Piper le dio una palmadita en el brazo. —¿Qué?

—Dice que ha contactado con los familiares y que todo está bien. En otras palabras, la policía no va a hacer nada.

—No quiero ser yo quien lo diga, pero ya te lo advertí.

—Vamos a averiguar si el idiota de verdad ha llamado a los familiares. —Jake telefoneó a Lillian. La saludó, le dio las gracias por el día y por la información, y luego pasó directamente a la petición —. Dale las gracias otra vez a Marissa por darle a la policía el

número de teléfono de sus familiares de Vermont. Luego discúlpate y dile que crees que apuntaste mal el número.

—Conque o me da el número o se pregunta de qué coño estamos hablando y pone al comisario en evidencia por contar milongas, ¿no?

—Exacto —dijo Jake.

Tras la llamada, Piper le puso una mano en la rodilla. —Muchas gracias por todo esto.

Jake la miró. —No tienes que darme las gracias.

—Ya sé que no, pero te las doy.

Jake se encogió de hombros. —Aquí pasa algo raro. Nunca he sido de los que miran para otro lado. Suena noble, pero es una maldición. Me ha metido en líos muy gordos a lo largo de mi vida. —*Y acabó con mi último matrimonio.*

Ella se inclinó y lo besó.

Él permitió que el beso se prolongara, pero no correspondió a la presión.

Cuando ella vio que no iba a ninguna parte, se apartó. —Lo siento. Pensé que…

—No pensaste mal.

—Pues no lo parece.

—No espero ningún tipo de recompensa.

Ella abrió los ojos como platos. —¿*De verdad?* ¿Es eso lo que crees que es esto? ¿Una especie de pago de ser-?

—No…, no. —Jake agitó las palmas de las manos hacia ella—. Me he expresado mal. No me refería a eso. Solo que no quiero aprovecharme de alguien que se siente agradecida conmigo. Esto de ayudar… es parte de lo que soy, probablemente una resaca persistente del trabajo que tenía antes. Me gustas, de verdad, pero involucrarte conmigo sería un error.

—Lo dices como si acabara de pedirte matrimonio.

Sonó el móvil de Jake. —¿Lillian?

—Vale. ¡Prepárate para esto! Ha dejado a Marissa totalmente descolocada. Les ha preguntado a sus hijos que cuál de ellos había dado el número. Todos lo han negado.

—Porque nunca ocurrió —dijo Jake.

—He vuelto a insistir. El marido, Blake, me ha arrebatado el teléfono, ha dicho que el de su cuñada estaba averiado y me ha colgado. Aquí está pasando algo muy gordo.

—Algo que involucra a tu jefe.

—Mierda.

—Lillian, ¿podrías llamar mañana diciendo que estás enferma y quedar conmigo en el Blue Falls Motel a las ocho de la mañana?

—Mierda… ¿esto es trabajo policial de verdad, Jake?

—Si das por trabajo policial andar a tientas en la oscuridad sin tener ni puta idea de lo que pasa, entonces sí, supongo que lo es.

—Suena emocionante. Nos vemos a las ocho.

Jake miró a Piper.

Ella no parecía convencida. —Vaya, te has buscado una nueva compañera, ¿eh?

—No, es que *hemos* tenido un golpe de suerte. Es agente de policía. ¿Adónde crees que llegaríamos sin una?

—Aun así, preferiría ir yo.

—Lo sé, pero después de conocer a Jotham y oír todo sobre ese monstruo insidioso, no pienso pasearte por esta investigación.

Se quitó los zapatos, subió las piernas al sofá y se inclinó hasta apoyar la cabeza en el hombro de él.

Él sopesó la idea de rodearla con el brazo, pero dudó y en su lugar inclinó su cabeza hacia la de ella. Casi suspiró al sentir el contacto, pero se contuvo; no quería darle demasiadas pistas de que estaba disfrutándolo tanto como ella.

Un error… un error… un error… Las palabras resonaban en su cabeza. Quizá a ella la excitaba que él hubiera venido a ayudarla, que fuera como una especie de caballero de brillante armadura, pero ¿era eso tan malo? Bajó la mirada cuando la mano de ella se movió sobre él.

Sus uñas multicolores se deslizaron por su pecho. —Tienes buen cuerpo. Fuerte. —Su mano descendió.

Ambos respiraban ahora más deprisa.

Ella deslizó las manos por debajo de su camiseta y las pasó por su estómago.

Un error… un error… un error… Su propia advertencia no se le iba de la cabeza, y no contribuía en absoluto a detenerlo. Si acaso, lo excitaba aún más.

Ella se apartó.

Él se inclinó hacia ella sin querer que se fuera.

Ella levantó un dedo para inmovilizarlo, luego se quitó su propia camiseta, se desabrochó el sujetador, le levantó la camiseta a él y apretó sus pechos contra su piel. Le rozó la barbilla, la mejilla y la comisura de los labios antes de besarlo.

Esta vez, él le devolvió el beso.

Un error… un error… un error…

El beso se volvió más firme. La mano de ella bajó y empezó a tocarlo.

Él se empalmó rápidamente.

Ella se subió encima de él, empujándolo hacia atrás, y luego se inclinó sobre él para poder besarlo de nuevo.

Un error… un error… un error… Las palabras lo torturaban, pero sus manos eran incontenibles. Tiró del cinturón de los vaqueros de ella mientras lo besaba con fuerza.

Ella le concedió un respiro para soltarse el pelo y dejar que cayera sobre él.

Con una mano le desabrochó el botón de los vaqueros, mientras que con la otra le masajeaba un pecho.

Ella se inclinó y lo besó durante lo que pareció una eternidad.

Un error… un error… un error…

Una persona sabia le dijo una vez a Jake que no se puede aprender sin cometer errores. Le dio la vuelta sobre la cama y le bajó los vaqueros. *Esta noche, pues*, *iba a ser puramente educativa.*

7

DESPUÉS DE QUE JOTHAM pasara el día vaciando la nevera portátil de Stinson IPA, se puso a caminar de un lado a otro en la habitación de Kayla. Los pósteres de la boy band, que había arrancado antes, yacían arrugados en el suelo. Les dio patadas y luego tocó con el pulgar las zonas de la pared donde al arrancarlos había dañado la pintura amarilla. *Vas a pintar eso, Ayden. Vas a pintar toda esta puta habitación.*

Se acercó al espejo de cuerpo entero junto a su cama y se quedó mirando su reflejo. Agarró cada cortina blanca de pelo colgante con una mano diferente, se las echó hacia atrás sobre las orejas y las mantuvo allí. *Te veo, papá.*

Recorrió de arriba abajo el rostro curtido, deteniéndose un rato en los ojos pequeños que se ahogaban en bolsas carnosas. *Te veo, Boyd.* Estrelló la frente contra el espejo. Manteniendo la cabeza contra el cristal, esperó a que la sensación de ardor se extendiera en un dolor sordo por la nariz y las mejillas. Apartó la cabeza, sonriendo.

Una telaraña se había extendido por el cristal.

Sintió la sangre corriéndole por el puente de la nariz.

Te-

Se lanzó hacia delante y oyó el cristal astillarse aún más.

veo-

Embistió, manteniendo los ojos abiertos para que, al retroceder, pudiera ver la herida abriéndose en su frente.

a ti.

La sangre le llenó los ojos. Retrocedió tambaleándose, ciego, se arrancó la camisa de franela abotonada y se la quitó. Se limpió la sangre de la cara y los ojos y la sostuvo contra su frente ardiente para detener el flujo. Se acercó de nuevo al espejo, con la visión aclarándose. La telaraña había crecido en detalle y brillaba en rojo, pero aún podía verse a sí mismo. Recorrió su reflejo, empezando por su estómago expuesto justo encima de la hebilla de sus vaqueros y subiendo por su pecho ensangrentado —que, aunque no era musculoso, era delgado y no se hundía como suele ocurrir en hombres de su edad. Se tocó la cara, que estaba partida por el centro de la telaraña.

—La he perdido, papá...

Entrecerró los ojos.

—No me mires, Boyd...

Golpeó la palma de su mano contra el espejo, astillándolo aún más.

—¡No me mires, *joder*!

Empujó la palma contra el cristal. Era inútil. El viejo cabrón seguía mirándole fijamente.

Se apartó del reflejo y apoyó la espalda desnuda contra el cristal. Respiró hondo y, con la camisa aún presionada contra su frente sangrante, se deslizó hasta ponerse en cuclillas, mientras el cristal roto le mordía la parte superior de la espalda. Se impulsó para volver a ponerse de pie y sintió cómo el cristal le desgarraba.

Gritó de agonía.

Voy a borrarte, papá.

Volvió a deslizarse por el cristal y escuchó cómo se desgarraba su espalda.

MEDIO DESNUDO Y CON FRÍO, aún sujetando su camisa contra la frente, Jotham abrió la puerta de la jaula y se metió a gatas con Bo.

Los otros perros ladraban, celosos de la atención que se le prestaba y sin saber que en esta ocasión era realmente Jotham quien buscaba la atención.

Jotham se acurrucó de lado junto a su perra y cerró los ojos.

Bo caminaba excitada alrededor de su dueño, olisqueándole el cuello, pero en cuanto percibió que no estaba allí para jugar, se acurrucó junto a él y pasó su larga lengua arriba y abajo por su espalda desgarrada.

Al principio, escocía, pero Jotham ya no tenía energía para moverse, así que lo permitió. Con el tiempo, empezó a calmarlo. Jotham finalmente encontró el sueño, sonriendo al recordar aquel último momento antes, en la habitación de Kayla, cuando se había vuelto para mirar de nuevo la cara de su padre, pero solo podía ver la sangre que oscurecía el reflejo.

LA BELLA DURMIENTE.

Kayla yacía de espaldas con su largo pelo negro extendido sobre la almohada. Llevaba una de sus camisetas, que le quedaba demasiado grande, pero, mientras su pecho subía y bajaba, sus pechos pequeños pero en desarrollo presionaban contra la tela suelta.

Un beso para despertarla.

Gabriel se deslizó en la habitación, a la vez excitado y temeroso de lo que había permitido entrar en su casa.

Esta era la hija de Jotham MacLeoid. Si el viejo cabrón supiera que estaba aquí, organizaría un linchamiento como no se había visto en generaciones. Se situó junto a la cama. El edredón le cubría hasta la cintura. Era un simple gesto levantarlo y apartarlo de su cuerpo sin despertarla. Suspiró cuando vio sus pantalones cortos, ajustados a sus estrechas caderas pero holgados en los muslos de sus delgadas piernas. Alargó la mano...

Hoy, en su tierra, el odio de Gabriel hacia Jotham se había intensificado. Ascender a las alturas del cargo de jefe de policía solo para inclinarse ante un traficante de drogas insidioso que corrompía el alma del pueblo que amaba era una carga agotadora de soportar.

Sus dedos estaban a un centímetro del muslo de la chica dormida...

Tan fácil corromper a la hija del cancerígeno Jotham. Y tan excitante. Se mordió el labio inferior y respiró hondo. Su mano temblaba.

Cerró la mano y se apartó.

ABAJO, frente a su portátil, Gabriel luchaba por encontrar satisfacción. Saltaba de un vídeo a otro. Había visto la mayoría antes, muchas veces, y con gran placer; sin embargo, esta noche, ninguno le ayudaba a mantener una erección.

Sabiendo adónde podría llevarle este viaje, se resistió, decidido a luchar contra ello. No importaba cuán profundo intentaran arrastrarlo sus demonios, había un nivel que *debía* evitar a toda costa. Intentó mirar a los ojos de su hermana buscando apoyo, olvidando, por supuesto, que ya había dado la vuelta a su fotografía, y no había mirada amistosa con la que encontrarse.

Intentó un último vídeo, pero su erección, y luego su fuerza de voluntad, se desvanecieron, y se encontró abriendo el vídeo que había estado tan desesperado por evitar.

Y entonces se encontró mirando al abismo.

Una niña de doce años suplicaba a un hombre enmascarado que la dejara volver a casa con sus padres y su hermanito, Samuel. El hombre negó con la cabeza y le dijo que si alguna vez quería volver a verlos, tendría que desnudarse. Ella se quitó el uniforme escolar.

Gabriel lloraba mientras se masturbaba.

Mientras Piper dormía, Jake miraba fijamente el techo. Luchaba contra el insomnio casi todas las noches de todos modos. Pero esta noche, con los Thompson mintiendo sobre su hija desaparecida mientras la sombra del infame Jotham MacLeoid se hacía cada vez más grande, realmente estaba perdiendo la batalla. Se inclinó y besó la gran marca de nacimiento en la clavícula de Piper, luego se giró para sentarse al borde de la cama.

Como solía hacer cuando el insomnio ganaba la partida, sacó las fotografías de su hijo del cajón. Las primeras semanas viajando por Nueva Inglaterra, le hacían llorar, pero ahora se estaba volviendo más resistente. El dolor le estaba endureciendo.

La última fotografía mostraba a Frank con una camiseta del Southampton celebrando un gol que acababa de marcar en una portería de fútbol hinchable en su jardín. Jake sonrió. Había dejado que el tiro de Frank se colara entre sus piernas y, una vez que el niño celebraba como loco, sin saber de la ayuda de su padre, Jake rápidamente había tomado una foto con su móvil.

Mientras guardaba las fotografías en el cajón, Jake consideró qué haría si Frank alguna vez necesitara ayuda como la necesitaba ahora Maddie Thompson. Sus instintos, su desesperación por ayudar, le harían tomar el primer avión a casa, pero ¿cuánto duraría después de que el avión aterrizara? Tendrían ojos en todas partes. Estaría muerto antes de poder acercarse a ayudar a su hijo.

Jake suspiró, se levantó y se estiró. Se volvió y miró fijamente el cajón. Así que esta era su recompensa por darles la espalda, por elegir el exilio honesto. Nunca regresar. Nunca volver a ver a su hijo.

Se sentó en el taburete que había usado anoche Peter Sheenan, el ex soldado apodado Dogman por algunos de los lugareños más incendiarios. Se apartó de Piper para no molestarla con la luz de su teléfono. Se puso a investigar a los residentes más siniestros de Blue Falls, entre los cuales, desafortunadamente, había muchos.

Blake Thompson abrió sus ojos amoratados y jadeó.

Una figura con las piernas cruzadas estaba sentada al pie de la cama, de cara a él.

Se incorporó, tragando aire, y después de que sus ojos se ajustaran a la vigilia, suspiró aliviado. Era Marissa. Gimió y se estremeció mientras ajustaba su posición sentada. Le habían dejado hecho un desastre junto a aquel hoyo, psicológica y físicamente. Y ahora, el mero pensamiento de ese lugar y lo que había ocurrido allí le recordaba el profundo vacío dentro de sí mismo, y quería gritar de angustia. Pero lo reprimió, por el bien de Marissa, por el bien de sus hijos. Ese sería su castigo, su purgatorio: pudrirse en silenciosa angustia.

—Querida, debes intentar dormir.

Ella no respondió y tenía una expresión ausente. Sus ojos ni siquiera estaban fijos en él. Parecían estar mirando a otra parte.

—¿Marissa?

Seguía sin responder.

—Mantenerte despierta solo te enfermará.

Marissa sonrió y bajó los ojos hacia él.

—¡Sabes que no dormiré hasta que Maddie esté en casa, tonto! Pero me ha dado tiempo para pensar. ¿Sabes lo que creo que deberíamos hacer?

Blake podía sentir lágrimas en sus ojos.

—No.

—Creo que deberíamos quedarnos en Soft Rain Bay otra vez, como solíamos hacer cada año. Solo un fin de semana, eso sí, sé que tú y los chicos estáis ocupados.

—Eso suena encantador, querida. Ahora por favor ven y consigue algo de...

—¿Va a volver a casa pronto, Blake? *¿Lo hará?*

Blake sintió que se le derretía el corazón. Quería gritar a los cielos.

—Eso espero, querida.

Marissa sonrió.

—Me gustaría mucho eso.

—A mí también.

—¿Quizá podrías pedirle al señor MacLeoid que la deje venir?

Blake sintió que se le helaba la sangre. No quería tener esta conversación otra vez, y desde luego no en mitad de la noche. Con cada hora que pasaba, se sentía más al borde de la locura, pero tenía que mantener la compostura, simplemente tenía que hacerlo. Si perdía el control, como Marissa claramente había hecho, ese monstruo volvería para acabar con ellos.

—No podemos precipitarnos. Ya te lo dije. Él permitirá que vuelva a casa cuando esté listo —cada vez que le mentía, sentía que otra parte de sí mismo se quebraba por dentro.

—Esos estúpidos *chicos*, nunca les perdonaré por esto. Deberían saber que no hay que romper las reglas de ese hombre.

No te vuelvas contra tus chicos, querida, pensó Blake, secándose las lágrimas de las mejillas. *Son todo lo que nos queda.*

—Si me acuesto ahora, ¿pensarás en Soft Rain Bay?

—¿Soft Rain Bay? Ah sí, por supuesto.

Ella se arrastró a su lado y le rodeó con el brazo.

—Espero que le esté alimentando bien.

—Estoy seguro de que lo hace —Blake se giró, preocupado de que sus lágrimas pudieran caer sobre la cabeza de ella.

—¿Recuerdas cuando me amabas, Blake?

Blake suspiró.

—Todavía te amo.

—Fue una época maravillosa.

—Duérmete, Marissa, por favor.

—Un día, volveremos a estar todos juntos.

Dios, cómo desearía que eso fuera cierto. pensó Blake y lloró tan silenciosamente como pudo.

8

JAKE DEJÓ A PIPER durmiendo en su cama y se reunió con Lillian en el coche de ella.

Ella le ofreció un vaso de plástico lleno de un potingue de color verde claro. —¿Zumo? He preparado demasiado.

Él lo cogió por educación, pero enseguida dejó entrever lo que pensaba en realidad al levantar la tapa y olerlo.

—Pepino y kiwi —dijo ella.

—Estoy en Estados Unidos. Esperaba café y dónuts.

—Esto no es el centro de Nueva York.

—Una lástima. —Jake tomó un sorbo y se encogió de hombros—. Pues no está malo. —Se bebió el vaso de un trago—. Las calorías justas para contarte algo que me ha llamado la atención de madrugada, pero después de eso, voy a necesitar repostar.

—¿Y qué te ha llamado la atención?

—Samantha Kelly.

—Es concejala.

—Sí, ya lo sé. Por eso la he investigado. Tu jefe le da mucha importancia a su delicado ecosistema, así que he hecho lo que he podido para trazar un mapa de todo.

—¿Toda la noche?

Jake se encogió de hombros. —Por eso esperaba que hubiera café.

—¡Ahora me siento mal! Bueno, al menos mi zumo es bueno para la piel. ¿Qué has averiguado sobre Samantha Kelly?

—Está forrada. Pero eso no me ha sorprendido. ¡Cualquiera en esa junta está forrado! Lo que de verdad me ha interesado es que era promotora inmobiliaria. A menudo, en Inglaterra, merece la pena investigarlos más a fondo. Su mayor proyecto fue en Soft Rain Bay. ¿Qué puedes contarme de ese sitio?

—Está en las afueras de otro pueblo en el río Skweda, New Lincoln. Solía ser un lugar de vacaciones popular hace mucho tiempo, antes de que volar se volviera asequible y los viajes, más ambiciosos. Iba allí de niña y puedo asegurarte que la lluvia, cuando cae, es de todo menos suave.

—¿La gente de por aquí todavía viaja allí?

—Algunos. No tantos. Ya no hay moteles baratos por allí, solo casas de verano caras y jubilados ricos. El aspecto es totalmente distinto; la mayoría de las propiedades más antiguas han sido demolidas.

—Sí, he visto parte de la destrucción por internet. También me he dado cuenta de otra cosa en la red, o más bien, de la falta de ella. Normalmente, cuando una promotora inmobiliaria se abalanza sobre una propiedad antigua que ha pertenecido a una familia durante generaciones, se arma un revuelo. No he podido encontrar nada en las noticias. Ni entrevistas con ancianos propietarios descontentos, ni informativos sobre residentes que emprendan acciones legales, ni siquiera un blog de alguien de allí hasta las narices. Nada. ¿Eso ocurre? ¿Todo el mundo vende sin más? ¿Sin quejas?

—¿Quizá la empresa de Kelly les pagó bien?

—Da igual lo generosamente que les pagaran, sigue habiendo gente a la que no le interesa el dinero. Alguien se habría opuesto. Te lo garantizo. Salvo que, supongo, alguna gente poderosa impidió que llegara a la prensa, o que llegara a cualquier parte, en realidad.

—Bueno, sí que suena bastante típico de Blue Falls. Entonces, ¿ahora qué? ¿Samantha Kelly?

—No, eso sentará como un tiro y probablemente acabaré en el talego antes del anochecer.

—O peor.

Jake asintió. —¿Conoces a alguien del departamento de policía de New Lincoln?

—No…

—Mierda.

Ella sonrió.

—¿Qué?

Ella enarcó una ceja. —No hay departamento de policía en New Lincoln. *Nuestro* departamento tiene el contrato para New Lincoln *y* Sharon's Edge.

Jake abrió los ojos como platos. —Cojonudo. Cambio radical de planes, Lil. ¿Ya has llamado para decir que estás enferma?

Ella negó con la cabeza y miró su reloj. —Iba a hacerlo a las ocho y media.

—Fantástico. Quiero que vayas a trabajar y accedas a los archivos de tu departamento.

—¿Qué busco?

—Denuncias por acoso de antiguos residentes de Soft Rain Bay.

—¿Crees que encontraré alguna?

—Probablemente no. Jewell forma parte del puto ecosistema con el que le encanta dar la matraca y mantendrá los archivos limpios. Sin embargo, hay algo que seguro que podrás averiguar…

—¿Dime?

—Los nombres y las direcciones actuales de los diez residentes de Soft Rain Bay que renunciaron a sus casas. Luego, vuelve aquí a por mí.

—Papá…, papá…, *¿papá?*

Jotham se despertó temblando y dolorido.

Ayden le ofreció una manta a través de la puerta abierta de la jaula del perro.

La expresión de preocupación en el rostro de su hijo confirmaba lo que ya sabía: se había hecho un daño considerable. Se apoyó en

un codo y apartó la manta.

Bo gimió y restregó el hocico contra el cuello de Jotham desde atrás.

Él se giró y apartó al perro.

—¿Qué ha pasado, papá?

—Sabes lo que ha pasado, Ayden. Lo sabes porque ya ha ocurrido antes. ¿Por qué tienes que hacerte siempre el tonto?

La cara de Ayden se descompuso.

—¿La has encontrado?

Ayden negó con la cabeza.

—¿Para qué me molesto en preguntar? —Jotham intentó salir gateando de la jaula. Cerró los ojos con fuerza, gimió y se detuvo a medio camino. Los cortes de la espalda habrían empezado a cicatrizar durante la noche; el movimiento estaría reabriendo las heridas.

—Papá, la espalda…

—¡Ya lo *sé*!

—Deja que te ayude…

Jotham apartó la mano de su hijo de un manotazo. —No me toques, joder.

—Apenas puedes moverte.

Jotham respiró hondo, apretó los dientes y se levantó. Aguantó hasta estar completamente erguido, pero en ese momento ya no pudo contener más el dolor. Soltó un grito gutural.

Los perros ladraron. Por una vez, no se molestó en intentar silenciarlos.

Pasó cojeando junto a su hijo.

—Estás sangrando.

—Manda a una de las chicas a que me vende.

—Quizá deberías hacértelo mirar.

Jotham se detuvo y se rio, parando cuando las vibraciones le quemaron como ácido. —¿*Mirármelo*? ¿Dónde? ¿En el hospital?

—Sí..., puede.

—Joder. De verdad que eres un cabroncete gracioso.

—¡No, joder, es que me preocupo! ¿Qué coño tiene de malo?

Mocoso insolente. *Yo también quería la aprobación de mi padre. Luché por ella día sí, día también. Pero nunca le alcé la voz. Ni una sola vez.* Jotham se giró lentamente para encarar a su hijo, no por el dolor, sino porque quería mantener la adrenalina a raya. No estaba en condiciones de pegarle una paliza, así que era imperativo que se contuviera. Además, había más de una forma de despellejar a un gato. Y él debía de saberlo bien; ya había despellejado a unos cuantos.

—Cuando era un crío, teníamos una perra en la granja completamente imposible de adiestrar. Hemos tenido nuestra ración aquí, Ayden, pero ninguna como esa. Un día casi le arranca la mano a Boyd de cuajo. Con cualquier otro, te habrías reído. Pero no te reíste tratándose de Boyd. Imponía demasiado respeto para eso.

—Conozco la historia, papá. Tú impones el mismo respeto...

—Vuelve a interrumpirme, Ayden. *Venga*. Te reto, joder.

Ayden palideció.

—¿Imponer respeto? Ni siquiera entiendes el puto concepto. Mi padre guardaba una cadena que no limpiaba nunca. Estaba manchada con la sangre de muchos de sus perros. Un día, me la puso en la mano y sacó a rastras a su perra imposible de adiestrar. Tú nunca has pegado a un perro, Ayden, no como es debido. Se te abalanza, dando coces y gruñendo. En ese momento, eres presa fácil, y si te pilla bien, te hará pedazos. Yo le di una paliza a esa perra. La tuve boca abajo, cagándose y meándose encima. Se estaba *puto* retorciendo en un pozo negro creado por ella misma. Después, le devolví la cadena a mi padre, manchada con la sangre de otro perro más. ¿Y sabes qué? Esa perra se volvió la más obediente del mundo. —Jotham parpadeó cuando la sangre le entró en un ojo. Se tocó la frente, que le escocía, e inspeccionó las yemas de sus dedos manchadas de rojo—. Tenía trece años. A los catorce, apenas un mes después, me estaba follando a una chica de la granja en la mesa de nuestra cocina. —Señaló su casa—. Mi madre entró. Más tarde esa noche, Boyd me dio una paliza con esa cadena por manchar la mesa donde cenábamos. Al día siguiente, me pegó otra vez por faltarle el respeto a mi madre.

Ayden se quedó con la boca abierta.

—Desde ese momento, nunca más me salí del redil. —Suspiró—. Y, sin embargo, a pesar de todo, aquí estoy, habiéndote fallado. —Jotham le dio unos golpecitos en el pecho a su hijo—. Alzarme la voz, interrumpirme, ser incapaz de controlar a tu hermana... *He fracasado*. Si tan solo pudiera volver atrás en el tiempo. Pegarte más fuerte. Adiestrarte mejor.

Una lágrima rodó por la mejilla de Ayden.

—Si Kayla no ha vuelto para mañana a estas horas, voy a rebuscar en las cosas de Boyd en el sótano y voy a sacar esa maldita cadena, Ayden. Entonces empezaré a pegarte. Y te lo advierto, si me siento la mitad de decepcionado de lo que me siento ahora mismo, no creo que pueda parar.

La alarma de Gabriel lo encontró en sueños y, cuando abrió los ojos, vio a Kayla en la cama con él. Se incorporó de un salto y el edredón se le cayó. Se miró y vio que llevaba pijama. Suspiró y recordó. No había pasado nada. Se había ido a la cama solo. Se habría metido ella durante la noche.

—Perdona —dijo ella.

—No, no pasa nada.

—No paraba de soñar con el pozo. No paraba de ver a Maddie..., su cara..., y entonces...

El pelo le tapaba la cara. Gabriel se lo apartó con delicadeza y se lo colocó detrás de la oreja. Con la otra mano, se subió el edredón para ocultar su creciente erección.

—Tenía miedo.

—Ahora estás a salvo.

—¿Ya habéis detenido a papá?

—No..., pronto. —Le secó una lágrima de debajo del ojo.

—¿Por qué se tarda tanto?

—Las investigaciones son así.

—¿Habéis sacado a Maddie del pozo?

—Es mejor que no hables de ello, Kayla. De verdad. Ya has pasado por bastante.

—No puedo volver hasta que lo detengáis. Si sabe que he estado hablando contigo, me matará.

Gabriel negó con la cabeza. —No tienes por qué. Pero no creo que te hiciera daño.

—No, de verdad. No sabes cómo es.

Él asintió. *Sí que lo sé. Ese hijo de puta es capaz de cualquier cosa.*

—Cuando ya no esté, podré vivir con Ayden. Él es diferente de papá. Cuidará de mí.

—Suena perfecto.

Se incorporó, se acercó a él y apoyó la cabeza en su hombro.

La erección le apretaba dolorosamente contra la tela del pijama.

—Eres majo. Gracias por ayudarme.

Apretó los dientes y luchó contra sus demonios. —De nada. ¿Por qué no bajas a ver un poco la tele?

—¿Vas a prepararte para ir a trabajar?

—Hoy no. Mi equipo se está encargando de tu padre. Tengo algunas cosas de las que necesito ocuparme de verdad.

—Te prepararé un café.

—Estaría bien, pero quizá deberías vestirte primero.

Después de que saliera de la habitación, Gabriel esperó a oír cerrarse la puerta del dormitorio de ella y se dirigió a una puerta que había debajo de las escaleras. Corrió unos cerrojos de hierro, rígidos y pesados. Hacía siglos que no bajaba allí. Abrió la puerta y, tapándose la boca para no tragar polvo, se inclinó para tirar de la cuerda de una luz. La bombilla desnuda se encendió. Gabriel bajó la vista por las escaleras hacia el polvoriento sótano.

Odiaba faltar al trabajo, pero tardaría un día en limpiar aquello, y tenía tantas ganas de que la nueva habitación de Kayla fuera perfecta para ella.

9

LA MAÑANA DE Jake con Piper no podría haber sido más diferente de la frenética noche que habían pasado juntos. La preocupación personal de ella por el bienestar de Maddie Thompson se había transformado en una preocupación *compartida*. Con ello surgió una sólida conexión emocional y una ternura mientras buscaban y encontraban consuelo el uno en el otro.

Sin embargo, el viaje de Lillian a la comisaría fue más rápido de lo que él había previsto y su llamada a la puerta de Jake interrumpió su encuentro amoroso.

—¡Espérame en el coche, por favor, Lil! —gritó Jake. Después de vestirse y despedirse de Piper con un beso, Jake se reunió con Lillian en el coche.

Ella le entregó una lista escrita a mano. —Las diez direcciones.

—Pongámonos manos a la obra, entonces.

Mientras conducía, Lillian dijo: —¿Tenías a alguien ahí contigo?

Jake se sonrojó. —¿No te andas con rodeos, eh?

—Entonces, ¿sí?

—Un caballero no tiene memoria.

—¿Piper Goodwin?

Jake enarcó una ceja. —¿Qué te hace pensar eso?

—Cuando entraste ayer en el departamento, oí hablar a los chicos. Uno de ellos te había visto en el Taps la noche anterior, tirándole los tejos.

—¿Tirándole los tejos?

Lillian sonrió, se detuvo en un cruce e indicó a la izquierda.

—¡Joder, Lil, solo te conozco de hace cinco minutos y ya estamos hablando de mis asuntos íntimos!

—Si vienes a un sitio como Blue Falls, tus asuntos íntimos son los asuntos de todos. Cuanto antes lo aprendas, más fácil te será encajar.

—No te preocupes, estoy aprendiendo rápido.

—Por cierto, Piper es una joya.

—Gracias por el visto bueno.

Los tres primeros expropietarios de las viviendas de Soft Rain Bay vivían bien. Todos se mostraron hospitalarios con Jake y Lillian y les ofrecieron café. Jake aceptó todas las veces y escuchó tres historias sobre cómo Kelly Properties les había cambiado la vida a mejor. Les habían pagado generosamente y su estilo de vida había mejorado una barbaridad.

Jake, que ahora tenía un subidón de cafeína, sintió pánico de haberlos llevado a un callejón sin salida.

—Todavía quedan siete —le tranquilizó Lillian—. ¿Quizá deberías aflojar con el café?

Jake siguió su consejo y, cuando se sentaron en un agradable y pequeño bungaló con Noah y Emma Watson, rechazó su café.

—Tenemos té —dijo Emma.

—Eso estaría genial, gracias —dijo Jake.

—¿Frío o caliente?

—Caliente, sin duda. —Jake se hundió en un sofá profundo que le recordó a su antigua casa en Salisbury.

En el sofá de enfrente, Noah y Emma se cogían de la mano mientras hablaban. Les rodeaba un halo de calidez y Jake esperó que a él también le aguardara tal satisfacción en su vejez.

Sin embargo, cuando Jake mencionó el motivo de su visita, la pareja frunció el ceño y el cálido halo desapareció. —Lo siento.

—No lo sienta. Estamos encantados de hablar de ello —dijo Noah, agarrando la mano de su mujer, como si la experiencia que estaban a punto de relatar los hubiera unido mucho más—. Cuatro generaciones de los Watson vivieron y murieron en esa casa. No nos

vamos a olvidar de ella y nadie nos va a impedir que contemos la historia. Se lo debemos a nuestra familia.

—Gracias, señor —dijo Jake.

—Empezó de forma bastante educada. Evan, uno de mis vecinos, los echó con una escoba, pero nosotros los escuchamos y fuimos hospitalarios. Ofrecieron mucho dinero, más de lo que valía la casa. Volvieron tres veces y su oferta creció de forma ridícula. La última vez, la propia Samantha Kelly, la dueña de la empresa, nos ofreció la jubilación más lujosa que pueda imaginar. Les dijimos que no se trataba de nosotros, sino de nuestra familia. Esta propiedad pertenecía a los Watson y, algún día, nuestros hijos volverían a vivir aquí. —La pareja de ancianos se miró.

Jake les concedió un momento tomando un sorbo de té. No era té de Yorkshire, del que podía beberse litros, pero no estaba mal.

Noah volvió a mirarle. —Teníamos tres conejos en el patio trasero.

Emma se llevó el puño a la boca.

—El día después de que rechazáramos a Samantha, encontramos a unos gatos comiéndoselos junto a la puerta trasera. Eso no fue un accidente. No habíamos dejado la jaula abierta y, cuando miramos de cerca…

—Disculpe. Lo siento. —Emma, llorosa, se levantó y salió de la habitación.

Noah suspiró. —No los habían matado los gatos. Las heridas eran demasiado precisas. Alguien les había rajado el vientre.

—Lo siento —dijo Jake, mirando de reojo a Lillian, que se había puesto pálida—. ¿Llamaron a la policía?

—Por supuesto. Vinieron a mirar, pero, sin ofenderla, querida —le hizo un gesto con la cabeza a Lillian—, la policía fue inútil y no quisieron creer que esto fuera deliberado.

—Puede estar seguro de que yo no sabía nada, señor —dijo Lillian—. Yo no le habría ignorado.

Noah asintió. —Gracias.

Jake terminó su té y lo dejó sobre la mesita de centro. —Siento que le haya pasado esto, señor.

—El acoso continuó, hijo. Dos días después, abrí el cobertizo de mi jardín y salieron cientos de ratas. Luego, al día siguiente, los cabrones volvieron *otra vez* con otra oferta.

—¿Estaba Samantha Kelly allí?

—Esa vez no. Se quedaron en el umbral de la puerta, eso sí. De ninguna manera iban a entrar esos chupasangres en mi casa de nuevo. Les dije que se largaran, sin llegar a usar una escoba como Evan. Al final, se fueron. —Noah bajó la mirada y suspiró—. Esa noche, Emma miró por la ventana y vio el banco del jardín en llamas. Fue aterrador. Tuvimos que llamar a los bomberos.

—Seguro que los bomberos habrían sabido que fue un acto deliberado, ¿no? —dijo Jake.

Noah negó con la cabeza. —No. Le echaron la culpa a un farol de calefacción de patio enchufable que teníamos al lado del banco. Supuestamente cometimos el error de dejarlo encendido y luego se había estropeado, se había quemado y había prendido fuego al banco. ¡Excepto que esta es la cuestión, no habíamos usado ese farol en semanas! Cayó en saco roto, por supuesto.

Jake se frotó la mejilla sin afeitar, negando con la cabeza. La corrupción en esa zona estaba fuera de control.

—Así que éramos nosotros contra ellos —dijo Noah y sonrió—. Y nosotros llevábamos las de perder, ¿no crees? Al día siguiente, aparece Samantha Kelly. Se sentó enfrente de mí, como estás tú ahora, me miró a los ojos y me dijo que no tenía elección. Que si no vendía ya, la próxima vez alguien estaría sentado en el otro banco del jardín cuando le prendieran fuego. ¡Lo admitió abiertamente! ¡Qué agallas!

Jake vio a Emma en la puerta por la que se había ido, mirando hacia dentro, claramente reuniendo el valor para volver.

—¿Volvieron a la policía? —preguntó Jake.

—No —dijo Emma—. Ahí fue cuando dijimos que ya era suficiente.

Jake vio a Noah bajar la mirada, avergonzado. Jake supuso que había sido decisión de Emma dar carpetazo al asunto. —Siento que no saliera bien.

—¿Por qué nos pregunta sobre esto ahora? —Noah levantó la vista, con los ojos como platos—. ¿Alguien va a rendir cuentas por todo esto por fin?

—Lo intentaremos.

Noah suspiró. —Nunca se puede ganar, hijo. A ellos no se les puede vencer.

Jake recordó sus recientes experiencias en Wiltshire. *Me suena.*

El par de visitas siguientes a antiguos residentes de Soft Rain Bay transcurrieron sin incidentes. Finalmente, fueron a ver a Evan Bell, el exresidente que al parecer no se andaba con chiquitas, que vivía en una caravana en los límites de Sharon's Edge. A pesar de que hacía bastante frío, Evan estaba tranquilamente sentado fuera de su vehículo en una tumbona. Llevaba un gorro de lana mientras leía *Zen y el arte del mantenimiento de la motocicleta* de Robert M. Pirsig.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó sin levantar la vista de su libro.

—Buenos días, señor —dijo Lillian—. Soy del Departamento de Policía de Blue Falls…

Cerró el libro de golpe y se tiró de la larga barba blanca. —Venga lo que venga a venderme, no me interesa.

—No vendemos nada, señor —dijo Jake—. Se trata de lo que ocurrió con Samantha Kelly y su antigua propiedad. Estamos de su parte.

—¿Qué quieren saber? Ya se lo conté todo a su gente y entonces no les interesó. ¿A qué viene este repentino cambio de opinión?

—Si nos escucha…

—Atropellaron a mi perro, hijo. Toby tenía diez años y le pasaron un todoterreno por encima. A no ser que me diga que por fin van a ir a la cárcel, no tenemos nada de qué hablar. Eso sí, si está aquí para hablar del daño físico que podemos infligirle a Samantha Kelly y a sus esbirros, soy todo oídos.

Jake y Lillian intercambiaron una mirada.

—Solo queremos la verdad —dijo Jake.

Evan se puso en pie, los señaló y se mofó. —Si está con la policía, está con Gabriel Jewell. Usted *ya* sabe la verdad.

—Sí, trabajo para Gabriel Jewell —dijo Lillian—, pero no soy como él y no estoy al tanto de la verdad. Digamos que tenemos filosofías distintas.

—Filosofías distintas, ¿eh? —Evan rio—. Me alegro por usted, porque la última vez que estuve con ese hombre y su *filosofía*, hicieron falta tres de sus agentes para despegarme de él. Subestimó cuánta vida quedaba en estos viejos huesos.

—Le entiendo, señor —dijo Jake—. Yo también me he encontrado con esa filosofía. Apatía, la llaman.

Evan asintió. —Sí, exactamente. Si le dices a un hombre que alguien ha asesinado a tu perro, te levantas de la silla.

—También te levantas de la silla si alguien te dice que una niña ha desaparecido —dijo Jake.

—Por supuesto. —Evan volvió a sentarse y suspiró—. Quizá deban ignorar mi bravuconería. ¿Saben?, ir a por ese gilipollas engreído fue la peor decisión que he tomado en mi vida. Me tenían. Podrían haberme llevado a juicio y meterme en la cárcel por mucho tiempo.

—Déjeme adivinar —dijo Jake—. ¿A no ser que vendiera?

Evan asintió. —Jugueteé con la idea de no hacerlo, de luchar contra ellos hasta el final desde mi celda, pero, ya sabe, vi el tipo de amenazas que recibían los Watson, y yo también tengo familia… una hija y algunos nietos en Bangor. No podría protegerlos desde la cárcel. El juego había terminado.

—¿Pero le pagaron bien?

—Sí, me dieron una cantidad de dinero ridícula.

Jake asintió en dirección a la caravana. —Sin faltar al respeto, pero ¿por qué aquí, entonces?

Evan rio. —Me revolvía el estómago usar su dinero, no después de lo que le habían hecho a Toby. Tengo una pequeña pensión. Es suficiente. A veces voy a quedarme con la familia y ellos me cuidan. Estoy bien.

—¿Qué hizo con el dinero? —preguntó Lillian.

—Se lo di todo a mi hija. Esa casa habría sido su herencia, al fin y al cabo. Ahora viven bien y, como he dicho, me cuidan mucho cuando los veo.

—Eso es muy noble por su parte, señor.

Evan rio. —¿*Noble*? Bueno, si yo soy noble, míreme bien, hijo. No encontrará mucha más nobleza por el Skweda. Jewell, Kelly, MacLeod, Stone… la flor y nata, ¿eh? ¡Y una mierda! Al final, no se les puede vencer. Dios bendiga la máquina capitalista. Llegó a nuestros pueblos y los convirtió en una puta mierda. —Señaló su libro, *Zen y el arte del mantenimiento de la motocicleta*—. El pobre hombre del libro se rindió a pensar demasiado y se volvió loco. Le dieron terapia electroconvulsiva, le cambiaron la personalidad. Yo estoy probando algo diferente. He vuelto a lo básico y me he alejado de esos vampiros. —Hizo un gesto a su alrededor—. Aquí se está bien. Aquí no pienso demasiado. Y solo cuando gente como ustedes vuelve a aparecer, sin ánimo de ofender, es cuando me acuerdo y me acaloro.

—Lo siento, señor.

—En absoluto, joven. Espero que encuentren a esa niña, y siento no haberles podido ser de más ayuda.

—Al contrario, señor, ha sido usted de gran ayuda.

SUDANDO, Gabriel salió del sótano. Se habría quitado la sucia camiseta interior de no ser por su invitada. Se detuvo en la puerta del salón y echó un vistazo a Kayla, que veía *American Idol*.

Perdida en una de sus camisetas y un par de sus pantalones de chándal, estaba monísima. Sin embargo, ahora que estaba aquí de forma permanente, tendría que invertir en algo de ropa para ella. Por internet, por supuesto. No iba a revelar su paradero comprando en el pueblo. La estaba protegiendo, ofreciéndole algo que el cerdo de su padre nunca podría hacer: seguridad.

Observó la fotografía de Collette en la repisa de la chimenea y se percató de la similitud entre ella y Kayla. *No fallaré esta vez.*

—¿Quién va a ganar? —preguntó Gabriel, señalando el televisor.

—No me atrevo a decirlo. El que siempre digo que va a ganar, pierde. Ayden siempre dice que mi apoyo es el beso de la muerte.

Gabriel se rio.

—¿Qué haces en el sótano?

—Poniendo orden. Lo he dejado pasar demasiado tiempo. También estoy restaurando unos muebles viejos.

—¿Puedo mirar?

—Cuando termine. Por cierto, acabo de colgar el teléfono. Vamos a detener a tu padre esta noche —mintió Gabriel—. Siento sacar el tema ahora, pero he pensado que querrías saberlo.

—Sí, son buenas noticias.

—Mañana habrá acabado todo.

—¿Y entonces podré volver a casa, con Ayden?

—Yo mismo te llevaré.

—¿Quién es la de la foto que hay en la repisa de la chimenea?

Gabriel respiró hondo. —Mi hermana.

—¿Dónde está?

—Se ha ido..., me temo.

—¿Adónde?

—La perdí.

—Lo siento. No pretendía entrometerme.

—No, no pasa nada. Aprendí de aquello. No volveré a permitir que suceda...

Llamaron a la puerta. Se irguió de golpe y se dio con la cabeza en el marco bajo de la puerta. —Mierda. —Se frotó la cabeza—. Arriba, *ahora*.

Kayla se levantó de un salto. —¿Quién es?

—No lo sé, pero sube a tu habitación y no salgas. Hagas lo que hagas, no salgas.

Ella pasó a su lado sigilosamente.

Gabriel fue hasta el pie de la escalera; el corazón le martilleaba en el pecho.

Ella se giró para mirarlo desde el tercer escalón y susurró:

—Tengo miedo.

—Todo irá bien. No hagas ruido. Después de esta noche, estarás a salvo... para siempre. Nadie volverá a hacerte daño jamás.

Kayla echó a correr.

Tras oír cómo se cerraba la puerta de la habitación, se volvió hacia la puerta principal y atisbó por el ojo de la cerradura. —No me jodas. —Lanzó una mirada de reojo a su Remington 700, apoyado en la pared debajo de las chaquetas.

Le abrió la puerta a Jake Pettman.

Jake le había pedido a Lillian que se marchara.

Ella había protestado: —De todos modos, sabrá que te he dicho dónde vive.

—Puede que sí, pero no quieres tener nada que ver con la conversación que estoy a punto de tener.

—¿Sonaría como una loca si dijera que sí quiero?

—Sí.

—Es solo un trabajo. Puedo vivir sin él.

Podría costarte más que tu trabajo. —Estamos tratando con gente peligrosa, Lillian. Te llamaré más tarde.

Finalmente cedió y se marchó en el coche.

Gabriel escrutó a Jake desde la puerta. —¿En qué puedo ayudarle, señor Pettman?

—No estaba en su despacho.

—Estoy fuera de servicio.

—¿Acaso un comisario jefe está alguna vez fuera de servicio?

A Gabriel le tembló un párpado. —Por segunda vez, ¿en qué puedo ayudarle?

—Creo que sería mejor tener esta conversación dentro.

—Lo que usted crea no me importa demasiado, señor Pettman. No me apetece especialmente tenerlo en mi casa. Después de todo, sé de quién desciende.

—¿Quiere que hablemos de Samantha Kelly y su empresa en el umbral de su puerta?

A Gabriel le volvió a temblar un párpado.

—¿Qué me dice del banco quemado de los Watson? ¿O del perro muerto de Evan Bell?

Gabriel se hizo a un lado.

Cuando Jake pasó a su lado, Gabriel le siseó al oído: —Debería haber hecho caso de mi advertencia, señor Pettman. —Cerró la puerta de un portazo.

KAYLA HABÍA DEJADO la puerta del dormitorio entreabierta. Los oyó entrar en el salón, esperó a que la puerta se cerrara y entonces salió al rellano. Las tablas del suelo crujieron. Se detuvo. Se le heló la sangre en las venas y deseó que su padre estuviera allí.

Sí, su padre era un hombre muy malo. Lo que había visto en la fosa unas noches atrás la había dejado destrozada. Pero en ese momento, mentiría si dijera que no anhelaba su protección.

Cuando tuvo claro que no la habían oído, bajó las escaleras sigilosamente, con la mayor ligereza de la que fue capaz, deslizando la palma húmeda de la mano por el pasamanos.

El comisario Jewell la había preocupado de verdad antes en el salón. Había empezado con aquella fotografía de su hermana. Cuando le había preguntado por ella, una extraña expresión había cruzado su rostro. *«La perdí»*, había dicho. *«Aprendí de aquello. No volveré a permitir que suceda...»*.

¿Qué le había pasado? Le daba vuelcos el estómago. Llegó al pie de la escalera y se fijó en el fusil apoyado contra la pared. Se parecía al que llevaban su padre y su hermano.

De nuevo, deseó que su padre estuviera allí. ¿En qué estaba pensando? Él nunca le haría daño. La adoraba. De hecho, si quisiera a Ayden la mitad de lo que la quería a ella, quizá habría habido esperanza para ellos como familia. Pobre Ayden... lo despreciaba. Era cariñoso y sensible, y ese era el problema. Esas cualidades en un hijo eran una decepción para un hombre como su padre.

Se acercó a la puerta del salón.

De todos modos, ya no podía hacer nada por su padre. Se lo llevarían detenido esa noche. El comisario Jewell lo había dicho. Probablemente solo estaba siendo paranoica. Después de todo, el

comisario Jewell era policía. Pero su padre le había dicho una vez que una buena dosis de recelo te mantenía con vida. No había entendido bien a qué se refería hasta ahora.

Pegó la oreja a la puerta para descubrir de qué hablaban los dos hombres.

JAKE MANTUVO LAS DISTANCIAS. Había conocido a mucha gente como Gabriel en su vida. Los individuos tan abrumados por los secretos tendían a volverse impredecibles cuando se veían acorralados. Jake no había llegado tan lejos en la vida bajando la guardia en esas situaciones. Le dijo a Gabriel directamente lo que había averiguado ese día con Lillian. Omitió el nombre de ella, pero el comisario no tardaría en deducirlo. El altruismo escaseaba en esa comisaría. No habría muchos sospechosos.

Gabriel se paseó un momento y luego se sentó en el sofá. Se quedó mirando el suelo, claramente sumido en sus pensamientos.

Jake estaba a punto de decirle lo que quería a cambio de su silencio sobre las extorsiones de Kelly Properties cuando Gabriel levantó la vista y dijo:

—Usted es jodidamente más papista que el Papa, ¿no es así?

—No alarguemos esto...

—¿Sabe lo que hicieron sus antepasados, los Bickford, señor Pettman?

—¿Es eso relevante?

—Tal vez. Me dijo antes que ha oído diferentes rumores.

Jake se encogió de hombros.

—¿Oyó el que dice que el hijo mayor tuvo una aventura con una de las hijas adolescentes del concejal?

Jake asintió.

—No es cierto. ¿Y qué hay del rumor de que Frank Bickford aspiraba a ser concejal? ¿Y que algunos de los concejales de entonces desaparecieron en extrañas circunstancias?

—Vaya al grano, jefe.

—Tampoco es cierto, pero es un éxito entre los turistas. ¿Quiere saber la verdad?

—No especialmente, pero supongo que me la va a contar.

Gabriel asintió.

—Sí. Y no es agradable. Yo que usted, me sentaría.

—Me quedaré de pie, gracias.

—Muy bien. Los Bickford regentaban el Blue Falls Taps como un prostíbulo, señor Pettman.

Jake sintió que se le revolvía el estómago.

—No es maravilloso, pero seguro que era bastante común en aquella época.

—Entonces, ¿le molestaría saber que empleaban a mujeres de pueblos locales más empobrecidos?

Sí, me molesta, pero...

—Como he dicho, fue hace mucho tiempo, y eran otros tiempos.

—¿Y que se llevaban a niñas de esos pueblos, algunas de tan solo diez años?

Jake se estremeció.

—Y no solo se las llevaban, señor Pettman, sino que las *robaban*.

Esta vez, a Jake se le revolvió el estómago con más fuerza.

—Se lo está inventando. Yo lo *sabría*.

—Pero ¿cómo iba a saber usted el secretillo sucio de nuestra ciudad? Los que nos precedieron se esforzaron por encubrirlo. La pedofilia no es tan buena para el turismo como los negocios turbios y los asesinatos, ¿verdad?

Jake respiró hondo, decidido a no perder los estribos delante de aquel capullo.

—¿Por qué me lo cuenta entonces?

—¿Qué tengo que temer? No va a ir por ahí revelando la verdad sobre su propia gente.

—Son gilipolleces.

—Si quiere, puedo llevarlo a la comisaría y enseñarle los archivos. Después de que los Bickford fueran expulsados del pueblo, exhumamos los cuerpos de cinco niñas. Parece que sus parientes podían ser bastante agresivos al intentar domar a sus prisioneras. La más joven tenía el cráneo completamente hundido...

—*Basta* ya. —Jake dio un paso al frente. La sangre le hervía en las venas.

Gabriel sonrió.

—Interesante. Hasta ahora, lo tenía por alguien imperturbable.

Jake apretó los puños.

—¿Va a caer al primer obstáculo en su búsqueda de la niña, señor Pettman?

Jake respiró hondo y cerró los ojos.

—Sea cierto o no, nada de esto es relevante.

—Yo digo que sí lo es. Yo digo que hay una profunda ironía en el hecho de que tal preocupación por una niña pequeña pueda venir del descendiente directo de asesinos de niños.

Jake tomó otra respiración profunda y retrocedió dos pasos antes de abrir los ojos.

—Quiere que le suelte un puñetazo. Lo pillo. Es la forma en que todos ustedes funcionan por aquí. He venido para lograr un resultado productivo. He venido a *decirle*, Gabriel, que me va a ayudar, o lo dejaré en evidencia.

—¿Dejarme en evidencia*?* —Gabriel dio varias zancadas hasta que apenas hubo medio metro entre ellos—. ¿Entra en mi casa, un hombre descendiente de salvajes, y se dirige a mí, el jefe de policía, por mi nombre de pila? ¿Cómo piensa *dejarme en evidencia* exactamente, señor Pettman?

—Empezaré por ir a la prensa y montar un escándalo por la estafa inmobiliaria.

—¿Cree que les interesará?

—A todo el mundo le interesa siempre un ecosistema, como usted lo llamó. Todo el pueblo conspirando para amenazar a los ancianos y echarlos de sus casas… Venderé la historia, no se preocupe por eso.

Gabriel sonrió con desdén.

—¿Y qué si lo hace? He sobrevivido a cosas peores. Todo nuestro pueblo ha sobrevivido a cosas peores. Sobrevivimos a su familia, para empezar.

—Su pueblo puede que sobreviva a este escándalo, pero le diré una cosa —y aquí hablo por amplia experiencia—, *Gabriel*, su pueblo

no sobrevivirá a un hombre como Jotham MacLeoid. No por mucho tiempo. ¿Tanta maldad y corrupción en un lugar tan pequeño? Será solo cuestión de tiempo que todo su pueblo esté podrido.

Las miradas de Gabriel y Jake se encontraron.

—Está usted ahí —dijo Jake—, proclamando que ama su ciudad y, sin embargo, la está dejando caer.

—Usted no lo entiende.

—Entiendo que en el fondo no quiere el imperio de Jotham en el corazón de este hermoso lugar.

—Lo que yo quiero y lo que puede pasar son dos cosas muy diferentes.

—¿Por qué? Olvide la amenaza, jefe. Véame como una oportunidad.

Gabriel soltó una risita y se giró.

—Esto es un disparate.

—Déjeme hacer lo que usted no puede hacer. Úseme, a mí, que soy de fuera. Estaré encantado de extirpar el cáncer.

Gabriel retrocedió y suspiró. Vio una fotografía de una joven en la repisa de la chimenea.

—Este lugar no siempre fue así.

—Le creo.

Gabriel se quedó mirando la fotografía un momento más, suspiró de nuevo y se centró en Jake.

—Le diré una cosa, y luego estará por su cuenta.

Cuando Jake se fue, Gabriel se quedó solo en su salón, sosteniendo la fotografía de Collette. *Es lo mejor, Collette.* Quiso hablarle en voz alta, como tantas veces había hecho en el pasado, pero era consciente de la presencia de Kayla en el piso de arriba. Volvió a colocar la fotografía, sonrió a su hermosa hermana perdida y se dio la vuelta.

Cuando el padre de Gabriel había sido jefe de policía, tuvo que lidiar con el padre de Jotham, Boyd. Pero era un hombre más fácil

de tratar, un hombre más *sencillo*, un hombre que podía disfrutar del poder y el privilegio sin dejar de entender cuál era su lugar. Gabriel envidiaba a su difunto padre. Él nunca había tenido que luchar contra un megalómano.

Jotham se negaba a entender las jerarquías. Para darse cuenta, solo había que rastrear su ascenso al poder. Como organizador de peleas de perros desde muy joven, Jotham había amasado contactos valiosos y de mala reputación por todo el estado. Debido a su naturaleza eficiente, aunque a menudo de mano dura, le habían encargado hacer de mula en las ciudades más pobladas y rentables: Portland, Lewiston y Bangor. Su estratégico matrimonio con Amber Colson a los treinta años, hija del hombre más rico y alcalde del pueblo, fue otra jugada maestra. Puede que a Henry Colson no le hiciera gracia que su hija se liara con un criador de perros que estaba contribuyendo a la creciente ola de drogadicción en Maine, pero no tardó en ver el potencial de negocio. Colson financió el ascenso de Jotham a la cima, al tiempo que le proporcionaba la inmunidad necesaria frente a las fuerzas del orden del pueblo. Aquello permitió que la propia popularidad de Colson como alcalde creciera cuando Jotham dio empleo a los habitantes de Blue Falls.

Y así nació el ecosistema.

Ni siquiera la trágica muerte de Amber Colson y de sus tres hijas desbarató el creciente imperio de Jotham. Si acaso, lo fortaleció. El miedo y el misterio que rodeaban el negro y palpitante corazón del reino crecían sin cesar. Luego surgieron los rumores de un pozo de la muerte. Cualquiera que traicionara a Jotham, que traicionara al pueblo, desaparecería en las profundidades de la tierra para no ser visto jamás. La gente más racional del pueblo, entre ellos Gabriel, siempre lo había considerado una sarta de sandeces.

Sin embargo, tras escuchar la historia de Kayla, Gabriel tuvo que admitir que, a veces, las explicaciones más ilógicas solían ser las más certeras. Controlar a Jotham era ya imposible y, por esa razón, Gabriel lo despreciaba. *Es lo mejor*, volvió a pensar.

La información que le había dado a Jake Pettman lo conduciría directamente al negro y palpitante corazón de Blue Falls y, quién sabe, tal vez el insistente y gran cabrón sacudiría a Jotham hasta el

punto de que aparecieran grietas. Imperios más grandes habían caído probablemente por menos. Pasara lo que pasara, habría consecuencias y, por esa razón, tenía que tener cuidado de no dejar rastro.

Llamó a Lillian.

—Lamento molestarla, Lillian.

—No se preocupe, jefe. Yo...

—Bien. Solo quería darle algo en lo que pensar esta noche.

—De acuerdo...

—Si pasa un minuto más con Jake Pettman, me encargaré de que no vuelva a trabajar como agente de policía en su vida.

—Jefe...

—Ni aquí ni en ninguna parte. ¿Me entiende?

—Pero, jefe...

—¿Me entiende?

—Sí. Pero, jefe...

—Buenas noches, Lillian. —Le colgó y alargó la mano hacia la puerta del salón.

Kayla. El corazón se le aceleró.

Kayla. Conmigo está a salvo. Se le agitó la respiración. Abrió la puerta.

Conmigo siempre estará a salvo. Salió al pasillo y miró hacia lo alto de la escalera, sintiendo la erección presionar contra la pernera del pantalón.

Nunca tendrá que volver con ese hombre. Le evitaré ese destino. Avanzó por el pasillo. Se detuvo al pie de la escalera. Se le heló la sangre.

Su rifle no estaba contra la pared.

10

Peter Sheenan le había ahorrado varias costillas rotas, así que Jake se alegró de verlo. Era agradable saber que alguien le cubría las espaldas en este pueblucho miserable.

Peter, por otro lado, no podría haber parecido más irritado. Predecible. Dogman, como lo habían apodado Justin Stone y sus amigos, adoraba a los caninos. Era la razón por la que Jake lo había contactado y por la que Peter tenía cara de pocos amigos. Las peleas de perros eran aborrecibles para la mayoría de la gente, pero para un amante de los perros como Peter, debía de ser algo que le destrozaba el alma.

Peter se subió al coche de Jake.

—¿Sabías algo de esto? —preguntó Jake.

Peter negó con la cabeza. —En Blue Falls se oyen muchos rumores. A veces es más fácil creer que no son más que eso.

—¿Puedes indicarme cómo llegar a Sharon's Edge?

Peter asintió, le dio la primera indicación y se quedó mirando por la ventanilla. —Te lo advierto, Jake, si es verdad, puede que no sea capaz de entrar contigo. No sé si podría controlarme.

—Lo entiendo. ¿Qué puedes contarme sobre las peleas de perros?

Peter le indicó que saliera de Main Street y se dirigiera hacia el puente sobre el río Skweda. —Podríamos empezar por lo obvio. Es brutal. Hay que ser un bárbaro sádico para estar metido en eso. Te

hace preguntarte quiénes son los animales: ¿las criaturas que están dentro o fuera del ring?

Las farolas desaparecieron tras ellos, y una oscuridad espeluznante se cernió sobre ellos y su viaje.

—No estoy muy puesto en el tema —dijo Jake—. Tener perros de pelea es ilegal en mi país.

—Es ilegal adiestrar perros para pelear y permitir que participen, pero, por algún resquicio legal de mierda, no es ilegal tenerlos. Sabía que Jotham criaba perros de pelea. Todo el mundo lo sabe. Y también sabía que había estado metido en peleas cuando era más joven, pero esperaba que ya no siguiera ocurriendo. Mierda. Quizá simplemente he hecho la vista gorda. Creía que quería a sus perros.

—Quizá sí. Ya me he encontrado con hombres como él en mi país. Su versión del amor y la adoración puede ser muy distinta de la nuestra. No sé mucho sobre Jotham, pero parece ser un luchador que disfruta de su poder. ¿Quizá está intentando ofrecer esta misma experiencia a los perros que adora?

—Si todo esto es cierto, no tendré más remedio que intentar pararlo.

—Como ya te dije por teléfono, no vamos allí para eso esta noche. Hay una niña desaparecida, y esta es nuestra vía de entrada. Cuando acabemos con esto, te ayudaré en todo lo que pueda, pero esta noche no vamos a pararlo. —Jake cruzó el puente y contempló el Skweda: una vena oscura que se retorcía y giraba hacia el corazón negro de la antigua plantación de Rosstown.

—Fuego en el hueso —dijo Peter.

—¿Perdona?

—Skweda significa «fuego en el hueso» en abenaki.

—Ya veo.

—El fuego está dentro de todos nosotros, Jake. *Todos* podemos elegir cómo usarlo.

—¿Libre albedrío?

—Mis antepasados creían que bañarse en el Skweda te orientaba y te ayudaba a elegir la mejor manera de blandir tu fuego.

Jake asintió. —Pues entonces hay unas cuantas personas en este pueblo a las que les vendría bien un baño.

—De acuerdo. —Peter le dio a Jake más indicaciones.

—¿Cómo adiestran a los pitbulls americanos?

—Los inflan a esteroides hasta las cejas, les imponen un régimen de ejercicio como el de un boxeador, los ponen en cintas de correr y preparan postes con pieles de animales para que los persigan. Aunque nada es tan bárbaro como el perro de cebo. A menudo son perros de pelea más viejos, ya retirados. Los otros perros *practican* con ellos.

—Joder. Qué espanto. No me extraña que perros como esos a veces se vuelvan contra nosotros. Dicen que la culpa es del dueño, no del perro.

—No podría estar más de acuerdo.

La carretera los llevó al centro de Sharon's Edge, y el coche traqueteó y dio botes sobre los baches. Estaba mucho más deteriorado que Blue Falls. La mayoría de las tiendas estaban tapiadas y varios individuos desaliñados se congregaban en las sombras, bebiendo de botellas en bolsas de papel marrón. Algunos de ellos se detuvieron para mirar el coche a su paso, como si estuvieran sopesando la mejor manera de robarles el vehículo. Tal era el aire de desesperación que se respiraba allí que a Jake no le sorprendería que uno decidiera lanzarse delante de ellos para obligarlos a frenar. Se mantuvo alerta.

Recordó las palabras de Gabriel de antes: *«Entonces, ¿no le molesta que contrataran a mujeres de pueblos locales más empobrecidos? ¿Y que se llevaran a niñas, algunas de tan solo diez años?».* ¿Sería este uno de esos pueblos?

La pobreza se intensificó a medida que Peter dirigía a Jake por varias calles secundarias. Tragó saliva al recordar la referencia de Gabriel a los cinco cadáveres recuperados. ¿Era aquí donde sus antepasados asesinos de niños habían cazado furtivamente a algunas de sus víctimas? Tragó saliva.

Los baches empeoraron y Jake se vio obligado a reducir la velocidad. Faltaba alumbrado público y la mayoría de las casas residenciales estaban a oscuras y posiblemente desocupadas. Jake echó un vistazo al botón del cierre centralizado. Brillaba con un amigable color naranja. —¿Estamos seguros aquí?

Peter sonrió por primera vez desde que habían salido de Blue Falls.

—No respondas —dijo Jake.

Llegaron a un tramo de carretera sin casas. Jake había intentado pasar desapercibido en su aproximación, pero la falta de luz lo estaba obligando a tomar cartas en el asunto. Puso las luces largas.
—No te preocupes, estoy acostumbrado a estar en medio de la nada de donde vengo. Wiltshire está lleno de sitios así.

—Esto no es el medio de la nada, Jake. Es un hervidero de actividad. Que no puedas verlo no significa que no esté ahí. Gira a la izquierda, en este polígono industrial.

Jake mantuvo las luces largas. Ninguna de las naves de este polígono parecía abierta, así que no había ninguna luz amiga que los guiara. Jake escuchó cómo los neumáticos crujían sobre la basura y los desperdicios, y se preguntó si recuperaría algo de la fianza del alquiler. Rodearon una manzana de garajes abandonados.

—Aquí —dijo Peter.

Jake vio un gran espacio abierto densamente poblado de coches y furgonetas aparcados. Un poco más adelante, a través de este aparcamiento improvisado, había un pequeño edificio que se mantenía firme en este mundo oscuro, con un tenue resplandor rojo.
—Bueno, parece que es el único sitio abierto por aquí.

—Ajá —dijo Peter—. La verdad es que no quiero ver lo que pasa ahí dentro, pero tampoco quiero quedarme solo en este aparcamiento a oscuras.

—Pues venga. Te invito a una copa.

—No voy a querer nada de lo que vendan, Jake. De eso puedes estar seguro.

Con el corazón latiéndole deprisa, Gabriel llamó a la puerta de Kayla. —¿Quieres cenar algo antes de acostarte?

No hubo respuesta.

¡Mierda! Debería haberlo sabido. Dejar un arma cargada al alcance de una MacLeoid... ¿en qué coño estaba pensando? Volvió a llamar. —¿Kayla? ¿Un vaso de leche caliente?

Silencio.

A la mierda. Abrió la puerta. El sudor se le heló en la frente; ella no estaba allí. Dio un paso atrás, cerró la puerta y vio a Kayla a mitad de la escalera, apuntándole con su rifle. —¿Qué haces?

Ella dio un paso más. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados.

Observó cómo el cañón del rifle subía y bajaba mientras ella temblaba. —Ten cuidado con eso. Se te puede dispa...

—¡Eres un *mentiroso*!

Se giró para quedar frente a la escalera, a seis escalones de ella. —¿Por qué dices eso?

—¡Lo he oído! ¡He *estado escuchando*!

—¿El qué?

—A ti y a ese hombre hablando ahí abajo. —Señaló hacia el salón con un rápido gesto de la cabeza.

—Ah... ya veo. ¿Qué oíste exactamente?

—Todo lo que dijiste.

Él avanzó un poco. —Cuéntamelo, por favor.

—Da un paso más y la usaré. Sé cómo hacerlo. Mi papi me enseñó. He cazado conejos.

—No soy un conejo, Kayla. Soy el jefe de policía.

—Sí, y me dijiste que iban a arrestar a papi esta noche y, sin embargo, a ese hombre le acabas de decir un montón de cosas distintas.

—Porque él no es policía. Joder, ni siquiera es de por aquí. No tiene por qué saber lo que va a pasar.

—Entonces, ¿por qué le hablaste de las peleas de perros? ¿Por qué lo enviaste a por papi? Si de verdad ibas a ocuparte tú mismo, ¿por qué hacer eso?

—Me estaba librando de él. Enviándolo a una misión inútil. Conque ve una pelea de perros, ¿y qué? ¿Quién de por aquí no ha visto una pelea de perros antes? —Se arriesgó a dar un paso.

Ella agitó el arma. —Te juro que te disparo.

Él mostró las palmas de las manos. —Vale, tranquila.

—¿Qué le pasó a tu hermana?

—¿Mi hermana? ¿Por qué lo preguntas?

—Antes, abajo, me dijiste que la *perdiste*.

—Es una forma de hablar.

—¿Dónde está? —Kayla dio otro paso.

—Discutimos. Se fue de Blue Falls. Llevamos años sin hablarnos. —Gabriel volvió a calcular la distancia que los separaba. Podría cubrir los cuatro escalones de un salto, pero era peligroso. Aunque esquivara el disparo, rodarían por las escaleras. Era un hombre corpulento, lo que podría causarles un daño considerable a ambos.

—Quiero irme a casa.

—Lo entiendo. Baja el arma y te llevaré.

—No quiero que me lleves tú. Solo quiero que abras la puerta.

—¿Así que ya has intentado irte?

—Sí.

Gabriel no estaba enfadado, solo decepcionado. Sabía que su relación era incipiente, pero no esperaba que ella pusiera pies en polvorosa a la primera de cambio. Gabriel bajó un escalón. —Está bien, te abriré la puerta.

Kayla retrocedió por la escalera mientras Gabriel bajaba. —Despacio...

—Por supuesto. —Dio dos pasos más, *despacio*.

—Nunca debería haber venido aquí.

—¿Y eso por qué? ¿Prefieres estar en casa con tu papi? ¿Has olvidado lo que viste la otra noche?

Bajó el último escalón y se quedó de pie junto a las chaquetas colgadas. —Al menos sé que él nunca me haría daño.

—Quizá a ti no, Kayla, pero hace daño a otros. A muchísimos otros.

Ella se estremeció. —Tuviste tu oportunidad de atraparlo. Te conté lo que hizo. Estás jugando. *Todos* estáis jugando. —Rodeó el final de la escalera hacia el recibidor, permitiendo que Gabriel terminara de bajar y se acercara a la puerta principal—. Ahora ábrela.

Gabriel se metió la mano en el bolsillo en busca de la llave y se detuvo.

—*Ahora.*

Sacó la mano, vacía. —No.

—Te dispararé.

—Entonces tendrás que dispararme.

—Lo digo de *puta* verdad.

Gabriel se giró. —Lo sé. Eres una MacLeoid, después de todo. Pero no, lo siento. No puedo dejar que vuelvas con él. No podría vivir con ello.

—Por favor... —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. He cometido un error. Mi padre siempre ha sido bueno conmigo.

Gabriel se acercó a ella lentamente. —Es mentira. Él miente. Al final, te volverás prescindible. Con él, todo el mundo acaba siéndolo. Mira cómo trata a su hijo, a tu hermano.

Una lágrima le rodó por la mejilla. No se movió.

Gabriel cubrió la distancia que los separaba y se detuvo a un par de centímetros de la punta del rifle. Bajó la vista y vio que le apuntaba al estómago. —Si tienes que matarme para irte, lo entiendo, pero no puedo hacer otra cosa que intentar ayudarte. No sé ser de otra manera. —Volvió a mirarla a los ojos.

Ella permaneció inmóvil, sin dejar de temblar, con el rostro surcado por las lágrimas. Quitar una vida humana eran palabras mayores y, aunque no podía estar completamente seguro, no esperaba que ella diera ese paso.

Sin apartar la mirada de la suya, le puso la mano sobre el rifle.

—Por favor —dijo ella—. Quiero ver a mi hermano.

—Lo sé. —Gabriel presionó el rifle hacia abajo hasta que dejó de suponer una amenaza. Se lo quitó y lo apoyó contra la pared. Luego abrió los brazos y la abrazó.

El cuerpo de ella se desplomó contra él.

Dejó que llorara hasta quedar exhausta. Finalmente, cuando ella colgaba prácticamente inerte de sus brazos, le dio la vuelta y le rodeó el cuello con el brazo.

Ella le agarró la muñeca para intentar zafarse de la llave, pero el intento fue débil.

Gabriel apretó con fuerza y la escuchó ahogarse.

Mientras Jake y Peter se acercaban al edificio, los gritos y vítores se intensificaron. La luz era suficiente para que Jake viera que Peter estaba pálido y tenía los dientes apretados.

Por tercera vez, le preguntó a su amigo si estaba bien y recibió la misma respuesta monosilábica. —Sí.

—Recuerda —dijo Jake mientras se acercaban a la fachada del edificio—, vamos con calma. Esto es por el chaval.

Peter asintió.

Un portero con gorro de lana y guantes salió por una puerta metálica ondulada. Con su metro noventa y tantos, a la mayoría le parecería un hombre grande, pero no a Jake.

Ya le había aconsejado a Peter que hablara él. El acento británico podría despertar curiosidad.

—No me suenan sus caras —dijo el portero.

—Conocemos a Jotham —dijo Peter.

—No ha mencionado a ningún invitado especial.

—Vaya y pregúntele.

—No está aquí.

—¿Una llamada?

—No le hacen mucha gracia.

—Nuestro dinero vale tanto como el de cualquiera. Nos gustaría entrar a gastarlo.

El portero los escrutó. Su mirada se detuvo en el rostro de Jake. —¿Usted habla?

—No mucho —dijo Jake, esforzándose por imitar el acento.

—En realidad, no debería dejar entrar a desconocidos sin avisar, pero esta noche andamos cortos de gente. Además, así nos será más fácil vigilarlos. —Se hizo a un lado y les dejó pasar.

Atravesaron una recepción en desuso con una máquina expendedora destrozada, varios sofás volcados y un mostrador abarrotado de carpetas y vasos viejos.

—Probablemente esto fue una exposición de coches o algo así en su día —dijo Peter.

Oyeron una fuerte aclamación procedente del interior del edificio.

—No esperaba que consiguiéramos entrar —dijo Jake.

—Entonces, ¿por qué intentarlo?

—Porque es una forma de enviar un mensaje.

—¿De verdad crees que a Jotham le importa quién entra? ¿Qué van a hacer? ¿Llamar a la policía? ¡Los tiene metidos en el puto bolsillo! No van a venir a desmantelar esto. ¿Crees que al viejo cabrón le importará tu declaración de intenciones?

—Eso espero… —Jake le abrió la puerta de la recepción a Peter —, porque, para entregarla, creo que estamos a punto de ver algo bastante siniestro.

Unas tenues tiras de luz roja iluminaban la espaciosa sala. Unas dos docenas de hombres se congregaban alrededor del foso e impedían la visión. Como la propiedad abandonada no tenía calefacción, la mayoría llevaba ropa de abrigo.

Peter y Jake se abrieron paso entre la vociferante multitud.

El foso de peleas de perros medía unos cuatro metros y medio de lado y estaba cercado por paneles de contrachapado de sesenta centímetros de altura y fardos de heno. Una alfombra manchada de sangre cubría el suelo del foso. Jake supuso que era para que los perros tuvieran tracción durante el combate. Dos hombres, uno a cada lado del foso, sostenían boletos en el aire y cantaban las apuestas. Parecía que la mayoría de los presentes ya habían sido atendidos.

Jake se acercó al hombre de la izquierda y apostó cincuenta dólares por Whiplash. No se molestó en comprobar las probabilidades. Aunque ganara, no lo reclamaría. Volvió junto a Peter, que se miraba los pies. Jake se sintió culpable. Estaba exponiendo a aquel hombre decente a su peor pesadilla. Le puso una mano en el hombro a Peter y le susurró al oído: —Te agradezco esto. Que me ayudes a entender todo esto y a entender a Jotham nos ayudará a encontrar a Maddie.

Peter levantó la vista. —Ahí vienen. ¿Ves las marcas diagonales en cada esquina del foso? Colocan a los perros detrás y los sueltan.

Un hombre presentó a los dos perros de peso pactado, Nickel y Whiplash, que sus dueños trajeron con correas.

—Peso pactado significa peso pesado —dijo Peter—. Más de veintitrés kilos.

Todos aclamaron con más fuerza a Whiplash, que fue presentado como campeón.

—¡Y pronto gran campeón! —gritó un hombre de entre el público.

—Necesitan ganar cinco combates consecutivos para ser gran campeón —dijo Peter.

La multitud volvió a vitorear y aullar mientras los dueños se inclinaban sobre el contrachapado y colocaban a sus dos perros ladradores tras las marcas diagonales.

Whiplash, a la derecha, parecía el más agresivo de los dos. Tiraba con fuerza de las manos de su dueño, que luchaba por sujetar al can. —¡Quieto, chico!

La multitud se rio.

Jake miró a Peter, que había torcido el gesto con asco.

Soltaron a los perros. Se encontraron de frente y rodaron por el suelo, intentando desesperadamente engancharse los dientes. La mayor parte del público gritaba a favor de Whiplash, así que, cuando este finalmente tomó el control de la pelea y consiguió destrozarle una de las patas delanteras a Nickel, el lugar enloqueció.

Jake sintió el fuerte agarre de Peter en su brazo y miró al hombre mayor. Había bajado la cabeza, pero aun así miraba de vez en cuando, probablemente esperando que la pelea terminara antes de que se produjeran más daños.

Nickel estaba tumbado boca arriba mientras Whiplash le mordía la pata. Se oyó un chasquido.

—*¡Perro caído! ¡Perro caído!* —coreaba la multitud.

El agarre de Peter en el brazo de Jake se intensificó.

—*¡Perro caído! ¡Perro caído!*

Jake vio cómo Whiplash le arrancaba un gran trozo de piel de la cabeza a Nickel.

—*¡Perro caído! ¡Perro caído!*

Ya era suficiente. Le dio una palmada en la mano a Peter. —Vámonos.

Cuando se acercaban a la puerta de la recepción, oyeron a alguien del público gritar: —¡*Fanged*!

—Monstruos —*dijo* Peter, con aspecto de estar a punto de echarse a llorar—. Putos *monstruos*.

Cuando entraron en la recepción, Jake se detuvo y se volvió hacia Peter. —¿Qué significa *fanged*?

—Cuando un perro se perfora accidentalmente el labio con su propio colmillo.

—Joder.

Un joven larguirucho de pelo rubio y corto entró por la puerta metálica ondulada.

Jake apartó al desorientado Peter para dejar pasar al cliente.

Este no aceptó la oferta y se quedó donde estaba, inspeccionándolos a ambos.

—¿Puedo ayudarle en algo? —dijo Jake.

—Soy Ayden MacLeoid.

Jake miró a Peter en busca de confirmación, que llegó en forma de un rápido asentimiento. Había funcionado; Jake había conseguido la atención de Jotham, y más rápido de lo que esperaba.

—Estoy aquí para preguntar si puedo ayudarles en algo —dijo Ayden.

—Solo hemos venido a hacer unas cuantas apuestas —dijo Jake.

—¿Y ya se van?

—No era mucho de nuestro gusto —dijo Peter. Tenía los ojos desorbitados y le burbujeaba la saliva a un lado de la boca.

Jake sintió que su corazón se aceleraba. Su compañero estaba al límite. Golpear a alguien en ese lugar era un billete de ida al hospital, o algo peor.

—Lamento oír…

—Sois unos animales. —Peter señaló a Ayden—. Usted, su padre, cualquiera que esté aquí. *Putos* animales.

Ayden retrocedió lentamente hacia la puerta.

Jake agarró el brazo de Peter de la misma forma en que Peter había agarrado el suyo en la arena. Buscó los ojos de Peter hasta que este le devolvió la mirada. —Ahora no —dijo en voz baja—. Ahora no.

Peter cerró los ojos, respiró hondo, suspiró y luego asintió.

Una fuerte aclamación surgió del interior. La pelea había terminado.

Jake se acercó a Ayden. Se dio cuenta de que el joven parecía bastante nervioso. Desde luego, su actitud era muy diferente a la de su padre, el rey sentado en las murallas de su castillo. —¿Le ha enviado su padre?

—Sí. Quiere saber qué quieren ustedes.

—Creo que eso ya lo sabe.

—A mí no me lo ha indicado.

—¿Maddie Thompson?

El desasosiego de Ayden se convirtió rápidamente en nerviosismo. Miraba de un lado a otro y se puso pálido.

—¿Sabe usted algo? —preguntó Jake.

—No.

—¡Pues no lo diría! Parece que ha visto un fantasma.

—No sé de qué me habla.

—Mire, quien colabore ahora es probable que salga de toda esta lamentable situación de una forma más positiva—

La puerta de metal corrugado se abrió de nuevo. Entró el portero alto. —¿Está todo bien, señor? ¿Se quedan o se van?

Jake mantuvo la vista fija en los ojos de Ayden hasta que este apartó la mirada.

—Se van —dijo Ayden.

—Vale, vamos entonces —dijo el portero.

Con Peter a su lado, Jake se acercó a la salida. Allí se detuvo y volvió a mirar a Ayden con dureza. —Recuerde lo que le he dicho. Todo esto puede acabar bien para usted. También puede decirle a su padre que puede acabar bien para él. Puede quedarse con su negocio de peleas de perros. A mí solo me interesa recuperar a Maddie Thompson. Nada más.

Ayden no respondió.

Jake miró al portero, enarcó una ceja y luego le metió en el bolsillo el boleto de la apuesta que había hecho por Whiplash. —Es ganador.

El portero se hizo a un lado y dejó paso a los dos intrusos.

11

—NO QUIERO hacerle daño, Kayla. Solo quiero mantenerla a salvo. ¿Lo entiende?

—Sí —su respuesta sonó ahogada, pero él le soltó la presa del cuello. Ella boqueó en busca de aire y se apoyó en la pared para no caerse.

—Ahora, vamos a echar un vistazo a su nueva habitación —la guio hacia el sótano.

Vio cómo él descorría los pesados cerrojos y abría la puerta. El aire frío salió de golpe y la envolvió, y no pudo evitar que las lágrimas volvieran a asomar. Sintió cómo él se inclinaba sobre ella para tirar de la cuerda de la luz y se estremeció. Aún le ardía el cuello por donde la había agarrado con tanta fuerza.

El polvo danzaba en el resplandor de la bombilla.

—Baje, por favor, Kayla.

Sus pasos resonaron mientras bajaba. Sintió la imponente presencia de él a su espalda y se secó las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano. Al pie de la escalera, se dio la vuelta.

—Por favor…

—Continúe. No tiene por qué preocuparse, Kayla.

Pasó rozando una fregona y un cubo viejos y olió el desinfectante. Le recordó a las jaulas de los perros que tenía que esterilizar con regularidad en su casa. *Papá, qué tonta he sido...*

Llegaron a otra puerta. Gabriel se inclinó por encima de ella hacia unas estanterías rotas, rebuscó en un jarrón viejo y le puso algo en la mano.

—Para el candado.

Metió la llave en el candado e intentó girarla.

—Está atascado.

—Haga más fuerza.

No cedía.

—De verdad que no puedo.

—Más fuerte.

La giró con todas sus fuerzas y se abrió con un clic. Miró dentro; era mucho más pequeño que la habitación de arriba.

—Lo siento, Kayla. No me ha dado tiempo suficiente para ponerlo tan cómodo como me hubiera gustado.

La habitación no tenía ventanas y sintió que una fría piedra de pavor se le instalaba en el estómago.

—Por favor, no me meta ahí dentro.

—No lo haga más difícil de lo necesario. Me gusta. Mucho. Más de lo que podría imaginar.

Ante sus palabras, el pavor de su estómago creció y le invadió el pecho. Entró. El suelo era de hormigón, pero parecía que lo habían barrido. Había telarañas en todos los rincones de la habitación. Tragó saliva.

—Siéntese en la cama.

Se sentó en el borde de una cama baja vestida con una sábana de las princesas Disney. Contrastaba por completo con la húmeda celda gris que la rodeaba. Se fijó en la mesilla de noche, con una pequeña lámpara de cúpula inalámbrica —debía de ser a pilas—, una botella de agua y un montoncito de libros.

—Míreme, Kayla.

Alzó la vista hacia Gabriel. Era enorme y bloqueaba por completo el vano de la puerta. *Debería haberte disparado arriba.*

—Hay agua y algunos libros. *Los Cinco*. ¿Los ha leído?

Ella negó con la cabeza.

—Son buenos.

Tragó saliva. Tenía la garganta seca.

La mano izquierda de él rondaba su entrepierna, junto a un bulto desigual en sus pantalones.

Notó el sabor a bilis en la garganta y apartó la mirada.

—Le traeré más libros. Probablemente se los acabará en nada de tiempo.

—¿Cuánto tiempo tengo que quedarme aquí?

—Este es su hogar ahora.

Se dio cuenta de que él se frotaba aquel bulto a través de los pantalones.

—Por favor… no —apartó la vista. Ahora las lágrimas caían con más fuerza.

—Entiendo que se sienta así ahora, pero cambiará. Aquí está a salvo conmigo. Una chica de su edad necesita protección. Eso es lo que le ofrezco.

Escondió la cabeza entre las manos. No quería seguir siendo consciente de su presencia, de lo que podía estar haciendo o no; solo quería perderse en sus lágrimas. Se dejó caer en la cama y le dio la espalda a su secuestrador, escuchando sus movimientos rápidos y sus gemidos asquerosos. *Por favor* —se quedó mirando la pared de hormigón—, *que alguien me ayude, por favor...*

Al final, se hizo el silencio y Kayla esperó que se hubiera ido. Consideró darse la vuelta, pero se alegró de haber esperado cuando él volvió a hablar.

—Detrás de la mesilla de noche hay un cubo. Si lo pone junto a la puerta al final de cada día, vendré a vaciarlo mientras duerme. Y ahora, debo irme. Si es una chica buena, veré si puedo conseguirle una televisión.

Oyó cerrarse la puerta y se acurrucó hecha un ovillo. Una vez que se calmó, pensó en usar el retrete, pero, tras palpar la cama y sentir las sábanas húmedas, se dio cuenta de que ya era demasiado tarde.

En el viaje de vuelta a Blue Falls, a Peter se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo siento.

—No tienes nada de lo que disculparte. No soy precisamente un amante de los perros, pero lo que he visto ahí atrás me atormentará el resto de mis días —Jake no insistió en la conversación y, cuando llegaron al puente, se atrevió a mirar al veterano de guerra.

Contemplaba el río Skweda, probablemente buscando la guía que muchos de sus antepasados habían buscado antes que él.

Jake paró donde había recogido a Peter, y este se volvió hacia él.

—No tienes por qué ser un amante de los perros. En absoluto —le puso una mano en el hombro a Jake—. Solo tienes que ser humano —Peter salió del coche y se limitó a gruñir cuando Jake le dio las gracias.

Ansioso por hablar con Piper, Jake probó a llamarla al móvil mientras conducía hacia el motel. Le saltó el buzón de voz y le pidió que le devolviera la llamada. Mientras cerraba la puerta del coche de alquiler, repasó con el dedo el arañazo y luego miró por encima del hombro por si Justin Stone y sus secuaces andaban al acecho.

Por desgracia, no, pensó con una sonrisa.

Un Honda SUV aparcado a varias plazas de la suya le sugirió que había un vecino nuevo. Intentó averiguar en qué habitación se había alojado el nuevo huésped, pero todas las ventanas estaban a oscuras. Probablemente habrían ido al pueblo a visitar el Taps. No había mucho más que hacer por aquí.

Entró en su habitación del motel, cerró la puerta tras él y encendió la luz—

Jotham estaba sentado en el taburete frente a su cama con un rifle sobre el regazo.

A Jake casi se le salió el corazón por la boca. —¿Jesús.

—No es la primera vez que me llaman así.

—¿Cómo *has* entrado en mi habitación?

—Leland, el dueño, ha tenido la amabilidad de dejarme pasar.

—¿Lo has amenazado con eso? —preguntó Jake, señalando el rifle de Jotham.

Jotham se rio. —No seas tonto. Él y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—Obviamente, lo suficiente como para que arriesgue su reputación y su negocio.

—Menuda actitud. ¿Sois todos así de donde vienes? La verdad es que, si es así, me gustaría ir de visita algún día.

—¿Por qué estás en mi habitación?

—Por la misma razón por la que probablemente tú estabas en mi foso, chaval. Curiosidad. Nos puede a todos. —Levantó una mano y agitó los dedos—. Los secretos en la oscuridad.

—Ya he visto lo que escondes en la oscuridad en Sharon's Edge. Ahí no hay ningún misterio. No eres más que un sádico.

—No hay crueldad en lo que hago. Preparo bien a todas mis perras; nunca he perdido ni una sola.

—¿No te importan los perros que sí mueren? ¿Que se muerden sus propios labios? Es una puta vergüenza.

—Si el dueño es débil, el animal es débil. El animal no sufre por mi culpa.

—A mí me suena a cobardía.

—¿Estaría una persona cobarde sentada aquí? ¿Como un libro abierto para que me leas? Aunque estoy seguro de que ya te has tomado muchas molestias para averiguarlo todo sobre mí.

—Nunca he averiguado qué te da derecho a entrar en mi habitación y amenazarme.

—¿Amenazarte? ¡Venga ya! —Jotham levantó el rifle—. ¿*Esto*?

Jake enarcó las cejas.

Se inclinó y dejó el rifle en el suelo, a sus pies. —Soy un hombre razonable. Pregúntale a todo el mundo en este pueblo y en el siguiente, ya que estamos. Descubrirás que es la opinión general.

—Hablarían por miedo, no con sinceridad.

—Oyes hablar de mi legado y, como cualquier otro forastero, das por hecho lo peor. Sin embargo, evitas el único hecho que de verdad importa: que Blue Falls probablemente ya no existiría si no fuera por las decisiones y los sacrificios que he tomado. Mucha gente de este pueblo tiene ahora comida en la mesa donde antes no la había.

Mientras gran parte de Estados Unidos se hunde en el paro, la mayoría de la gente de este pueblo tiene seguridad.

—El narcotráfico no ofrece ninguna seguridad.

—Aquí las cosas funcionan de otra manera, chaval, a la que estás acostumbrado. Desde que se tiene memoria, ha habido satisfacción. Y a nadie le interesa que eso cambie.

Jake puso los ojos en blanco.

—A nadie. Incluido a ti, *chaval.*

Jake sonrió con desdén. —¿No decías que no estabas aquí para amenazarme?

—Es solo una constatación de los hechos.

El teléfono de Jake sonó.

—¿Será la bella Piper Goodwin?

Jake entrecerró los ojos. —Será mejor que te vayas ya.

—Contesta al móvil, chaval. Podría estar de camino.

La mano de Jake se detuvo cerca del bolsillo de su chaqueta, pero no cogió el teléfono.

—Podría estar llegando al aparcamiento. —Jotham señaló hacia la puerta—. En menos de un minuto, podría estar ahí mismo. —Alargó la mano hacia su rifle.

Jake contestó a la llamada, sin dejar de mirar a Jotham. —¿Hola, Piper? ¿Dónde estás?

—En casa. A Doris le ha dado fiebre, así que voy a cubrir su turno en el Taps.

—Vale —dijo Jake, dándose cuenta de que Jotham todavía no había parpadeado—. Ya te llamo luego.

—Sí… vale. ¿Estás bien, Jake?

—Sí, es que ha surgido una cosa. Te llamo más tarde.

Jotham sonrió y Jake colgó.

—Quiero que te largues de aquí —dijo Jake.

—Eras tú quien me quería aquí.

—¿Acechándome en la oscuridad? ¿Por qué iba a querer yo eso? ¿Por qué iba a quererlo *nadie*?

—Tú viniste a mí, chaval. Tan valiente como quisiste, pavoneándote, a *mi* mundo.

—Solo quería que lo supieras.

—¿Saber qué, chaval?

—Que no me voy a marchar hasta que me digas dónde está Maddie Thompson.

—Supongo que entonces mañana tendrás que visitar al de la inmobiliaria, porque no puedo decirte lo que no sé.

—Una chica de quince años ha desaparecido y su familia permanece en silencio y aterrorizada. ¿A quién más podrían temer en este pueblo?

—Oh, te sorprenderías. Hay muchos rastreros desesperados por salir a la superficie.

—Es una niña. ¿No hay ninguna parte de ti a la que le importe?

—Te equivocas de lleno conmigo, chaval.

—¿Dónde está tu humanidad? ¡Tuviste tres hijos!

Jotham inspiró bruscamente por la nariz. Se reclinó en el taburete y observó a Jake.

—Tú, precisamente tú, sabes exactamente lo que se siente al perder tanto.

Jotham no respondió. Siguió mirando fijamente a Jake.

—¿Puedes imaginar lo que le está haciendo esto a la familia Thompson? Si hubieras podido ayudar a tus hijos, ¿no…?

—Basta. —Jotham levantó un dedo.

—Tienes una elección aquí…

—¡Basta! —Con el dedo aún levantado, cogió el rifle con la otra mano—. Como vuelvas a mencionar a mis tres hijos, te mato aquí mismo.

Jake inspiró hondo y reprimió una respuesta.

Jotham se puso de pie. —Ahora, te dejaré para que reflexiones sobre esta reunión.

—No quiero entrar en guerra contigo. Entiendo lo poderoso que eres. Pero no importa cuántas veces tú o cualquier otro me digáis que es un suicidio, no cambiará nada. No voy a dejarlo pasar.

—Lo entiendo.

Jake oía el latido de su corazón; esperaba que Jotham no pudiera oírlo también.

—Y en cierto modo te admiro por ello, chaval. La tenacidad es más rara de lo que muchos creen. Eres como yo. Pero tenías razón

antes. —Se acercó a Jake junto a la puerta—. Es imposible que ganes.

Jake abrió la puerta.

Cuando Jotham salió, miró a Jake.

—Somos tenaces y justos, los dos, Jake. Pero ninguno de los dos es paciente —ligeramente encorvado, Jotham salió tambaleándose del motel —¿estaba herido?— y se giró—. Puede que creas que lo que haces es lo correcto, Jake, pero quizá deberías plantearte si no le harás un mayor favor al mundo permaneciendo en él —cojeó hacia su Honda SUV, sujetando el fusil con una mano.

Jake cerró la puerta, caminó a trompicones hasta la cama, se sentó en el borde, respiró hondo varias veces y se tumbó para quedarse mirando al techo.

PETER ESTUDIÓ la fotografía de Prince y pasó los dedos por la cara del labrador retriever. Luego la tiró en el asiento del copiloto, le dio otro buen trago de Old Crow a la botella y arrancó el motor de su camioneta.

—Eres un puto loco, Sheenan —dijo, y condujo de vuelta hacia Sharon's Edge.

Por el camino, evitó mirar el río Skweda. Sus antepasados no estarían de acuerdo con el camino que había elegido y no tenía tiempo para lidiar con la vergüenza.

Cuando llegó al aparcamiento improvisado del polígono industrial, vio que se había vaciado. Se preguntó, brevemente, si que hubiese estado lleno lo habría detenido.

Lo dudaba.

De la parte trasera de su camioneta, cogió una lata de gasolina y su fusil. Se acercó al edificio, que ya no brillaba y estaba extrañamente silencioso tras los vítores y aclamaciones que le habían revuelto el estómago antes. Después de todo ese Old Crow, Peter sabía que debería ir dando tumbos, pero una mezcla de

adrenalina y determinación le recorría las venas y le enderezaba el paso.

Como soldado en Vietnam, nunca había necesitado exponerse a este tipo de peligro. Su compañero canino siempre podía adelantarse e identificar los riesgos. Pero eso eran otros tiempos. Aquellos compañeros se habían ido hacía mucho, tras la traición definitiva de su propio país.

Ver a esos preciosos animales sufrir de nuevo a manos de estadounidenses era insoportable. No se hacía ilusiones. Las consecuencias de sus actos de esa noche serían rápidas y brutales, pero de todos modos era un anciano que se acercaba al final de sus días, y si podía asestar un último golpe en nombre de esta especie torturada que le había salvado la vida en tantas ocasiones, que así fuera.

Dando por hecho que todo el mundo se había marchado, le sorprendió y le inquietó encontrar la puerta de metal corrugado sin la cadena. Una luz tenue también brillaba por el borde de la puerta, lo que sugería que había alguien en la vieja sala de espera. Dejó la lata a sus pies, preparó el fusil y abrió la puerta.

En el centro de la habitación, Ayden MacLeod estaba tumbado desnudo en el suelo. Se incorporó de golpe.

—¿Pero qué cojones? *¡Estamos cerrados!*

Peter levantó el fusil, cerró un ojo e intentó apuntar.

Ayden extendió las palmas de las manos.

—Mierda… ¿Qué quieres?

Peter intentó estabilizar la puntería, pero mientras que la adrenalina lo había ayudado a mantenerse firme fuera, ahora era un estorbo. No conseguía mantener el arma nivelada.

—¿Dinero? Puedo ir a por él atrás para…

—Deja de suplicarme, puto mierda sin agallas. Sois unos monstruos, todos vosotros. Estoy aquí para reducir este sitio a cenizas, y puedes irte con él… —sintió un golpe demoledor en la nuca. Todo se volvió blanco. Consiguió disparar el fusil mientras caía de rodillas. El segundo golpe fue en el centro de la espalda, y esto lo mandó de bruces contra el suelo duro. Se habría sorprendido si no le

hubiera costado varios dientes. Levantó la vista y vio, como era previsible, que su bala había fallado a Ayden.

El joven estaba ahora de pie, envolviéndose en la alfombra.

Al menos te guardas las pelotas, pensó Peter mientras escupía sangre en el suelo.

Alguien le arrancó el fusil de las manos. El portero con el gorro de antes se unió a Ayden. No se molestó en cubrirse.

Peter resopló y luego escupió más sangre para poder hablar.

—Jesús, Ayden, ¿qué pensará papá de esto?

Los ojos de Ayden se abrieron como platos.

El portero sonrió y levantó el fusil.

—¿Y cómo se va a enterar?

Peter se rio.

—Ahí me has dado. Adelante, muchacho. Haz lo que tengas que hacer. No hay integridad alguna en dejar a un anciano tirado en el suelo en medio de su propia sangre. Especialmente a uno que luchó por vuestro país —Peter cerró los ojos y esperó. Cuando el final no llegó, los abrió.

Ayden había bajado la punta del fusil, y el portero miraba a su amante.

—¿Aunque sepa lo nuestro?

—Sí —dijo Ayden—. Aun así.

—Aun así —dijo el portero, levantando el fusil de nuevo—, me gustaría conservar mi trabajo.

Ayden volvió a bajar el fusil.

—Lo harás. No se lo dirá a mi padre —asintió hacia Peter—. Nosotros hemos demostrado integridad, tal y como has pedido. Tú harás lo mismo, ¿verdad, Peter?

—Si no me matáis, sabéis que reduciré este zoo a cenizas.

—No estoy seguro de que me importe mucho —dijo Ayden.

—Entonces, dejadme coger la gasolina de fuera.

Ayden le quitó el fusil a su amante portero.

—Esta noche no, Peter —giró el fusil y dio un paso adelante—. Esta noche, voy a salvarte la vida.

Peter vio venir la culata. La oscuridad llegó antes que el dolor.

BLAKE THOMPSON HABÍA PERDIDO el apetito la noche en que su hija entró en el foso. En la mesa de la cocina, le costaba comerse la sopa de almejas que su mujer había preparado.

Marissa se sentó al otro lado de la mesa y lo observó comer. La olla de sopa estaba sobre un salvamanteles delante de ella. Sostenía el cucharón y removía la sopa como si todavía se estuviera cocinando.

Le dolía sonreír, pero Blake le dedicó una sonrisa a su mujer de todos modos.

Ella no se la devolvió.

—He llamado a mi hermana. Maddie no ha llegado.

Blake casi se atragantó con la sopa que tenía en la boca.

—Estoy preocupada por ella. ¿Crees que está de vuelta?

Blake dejó caer la cuchara en el cuenco. La vio hundirse y desaparecer en la sopa. —Ya hemos hablado de esto muchas veces, mi amor. Está con Jotham. Lo de que se quedaba con tu hermana en Vermont era solo una mentira.

—¡Jotham MacLeod! ¡Ese viejo canalla! Nunca me dijiste nada de eso, Blake, querido.

Pero sí que te lo he dicho, mi amor, muchísimas veces. Sin embargo, ¿cómo podía culparla por su confusión? Su hija había desaparecido y ella estaba fuera de sí. La mentira que le habían contado a la policía debía de resultarle muy atractiva: una magnífica red de seguridad para su mente en deterioro.

—Espero que la esté tratando bien. ¿Por qué está allí? —Levantó el cucharón de la olla y sirvió sopa en el cuenco.

Blake volvió a hablarle de la traición de sus hijos y de la venganza de Jotham. Mantuvo la mentira para evitar que su cordura se desmoronara por completo. —Nos devolverá a Maddie cuando Jotham considere que ya hemos sido castigados lo suficiente. —Aquello le hizo preguntarse algo que le revolvió el estómago vacío—. *¿Nos devolverá su cadáver algún día o ni siquiera podremos enterrarla como es debido?* —Se llevó una mano a la boca por si no

lograba contener las tres cucharadas de sopa que había conseguido tomar.

—Esos chicos de *mierda* —dijo Marissa.

Estaban atrapados en un bucle. Tendrían esta misma conversación durante los días venideros, porque ella, sencillamente, no iba a retener, *no podía* retener, la historia que él le contaba. Pero la verdad era la verdad, y un día se vería obligada a afrontarla, *toda*, y la destruiría.

—Tienes que ir a por ella, Blake —dijo Marissa.

—Cuando la cosa se calme, en un par de días. Te aseguro que está a salvo.

Devin se acercó a Marissa y le puso una mano en el hombro a su madre. —¿Quieres un vaso de leche caliente, mamá? ¿Quizá irte a la cama pronto?

Marissa se levantó, obligando a Devin a apartar la mano, y clavó la mirada en Blake mientras mantenía una mano en el cucharón. —Menudo capullo condescendiente.

La desesperación de ella fue demasiado para Blake y vomitó en su cuenco medio vacío.

—Papá, ¿estás…? —exclamó Devin.

Blake levantó la vista del cuenco y vio a su mujer golpeando a su hijo en la cabeza con el cucharón. —¡Marissa! —Blake se limpió el vómito de la barbilla y se puso en pie—. ¡Para ahora mismo!

Devin se cubrió la cara con las manos, pero eso le ofreció poca protección mientras ella lo golpeaba.

El dolor de Devin le recordó a Blake los últimos momentos de su hija, y temió vomitar de nuevo. Rodeó la mesa, agarró a su mujer por la muñeca para detener el ataque y la abrazó con todas sus fuerzas.

Ella se derrumbó contra él. —Voy a ir a la policía —dijo Marissa entre sollozos—. Si vosotros dos no vais a traerla de vuelta, encontraré a alguien que lo haga.

Si haces eso, se tragará ese infierno a nuestros otros hijos, Marissa. —Yo me encargo de esto. Traeré de vuelta a nuestra hija.

Ella se apartó de él. —Para mañana, Blake, o iré a por ella yo misma. —Salió corriendo de la habitación.

Blake se giró hacia su hijo, que estaba encorvado, frotándose la cabeza. —Joder, cómo duele.

Blake miró el cucharón que había en el suelo, luego al chico que le había costado la vida a su inocente hija. Apartó el arma de una patada antes de perder el control y seguir por donde lo había dejado su mujer.

Peter sintió como si se despertara con una resaca monumental. Le palpitaba la cabeza y las náuseas eran abrumadoras. Tardó un momento en orientarse y recordar lo que había pasado. Estaba en el asiento del copiloto de su camioneta, aparcado delante de su propia casa. *Uno de ellos ha debido de traerme de vuelta.*

Se tocó la frente y se miró la sangre de los dedos. Cogió la botella de Old Crow del suelo y le dio un trago largo. Eso ayudaría con la resaca y el dolor del golpe en la cabeza. Luego metió la mano bajo el trasero para coger la fotografía que había dejado en el asiento del copiloto.

Se quedó mirando la foto de Prince y suspiró. —Esto aún no ha terminado.

12

SIN ABRIR LOS OJOS, Jake buscó a tientas el otro lado de la cama. Vacío. Entonces recordó que, tras la impulsiva visita de Jotham la noche anterior, le había pedido a Piper que no viniera. Suspiró. Había sido la decisión correcta, pero eso no hacía que su ausencia le decepcionara menos.

Se incorporó en la cama, cogió el móvil y leyó un sugerente mensaje de Piper en el que le decía que solo le permitía una noche libre y que se pasaría a verle esa tarde después del trabajo.

Le respondió con un mensaje: *Me parece justo*. Besos. Luego llamó a Lillian para contarle su repulsiva visita a la pelea de perros y la igualmente repulsiva visita de Jotham.

Lillian suspiró.

—Nunca debería haber dejado que te metieras tan a fondo.

—Es una costumbre que tengo. No te culpes.

—Tienes que parar ya. Ya basta.

—Por desgracia, esa es mi otra mala costumbre: no sé cuándo parar.

—No tienes elección. Vas a conseguir que te maten. Jotham no te dará más avisos.

—Sí, eso mismo dio a entender.

—¿Siquiera sabes si es el responsable de la desaparición de esa chica?

—No me cabe ninguna duda.

—El comisario me llamó anoche *después* de que lo visitaras.

—Bueno, sabíamos que pasaría. ¿Te dijo que te retiraras?

—Sí.

—Pues tienes que hacer lo que te diga.

Lillian se rio.

—¡Eres increíble, acabas de ignorar el mismo consejo que te he dado yo!

—¡Tú tienes un trabajo que conservar!

—No estoy segura de querer conservarlo.

—Voy a ir a la comisaría a ver a Jewell esta mañana. Tienes que mantenerte alejada de mí. Ya te he implicado bastante. No quiero ser responsable de lo que pueda ocurrir ahora.

—Ya soy mayorcita.

—Lo sé, Lillian, por eso sabes que tengo razón. Adiós, y gracias.

Mientras esperaba a que hiciera efecto la fuerte dosis de analgésicos de esa mañana, Jotham estaba sentado en un taburete viendo a Ayden entrenar a Bo. Ayden se había ofrecido a traerle una tumbona, pero cualquier presión sobre su espalda destrozada, incluso la del material más fino, era una perspectiva insoportable en ese momento. Tomó un sorbo de café cargado de una taza de hojalata. Apenas le sirvió para espabilarse. La noche anterior había sido la peor de su vida. Si no era el dolor de espalda lo que lo despertaba, eran los sueños con su hija desaparecida.

Normalmente, Bo pasaba cada mañana atada a una pesada cadena para fortalecer la parte superior de su cuerpo, pero, como peleaba esa noche, la habían atado a la cadena más ligera para que pudiera conservar su energía. Hoy el objetivo era únicamente aumentar la agresividad de Bo para que pudiera ganar con facilidad esa noche y llevarse el galardón de Gran Campeona. Después, estaría bien cuidada durante su retiro. No creía en el uso de sus perros retirados como perros de cebo; no había integridad en ello.

Los entrenaba para ser los más fuertes y para sobrevivir, no para ser sacrificados cuando alcanzaban esos niveles.

Ayden había atado cinco conejos a unas estacas que rodeaban a Bo. La cadena de Bo solo le permitía acercarse a varios centímetros de estos animales. Desde allí, ladraba furiosamente e intentaba desesperadamente hincarles el diente. A lo largo del día, Ayden iría aflojando las cuerdas de los conejos una a una para que pudiera despedazarlos. El objetivo era que los conejos fueran alcanzables para Bo, para mantenerla entusiasmada; si se esperaba demasiado, podría sucumbir al fracaso y su agresividad disminuiría.

Mientras Bo se lanzaba de un lado a otro entre los inalcanzables conejos, Ayden se acercó y se paró junto a su padre para que pudiera oírlo por encima de los ladridos.

—Puedo ir yo esta noche, papá, si no te encuentras muy bien.

—¿Y perderme el momento decisivo de Bo? Ha tenido una trayectoria excelente y quiero terminarla con ella. Además, necesito la distracción.

Ayden retrocedió varios pasos.

Jotham supuso que iba a decir algo que podría irritarlo. No tenía por qué preocuparse. Estaba demasiado rígido e incómodo como para arriesgarse a darle una paliza al niñato esa mañana.

—¿Crees que es momento de que hablemos con el comisario Jewell?

Jotham miró a su hijo.

—¿Quieres que me digne a responder a eso?

—No la encontramos, papá. Lo hemos *intentado*.

—A mí eso me suena a derrota.

—Tu recompensa es generosa, papá. Tu gente ha llamado a casi todas las puertas de Blue Falls. No hay ni rastro de Kayla ni una sola pista de adónde ha podido ir.

—Pues llama a todas las puertas de Sharon's Edge, y luego a todas las de New Lincoln. Si no está en esta propiedad, está en alguna parte.

—Podría haber salido del estado, por lo que sabemos.

Jotham cerró los ojos. Respiró hondo.

—Te pedí que me ayudaras a preparar el entrenamiento, Ayden, no que me hicieras sentir peor de lo que ya me siento…

—Jewell tiene recursos, papá. Podríamos estar perdiendo el tiempo. Podría estar en apuros…

Jotham abrió los ojos de golpe.

—Ese hombre es un pederasta. ¿Qué demonios va a saber él sobre cuidar de una niña? Abordará la búsqueda de Kayla de la misma manera que ha abordado todo en su retorcida vida: con perversión. No. Esto se queda entre nosotros.

Ayden suspiró.

—¿Y tienes algún problema con eso, hijo?

—No, papá.

Señaló con la cabeza a Bo y a los conejos. —Bien, ahora suelta uno.

Ayden aflojó la cuerda del conejo más pequeño.

Jotham se inclinó hacia delante en su taburete y observó cómo Bo hacía pedazos al animalillo.

—Bueno, aquí estamos de nuevo, señor Pettman —dijo Gabriel desde detrás de su escritorio, ignorando la pregunta inicial de Jake —. ¿Será el compromiso con nuestra profesión compartida lo que nos atrae el uno al otro?

Jake se inclinó hacia delante en la silla. —De donde yo vengo, la policía intenta hacer lo correcto.

Gabriel sonrió. —¿Eso es lo que intentó hacer en Wiltshire?

—¿Qué quiere decir?

—He averiguado algunas cosas sobre usted.

Jake intentó mantener la calma, aunque de repente sintió un peso de plomo en el pecho. —¿Ha desaparecido una niña y usted se dedica a investigarme a mí?

—¿De verdad desertó?

Jake entrecerró los ojos.

—Mierda… Lo hizo, ¿verdad? —Gabriel se recostó en la silla. Parecía como si estuviera a punto de celebrarlo—. Hablé con unos amigos míos del Reino Unido. Parece que en realidad nunca lo dejó. Sencillamente, un día se largó. ¿Por qué haría eso alguien en su sano juicio?

—No es asunto suyo.

—Bueno, quizá debería hacer que lo sea —asintió—. Después de todo, usted parece incapaz de dejar de meterse en mis asuntos.

Jake se inclinó hacia delante y señaló el escritorio. —Vine aquí, *primero*, con un problema que no ha intentado resolver.

—Hablé con la familia a petición suya.

—Le mintieron.

—Puede que sí, pero, como ya le dije, señor Pettman, en Blue Falls es necesaria la paciencia. Todo el mundo, usted y yo incluidos, debe andarse con mucho cuidado.

—¿Andarnos con cuidado? ¡De donde yo vengo, he visto a compañeros sacrificarse para hacer lo correcto!

—Sí, he oído hablar de ello. En realidad, he oído todo tipo de cosas sobre usted, señor Pettman. —Gabriel hizo una pausa para dar un sorbo de café de una taza amarillenta en la que ponía *El mejor policía de la historia* en letras rojas desvaídas—. Creo que tiene las manos manchadas de sangre.

Jake se planteó meterle la taza por la garganta a ese cabrón engreído. —Todo lo que hice fue cumpliendo con mi deber.

—Matar es matar. —Gabriel dejó la taza—. Era de esperar, supongo. —Sonrió, mostrando unos dientes tan amarillos como la vieja taza—. Teniendo en cuenta su origen.

—¿Qué quiere decir?

—Mala estirpe… estirpe de asesinos de niños.

Jake se puso de pie y se agarró a los bordes del escritorio, desesperado por contener las ganas de soltarle un puñetazo a ese gilipollas.

—Siéntese, señor Pettman. Hay que admitir que acabar en la cárcel le mantendría alejado de los problemas, pero también generaría papeleo. Puede tranquilizarse. Fui discreto en mis pesquisas.

A Jake le costó seguir el consejo. Su respiración era agitada.

—Aquellos de los que ha huido no conocen su paradero.

Aún no, pensó Jake, y respiró hondo para intentar controlar el subidón de adrenalina. —No le debo nada, Jewell, así que ahorrémonos esa suposición.

Gabriel se encogió de hombros.

—¿De verdad cree que merecería la pena perseguirme hasta aquí?

—Quizá. Desde luego, ha causado una buena impresión por aquí, y eso que acaba de llegar. Imagino que tendrá muchos enemigos. Siéntese, señor Pettman.

—Prefiero quedarme de pie. ¿Qué tal si se decide a responder a la pregunta que le hice cuando llegué? ¿Cómo puede tolerar las peleas de perros en su territorio?

Gabriel dio otro sorbo de café.

—No irá a esquivar la pregunta otra vez, ¿ver—

—Es un deporte —dijo Gabriel, evitando el contacto visual.

—Un deporte sangriento. Un deporte ilegal.

—Estoy de acuerdo, pero esto no es Midsomer; es Blue Falls.

—Midsomer no es un pueblo real.

—Ya me entiende. —Volvió a mirar a Jake a los ojos—. Siempre habrá maldad en un lugar como Blue Falls. Va con el territorio. Muchos dirían que el puto lugar nació de ella. Si te enfrentas al mal, se vuelve mucho peor. Permitir cierta maldad, un mal necesario, puede mantenerlo todo bajo control.

—Por Dios, ya empezamos otra vez. Su equilibrio. El ecosistema. ¡Excusas! ¡Todo son excusas! No es más que un hombre débil, Jewell.

Gabriel golpeó la mesa con la palma de la mano. —Enfréntese a Jotham y verá lo que pasa.

—Oh, pienso hacerlo. —Jake se inclinó más hacia Gabriel y curvó el labio—. Después de que admita que *quiere* que lo haga.

—No sé a qué se—

—¡Déjese de gilipolleces, Jewell! ¡Usted me puso sobre la pista de las peleas de perros!

—¡Quizá pensé que iría y conseguiría que lo mataran!

—Pero si de verdad quería quitarme de en medio, ¿por qué no reveló mi paradero cuando hizo averiguaciones sobre mí?

Gabriel se recostó en la silla.

—Escuche. Sé que tiene las manos atadas. Hasta cierto punto, *entiendo* su situación. Quiere atrapar a Jotham tanto como yo. Deme algo.

—Le he dado todo lo que puedo.

—Justo lo que pensaba. —Jake esbozó una mueca de desprecio y se dio la vuelta hacia la puerta.

Tenía la mano en el pomo cuando Gabriel dijo: —Tiene que dejar de husmear alrededor de gente que tiene todo que perder. Así no se consiguen respuestas. No por aquí.

Jake se giró. —¿A quién busco entonces?

Gabriel se hizo crujir los nudillos de la mano izquierda. —A los que ya lo han perdido todo por culpa de Jotham MacLeoid.

Jake se rio. —Esa debe de ser una lista larga.

—Sí, es larga, pero la mayoría de los que están en esa lista están muertos, así que eso debería acelerarle las cosas.

Jake vio a Lillian al salir del departamento. No solo evitaba mirarle a los ojos, sino que tenía los dientes apretados y el ceño fruncido.

Fuera, se apoyó en la pared donde había conocido a Lillian, se inclinó y tomó grandes bocanadas de aire.

Joder. Ese cabrón de Gabriel le había calado.

Se irguió y golpeó la pared que tenía detrás varias veces, desesperado por desahogar la frustración. ¿Cuánto habría revelado Gabriel en sus siniestras llamadas telefónicas a la policía del Reino Unido?

A Jake no le preocupaba la policía, sino Article SE; una organización de crimen organizado que había extendido sus tentáculos por las fuerzas del orden de Wiltshire. A él también lo había atrapado uno de sus tentáculos. Y había otros..., incluida su jefa, la Comisario Jefe Joan Madden. Si se enteraba de dónde

estaba, alertaría a los de Article SE. Y vendrían a por él. De eso no cabía duda.

Tenía que encontrar a esa chica desaparecida y largarse antes de que fuera demasiado tarde. Sacó el móvil de su chaqueta Barbour y suspiró. No le quedaba otra. Sin ayuda, no llegaría a ninguna parte.

—Lillian, estoy fuera.

—¿Qué ha pasado con lo de mantenerme alejada?

—Me he dado cuenta de que no te ha hecho mucha gracia. Mira, me he equivocado. Lo siento. Te necesito.

—Adelante.

—Tenemos que hacer una lista de *los que ya han perdido*.

—Como de costumbre, no tienes mucho sentido.

—Ven a fumarte uno de tus cigarrillos y te lo explico.

13

BLAKE THOMPSON miró a los ojos del hombre que había asesinado a su hija y le suplicó que le devolviera su cuerpo. Tras él, un perro ladraba y tiraba de su cadena, desesperado por alcanzar a unos conejos atados.

Jotham apartó la mirada y la perdió en la distancia.

Blake sabía que no era por vergüenza por lo que ese cabrón evitaba mirarlo a los ojos. No. Un hombre como aquel no albergaba tal emoción. Lo hacía porque Blake era un incordio, una distracción inoportuna.

Al cabo de un rato, Jotham volvió a posar en Blake su mirada de cazador. Abrió la boca para hablar, pero esperó a que uno de los conejos dejara de chillar. —¿De qué te servirá arrastrarte hasta mi foso para recuperar el cadáver de tu hija?

Blake contuvo las lágrimas. Quería mantener la dignidad. —Permítenos pasar página. Debería recibir sepultura.

Jotham resopló y desvió la mirada. —¿Para tu Dios?

—Para nosotros, Jo. —Blake mantuvo las manos a la espalda, temeroso de que pudiera cerrarlas impulsivamente alrededor del cuello del asesino.

—¿Crees que te debo algo, Blake?

—No. —Blake se secó una lágrima de la comisura del ojo antes de que tuviera la oportunidad de rodarle por la mejilla—. Es su

madre. Ella es inocente en todo esto. Por favor, deja a mi hija en algún lugar donde pueda ser encontrada para darle sepultura.

—O sea, que no solo quieres su cuerpo, ¿sino que te gustaría montar algún tipo de numerito? ¿Escenificar su muerte?

—Sí... por su madre.

—¿Marissa no lo sabe?

—La *verdad* la mataría.

—Ah. —Jotham asintió y volvió a contemplar sus tierras—. O sea, dejarla bajo un acantilado, ¿algo por el estilo?

—Lo que funcione.

—¿Lo que funcione para mentirle a tu mujer?

—Sí, Jo. —Blake se enjugó otra lágrima mientras Jotham enfocaba su atención en otra parte.

Jotham se frotó la larga barba, sumido en sus pensamientos. *Un numerito. Con este hombre siempre era todo un puto numerito.* —No, no lo creo.

Blake tragó saliva. —Pero…

—No.

—¿Por qué? —Su cuerpo se estremeció.

—No tengo por qué darte una explicación. Vete a casa y cuéntale la verdad a tu mujer. Sigue con tu vida. Le estoy ofreciendo un buen futuro a tu familia.

—Pero no lo entiendes. No lo aceptará. Su mente, su forma de razonar... ya no es la que era. No será capaz de mentir. Desvelará la verdad.

Jotham volvió a alzar la vista hacia Blake. Sonrió y se pasó la lengua por los dientes superiores. —Entonces hazla callar, Blake.

—¿Qué?

—Hazla callar. Al fin y al cabo, ¿no es el deber de todo hombre purgar a los débiles? Es la naturaleza humana.

—No puedo hacer eso. —Ahora no hacía ningún esfuerzo por detener las lágrimas que le surcaban el rostro.

—Pero, si la verdad sale a la luz, otro de tus hijos irá al foso. ¿No te lo dejé claro la otra noche?

Blake sintió que se le derretían las entrañas. Deseaba con todas sus fuerzas descuartizar a aquel psicópata con sus propias manos. —

Jo, te lo ruego...

—¡Basta! —Jotham llamó a Ayden con un gesto de la mano—. Acompaña a nuestro invitado a la salida.

Blake miró a Ayden y luego a Jotham, que ya no le prestaba atención. —Por favor, Jo.

Ayden lo cogió del brazo. —Vamos, señor Thompson.

Blake se zafó de un tirón. —Quítame las putas manos de encima. No me toques. Esto no puede ser así. No está bien. Nada de esto está bien.

—Ayden —dijo Jotham—, suelta a Bo.

—¿Papá? ¿Estás seguro de...?

—*Ahora.*

Ayden se dirigió hacia Bo.

Jotham estudió a Blake y enarcó una ceja. —Tú decides, Blake.

Blake oyó el traqueteo de la cadena a su espalda mientras Ayden la soltaba.

—De acuerdo, Jo. Me voy.

Jotham asintió.

—Ya me voy yo solo. —Se marchó tambaleándose.

—¡Lo has intentado, Blake! —le gritó Jotham a su espalda—. Era todo lo que podías hacer. Ahora tienes que decírselo a tu mujer.

Blake se planteó darse la vuelta, gritarle insultos y retarlos a que le soltaran a la fiera. Ser devorado hasta la muerte era preferible a contarle a su mujer la cruda verdad: que su hija había sido arrojada a un foso y asesinada por *algo* que había allí abajo.

Pero el suicidio no era una opción. Dejar a su esposa sola y sin saber la verdad era aborrecible. No, ella sabría la verdad. Y después, cuando dijera que no podía vivir con ello, él le ofrecería el silencio. Y cuando ella lo aceptara, él también lo compartiría.

Lillian tardó unas horas en recopilar una lista de todas las personas a las que Jotham había tratado mal en el pasado. La lista de miembros supervivientes de ese exclusivo club de «los que ya

habían perdido» era mucho más larga de lo que Gabriel había sugerido. Afortunadamente, Lillian ya había sacado algunas conclusiones razonables.

Jake sonrió. Lillian era competente y tenía buen corazón. Su experiencia en Blue Falls hasta el momento le indicaba que esos rasgos escaseaban.

Lillian había reducido la lista a exempleadas. Todas habían sido residentes de Blue Falls en el momento de su contratación, y todas ellas habían sido mujeres. También se había adelantado y había contactado con algunas.

—No tenían *ningunas* ganas de hablar conmigo —dijo ella.

—Por miedo a perder la vida, sin duda.

—No, no tanto por eso. Era como si le estuvieran agradecidas.

—¿Por haber sido despedidas?

—Aceptaban su destino. Creían que se lo merecían. Una admitió haber robado parte del producto para uso personal. Otra dijo que llegaba tarde todo el tiempo.

—¿Y cómo las trató él?

—Dos de las tres con las que hablé usaron la palabra *caballero*.

—No me lo creo.

Lillian aún no había hablado con las otras exempleadas de la lista. Se la enseñó a Jake y luego señaló un nombre que había rodeado con un círculo. —Marion Springs. De hecho, llegó a denunciarlo a la policía.

Jake abrió mucho los ojos. —Sigue.

—Alguien había borrado los archivos de la carpeta.

Jake se reclinó en la silla. —¿Crees que todas esas mujeres se sentían igual?

—No. Creo que ha elegido a sus víctimas con cuidado.

—¿Así que tiene más víctimas?

—Eso creo, sí.

—¿Como Marion?

—Está muerta.

Jake suspiró. —Claro que lo está. El archivo que has mencionado, ¿decía que había puesto una denuncia?

—Mierda. —Jake sopesó la situación—. ¿Y aun así dejaste la carpeta ahí? Qué descuido. Deja que adivine quién creó la carpeta. ¿El jefe Jewell, por casualidad?

Lillian asintió.

—Imbécil. Bueno, no pienso volver para intentar sacarle sangre a esa piedra. Vayamos directamente a la fuente.

Marion Springs recibió a Jake y a Lillian en el porche, fumando como un carretero. Era una mujer de mediana edad y complexión fuerte que parecía sana y robusta a pesar de su asqueroso vicio y de las arrugas que la experiencia le había grabado en la cara. —Mi hijo acaba de cumplir doce años. No quiero que respire esta porquería.

Jake sonrió. —Ojalá todos los padres fueran tan concienzudos.

—Sí, bueno —dijo Marion a través de una nube de humo—, unos lo son y otros no. Conozco a un montón de ambos tipos.

—Entonces, ¿dijo que no le importaba hablar con nosotros sobre Jotham?

—«No importarme» no es la expresión correcta. «Dispuests», sí.

—No parece que sea su mayor admiradora —dijo Lillian—. Otras exempleadas se han referido a él como un caballero.

Marion bufó con tanta fuerza que tosió con la última bocanada de humo. —¿Lo ha conocido?

—Sí —dijo Jake—. Y mi reacción al oír que se referían a él de esa manera fue similar a la suya.

Marion encendió un tercer cigarrillo. —Pero se puede entender su punto de vista. Les ofreció trabajo donde no lo había y les pagaba muy bien. Sí, era ilegal, pero ¿a quién le importa eso cuando prácticamente vives del aire? A mí, desde luego, no me importaba en aquel entonces.

—Entonces, ¿qué la hace diferente? —dijo Jake—. ¿Por qué no le canta alabanzas como sus otras exempleadas?

—Porque yo digo las cosas como son. Las otras chicas tenían una visión distinta de lo que es aceptable. O, por decirlo de otro modo,

esa bestia vieja no es mi tipo, y no estaba dispuesta a hacer lo que se requería de mí.

—No la sigo —dijo Jake.

—En todo momento, Jotham tenía una favorita. —Hizo una pausa para dar una larga calada al cigarrillo, luego se quedó mirando a lo lejos y pareció perder el hilo.

Jake y Lillian intercambiaron una mirada.

—Señora Springs, ¿decía algo sobre las favoritas? —dijo Jake.

—Ah, sí. Perdone. Solo tenía una favorita cada vez. Y parece que no se aburría con facilidad. Trabajé allí cuatro años y, en ese tiempo, solo tuvo cuatro favoritas.

—¿Qué pasa si eres la favorita? —dijo Lillian.

—Esperaba que usara la imaginación, querida, pero, siendo policía, supongo que querrá todos los detalles escabrosos. Básicamente, significaba que venía al laboratorio casi todos los días, te llevaba a su habitación y, ya sabe, te follaba.

Lillian maldijo en voz baja.

—Lo sé. —Marion expulsó una nube de humo—. Todo un caballero.

—¿Fue por eso por lo que fue a la policía? —preguntó Lillian.

—¿No ha leído el informe?

Jake y Lillian volvieron a intercambiar una mirada.

—El archivo estaba dañado —dijo Lillian.

Marion volvió a bufar. —¡Ja! El día que puse la denuncia supe que no pasaría nada. Pero, vamos, ¿qué me esperaba? ¡Supongo que sabe quién es Jotham MacLeoid o no estaría aquí, en la puerta de mi casa!

—¿Qué pasó, señora Springs?

Marion tiró la colilla al suelo y la aplastó con el pie. —Bueno, el cuarto año, para mi suerte, ¡me seleccionó para ser su favorita!

—Lo siento —dijo Lillian, sin levantar la vista.

Se encogió de hombros. —Solo yo tengo la culpa. Te metes en esas situaciones y no puedes echarte a llorar cuando te sale el tiro por la culata.

—No, Marion. Usted estaba desesperada. Ese tipo de hombre se aprovecha de eso.

—Lo estaba, sí —dijo Marion, levantando la vista—, pero no tan desesperada. Como le dije antes, ¡él no era mi príncipe azul! De hecho, no era el de nadie, el viejo cabrón. Las demás solo estaban asustadas. Pobres chicas. Pero yo soy diferente a ellas. La mayoría de esas chicas habían sufrido maltrato, ya fuera por un padre abusivo o un marido que las humillaba. Yo tuve suerte. Mi padre quería que fuera una luchadora y me crio para que me mantuviera firme. Así que le dije a Jotham que no estaba interesada.

—Bien por usted, Marion —dijo Lillian.

El color desapareció de su rostro. —Me despidió.

—No fue una gran pérdida. Usted fue la que ganó en esto. No hay duda de…

—No, señora, no lo fui. —Se arremangó la manga de la blusa—. Me violó. —Les enseñó a Lillian y Jake la cicatriz blanca de su brazo —. Me marcó con su Zippo. Luego me dio mi última paga, y su hijo me llevó a casa en coche.

—Joder —dijo Lillian.

—Siento que le pasara eso —dijo Jake.

Marion asintió. —Eso es exactamente lo que dijo su colega, Gabriel Jewell. Prometió que se haría justicia, y sé de buena tinta que fue a ver a Jotham porque las otras chicas lo vieron en la propiedad y me lo contaron. Pero lo único que hacía era limpiar el estropicio. Varios días después, Jotham envió a uno de sus hombres con un fajo de billetes: ¡un generoso finiquito! Qué amable el señor Jewell al negociar eso por mí, ¿eh? Este hombre también me advirtió de que el asunto estaba zanjado y que si seguía creándole problemas al señor MacLeoid, le cortarían los cojones a mi hijo.

Jake negó con la cabeza.

—Mi hijo tenía cuatro años por aquel entonces, así que sí, cogí el dinero y dejé correr el asunto. Aunque nunca lo gasté. Quemé hasta el último dólar. Que le jodan. Mi hijo y yo incluso pasamos hambre ese Día de Acción de Gracias, pero estoy orgullosa de no haber gastado ni un solo centavo. Si hubiera cogido ese dinero, lo habría convertido en una transacción en lugar de en lo que fue: una violación.

—Gracias por ser tan abierta y sincera con nosotros, señora Springs —dijo Jake—. Pero ¿por qué hablar con nosotros ahora? ¿Ya no está preocupada?

—Cuando han aparecido hoy por mi puerta, he dado por sentado que ya lo sabían. Como digo, puse una denuncia. Además, decirles la verdad sobre esa bestia retorcida no cambiará absolutamente nada. Es mi palabra contra la suya, y de eso ha llovido mucho. No le va a quitar el sueño por mi culpa.

—Siempre puede ir a la policía estatal de Maine y contar la verdad —dijo Lillian.

—No. Lo único que me importa ahora es mi hijo, y no pienso ponerlo en peligro.

Lillian abrazó a Marion. —Es usted muy valiente.

—Tonterías, querida. Hay muchas personas por ahí con heridas mucho más profundas que las mías.

Lillian se apartó y la sujetó por los brazos.

Las lágrimas surcaban el rostro de la mujer maltratada. —No soy la única vida que ha destrozado, y estoy segura de que algún día recibirá su merecido. Es lo que te ayuda a seguir adelante en los peores días, ¿sabe?

Jake y Lillian asintieron.

Marion miró alternativamente a sus dos visitantes. —¿Entonces ya está? ¿Va a recibir por fin lo que se merece?

—Estamos en ello —dijo Jake—. Pero cada vez tengo más confianza.

Jake y Lillian entrevistaron a más exempleados, pero no encontraron otra historia tan desgarradora como la de Marion Springs. Se estaba haciendo tarde, así que Lillian sugirió tomar algo en el Blue Falls Taps.

—¿Y que te vean conmigo? ¿A pesar de la advertencia de tu jefe? —dijo Jake.

—Lo has dicho tú mismo, desprecia a Jotham. Todo es palabrería. Mientras no vayamos a por él a tumba abierta, creo que por ahora hará la vista gorda.

El Taps estaba sorprendentemente tranquilo, pero, claro, todavía era bastante temprano. A Jake le agradó ver que los barriles del local rebosaban de cacahuetes, por lo que sus cáscaras aún no suponían un riesgo para la salud y la seguridad. Jake señaló la mesa del rincón más alejado, bajo la atenta mirada del capitán William Ross. —Fuera de peligro. El óleo había captado una impresión bastante severa del hombre, y Jake se preguntó si ese habría sido su talante habitual cuando estaba vivo.

—Fuera de peligro —dijo Lillian con una sonrisa—. No parece tu estilo.

—Créeme, es el estilo que intento conseguir, pero se me escapa continuamente. ¿Una pinta de Stinson?

—Por supuesto.

—Es una porquería, pero es lo mejor que tienen.

—No lo digas muy alto, que vas a provocar un motín.

Jake examinó a la clientela. Era temprano y la mayoría rondaba los setenta años. Le enarcó una ceja.

—No te dejes engañar. Si criticas la cerveza con la que se criaron, despertarás algo en ellos.

Jake sonrió. —Un día de estos traeré un barril de la mejor de Wiltshire, y eso sí que despertará algo en ellos, ya verás.

Ella asintió y fue a la mesa del rincón.

Jake le dedicó una sonrisa a Piper en la barra.

Ella se la devolvió, pero fue una sonrisa a medias.

Jake había pasado muchos años en un matrimonio fracasado, así que supo de inmediato que la había cabreado. También sabía que era mejor abordar el problema de inmediato en lugar de dejar que se enconara. —Estamos trabajando.

—No he dicho nada.

—Mira. Lillian es policía, Piper. Sus recursos nos han traído hasta aquí. Si no trabajo con ella, iré por ahí como un elefante en una cacharrería.

—¿Y en vez de eso, estáis de copas en un bar?

—Nos estamos tomando un breve descanso para decidir nuestro próximo movimiento. Hoy hemos oído algunas cosas espeluznantes.

—¿Así que esto os ayudará a pensar? —Tiró de un grifo de Stinson.

Mierda. Le recordaba mucho a Sheila. Nunca conseguía ganar una discusión, ni siquiera cuando creía de verdad que tenía la razón.

—¿Por qué no traigo una jarra entonces? ¿Estás más cerca de encontrar a Maddie?

—Para ser sincero, no lo sé. Pero me estoy acercando a *él*. Y ambos sabemos que la respuesta está ahí.

—Es que creo que avanzarías más si yo estuviera ahí.

—Ya es bastante malo que dos de nosotros vayamos por ahí, armando jaleo en un pueblo tan hermético. Tres sería ridículo.

Piper señaló a Lillian. —¿Así que la eliges a ella?

—Ya sabes por qué. Y ella es buena, Piper, no como el resto de ese lamentable departamento. Llegaremos al fondo de esto muy pronto. Tendrás que confiar en mí.

Sirvió la segunda bebida. —Bueno, esta noche voy a tu casa.

—No esperaba menos. —Sonrió, y ella le devolvió la sonrisa.

—Para que me pongas al día. No para otra cosa.

Jake le dio un billete de cinco dólares y cogió las dos bebidas. —Gracias por el caldo de pantano.

—¿Todavía no le has cogido el gusto?

—¿Es que tiene gusto? —preguntó con una sonrisa.

14

Su visión enturbiada por la sangre en los ojos no le permitía a Blake Thompson ver con claridad. A través de la neblina roja, vislumbró el contorno de la mesa de la cocina y se arrastró hacia ella. El dolor de cabeza era peor que el de la otra noche junto al foso, pero al menos le confirmaba que seguía vivo.

Cerca de la mesa, su mano dio con la plancha que ella había usado para dejarlo inconsciente... o para matarlo. *¿Había sido esa su intención?* No su querida Marissa. No, imposible. Toda su existencia se había centrado en amarla, en protegerla. Que tuviera su momento de desesperación, pero, por el amor de Dios, que no albergara intenciones asesinas. *Por favor, no la mancilles con eso.*

Se agarró al borde de la mesa con una mano y, con la otra, se levantó la camiseta para limpiarse la sangre de los ojos. Funcionó, pero fue temporal. La sangre manaba a raudales. Ayudándose de la mesa, consiguió incorporarse y vio a Sean en el umbral de la cocina.

—Papá, ¿estás bien?

—Sí..., sí... Estaré bien.

Sean corrió hacia él y le pasó un brazo por los hombros para que no perdiera el equilibrio.

Devin, su otro hijo, estaba ahora en la puerta de la cocina.

—¿Qué ha pasado?

—No sabe lo que hace.

Devin abrió los ojos de par en par.

—¿Ha sido mamá?

—Sí, pero...

—¿Dónde está?

—No lo sé. He estado inconsciente. —Las piernas de Blake flaquearon por una oleada de mareo, pero Sean aguantó su peso y lo mantuvo en pie.

Devin salió corriendo de la habitación.

Blake lo oyó recorrer la casa a zancadas, llamando a su madre.

Sean lo ayudó a sentarse en una silla y le dio una toalla para que se la sujetara en la cabeza sangrante.

Devin irrumpió de nuevo en la cocina.

—Se ha ido.

Blake se quedó mirando la mesa fijamente.

—¡Papá! ¡Se ha ido! ¿Qué ha pasado?

—Vuestra madre no sabe lo que hace.

Devin se acercó al otro lado de la mesa.

—¿Qué le has contado?

Blake no respondió.

—Papá, *¿qué le has contado?*

—Todo.

Devin golpeó la mesa con el puño.

—*¿Qué?*

—Es la madre de Maddie. Tiene derecho a saberlo.

—Papá, ¿qué has hecho? ¡Seguro que ha perdido la cabeza por completo! ¿Por qué se lo has contado?

Blake dejó caer la toalla y dio un puñetazo en la mesa, aunque no tan fuerte. Señaló a Devin.

—Mide tus palabras, hijo. Estás hablando de tu madre.

—Hará que nos maten a todos.

—No, Devin. —Blake intentó ponerse de pie. Oyó a Sean suplicarle que se quedara sentado, pero lo ignoró—. Tú harás que nos maten. Igual que hiciste que mataran a tu hermana.

—¿Cómo sabes siquiera que fui yo? Podría haber sido Sean.

—Sean no tiene un ápice de maldad. No traicionaría a nadie, ni siquiera a ese monstruo. —Blake señaló a Devin—. No, el que siempre ha sido un cabroncete rencoroso has sido tú.

—Que te jodan, papá. —Se giró—. Vosotros dos quedaos aquí sentados, poniéndome a parir, mientras yo intento arreglar este embrollo.

—Creo que no lo entiendes, hijo. Ya es tarde para eso.

—Eres un débil, papá. Ese es el problema, eres viejo y débil.

—Estoy de acuerdo. Fui débil cuando tomé la decisión de no elegirte a ti, hijo. Eras tú quien debería haber acabado en ese foso, no tu hermana.

Devin salió furioso de la habitación.

—Creo que hemos llegado hasta donde podíamos —dijo Jake y dio un sorbo a su Stinson IPA—. Voy a entrar y a amenazar a Jotham con llamar a la policía del estado de Maine si no nos entrega a Maddie.

—Si es que la tiene él —dijo Lillian y se terminó la bebida.

—¿Bebes rápido?

—Ha sido un día muy emotivo.

—¿Por qué has cambiado de opinión? Estabas tan convencida como yo de que tenía a Maddie.

—Sí, y lo sigo estando. Pero no estoy segura de que enfrentarte a Jotham sea la mejor manera de proceder. Creo que te mandará a la tumba antes de tiempo. Tiene que haber otra forma de averiguar la verdad.

—¿Cómo? —Jake se encogió de hombros—. Gabriel Jewell es demasiado cobarde para ayudarnos como es debido y, como hemos visto hoy, nadie que tenga un historial con Jotham se atreverá a desafiar a ese hombre. Nunca conseguiremos nada para presionarlo. No tengo más remedio que...

—¡Este sitio necesita un poco de vidilla!

Jake puso los ojos en blanco cuando Justin Stone y su séquito de tres hombres —uno de los cuales era Ayden MacLeoid— entraron.

Justin saludó a Jake con un pequeño gesto de la mano.

Jake lo ignoró.

—Lo que nos faltaba: el arrogante hijo del alcalde y el retoño del gánster local. La pareja perfecta.

—Los otros dos, Cole e Isaac, son igual de mala calaña. Trabajan para Jotham. Mis compañeros han hecho la vista gorda con algunas de sus actividades; una de ellas fue un accidente de coche que mandó a un chico a cuidados intensivos. Ambos iban de carreras ilegales, borrachos.

Jake se dio la vuelta de nuevo y los observó acercarse a Piper en la barra. No había música y el local estaba en silencio, así que Jake pudo escuchar a escondidas el habitual e inútil intento de Justin de seducir a Piper.

—Te pondré una copa, Justin, pero como vuelvas a sugerir que nuestra relación progrese más allá de un saludo cortés, te la tiro por encima —dijo ella.

Cole e Isaac estallaron en carcajadas.

Justin le dio un codazo a uno de ellos.

—Que os jodan. Pagaos las vuestras.

—Piper es genial. ¡Qué carácter tiene! —dijo Lillian.

Jake asintió, pero no respondió. Algo había captado su atención. Ayden MacLeoid no se reía. De hecho, parecía que deseaba estar lo más lejos posible de aquel lugar. Jake recordó la impresión inicial que le había causado la noche anterior en Sharon's Edge, en el ring de peleas de perros. Había estado nervioso y completamente fuera de lugar como el *tipo duro* enviado para asustarlo. Se volvió hacia Lillian.

—Háblame de Ayden MacLeoid.

—¿No te lo había contado ya?

—No mucho.

—Vale, bueno, pues esa es una manzana que *sí* ha caído lejos del árbol. Por desgracia para él, eso no le exime de ser un MacLeoid, y tiene responsabilidades... responsabilidades que, según los rumores, le cuesta mucho cumplir.

—¿En qué sentido?

—Bueno, no he tenido mucho trato con él, pero he oído a varios compañeros decir que es el único MacLeoid con corazón.

—Entiendo.

—El problema es que por eso le caen unas cuantas palizas. A menudo se le ve magullado y con moratones.

—¿Podría ser Ayden la forma de llegar hasta Jotham?

—No lo sé. A fin de cuentas, Jake, sigue siendo un MacLeoid. Las cosas que ha visto, las que debe de haber hecho... no le convendría en absoluto traicionar a su padre.

Ayden MacLeoid se disculpó con Justin y, cabizbajo, se escabulló hacia la salida.

Cole lo llamó, pero Ayden lo ignoró.

—Ese hombre está claramente en el bando perdedor —dijo Jake.

—¿Crees que era a él a quien se refería el jefe?

—No lo sé, pero intentaré averiguarlo. Te llamo luego, Lillian. Quédate por aquí y vigílame a estos tres, ¿vale?

—Sí, jefe —dijo ella con una sonrisa.

—Bueno, querías trabajo policial de verdad, Lillian, pues justo aquí, vigilando a Justin, es donde lo tienes. —Jake se levantó y fue tras Ayden.

Kayla deseaba desesperadamente a Morris. Quería frotar su suave cabeza, besar el ojito que le colgaba hasta el pecho de un hilo y abrazarlo con fuerza. Era más que consciente de que, a sus trece años, era demasiado mayor para buscar consuelo y seguridad en un mono de peluche, pero lo que anhelaba en ese momento era su valor sentimental; Morris había sido un regalo de su madre antes de morir. A pesar de que entonces solo tenía cuatro años, Kayla la recordaba vívidamente. Era imposible olvidar a alguien que la había querido con tanta pasión.

Oyó a Gabriel jadear junto a su puerta. Era la tercera vez que volvía desde que la había encerrado. La primera vez, se había girado para mirarle a los ojos a través de la mirilla de la puerta y le había suplicado que la liberara. Él no le había respondido, simplemente se había quedado allí, haciendo esos ruidos horribles. Ella sabía lo que estaba haciendo. A menudo había oído a los chicos del instituto

bromear sobre sus «vicios» y lo que hacían a puerta cerrada por la noche.

Pero ahora, en la tercera visita de Gabriel, no entendía por qué era tan frecuente. ¿Era normal? ¿De verdad los chicos lo hacían una y otra vez sin apenas descanso?

Mientras la respiración de él se aceleraba y gemía, ella recorrió con la mirada la habitación gris y sin ventanas. Quería llorar, pero se había pasado la mayor parte del día llorando y se sentía agotada. En lugar de eso, se sentó erguida en la cama húmeda, se abrazó las rodillas contra el pecho y se meció.

Gabriel gruñó y suspiró. Tras recuperar el aliento, dijo:

—Lo siento.

Ella no respondió. No quería escuchar aquello. Cerró los ojos y pensó en Morris.

—Es mejor así.

Sintió la necesidad de gritar, así que murmuró para sí misma:

—Morris... Morris... Morris.

—Aquí estás a salvo.

—Morris... Morris...

—No voy a tocarte.

¡Déjame en paz! ¡Déjame en paz! ¡Ayuda! ¡Papá, Morris, quien sea, AYUDA!

—Puede que esto te parezca asqueroso, pero me ayudará a mantener el control. Te mantendrá a salvo.

Se tapó los oídos con las manos para no oírlo, pero no fue necesario; ya se estaba marchando.

Piper no podía creer lo que veía. Tiró el paño sobre la barra.

—¡Marissa!

La madre de Maddie no acusó recibo de su llamada. Era poco probable que la oyera por encima de los silbidos de Justin, Cole e Isaac.

Marissa era casi irreconocible comparada con la mujer a la que Piper había visitado el día anterior. Llevaba tacones altos, medias de rejilla, un top escotado y una falda por encima de la rodilla. Llevaba el pelo recogido y los labios pintados de rojo. También se había esmerado en ocultar su palidez cadavérica con un colorete oscuro. Iba vestida para matar.

—¡Señora T! —Justin, ya en pie, golpeaba la mesa como un chimpancé salvaje en un zoo—. ¡Señora T!

Aquellos animales ya eran ruidosos en el mejor de los casos, pero varias copas los habían descontrolado. Cuando Cole e Isaac cambiaron sus silbidos por aullidos, Piper decidió que ya era suficiente y se dirigió al extremo de la barra sin perder de vista el espectáculo que se estaba desarrollando.

Marissa caminó hacia los tres jóvenes, sonriendo.

A Piper le pareció que tenía un aspecto bastante amenazador, pero sospechaba que su verdadera intención era resultar seductora. El porqué de que quisiera seducir a esos tres zopencos era un misterio, sobre todo cuando tenían más o menos la misma edad que sus propios hijos. Piper llegó al final de la barra, levantó la portezuela y se coló por ella.

Marissa se detuvo junto a la mesa y le puso la mano en el hombro a Cole.

Él dejó de aullar. Estaba claro que no se esperaba *aquello*.

Justin se rio y volvió a golpear la mesa.

—Señora T, ¿qué bebe?

—Lo mismo que vosotros. —Marissa le pasó los dedos a Cole por la cara y luego por el pelo.

El rostro de él se sonrojó.

—No es propio de ti ser tímido, Cole —dijo Justin.

—¿Por qué no se sienta, Justin? —dijo Piper, colocándose al lado de Marissa.

Justin levantó las palmas de las manos.

—Hala. ¿Lo estáis viendo todos? Piper me está hablando lejos de la barra.

Ella le dedicó una mueca de desdén y luego tocó el brazo de Marissa.

—Señora Thompson, ¿puedo hablar un momento con usted, por favor?

—Claro, querida.

Se hicieron a un lado. Piper miró hacia atrás y vio a los tres jóvenes observándolas con avidez.

Justin, en particular, estaba montando un verdadero espectáculo. Se sentó, apoyó la cabeza en las manos y se quedó mirando, con los ojos muy abiertos y una amplia sonrisa.

Ella les dio la espalda para no tener que ver más sus caras de memos.

—Señora Thompson, ¿qué está haciendo?

—He salido a tomar algo, querida. —Marissa le acarició la cara a Piper—. Qué buena chica eres. Ya veo por qué le gustabas tanto a mi Maddie.

¿Le gustabas? ¿Por qué en pasado?

—¿Sabe quiénes son estos hombres?

—Por supuesto. Cole e Isaac son amigos de mis hijos. Trabajan para Jotham MacLeoid.

—Sí. Así que creo que es mejor que se quede...

—Y el otro, el del espectáculo, es el hijo del alcalde..., el hombre que ha ayudado a convertir este pueblo en lo que es hoy: Charles Stone. Aunque se rumorea que es su zorra de mujer, Priscilla, quien realmente corta el bacalao.

—Una razón más por la que creo que debería irse a casa.

—Qué buena chica eres, cariño. Mi Maddie te quería tanto. Aunque ya soy lo bastante vieja y sabia como para cuidarme sola —le besó la frente a Piper—. Lo siento, guapa, a lo mejor quieres limpiarte eso —dijo señalando su pintalabios.

—¿Está pensando con claridad, señora Thompson?

—Es como más despejada me he sentido en días, cariño —dijo, y pasó de largo junto a Piper.

Piper se giró y observó cómo Marissa se sentaba en el regazo de Cole y le echaba los brazos al cuello.

Los vítores y el jaleo volvieron a empezar.

—¿Va todo bien? —preguntó Lillian, poniéndose a su lado.

Piper negó con la cabeza. Sintió que se le helaba la sangre en las venas. —No. Se acaba de referir a su hija en pasado. *Dos veces*. Creo que sabe algo terrible, y me parece que esto se va a poner muy feo.

—SOLO QUIERO HABLAR CON USTED, Ayden —dijo Jake, caminando deprisa para mantener el ritmo.

Estaban en Main Street y llegaban a la altura del ultramarinos Rogers'.

—No tengo nada que decirle. Aléjese de mí.

Era tarde y no había nadie por allí. Jake mantuvo el ritmo hasta que llegaron a una serie de farolas rotas; entonces aprovechó el repentino tramo de oscuridad para agacharse y abalanzarse sobre él. Su hombro chocó con el de Ayden, y este se estrelló de costado contra la pared de ladrillo con una brusca exhalación.

—Se lo he pedido por las buenas —dijo Jake.

—Váyase a la mierda...

Jake le asestó un golpe en el abdomen a Ayden.

Este se dobló por la cintura y cayó de rodillas.

Jake retrocedió un paso y se preparó para que el joven se levantara, pero él no se movió.

Ayden levantó la vista y tomó unas cuantas bocanadas de aire antes de preguntar:

—¿Qué es lo que quiere?

—Ya se lo he dejado muy claro a usted y a su padre.

Ayden sacudió la cabeza. —No podemos darle lo que no tenemos.

—Eso no paran de repetirme. Dígame quién es usted en realidad, Ayden.

—¿Qué clase de puta pregunta es esa?

—Una muy seria —repuso Jake, ofreciéndole la mano.

Ayden negó con la cabeza y luego alargó el brazo para cogerle la mano.

Mientras Jake lo ayudaba a ponerse en pie, dijo: —Usted no es como su padre. Ni siquiera es como la gente a la que emplea.

Ayden se apoyó en la pared de ladrillo y negó con la cabeza. —No me conoce.

—La gente habla muy bien de usted, Ayden.

—¿Quién? —preguntó con desdén.

—Dicen que es usted diferente a su padre.

Él se rio entre dientes. —No haga caso a los rumores. He hecho cosas horribles. No soy diferente.

—Gilipolleces. Si acabara de tumbar a su padre, ya estaría muerto.

Ayden lo miró de reojo. —¿Y quién dice que no lo está?

Jake sonrió. —Sin ánimo de ofender, Ayden, pero ahora mismo no me siento amenazado por usted.

Ayden resopló. —¿Así que soy más débil que mi padre? ¿Algún cumplido más?

—No es más débil. Es diferente. *Mejor*, como ya he dicho antes. A usted le importa si una chica de quince años vive o muere.

Ayden bajó la cabeza.

Hasta ese momento, Jake había estado muy seguro de que los MacLeod se habían llevado a Maddie; ahora, tras presenciar la hosca reacción del joven, estaba completamente seguro de que así era. —Su padre no lo quiere.

Ayden levantó la vista y lo fulminó con la mirada. —¿Cómo puede saber eso?

—Porque un hombre que disfruta pegando a su propio hijo no tiene espacio para el amor.

—No es así.

—¿Cómo es entonces, Ayden?

—Él… Él…

—Continúe.

—Está intentando…

—¿…?

—Ayudarme.

—¿Intentaba ayudarlo cuando le puso ese ojo morado y le hinchó la mejilla?

—Solo quiere que sea más fuerte, eso es todo. Su padre le hacía lo mismo.

—Lo va a matar. Un día, irá demasiado lejos y lo matará.

—No me lo creo.

—Pues créalo, Ayden. Soy policía. Lo he visto una y otra vez. La gente que vive con esto, que acepta que este es el orden de las cosas, sufre las consecuencias y, a veces, paga el precio más alto.

Ayden negó con la cabeza. —¿Qué cree que puedo hacer por usted?

—Puede hacer lo correcto. Puede decirme dónde está Maddie Thompson y puede ayudar a devolverla a sus padres.

—Aunque supiera dónde está y aunque pudiera traicionarlo, no lo haría.

—¿Por qué? ¿Porque le tiene miedo?

—No. Pero no se trata solo de mí.

—No le sigo.

Ayden entrecerró los ojos. —Si lo traiciono, ¿qué pasará con mi madre?

El bajista de los Blues in the Falls estaba calentando. Un punteo constante hacía vibrar el aire, pero no ahogaba el sonido del corazón de Piper golpeándole en el pecho.

Marissa Thompson besaba a Cole. Apasionadamente. Le agarraba la nuca con sus manos huesudas para mantener sus labios apretados.

—¡Vamos, chaval! —gritó Justin, tamborileando con las manos en la mesa.

—¡Deja algo para los demás! —dijo Isaac.

Los diez clientes del Taps miraban, pero nadie iba a meterse.

Piper se volvió hacia Lillian, que estaba a su lado, frente a la barra. —Tenemos que parar esto.

—Totalmente de acuerdo, pero primero deja que pida refuerzos.

—¡Tus compañeros se unirían a la fiesta!

—No hablaba de ellos. Pensaba en nuestro amigo en común.

Piper asintió.

Mientras Lillian usaba su móvil para llamar a Jake al bar, Piper se acercó al espectáculo nauseabundo. Al aproximarse, Marissa se apartó de Cole, giró la cabeza hacia Isaac y lo besó a él.

El bajista golpeó el bajo con más fuerza.

Piper sintió que los latidos de su pecho se intensificaban. —¡Pare esto!

El bajista dejó de golpear el instrumento y Justin de tamborilear. Si no fuera por los gemidos de Isaac bajo la presión de los labios de Marissa, el local se habría quedado en silencio.

—¡Marissa, deje de besar a Isaac! —dijo Piper.

Ella ignoró la petición.

Justin sonrió en dirección a Piper. —Ya ha llegado la aguafiestas.

—Que te jodan.

Justin se puso de pie. —¿Y tú quién te crees que eres para hablarme así?

Piper lo ignoró. Lillian se acercó a ella y le susurró: —Jake está de vuelta. No tardará más de un minuto o dos. Ha dicho que tenía algo entre manos con Ayden.

Marissa se apartó de Isaac, dejándole la boca manchada de carmín. Lo de Cole era peor; tenía el pintalabios extendido por las mejillas. Marissa se levantó, se inclinó hacia delante y pasó un brazo por los hombros de cada uno. —¿Y bien? ¿Cuál de vosotros dos, jovencitos encantadores, va a decirme dónde está mi Maddie?

Cole e Isaac se miraron el uno al otro.

Piper se preguntó si se habían quedado sin habla por su experiencia sexual con Marissa o por la insinuación de que eran responsables de la desaparición de Maddie. Sospechó que era un poco de ambas cosas.

—Cole —dijo Marissa—, durante años, pasabas por casa a cenar después del colegio mientras tu madre trabajaba. ¿Te acuerdas? ¿Podrías decirme dónde está mi Maddie?

—No sabemos de qué está hablando —dijo Cole.

Marissa miró a Isaac. —¿Y tú, Isaac, cariño? ¿No es tu hermana muy amiga de Maddie? Seguro que en el fondo de tu corazón

puedes decirme dónde está el cuerpo de mi hija.

Piper se apoyó en Lillian para no caerse. *Cuerpo… no… no.*

—Lo siento, señora Thompson —dijo Isaac—. No sé...

Piper dio un paso al frente. —Por favor, Marissa, ven conmigo a la trastienda. —Miró a Justin, esperando otra de sus gracias, pero él mismo parecía bastante atónito. Quizá no sabía nada de Maddie. Al fin y al cabo, no trabajaba para Jotham MacLeoid. No tenía ninguna necesidad, en realidad, siendo el hijo del hombre más rico del pueblo.

Marissa asintió. —Vale, Piper, cariño. Iré. De todos modos, no culpo a estos dos chicos. —En lugar de darse la vuelta y caminar hacia Piper y Lillian, Marissa se movió hacia su derecha y rodeó la mesa por el lado más alejado—. No. La responsabilidad es de Blue Falls, de la corrupción. —Se colocó junto a Justin—. De la inmundicia cancerosa.

Justin observó a Marissa mientras pasaba a su lado, pero no respondió ni se giró para seguirla.

—Marissa, *por favor* —dijo Piper.

—Un hombre como Jotham no debería poder hacer lo que hace. El problema es más grande que él. —Marissa se detuvo detrás de Justin, llevó las manos a la espalda y pareció manipular algo en el cinturón de su falda. Hubo un destello metálico...

Piper se abalanzó hacia delante. —¡Marissa!

Marissa levantó un cuchillo de cocina y se lo clavó a Justin en la parte alta de la espalda.

Piper consiguió rodear a Marissa con los brazos por detrás. Esta no opuso resistencia y Piper logró tirar de ella hacia atrás. Se vieron obligadas a detenerse en la mesa de al lado.

Justin se inclinó hacia delante con las manos sobre la mesa. El cuchillo estaba hundido profundamente entre sus omóplatos. Gemía.

Cole e Isaac se pusieron en pie y salieron por ambos lados de la mesa para ayudar.

—¡Jus! —gritó Isaac.

—Hostia puta —dijo Cole, agarrando el brazo de Justin. Se volvió hacia Lillian—. ¡Llama a una ambulancia!

Lillian ya estaba marcando.

Justin apartó la mano de Cole de un manotazo y se tambaleó hacia un lado.

—Tranquilo, Jus —dijo Isaac.

—Soltadme —gorgoteó Justin—. Los dos.

Estaban sentados cerca de la entrada, así que Justin avanzó a trompicones, con la clara intención de marcharse.

Piper ayudó a Marissa a sentarse en una silla. Tenía el rostro inexpresivo y la mirada perdida en el vacío. —Espera aquí, Marissa.

Justin seguía tambaleándose hacia las puertas, con sus amigos a su lado.

—Estás herido, Jus. Tienes que parar —dijo Isaac.

Cole volvió a intentar agarrarlo por el otro lado y, de nuevo, Justin apartó su mano.

—Estoy bien. Solo necesito un puto poco de aire —dijo Justin con voz forzada.

Piper echó a andar tras los tres hombres. —Justin, espera.

Justin se detuvo.

Incluso en ese momento, ella tenía cierta influencia sobre él.

La puerta del Taps se abrió de golpe. Jake entró y se paró en seco al darse cuenta de que Justin le cortaba el paso. Jake miró a su alrededor, tratando claramente de comprender lo que estaba ocurriendo, antes de que Justin se desplomara hacia delante en sus brazos. —¿Qué...?

—Tiene un cuchillo en la espalda, Jake —dijo Lillian—. Ten cuidado al tumbarlo.

Justin se deslizó por el pecho de Jake.

—Joder. —Jake lo bajó y lo dejó de lado.

—La ambulancia está en camino, Jake —dijo Lillian.

Jake se arrodilló y le puso los dedos en el cuello a Justin, luego negó con la cabeza hacia Lillian y Piper.

15

FUERA DEL EDIFICIO, Jotham esperaba en el asiento delantero de su camioneta. Bo estaba de pie en el del copiloto. Muchos vehículos lo rodeaban. Las noches en que un perro de los MacLeod peleaba eran siempre las más concurridas.

—Y con razón —dijo Jotham, dejando que Bo le frotara el hocico y le lamiera la cara—. Todo el mundo quiere ver a un campeón.

En ese momento, a pocos minutos de la pelea, Jotham debería haber estado fomentando la agresividad de Bo, o al menos *alimentando* la sed de sangre que se habían pasado el día desarrollando con conejos. Pero Jotham confiaba en su perra. Era una luchadora, como su dueño, y no le cabía duda de que saldría victoriosa.

—Hacemos esto por Kayla. Después, cuando vuelva, te entregaré a ella, Bo. Has sido mi perra más leal, y no hay mejor recompensa que quedar al cuidado de esa princesita.

Se bajó de la camioneta y llevó a Bo hacia su última pelea.

CUANDO LA PUERTA del Blue Falls Taps se abrió, Jake levantó la vista, esperando ver a un sanitario en lugar de los dos cañones de una escopeta recortada.

Devin Thompson.

Jake se levantó de junto al cuerpo de Justin y retrocedió.

Devin bajó la vista hacia la víctima.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Ha sido su madre —dijo Cole.

—¡Mierda! —La escopeta temblaba en las manos de Devin mientras apuntaba de una persona a otra.

Los pocos clientes que quedaban, incluido el músico, tenían las manos en alto.

—Cálmese —dijo Jake.

—¡Mierda… Mierda! —Devin iba apuntando con la escopeta temblorosa de un objetivo a otro.

Era como la ruleta rusa, y a Jake se le heló la sangre.

—Mamá. ¡Ven conmigo! —el rostro pálido de Devin sufría espasmos—. ¡Ahora!

A Jake no le faltaba experiencia con gente al límite; estaba claro que Devin estaba a punto de derrumbarse. Jake no oyó ningún movimiento a su espalda, así que echó un vistazo.

Marissa seguía en la silla, encorvada. El pelo le caía lacio sobre la cara, enmarcando sus ojos vacíos. No hizo ademán de moverse.

Jake se volvió hacia Devin.

—¿Cómo sabía que estaba aquí?

—Me ha llamado papá.

—He sido yo —dijo Piper—. Contacté con Blake Thompson en cuanto llegó Marissa.

—Mamá, tienes que venir conmigo ahora, o estamos muertos —dijo Devin.

—Vais a morir todos de todas formas —dijo Isaac.

Jake fulminó a Isaac con la mirada. *Crío estúpido, estúpido.*

Devin se movió con rapidez y golpeó a Isaac en la cara con la culata del arma.

Isaac se tambaleó hacia atrás. Una mesa evitó que cayera. Miró a su agresor, agarrándose la mejilla.

Devin avanzó y colocó los cañones de la escopeta contra la frente del idiota.

—Bueno, si es así, no voy a caer solo.

—Por favor… vale… lo siento… —Un hilo de sangre manaba de la comisura de los labios de Isaac.

Devin se alejó de Isaac y se dirigió hacia Piper, apuntándola con la escopeta.

—Devin… —dijo Jake.

—¡Cállese la puta boca! —Devin fulminó a Jake—. Ya ha causado bastantes problemas.

Jake sintió una oleada de náuseas al ver que Devin se acercaba a Piper.

—Vaya a buscar a mi madre, Piper —dijo Devin.

—Su madre no se encuentra bien…

—¡Vaya a buscar a mi madre!

Joder, Piper, *¡limítate a hacer lo que dice!,* pensó Jake.

—Vale, voy a pedírselo…

—¡Rápido! No tardarán en llegar. Y entonces empezaré a disparar.

Piper corrió hacia Marissa, se arrodilló, le cogió las manos y la miró fijamente a aquellos ojos tristes.

—Devin quiere que vayas con él ahora.

Marissa no respondió.

—No creo que te haga daño. Creo que quiere protegerte.

Seguía sin responder.

—Tienes que levantarte…

—¡Daos prisa! —gritó Devin.

Piper lo fulminó con la mirada.

—Es tu madre, Devin, y está aterrorizada.

—Iré. —Marissa soltó una de sus manos de las de Piper, le puso la palma en la mejilla a la amiga de su hija y sonrió. Se puso en pie.

—¡Vamos, vamos! —dijo Devin, tamborileando con el pie.

Marissa se acercó a su hijo y, cuando estuvo lo suficientemente cerca, Devin se abalanzó y la agarró del brazo.

Luego la guio hacia la puerta principal sin dejar de apuntar a unos y a otros con la escopeta recortada.

—Quédense atrás. —Devin empujó a su madre a través de la puerta y la siguió—. No vengan a por nosotros.

Cuando la puerta se cerró, Isaac dijo:

—No hará falta, gilipollas. Ya lo hará otro.

Jake fue hacia Piper y la abrazó. Luego miró a Lillian.

—¿Está usted bien?

Lillian asintió.

Desde su rincón,

Junto al ring, Jotham escuchaba a la multitud corear el nombre de Bo. No lo hacían por respeto a Jotham, sino por adoración a Bo y a sus exhibiciones apasionadas y atléticas. Se había hecho famosa como «la rematadora definitiva». En su última pelea, le había arrancado la garganta a Athena incluso después de haberle roto el lomo y haberla dejado indefensa.

La piedad era una debilidad, y Jotham creía habérsela extirpado a todos sus perros, igual que Boyd se la había extirpado a él..., igual que él había intentado con tanta desesperación extirpársela a Ayden...

Bo y Nyx rodaron por el suelo.

—¡Bo! ¡Bo! ¡Bo! —coreaba la multitud.

Antes, el árbitro había presentado a Nyx en su pelea de debut como «la diosa griega de la noche y poseedora de un poder excepcional». En aquel momento, Jotham había puesto los ojos en blanco. Ahora, al ver actuar a la joven perra, tenía que reconocer el mérito de quien lo tenía. Le estaba plantando cara a Bo e incluso le había arrancado un bocado del costado.

—Bo..., Bo..., Bo...

Aún no había oído a nadie corear el nombre de Nyx. Apenas era sorprendente. Nadie había visto antes a Nyx ni a su criador. El hecho de que Jotham tampoco reconociera al criador era inusual. Daba igual lo lejos que viajaran dentro de Maine, o de Nueva Inglaterra, para el caso, Jotham *siempre* los conocía.

El criador de Nyx era joven y enjuto, con la cabeza rapada. También vestía de traje, lo que solía ser el caso de los criadores más pudientes. Había un suministro constante de hombres de negocios

adinerados, por ejemplo, que simplemente hacían esto como afición los fines de semana mientras conquistaban la bolsa entre semana.

Jotham escuchó un gañido de Bo y sintió un hormigueo recorrerle la espina dorsal. Por primera vez en mucho tiempo, sintió algo de preocupación. Bo parecía flaquear, y Nyx atacaba una y otra vez con intención salvaje. *Levanta la cabeza, chica. Aún te queda mucho que dar.*

El cántico se intensificó y alimentó a la fatigada Bo con una explosión de energía. Esquivó las fauces de Nyx con una hábil maniobra, y la multitud estalló. —¡Se ha mordido! ¡Se ha mordido! ¡Se ha mordido!

Nyx se había partido el labio.

En su juventud, Jotham habría expresado su alegría, pero en los últimos años había adoptado el decoro. Sonrió. *Bueno, algo de decoro, al menos.* Observó al criador bien vestido. El cabrón no parecía preocupado por su perra vacilante. Esto decepcionó a Jotham. Quizás debería haber vitoreado, después de todo, y haberle provocado.

Nyx retrocedió tambaleándose, goteando sangre por la boca herida.

Sin piedad, Bo, sin piedad.

Su hermosa perra cargó.

Nyx se agachó, se irguió y le hincó los dientes en el costado a la perra que se abalanzaba sobre ella.

Jotham se enderezó, sintiendo el escozor de las profundas heridas vendadas de su espalda. *¡Imposible! ¡Esa perra estaba acabada!*

Los animales volvieron a rodar, desgarrándose el uno al otro.

—¡Bo! ¡Bo! ¡Bo!

El toma y daca continuó. Cada vez que uno de los perros parecía tomar la delantera, el otro se la arrebataba con renovado fervor.

Jotham consultó su reloj. Esta era la pelea más larga que había visto nunca. Conocía las capacidades de Bo como la palma de su mano y se dio cuenta, con una ansiedad corrosiva, de que pronto se cansaría.

Bo tropezó. A menos que Nyx también llegara a su límite, Bo estaba perdida.

Nyx se lanzó, mostrando sus dientes manchados de sangre.

Bo retrocedió tambaleándose, jadeando.

—Bo —dijo Jotham.

Ella miró a su amo, con los ojos vidriosos.

—No te rindes, chica. Tú no...

Nyx estaba encima de ella, aparentemente con la misma energía con la que había empezado la pelea.

Imposible. Jotham volvió a fulminar con la mirada al criador. El cabrón parecía satisfecho. Jotham asintió al árbitro. Quería que parase la pelea.

El árbitro le devolvió el asentimiento y luego dio un paso adelante...

Bo chilló. Luego, tanto ella como la multitud guardaron silencio.

A pesar de Nyx, Jotham saltó dentro.

Nyx soltó la garganta de Bo y le ladró a Jotham.

Le lanzó una patada a la bestia. —Aléjate de mí, joder.

La pitbull se paseaba de un lado a otro, ladrando y enseñándole los dientes a Jotham.

El otro criador entró en el ring y le puso el collar.

Jotham no se molestó en arrodillarse junto a Bo. Miró la sangre que se encharcaba alrededor de sus zapatos y supo que ya se había ido. Ahora solo tenía ojos para el criador hijo de puta. Jotham había estado metido en este mundillo toda su vida. Solo había una forma en que una pitbull podía mantener la ferocidad durante un período de tiempo tan prolongado: la ayuda química.

Entornó los ojos.

Tras enterarse de la muerte de Justin Stone, Gabriel no se molestó con los Taps. Sabía exactamente hacia dónde se dirigía el problema. Aparcó frente a la granja de estilo Cape Cod de los Thompson, junto a una variedad de vehículos. Cogió del asiento trasero el Remington

con el que Kayla le había amenazado antes y salió del coche. Manteniendo el rifle con ambas manos sobre el pecho en lugar de colgárselo del hombro, subió al porche cubierto y dio dos patadas en la parte inferior de la puerta principal. Luego retrocedió hasta la barandilla. —¿Blake? Soy el jefe Jewell. ¿Está ahí?

La ventana del salón, junto a la puerta principal, se abrió. —¿Jefe, qué puedo hacer por usted?

Gabriel negó con la cabeza. —No sea ridículo, Blake. Abra la puta puerta.

—¿Por qué?

—Para empezar, para que pueda darme las gracias. Es una bendición que esté yo en su porche, considerando la que se avecina.

—Gracias, pero no necesito que se preocupe por nosotros.

—Ojalá eso fuera verdad, ¿a que sí? Abra la puerta para que pueda entrar y decirle cuál es la mejor ruta para salir de esta tormenta de mierda.

—Lo siento, jefe, no voy a abrir la puerta.

Gabriel pateó la barandilla con el talón. *Viejo cabrón testarudo.* —¿Puede hacer que uno de sus hijos se asome a la ventana?

—No es necesario. Estamos todos de acuerdo.

—Están de acuerdo con el suicidio. Cuesta creerlo. A chavales como esos les queda mucho por vivir.

—Gracias por pasarse, comisario.

—¡Increíble! Se da cuenta de que la próxima vez que venga aquí será la escena de un crimen, ¿verdad?

—Una que no tendrá ningún problema en encubrir, sin duda.

Gabriel se rio. —Es injusto, Blake. ¡Estoy aquí para evitar que se llegue a eso!

Devin apareció junto a su padre en la ventana. —¿Entonces, cuál es su sugerencia, comisario?

—¡Vuelve a la cocina, hijo! —Blake fulminó a Devin con la mirada.

—Deje que me encargue de esto como es debido, Devin —dijo Gabriel—. Detendré a su madre por matar a Justin; entonces estará a salvo. Estarán *todos* a salvo…

—¿Y ver cómo mi mujer se pasa el resto de su vida en la cárcel? —preguntó Blake, alzando la voz.

—La alternativa es impensable. Me temo que usted y su familia solo tienen una salida.

—Tiene sentido, papá.

—¡No!

—Sea razonable —dijo Gabriel.

—Se queda con nosotros —dijo Blake.

—Pero, papá…

—No te metas en esto, joder, hijo.

Gabriel oyó cómo se acercaban los coches.

A Blake se le abrieron los ojos como platos. —No esperaba que fueran tantos.

—Su mujer mató al hijo de Charles, Blake. No creo que él vaya a escatimar en gastos en esta pequeña expedición.

—Esto va a ser una masacre —dijo Devin.

—¡Mierda! ¡Déjame pensar! —dijo Blake.

Gabriel dio un paso al frente. —Mi oferta sigue en pie.

—¿Para meter a mi mujer en la cárcel?

Los coches se detuvieron con un chirrido de neumáticos.

—Mire de nuevo, Blake. Y, por el amor de Dios, entre en razón por el bien de su familia.

—¿Por qué no los detiene? —Blake señaló por la ventana—. Haga su trabajo. Dese la vuelta y deténgalos.

Gabriel oyó cómo se abrían las puertas de los coches. —¿De verdad cree que puedo hacerlo? ¿Qué aspecto tienen?

—Decidido.

Gabriel asintió.

—Han traído un pequeño ejército —dijo Devin.

—No puede salir de esta con labia, Blake.

A Blake se le abrieron los ojos como platos. —Jotham mató a Maddie. Los vi tirarla a un puto pozo.

Gabriel bajó la mirada.

—Escuché a mi hija morir, comisario.

Gabriel podía oír al supuesto pequeño ejército avanzar pesadamente hacia la casa. —Siento su pérdida, Blake. No está bien.

—¿Que no está bien? ¡Es una abominación!

Gabriel levantó la vista, asintiendo. —Jotham recibirá lo que se merece, pase lo que pase. No tiene que preocuparse por eso.

—Eso espero. Ahora, quizá quiera apartarse de mi camino. —Blake apuntó su propio rifle por la ventana.

—No lo hagas, papá. Nos matarán a todos.

—Blake, escuche, tengo una idea. Es la única salida para su familia, pero debe dejar que me lleve a Marissa. ¿Me permitirá protegerla?

Blake miró más allá de Gabriel, al ajuste de cuentas que se aproximaba a su casa.

—Piense en lo que Marissa querría si pensara con claridad. No sería perder a los hijos que le quedan.

—Papá, escucha, tiene razón.

Blake entornó los ojos. —Que os jodan. A los dos. —Suspiró, asintió y metió el rifle de nuevo en la casa.

Gracias a Dios. Gabriel se acercó a la ventana, les contó a Blake y Devin su idea y se giró para ver a qué se enfrentaba.

Seis hombres vestidos con ropa de caza se habían desplegado frente a la casa.

Gabriel reconoció el armamento y se sorprendió al ver que el que estaba más cerca de él sostenía una B&T APC9, una robusta subametralladora. El siguiente llevaba una carabina M4. Esto no era solo una venganza; estaban aquí para disfrutar.

El concejal mayor Charles Stone usaba un bastón y parecía más débil que la última vez que Gabriel lo había visto, dos meses atrás. Había desaparecido de la vida pública últimamente y se rumoreaba que estaba luchando contra el cáncer. Su mujer, Priscilla, era una mujer alta, de pelo oscuro, que aparentaba la mitad de la edad de su marido, a pesar de ser mayor.

Gabriel se encontró con ellos en el último escalón. Reconoció al hombre de aspecto cansado con una inclinación de cabeza. —Señor Stone, siento su…

—Puede dirigirse a mí, Gabriel —dijo Priscilla.

Gabriel miró a Priscilla. —Por supuesto, señora Stone. Siento su pérdida.

Priscilla enarcó una ceja. —¿De verdad?

Gabriel se quedó sin palabras.

—Dígame la verdad, Gabriel. Aparte de unos cuantos de sus amigos buenos para nada, ¿quién va a sentir de verdad la muerte de Justin?

Gabriel había esperado a una madre angustiada; en su lugar, se había encontrado con una reina de hielo.

—No puedo responder a eso, señora Stone, pero puedo decirle que estoy aquí para llegar al fondo de lo que ha sucedido.

—¿Cómo?

—Voy a poner a Marissa Thompson bajo custodia.

—¿Bajo custodia? ¿Por qué?

—Para interrogarla y luego imputarla.

Priscilla se rio. Como sujetaba a su marido del brazo, el temblor de su risa hizo que la cabeza de él se ladeara ligeramente y alargó el hilo de baba que le colgaba de la boca. —Le agradezco su diligencia, Gabriel, pero estoy aquí para ahorrarle un trabajo.

—No es ninguna molestia.

Ella asintió. —Me gustaría que se marchara, Gabriel. Yo estoy al mando de este pueblo.

—Quien está al mando es su marido, señora Stone.

—Está demasiado enfermo para cumplir con su deber. Está aquí para darme su bendición. ¿Verdad, Charles?

Charles logró asentir y emitir un gruñido. El hilo de baba se cortó.

—Bueno, pues no funciona así, señora Stone. Y este asunto concierne a la ley, lo que, en la práctica, me pone a mí al mando de esta situación.

—¿De verdad quiere hacer esto? ¿Aquí? ¿Ahora?

—¿Mi trabajo? Por supuesto, señora Stone.

Priscilla sonrió con desdén. —Haga una pausa por un momento, Gabriel… y piense.

—No la sigo.

—Piense y recuerde para quién trabaja en realidad.

Es difícil de olvidar, pensó Gabriel, *pero hay ciertas cosas que no puedo permitir.* Paseó la mirada de un soldado armado a otro.

Ciertas líneas que no se pueden cruzar… —Me gustaría que se marcharan, señor y señora Stone, para que pueda poner a la señora Thompson bajo custodia. De nuevo, siento su pérdida.

—No, Gabriel, no nos vamos. —Dio una palmada y sus soldados levantaron las armas. Sin dejar de sujetar a su enclenque marido por el brazo, retrocedió, dejando a Gabriel solo al pie de la escalinata del porche.

Gabriel subió los escalones.

—Tiene unos diez segundos para decidirse antes de que hagamos lo que hemos venido a hacer. A nivel personal, Gabriel, espero de verdad que decida apartarse. Siempre he sido una admiradora suya y de sus capacidades.

—¿Diez segundos?

—Siete ahora.

Gabriel se encaró a la casa y alzó la voz. —He venido a detener a Marissa Thompson por el asesinato de Justin Stone. Si sale ahora con las manos en alto, la pondré bajo custodia sin que sufra ningún daño. —Se volvió.

—Insensato. —Se dispuso a dar una palmada.

Gabriel oyó que la puerta se abría a su espalda. —Yo no haría eso si fuera usted. —Se giró y alzó la voz de nuevo—. ¿Blake? ¿Su hijo sigue grabando con el móvil?

—Sí.

Gabriel se volvió para mirar a Priscilla y sonrió. Alargó una mano hacia un lado y, por encima del hombro, dijo: —Venga conmigo, Marissa.

Priscilla, mordiéndose el labio inferior, mantuvo sus ojos entornados fijos en Gabriel. Sus manos seguían preparadas para dar la palmada.

—Escuche, Blake —dijo Gabriel en voz alta, sintiendo cómo la mano de Marissa envolvía la suya—. Voy a acompañar a Marissa hasta mi vehículo. Si nos pasa algo por el camino, asegúrese de que el vídeo se sube a una red social. ¿Ha quedado claro?

—Sí, Comisario Jefe. —Era la voz de Sean Thompson—. Estoy listo.

—El vídeo entero, Sean, incluido el momento en que su madre ha salido pacíficamente.

—Lo haré.

—Se cree muy listo, ¿verdad? —dijo Priscilla—. ¿Cómo cree que acabará esto? A la larga.

Gabriel sonrió. —Cuando nos hayamos ido, Sean, envíeme el vídeo directamente por correo electrónico. Encontrará mis datos de contacto en la página web de la policía de Blue Falls. —Gabriel condujo a Marissa escalones abajo y la miró de reojo.

Parecía pálida y lánguida, y no parecía demasiado preocupada por lo que ocurría a su alrededor; él contaba con que no entrara en pánico.

A su alrededor, los soldados mantenían sus armas apuntando a Marissa y a él, todavía esperando la palmada de su ama.

Al pasar junto a Priscilla, dijo: —Puede que no se dé cuenta ahora, señora Stone, pero he hecho esto por usted y por su marido. Jamás se habrían salido con la suya.

Priscilla exhaló bruscamente. —Somos capaces de tomar nuestras propias decisiones, Gabriel. Espero que no viva para arrepentirse de esto.

—Yo también lo espero. Si le pasa algo a esa familia en esa casa, o a mí, ya que estamos, me aseguraré de que el vídeo que Sean está grabando llegue a la Policía Estatal de Maine. Incluso con su poder e influencia, señora Stone, creo que una visita suya sería un obstáculo insalvable.

—Mi hijo ha muerto hoy, Comisario Jefe. ¿O lo ha olvidado?

—No. Y lo siento de veras. Se hará justicia, señora Stone.

—Su justicia no es justicia suficiente.

—Es lo que tenemos.

—Ande con cuidado, Gabriel.

—Siempre lo hago —dijo Gabriel, mientras llevaba a Marissa a su coche.

Priscilla optó por mantener las armas apuntándoles durante todo el camino hasta el vehículo, e incluso cuando ya estaban dentro y se alejaban, pero Gabriel estaba seguro de que nadie dispararía.

Al menos, todavía no.

Después de que Jotham hubiera envuelto a Bo en varias toallas para empapar la sangre, la metió en el maletero de su coche. Luego fue a la parte delantera de su vehículo para coger su pistola de la guantera. La ocultó en una funda bajo su chaqueta.

Mientras regresaba al edificio, frotándose las manos ensangrentadas en los vaqueros, se despidió con un gesto de los últimos espectadores que salían.

Ellos le devolvieron el gesto, pero todos y cada uno intentaron evitar el contacto visual. Era una situación incómoda. Nadie había visto perder a Jotham MacLeoid. Nadie tenía ni idea de cómo consolarlo, por lo que era más seguro ni siquiera intentarlo.

Cuando volvió a entrar, agarró a Anthony Rogers por el hombro. —¿Sigue ahí dentro?

—Sí. Le he dicho exactamente lo que usted me dijo. Se alegró de que Nyx le hubiera impresionado y de que no se sintiera agraviado. También ha insistido en la lucrativa oportunidad que le ofrece, pero he esquivado la mayoría de las preguntas.

Jotham asintió. —Buen trabajo, Anthony. ¿Estás preparado para lo que viene ahora?

Anthony asintió. —Sí, señor.

Jotham le apretó el hombro. —Eres un buen chico.

Se dirigieron a la arena de lucha y encontraron al criador sentado en una paca de heno.

Nyx se paseaba de un lado a otro a sus pies, jadeando en exceso. Gruñó cuando Jotham y Anthony se acercaron, así que el criador tiró con fuerza de su cadena.

—Siéntate, Nyx.

Ella obedeció.

Jotham sonrió. —¿A su perra todavía le quedan energías después de eso?

—Es muy brava. —El criador sonrió—. La mejor que he criado.

—Desde luego le ha dado una lección a la mía. Creía que tenía una gran campeona entre manos.

—Sin rencores. A todos nos ha pasado.

—¿Cómo se llama?

—Mark Riley.

Jotham enarcó una ceja. —Bueno, Mark, ¿puedo felicitar a la vencedora? —Señaló a Nyx.

—Por supuesto. Si le deja.

Jotham se inclinó y detuvo su mano a centímetros de su musculosa cabeza. —La verdad es que parece nerviosa.

—Su perra ha plantado cara —dijo Mark—. La ha entrenado bien.

—Gracias. —Jotham examinó a Nyx—. Sí, Bo te ha arrancado unos cuantos trozos, querida. Y mira ese labio. —Acarició suavemente la cabeza de la pitbull, luego se arrodilló y acercó su propia cara a la de ella—. Eres una preciosidad. —La miró a los ojos —. Es una pena que tengas que perder.

—¿Perdón? No lo entiendo. Nyx ha ganado. Se ha acabado.

Jotham se puso de pie y se irguió sobre el criador sentado en el heno. —Ha sido descalificada, Mark. La ha atiborrado de narcóticos. Va contra las reglas.

Mark negó con la cabeza. —Eso no es verdad.

Jotham respiró hondo y suspiró.

—Bo es la ganadora.

—Pero su perra ya no está. ¡Muerta! —dijo Mark, sin dejar de negar con la cabeza.

—Sí, Mark, y eso es un problema. Acaba usted de matar a mi gran campeona.

Mientras hablaban, Anthony se había deslizado hasta ponerse a la espalda de Mark.

El criador se estremeció al sentir la pistola en la nuca. Soltó la cadena de su perra y levantó las manos.

—Esto es un error. Yo no le he dado a Nyx ning...

—Llevo mucho tiempo con perros, Mark, desde antes de que usted naciera. Lo veo en sus ojos, en su forma de moverse, en su forma de luchar. Hasta puedo olerlo en su puto sudor. —Jotham metió la mano en su chaqueta y desenfundó la pistola.

—Esto es un malentendido.

Jotham miró a Anthony.

—Como se mueva un pelo, lo rematas.

—Sí, señor.

Jotham volvió a arrodillarse frente a Nyx y apoyó su frente en la de ella.

—Lo siento, pequeña. No es culpa tuya. —Le puso una mano en el lomo, con cuidado, sabiendo que estaría dolorida. Echó la cabeza hacia atrás, se levantó y le apoyó la pistola en el costado de la cabeza.

—*¡No!* —dijo Mark—. No, por favor...

—Que te jodan por obligarme a hacer esto —dijo Jotham y apretó el gatillo.

16

"—Escúrrete en el asiento —dijo Jake.

Jake y Lillian, que habían aparcado junto a un viejo granero y un tractor a una distancia prudencial de la granja de los Thompson, miraban por encima del salpicadero. Pasaron tres vehículos.

—Es el concejal jefe Charles Stone —dijo Lillian.

—¿Cómo lo sabes? Está demasiado oscuro para verles la cara a ninguno.

—¿Quién más puede permitirse tres todoterrenos Porsche en este pueblo?

—Me parece justo.

Ya habían visto a Gabriel marcharse con Marissa en el asiento trasero de su coche.

—Vale, no hemos oído disparos. Son buenas noticias, ¿verdad? —dijo Lillian, irguiéndose de nuevo en el asiento.

—Quizá la única buena noticia en lo que va de día. Vamos a echar un vistazo.

En esta ocasión, su segunda visita a la granja de los Thompson, Jake no se quedó atrás junto a la barandilla del porche. De hecho, fue él quien se puso a llamar. Sin cesar.

Sintió la mano de Lillian en su hombro. —Para ya. Vas a arrancar la puerta de cuajo.

—Si no responden, tendremos que hacerlo de todos modos para comprobar que están vivos.

La puerta se abrió. Un hombre mayor con la cara amoratada apareció en el umbral. Como no lo conocía de nada, Jake supuso que era Blake.

—Hola, señor Thompson —dijo Lillian—. ¿Estáis todos bien ahí dentro?

El labio superior de Blake tembló. —Cualquier cosa menos eso.

—¿Hay alguien herido?

—Herido no, señorita, pero sí destrozado. Todo está hecho pedazos. —Dirigió su mirada vidriosa hacia Jake y luego de nuevo a Lillian—. ¿Sabes lo que ha pasado esta noche, Lil?

Lillian asintió. —Estábamos allí, señor Thompson. Lo siento.

—La he perdido… a mi preciosa Marissa. Va a ir a la cárcel.

—Lo siento de veras, Blake, pero ahora mismo es sin duda el lugar más seguro para ella.

—Mi padre me dijo una vez que un hogar sin una mujer no es un hogar. —Las lágrimas asomaron en las comisuras de sus ojos.

Jake dijo: —¿Así que Charles Stone ha estado aquí por el arresto?

Blake se secó una lágrima. —En cierto modo. Su mujer ha sido la que ha llevado la voz cantante. —Miró a Lillian—. Parece que los rumores sobre Priscilla son ciertos.

—¿Qué rumores? —preguntó Jake.

—Que es la que corta el bacalao en el pueblo. —Llamó a Sean para que se acercase a la puerta—. Enséñales el vídeo, hijo.

—Claro, papá. —Le entregó el móvil a Lillian.

Jake miró por encima de su hombro y se sorprendió al ver a Gabriel defendiendo los principios de la ley y el orden. También le sorprendió la confianza y competencia con la que el jefe de policía logró el resultado correcto. —No sabía que fuera capaz de algo así —le dijo Jake a Lillian.

La mirada que ella le devolvió sugería que tampoco lo sabía. Lillian le devolvió el móvil a Sean. —¿Qué pensáis hacer con ese vídeo?

Blake se encogió de hombros. —Personalmente, nada. Pero lo hemos enviado a tu departamento.

Para que Gabriel pueda usarlo como moneda de cambio y convertirse en un actor más influyente en la política de Blue Fall. —¿Ha pensado en enviárselo directamente a la Policía Estatal de Maine? —dijo Jake.

—No. ¿Sería prudente?

—Bueno, podría poner fin más rápidamente a la corrupción en su pueblo. —*Pero también los conduciría hasta Jotham y la gente que trabaja para él.* —Miró a Sean de reojo—. *Antes de que se dé cuenta, podría quedarse completamente solo en esta casa.*

—Creo que se lo dejaré al jefe Jewell.

Prudente, pero decepcionante. —Con todo lo que ha pasado, ¿puede ponernos al día sobre el paradero de su hija?

—¿A qué se refiere?

—¿Qué le pasó a Maddie, señor Thompson?

—Está con sus parientes, como hemos dicho todo el tiempo.

—Su mujer parece creer que su hija está muerta. ¡De hecho, estaba tan convencida que acaba de asesinar a alguien! —Podía sentir los ojos de Lillian clavados en él. La ignoró. Se le estaba agotando la paciencia.

—No estaba pensando con claridad. De hecho, no ha estado bien desde hace mucho tiempo. No sé qué más decirle, joven.

—¿La verdad?

Devin apareció junto a su padre y su hermano, con su habitual pose agresiva y el ceño fruncido. —*Es* la verdad. Ahora tenemos que contactar con un abogado para madre. Así que, si no te importa…

Jake respiró hondo, tratando de evitar un arrebato. —Bueno, por favor, contacta con nosotros si consigues averiguar por qué tu madre de repente pensó que tu hermana estaba muerta.

Levantó la vista a tiempo para ver la expresión solemne de Blake antes de que Devin cerrara la puerta.

Una vez de vuelta en el coche, Jake golpeó el volante con la palma de la mano.

—Bueno, al menos están vivos —dijo Lillian—. No puedo ni imaginar la potencia de fuego de esos todoterrenos.

—Sí, genial, tres cabrones egoístas sobreviven mientras una chica inocente se pudre en algún lugar. Estoy jodidamente

encantado. —Volvió a golpear el volante. Esta vez sintió el dolor en la palma de la mano y lo acogió con agrado.

Lillian le puso una mano en el brazo. —Jake, escucha. No conoces a Jotham como nosotros. A él le importará una mierda la política, la ley o la Policía Estatal de Maine si Blake lo traiciona. Jotham irá a por los hijos que le quedan. El comportamiento de Blake no es el de un hombre egoísta, es el de un hombre aterrorizado.

Jake se pasó una mano por el pelo corto. —Lo sé. Lo entiendo. —Se giró para mirar a Lillian—. ¿Crees que Gabriel te dejará hablar con Marissa mientras esté detenida?

—Es poco probable, pero podría intentarlo.

Jake asintió y miró hacia la casa. —Me pregunto cuánto le contaron esos idiotas egoístas a Marissa. Dudo que llegaran a decirle dónde estaba. ¿Crees que está muerta de verdad?

—Ni idea —dijo Lillian—. Pero alguien lo sabe.

Lillian desvió la mirada. —Creo que Jotham MacLeoid ha alcanzado un nuevo nivel. Él mismo tiene una hija adolescente.

—Entonces, ¿eso es un *no*?

Lillian lo miró, pero no respondió. No hacía falta; él vio la respuesta en sus ojos.

—¿Sabes que lo mataré si ha hecho lo impensable?

Lillian no contestó.

—Como agente de policía, ¿qué te parece?

Lillian suspiró, miró por la ventana un instante y luego se volvió hacia él. —Has mencionado antes que estabas avanzando algo con Ayden.

—Sí, se estaba abriendo.

—¿Crees que se volverá contra su padre?

—No. Porque, como todos los demás, está cagado de miedo.

—Es chocar contra un muro una y otra vez.

—No necesariamente. No creo que tema por sí mismo. Por cómo hablaba, no estoy seguro de que le importe vivir o morir. Pero su madre es otra historia… la idolatra.

—¿Louise Scott?

—¿La conoces?

—Sí. Es una extrabajadora sexual de Sharon's Edge que ahora dirige una organización benéfica llamada Start Again. Trabajan con prostitutas para sacarlas del mundillo. Hemos colaborado con ellas en proyectos muy interesantes. La idea es que, en lugar de detener a las trabajadoras sexuales, las ayudamos a dejar las drogas y a deshacerse de sus proxenetas.

—¡Vaya! Eso es muy progresista para este lugar.

—Cierto. No a todos mis compañeros les entusiasma la idea, pero encerrar a las trabajadoras sexuales es contraproducente. Solo las hunde más en la desesperación y hace que sea más difícil ayudarlas a largo plazo.

—Para mí tiene todo el sentido del mundo. Trabajé con organizaciones benéficas similares en casa. Y bueno, ¿cuál es su historia con Jotham?

—Exactamente la que te imaginas. Pagó por sus servicios, solo que ella le dio algo más que sexo; también le dio un hijo.

—Ya veo. Pero Ayden solo tiene unos treinta años. Dudo que los anticonceptivos fueran algo desconocido cuando lo concibieron.

—No usó anticonceptivos cuando la violó. Ella no lo oculta en absoluto. Habla con franqueza y sinceridad sobre su pasado.

—Pero ¿por qué la iba a violar si de todos modos pagaba por ello?

—Por la misma razón por la que violó a Marion Springs y luego la despidió. Ese hombre se nutre de la violencia y la agresividad. Nunca olvidaré cómo me contó la historia. Las visitas que él le hacía empezaron con bastante normalidad, si es que se puede considerar normal pagar por sexo, pero con el tiempo se fue volviendo más brusco y violento con ella. Al principio, ella consentía, pero al final la situación se volvió demasiado violenta para ella. Eso lo espoleó aún más. Dijo que la violó más de diez veces antes de acabar aburriéndose de ella.

—¿No tenía un proxeneta?

—No hay protección contra Jotham MacLeoid. Hace lo que le da la gana. Después de tener a Ayden, ella dejó el oficio y fundó la organización benéfica. Lo ve como lo bueno que salió de su

experiencia. Él se llevó a Ayden cuando cumplió ocho años, probablemente porque a esa edad daría menos guerra.

—¿No intentó oponerse?

—No. Le ofreció un régimen de visitas y dinero. Era mejor que la alternativa.

—¿Aparecer flotando en el Stinson?

—Exacto.

—Entonces, ¿a Jotham no le importa que ella vaya pregonando sus horrendas experiencias con él?

—Parece que no. Probablemente esté encantado de llevarlo como una medalla de honor. Solo aumenta el temor que infunde.

—Sabes que esa es nuestra puerta de entrada, ¿verdad?

—¿Louise? ¿Cómo?

—Alguien que perdió su dignidad y su vida… ¿Qué más le queda por perder? Ella tendrá la clave para acabar con Jotham MacLeoid.

Bebiendo de una botella nueva de Old Crow, Peter Sheenan esperó a ochocientos metros de la propiedad de los MacLeoid. Por el espejo retrovisor, vio el reflejo de los faros del monovolumen Honda coronar la colina detrás de él. Le dio un último trago a la botella y la tiró en el asiento del copiloto, junto a la fotografía de Prince. Cogió el rifle del asiento trasero y salió del vehículo.

Fuera, rodeado por la nada, un viento cortante le caló hasta los huesos. Agradeció llevar el whisky en el estómago. Le calentaba el cuerpo y el alma. Tampoco sentía miedo por lo que estaba a punto de hacer; sin embargo, eso podía deberse a sus experiencias en las selvas de Vietnam más que al alcohol.

El monovolumen Honda se detuvo detrás de su pickup. El conductor no era visible en la penumbra. Los faros se apagaron y la puerta del monovolumen se abrió.

Peter preparó el rifle.

Oliver Sholes salió del vehículo y levantó las manos.

Peter bajó el rifle.

—No, déjalo levantado —dijo Oliver—. Alguien podría pasar y verlo.

—Bien pensado. —Peter lo levantó de nuevo y se acercó sigilosamente a Oliver.

Oliver se estremeció; el pobrecillo no tenía el estómago lleno de whisky para mantenerse caliente—. Va a conseguir que me maten, señor Sheenan. ¿Lo sabe?

—No, Oliver. Mira. —Señaló el neumático pinchado de su pickup —. Te he hecho señas para que me ayudaras y luego te he tendido una emboscada, tal como lo hablamos.

—Quizá… ¿Pero y si el señor MacLeoid me tortura para que le diga la verdad?

Peter suspiró y bajó la mirada. Sí, era una posibilidad, pero era un riesgo que tenía que correr. Pensó en Prince y pensó en la pata delantera de Nickel partiéndose en aquel ring de peleas; no podía permitir que aquello siguiera así. Peter se acercó más a Oliver para poder verlo con más claridad, y se le encogió el corazón.

El chico —porque eso es lo que era en realidad, *un críο*— estaba pálido, tenía los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas.

—Lo siento, Oliver, pero esto tiene que pasar.

Oliver era el chófer de Jotham. Recogía a las mujeres que trabajaban en el laboratorio cada mañana y las dejaba en casa cada tarde. A menudo llevaba a Jotham fuera de la ciudad por negocios. Al igual que Peter, Oliver también formaba parte de la comunidad abenaki. Su padre había muerto cuando él era un niño, y su madre, Janet, se enfrentó sola a la pobreza y había buscado refugio en su comunidad. Les ofrecieron un lugar donde vivir, apoyo económico y, lo que es más importante, la opción sostenible de continuar con sus estudios. Con el tiempo, Janet consiguió un puesto de secretaria y enderezó el rumbo de sus vidas.

Peter formaba parte de un pequeño consejo que la comunidad abenaki había organizado. Había sido una enorme influencia a la hora de asegurar que la comunidad apoyara a las familias, como la de Oliver, en tiempos de crisis. Muchos, incluida Janet, lo veneraban, y a ninguno de ellos se le pasaría por la cabeza negarle ni una sola de sus peticiones.

Al principio, por puro pánico, Oliver se había negado a la petición de Peter. Sabía que había caído muy bajo al amenazar con contarle a Janet que su hijo le había dado la espalda al salvador de su familia, pero ¿qué otra opción le quedaba? Oliver nunca decepcionaría a su madre, así que había accedido a regañadientes.

—¿Así que estará fuera toda la noche? —preguntó Peter.

—Sí, lo celebrará hasta bien entrada la noche con unos amigos y unas prostitutas en Sharon's Edge. Es su rutina. Ha ido él en su coche, porque yo tenía que llevar de vuelta a los trabajadores, pero me llamará más tarde, borracho como una cuba, para que lo recoja.

—Pero, para entonces, tú estarás atado, *literalmente*, y no podrás responder.

—Tendrás que hacer más que eso. Vas a tener que dejarme prácticamente *hecho pedazos* para que esto cuele.

Peter suspiró y asintió. —No te preocupes. Será convincente, Oliver, y saldrás de esta bien parado. Te lo prometo. ¿Y su hijo, Ayden?

—En The Taps, lo que significa que también estará fuera la mayor parte de la noche.

—Bien. Pongámonos en marcha.

Oliver abrió la puerta de la furgoneta y Peter pasó cinco jaulas plegables desde su camioneta, y luego se metió dentro. Se tumbó en el suelo y se deslizó entre dos filas de asientos con el fusil encima.

Oliver se metió en el asiento delantero y empezó a conducir. —¿Todo este lío por unos perros, señor Sheenan?

—Sí, Oliver. Y llámame Peter.

—A mí también me encantan los perros, pero esto… Es que no parece que merezca la pena.

—¿Has estado en ese foso?

—No, señor Sheenan…, perdón…, Peter.

—Bueno, si hubieras estado, puede que sintieras algo distinto.

—Quizá, pero al fin y al cabo, no son más que animales.

—Todos somos animales, Oliver. ¿Sería aceptable que nos torturaran?

—No…, pero me preocupa que no consigas sacarlos y que todo esto no haya servido de nada.

—Nuestro plan es sólido, Oliver.

—*¿En serio?* Sin faltarle al respeto, Peter, pero a mí me parece una *misión imposible*. Vale, ya estamos en las puertas.

—Recuerda hacer salir al guardia de seguridad. Es la única forma de que tengamos el camino despejado.

—Lo sé.

Peter escuchó cómo bajaba la ventanilla eléctrica.

—Hola, Brad, soy yo, que vengo a devolver el vehículo.

Se oyó el crujido de la estática y luego: —Sin problema, Oliver. Mételo en el aparcamiento y te abro para que salgas con tu coche.

Peter oyó el zumbido de las puertas al abrirse.

—Gracias, Brad, pero me quedaré hasta que el señor MacLeod necesite que lo recoja.

—No hace falta. Ya ha vuelto.

Ni el alcohol ni la experiencia de la selva sirvieron para contrarrestar la repentina oleada de miedo que engulló a Peter.

—¿Oliver? ¿Sigues ahí? —preguntó Brad por el altavoz.

—Sí… Solo estoy sorprendido. Suele quedarse hasta tarde las noches de pelea.

¡Espabila, Oliver! Suenas aterrorizado.

—Ha surgido algo…, pero no por el altavoz. Mira, aparca y salgo a ponerte al día.

—Vale. —Oliver volvió a conducir—. Joder…

—Cálmate —dijo Peter, intentando sonar tranquilizador a pesar de no sentir nada parecido—. Al menos va a salir, como planeamos.

—¿Que me calme? ¿Cómo? Te das cuenta de que estamos muertos, ¿verdad?

—Si alguien va a morir, seré solo yo. Te tengo a punta de pistola, ¿recuerdas?

—Esto es ridículo. ¡Todo esto por un par de perros! ¿No podías haber saltado la puta valla y ya está?

—Ya hemos hablado de esto. ¿Cómo los sacaría sin tu vehículo?

—Vas a tener que matar a Brad.

Peter respiró hondo. —Eso no formaba parte del plan.

—Lo sé, pero le da más impacto a todo el asunto, e incapacitarlo es demasiado arriesgado si Jotham está aquí.

Oliver detuvo la furgoneta. Salió de un salto, abrió la puerta lateral y se asomó. —Lo veo acercarse. Hablaré con él en la parte delantera del vehículo para que puedas acercarte por detrás.

—No vamos a matar a nadie. No quiero ir a la cárcel.

—¿Qué crees que pasará si dejas a un testigo de tu allanamiento de morada?

—Nada. Porque en cuanto los tenga, me largo de la ciudad. No organizarán una búsqueda y captura por un par de perros robados, pero si metes un asesinato en la ecuación…

—Ya está aquí. —Dejando la puerta abierta, Oliver se alejó.

Sus voces llegaban amortiguadas desde la parte delantera del vehículo, pero Peter pudo oír la mayor parte de la conversación.

—Bo está muerta —dijo Brad—. Despedazada.

—Mierda.

—El perro que lo hizo estaba drogado hasta las trancas. Jotham lo descalificó y luego lo sacrificó.

Al escuchar la conversación sobre los dos perros muertos, Peter sintió que se moría por dentro. ¿Qué había salido tan mal en la vida de esos cabrones para que tuvieran que tratar a esas increíbles criaturas de una forma tan inhumana? Peter se deslizó por el suelo hasta la puerta abierta, respirando lo más silenciosamente posible. Mantuvo el fusil pegado a su pecho.

—Mierda. Será mejor que no nos crucemos en el camino del viejo esta noche —dijo Oliver—. Imagino que estará sensible.

—Sensible está, desde luego, *y* la cosa no ha terminado. Él y Anthony se han traído de vuelta al criador de perros.

—¿Por qué?

—¿Tú por qué crees?

No era una buena noticia saber que había más gente en la finca, pero ya era demasiado tarde para que Peter se echara atrás, así que apretó los dientes y salió por la puerta abierta. Sus pies tocaron el hormigón.

—Al menos no tienes que preocuparte de toparte con él —dijo Brad—. Ya se han ido al campo.

—¿Al foso?

—Por supuesto.

Foso, pensó Peter, *¿qué foso? No será otro foso de peleas de perros, ¿verdad?* Apretando los dientes, se agachó y se arrastró lentamente hacia la parte delantera del vehículo.

—¿Me necesitará otra vez esta noche? —preguntó Oliver.

—No lo sé. No ha dicho nada. Si te quedas aquí conmigo, tengo un paquete de seis cervezas en la sala de vigilancia.

—Suena bien.

Peter se levantó y se colocó delante del vehículo con el fusil preparado. Brad, un hombre más grande y corpulento que Oliver, estaba de espaldas a Peter y le tapaba la visión de Oliver. Le puso la punta del fusil en la nuca rapada. —De rodillas.

—¡Vete a la mierda!

—¡Ahora!

Brad se arrodilló, dejando a la vista a un Oliver con los ojos como platos.

—Manos detrás de la cabeza.

—¿Qué coño está pasando?

Peter le hizo un gesto con la cabeza a Oliver y luego ladeó la suya para indicarle que se pusiera a su lado.

Así lo hizo.

—No tienes por qué salir herido... —Peter sintió una pistola apretada contra la sien.

—¿En serio, Peter? ¿De verdad creías que iba a ser tan imbécil? —dijo Oliver.

Mierda... —¿Qué estás haciendo, Oliver?

—¿A ti qué te parece que hago? —se rio.

—Piénsatelo bien.

—Lo llevo pensando desde el momento en que viniste a verme. ¿Cómo iba a ser esto una opción, estúpido viejo?

—Pequeño cabrón mentiroso.

—Suelta el fusil.

Peter lo tiró al suelo.

Riendo también, Brad lo cogió y se levantó. Se giró y apuntó a Peter.

—Eres abenaki, Oliver —dijo Peter—. Esto no está bien.

—¿Vas a hablarme de lo que pensarían mis antepasados sobre esto? Si es así, ahórratelo.

—No, iba a preguntarte qué pensará tu madre.

—¿Y eso por qué? Nunca se enterará.

—Lo sabrá. Las madres lo saben todo.

—Prefiero arriesgarme con mi madre que con Jotham. Aunque es irónico, Peter.

—¿En qué sentido?

—Nos ayudaste a salir adelante en el pasado y ahora nos has vuelto a ayudar. Cuando Jotham se dé cuenta de lo que hemos hecho por él, Brad y yo, estoy seguro de que nos recompensará.

—Deliras. La única recompensa que da un hombre como ese es su permiso para seguir viviendo...

Brad le disparó a Peter en el estómago.

17

MARK RILEY, una vez más, había abarcado más de lo que podía apretar. Había sido un problema recurrente para él desde que era joven, cuando montaba su propio negocio inmobiliario en línea y estudiaba Derecho a la vez que jugaba al fútbol de manera semiprofesional. Increíblemente, el castillo de naipes se había mantenido en pie y, aunque su carrera futbolística se había desvanecido con la edad y las lesiones de rodilla, se había hecho rico con el marketing y también había hecho sus pinitos como abogado autónomo para tener contentos a sus padres, ambos abogados.

Sin embargo, desarrollar un interés por la cría y las peleas de pitbull terriers americanos había resultado ser forzar demasiado la suerte, y, mientras hacía el viaje de Sharon's Edge a Blue Falls en la camioneta de Jotham a punta de pistola, se había dado cuenta de que el castillo que tanto tiempo había mantenido en pie se tambaleaba.

Fuera del vehículo, el soldado de Jotham lo había amordazado y le había vendado los ojos. Aquello había sido un rayo de esperanza. *¿Tenían la intención de dejarlo con vida?*

El camino hacia su destino había sido largo. Varias veces, había resbalado en el barro húmedo y, en cada ocasión, sus secuestradores lo habían dejado caer y que se las apañara para volver a ponerse en pie por sí mismo; una tarea difícil con las manos

atadas. También le habían quitado el cortavientos antes para que las inclemencias del tiempo hicieran estragos en él.

Ahora sentía crujir madera vieja bajo sus pies, y supuso que estaba en un bosque. Lo confirmó al chocar con el tronco de un árbol, lo que lo dejó sin aliento. Deseó con todas sus fuerzas gritar a sus secuestradores que dejaran de tratarlo como a un puto animal. Cuando la ira remitió, agradeció tener la mordaza que contenía sus arrebatos, porque todavía creía que existía la posibilidad de que lo dejaran con vida.

A medida que avanzaban, un hedor fétido se le coló por la nariz. Deseó con desesperación taparse la nariz, pero las manos atadas no se lo permitían. También le costaba respirar a través del trapo que tenía en la boca, así que tuvo que soportarlo. El olor se intensificó a medida que continuaban y, en más de una ocasión, contuvo las arcadas, sabiendo que el trapo podría hacer que se ahogara con su propio vómito.

—Deje de caminar —dijo Jotham.

Obedeció, y alguien le arrancó la venda de los ojos. Desorientado, el corazón de Mark se aceleró. Quiso preguntar dónde estaba, pero la mordaza no se lo permitió. A medida que su visión borrosa se aclaraba, se dio cuenta de que estaba al borde de un foso circular, de unos cuatro metros y medio de ancho. Sintió que todo el cuerpo se le quedaba entumecido.

Unos dedos le arrancaron el trapo de la boca e instintivamente tomó una bocanada de aire profunda y empalagosa, cargada de muerte. Tuvo una arcada y miró a un lado, al rostro del joven soldado, y lo envidió por llevar unos tapones negros metidos en la nariz. Hubo una breve pausa en el sonido del viento sobre los campos y oyó arañazos en el foso bajo él. Miró hacia la penumbra, su visión se aclaraba por segundos.

Unas formas se dibujaron en la oscuridad. Parecía tan profundo como ancho. Pequeños montones salpicaban la oscuridad, con una forma rectangular en el lado derecho, que posiblemente era una pequeña cabaña o una especie de perrera.

—¿Qué hay ahí abajo? —preguntó.

—Naturaleza. Poder. Control. Hay muchas formas de verlo —dijo Jotham.

A medida que los ojos de Mark se acostumbraban a la oscuridad, los montones cobraron mayor nitidez. Pudo ver ropa..., extremidades..., huesos... El impacto del miedo repentino le revolvió el estómago. —¿Por qué? ¿Por qué me ha traído aquí?

—Porque aquí es donde yo controlo...

—¡Cuántos cuerpos!

—La naturaleza...

—¡Están todos muertos!

—El poder...

—¿Hizo usted esto? ¿Los mató? ¿*A todos*?

—El control.

—Tengo dinero. Mucho. Más del que pueda imaginar.

—Yo también.

Mark se apartó del foso y miró a los ojos del viejo criador. —Lo siento. Tiene que creerme. Lo siento *muchísimo*. Cometí un error. Le devolveré lo que quiera.

—Usted me quitó algo, Mark.

—Le daré todo lo que tengo.

—No puede compensarme.

—Dígame... Dígame qué puedo hacer para arreglar esto. ¿*Por favor?* Lo que usted quiera.

—Puede aceptar mi juicio.

—No lo entiendo.

—Puede bajar ahí usted mismo.

Mark tragó saliva. —No... —Saboreó el ácido del estómago—. No... Cualquier cosa, cualquier cosa menos eso. He visto lo que hay ahí abajo.

—No todo, Mark.

—*Por favor...* Se lo suplico...

—Se acabó. Ahórrese más indignidades. Entre en el foso. Es natural. Y no deberíamos temer a la naturaleza.

—No puedo —dijo Mark, con los ojos anegados en lágrimas—. Es que no puedo.

El viento agitó el pelo largo de Jotham sobre sus ojos. —Cobarde hasta el final. Su oportunidad de irse con dignidad ha pasado. —Se apartó el pelo de los ojos e hizo un gesto a su soldado—. Míreme, Mark. Míreme a los ojos y llévese este momento consigo.

Sintió un ardor en la parte posterior del tobillo. Gritó mientras la pierna se le doblaba y cayó hasta que el suelo le sacó el aire de los pulmones. El dolor le recorrió la columna vertebral. Mantuvo los ojos cerrados y gimió. *Si la caída no me ha matado, al menos déjame quedar inconsciente...* Aspiró algo de oxígeno. *No, no me rendiré.* Abrió los ojos, gritando. El dolor en la parte posterior del tobillo era *atroz*. —¡Me ha cortado, viejo cabrón! ¡Me ha cortado, joder!

El soldado de Jotham lo agarró por los brazos, lo levantó como a un saco de patatas y lo arrastró hasta el borde del foso.

Una ráfaga de viento barrió la maleza de al lado, trayendo consigo más de ese olor terrible. Mark gritó cuando el soldado lo empujó por el precipicio.

Ladeó la cabeza y clavó la mirada en las cuencas vacías de una calavera. Soltó un grito ahogado y rodó para apartarse. El dolor en la espalda era atroz, pero al menos no se había quedado paralítico. Quizá pudiera salir de esta… Se detuvo en seco ante un montón de ropa. Algo frío le cayó en la cara. Echó la cabeza hacia atrás bruscamente y vio una mano grisácea y cubierta de manchas que asomaba por la manga de una camisa. —¡Mierda!

Intentó arrastrarse hacia atrás, pero tenía las manos atadas a la espalda y el pie derecho prácticamente inutilizado. Sorprendentemente, consiguió llegar a otro montón que había detrás de él. Allí, el hedor era insoportable y no tuvo valor para darse la vuelta y mirar contra qué estaba apoyado. —¡Sacadme de aquí! ¡Por favor! ¡Sacadme de este puto hoyo!

Un movimiento a su izquierda.

Mierda. ¿Qué coño ha sido eso?

Alguien asomó la cabeza por una pequeña abertura en la caseta de madera de un metro de alto.

—No. ¡Una mierda! —trató de rodar para alejarse, pero, de nuevo, otro montón le bloqueó el paso. Esta vez, era una joven la que lo miraba fijamente. No parecía llevar mucho tiempo muerta: su

rostro gris estaba contraído, enseñando los dientes—. Joder… joder… —Se giró hacia el otro lado.

La persona de la caseta se arrastró hacia él.

Se incorporó y, sin poder usar las manos, se inclinó sobre el pequeño montón de cuerpos, intentando retorcerse para pasar por encima. La piel fría de la chica muerta le rozó la cara cuando logró coronar la pila, luchando contra el dolor en el tobillo que le hacía llorar y el ardor incesante en la columna. Oyó al ocupante del foso arrastrarse cada vez más cerca. Respiró hondo y empujó con todas sus fuerzas. Uno o dos cadáveres se deslizaron y él se resbaló con ellos. Oyó y sintió el crujido de la podredumbre bajo él. *Asqueroso… qué puto asco.* La coronilla le tocó la pared del foso, ya no tenía adónde ir.

El arrastrar de pies se hizo más fuerte.

Sintió la humedad de las lágrimas en la cara y el calor en la entrepierna al mearse encima.

El rostro de ella apareció por encima del montículo de cuerpos y lo miró desde arriba. Un pelo enmarañado enmarcaba una cara demacrada y llena de llagas.

—Por favor —dijo él, negando con la cabeza—. Por favor, no me haga daño.

Ella se llevó un dedo a los labios marchitos y lo mandó callar.

Louise Scott condujo a Jake y a Lillian a la parte trasera del centro comunitario de Sharon's Edge. Abrió la puerta adornada con la placa de START AGAIN.

Los tres entraron en un despacho que no estaba en su mejor momento y que carecía de calefacción. Jake supuso que los casos de beneficencia abundaban por estos lares, y uno que apoyaba a trabajadoras del sexo no estaría ni de lejos entre las prioridades presupuestarias.

Ella encendió un radiador eléctrico en una esquina. —Hasta mañana esto no se calentará, así que mejor no se quiten las

chaquetas. —Ofreció las dos sillas de madera a Lillian y a Jake y se sentó en el borde del escritorio.

—No, siéntese usted —dijo Jake.

Ella le guiñó un ojo. —No creo en los hombres educados. Muéstreme al hombre y le mostraré el delito.

Jake sonrió y se sentó.

Louise llevaba el pelo teñido de morado y recogido, estaba bronceada y tenía un tono de voz entusiasta. Jake no se había esperado un personaje tan pintoresco después de escuchar su desgarradora historia. Recordó un viejo proverbio que su buen amigo Michael Yorke le había contado una vez: *Planta flores en los jardines de los demás y tu vida se convertirá en un ramo.* Jake no estaba seguro de creer en el proverbio, pero podía dar fe de una cosa: ayudar a los demás al menos te distraía del desastre que era tu propia vida. Precisamente por eso le costaba tanto mantenerse al margen.

—Lillian me ha dicho que usted es bastante franca en lo que respecta a sus experiencias con Jotham MacLeoid.

Ella ni se inmutó. —Por supuesto. No tengo nada de qué avergonzarme.

—¿Cree que él se avergüenza?

Se rio. —¡Claro que no! La vergüenza es un concepto ajeno para Jotham. Su padre se la quitó a golpes desde muy pequeño. ¡Dios, si sintiera vergüenza, yo ya no estaría aquí! Lo único que su padre le permitió tener fue orgullo, y de eso sí que siente en abundancia.

—Me he dado cuenta. Señora Scott, yo…

—*Louise*. Por favor.

Jake asintió. —Louise, estoy aquí porque estoy preocupado por Ayden.

Ella bajó la mirada y su aire despreocupado se desvaneció. —¿Ha estado hablando con Ayden?

—Sí. ¿Ha hablado usted con él últimamente?

—Claro. Todos los días.

—¿Y cómo lo nota?

—Como siempre. Jotham le hace trabajar duro, pero lo mantiene al margen de sus actividades más ilegales.

Jake y Lillian intercambiaron una mirada.

—No se preocupe, ¡no soy tan ingenua! Obviamente, ¡no me lo creo! Simplemente le dice a su madre lo que quiere oír.

—Porque la venera —dijo Jake.

Louise sonrió. —¿Le ha dicho eso?

—No hizo falta. Me di cuenta.

—Parece que sabe más de mi hijo que yo. ¿Algo más que quiera compartir?

Jake suspiró. —Solo que está muerto de miedo, Louise.

Se levantó de la silla y fue hacia el radiador eléctrico. Comprobó que el enchufe estuviera conectado. —Vaya trasto. ¿Mi recompensa por querer ayudar a la gente? Morirme de frío.

—Perdón, Louise. ¿Ha oído lo que he dicho?

Se volvió hacia él con los ojos muy abiertos. —Por supuesto. ¿Asustado, dice? ¡Es la primera noticia que tengo!

—Está intentando protegerla.

—Todos los hijos deberían compartir sus problemas con sus padres; a nosotros nos corresponde protegerlos. —Respiró hondo y suspiró—. Pero ese viejo cabrón me ha quitado hasta eso. ¿En qué ha metido a mi hijo?

—En todo. En drogas, en peleas de perros y… —Jake volvió a mirar a Lillian. Tenía los ojos como platos. ¿Estaba yendo demasiado lejos? ¿Estaba aquella mujer vulnerable en condiciones de oír que su único hijo estaba implicado en la muerte de una chica?

—¿Qué más?

—Se lo diré, Louise, pero después, por favor, convénzase de que su hijo todavía tiene una salida. Por eso hemos venido…

—¡Vaya al grano de una vez!

—Creemos que está implicado en la desaparición de una joven.

—No, no me lo creo.

—Hay indicios de que ha sido asesinada.

Ella negó con la cabeza. —Esto es un error. Ayden no es así. No es como su padre.

—Estoy de acuerdo, Louise. Está haciendo todo esto para protegerla a usted. Cree que si no complace a Jotham, puede que vaya a por usted.

Se llevó una mano al pecho.

—Ya no está sola, Louise. Estamos aquí.

Louise sonrió. —No sabe a cuántas mujeres les he dicho exactamente lo mismo.

—Queremos ayudarla a salvar a su hijo.

—¿Y cómo lo hacemos?

—Necesita contarnos lo que sabe sobre Jotham. Toda su imagen pública se basa en la reputación; no entendemos quién es realmente.

Ella sonrió. —¿Quiere la verdad sobre Jotham MacLeoid? ¿Quiere saber quién es en realidad? ¿Sabe que seré mujer muerta en cuanto esas palabras salgan de mis labios?

Jake se levantó y se acercó a ella junto al radiador. Puso su gran mano en el hombro de la mujer. —No le pasará nada, Louise. Tiene mi palabra.

«*Calla, mi niño, no digas ni pío*». A pesar de su voz cascada, cantaba afinada. «*Papá te va a comprar un sinsonte*». Gateó por encima de la pila de cuerpos que aprisionaban a Mark contra la pared del foso. «*Y si ese sinsonte no canta*» —alargó la mano para tocarle la cara con unas uñas largas y desiguales—, «*Papá te va a comprar un anillo de diamantes*».

Mark retrocedió de un respingo, pero la cabeza solo le rebotó contra la madera que reforzaba las paredes. —Por favor...

Su esquelético rostro se acercó más, y él olió su fétido aliento.

—¿También te ha tirado él aquí dentro?

«*Y si ese anillo de diamantes es de latón*» —cantó ella, mostrando sus dientes rotos, y se deslizó desde los cuerpos para maniobrar hasta sentarse detrás de Mark—, «*Papá te va a comprar un espejo*».

—¡Podemos ayudarnos!

Una mano fría y húmeda le empujó el cuello hacia arriba para que ella pudiera deslizarse por debajo de él y le acomodó la cabeza

en el regazo.

Intentó desesperadamente comprender lo que estaba ocurriendo, pero demasiadas preguntas se arremolinaban en su mente. *¿Cómo había muerto toda esa gente? ¿Los había abandonado ahí el viejo criador de perros para que se pudrieran y murieran de hambre? ¿Era esta mujer la última persona que habían arrojado al foso? O* —y esta pregunta hizo que su corazón latiera desbocado— *¿era ella la que los estaba matando?*

«*Y si ese espejo se rompe...*».

—Tengo las manos atadas, y me han destrozado el tobillo.

«*Papá te va a comprar un chivo*». Le acarició el pelo corto.

—Por favor... —Las lágrimas asomaron a sus ojos—. No me merezco esto. No merezco estar aquí abajo.

«*Y si ese chivo no tira*» —le deslizó la mano bajo la barbilla—, «*Papá te va a comprar un carro y un buey*». Sus dedos le apretaron las mejillas, obligándole a abrir la boca.

—¿Qué haces? —La presión en su cara ahogó sus palabras.

Le metió algo en la boca y luego le sujetó la barbilla con fuerza.

Luchó por girar la cabeza de un lado a otro y desalojar el objeto.

Un sabor repugnante le llenó la boca y percibió el olor penetrante a desinfectante.

«*Y si ese carro y ese buey se vuelcan...*».

Intentó morder, pero sus dientes se toparon con el borde de una especie de botella. Se atragantó mientras el líquido se precipitaba por su garganta. Entonces empezó el ardor.

«*Papá te va a comprar un perro llamado Rover*».

Sentía como si la garganta se le estuviera calcinando. Intentó zafarse de la mujer, pero ella mantuvo la presión sobre el cuello de la botella y su barbilla para que no pudiera sacársela. Sintió el líquido cáustico en la parte superior del pecho quemándole el esófago y, posiblemente, los pulmones.

«*Y si ese perro llamado Rover no ladra...*».

El líquido también se derramó por un lado de su cara, y parte de él le había entrado en los ojos; sentía que iban a estallar.

«*Papá te va a comprar un caballo y un carro*».

Sus gritos no podían escapar de su boca, atrapados en lo más profundo de su ser.

Finalmente, dejó que la botella se le escurriera de la boca y le sujetó la cabeza con fuerza contra su regazo. Incluso a través de su inmenso sufrimiento, *aún* podía oír la nana. «*Y si ese caballo y ese carro se dan la vuelta, seguirás siendo el bebé más dulce de la ciudad*».

—Amber Colson —dijo Louise.

—La difunta esposa de Jotham —dijo Lillian—. Padecía psicosis posparto y mató a sus tres bebés obligándolos a beber lejía. Jotham la apoyó, pero eso no impidió que se quitara la vida.

Louise suspiró. —Como siempre ocurre con historias como estas, una parte de verdad, pero sobre todo un montón de mentiras. —Se acercó al radiador eléctrico—. Esta historia hará que sienta mucho más frío del que ya siente. Amber Colson sí envenenó a sus tres hijos, pero no está muerta. Ni mucho menos.

El silencio amenazó la habitación. Jake intervino rápidamente. —¿Qué ocurrió?

—Dentro de un momento, va a juzgarme; de hecho, probablemente me odiará. Si yo estuviera en su lugar, sentiría lo mismo. Todo lo que puedo decir, en mi defensa, es que Jotham no me dio otra opción. O guardaba silencio o nuestro hijo moriría. Jotham es muy de blanco o negro y muy fiable con sus ultimátums. He permitido que ocurra algo que ninguna persona humana debería permitir.

—Continúe —dijo Jake.

Louise se secó una lágrima. —La primera mentira es que Jotham nunca estuvo al lado de Amber. Ella envenenó a sus hijas, así que, ¿por qué iba a hacerlo? Como ya he dicho, Jotham es de blanco o negro. Las enfermedades mentales le daban completamente igual. Lo único que le importaba era la venganza. Y su venganza, al igual

que él, fue monstruosa. Probablemente habría sido mejor para ella si simplemente la hubiera matado.

—No lo entiendo —dijo Lillian—. Había un cadáver.

—Ah, sí, el suicidio. ¿La mujer calcinada e irreconocible con los dientes destrozados por un disparo de escopeta para rematar? No era ella.

—¿Y quién era? —dijo Jake.

—Supongo que una trabajadora del sexo de Sharon's Edge. Una de las razones por las que fundé *Start Again* fue que a menudo desaparecían trabajadoras y a nadie parecía importarle. Ahora, si desaparece una trabajadora, la encontramos, y si no, presionamos a las autoridades pertinentes para que lo intenten. En aquel entonces, cuando esa pobre joven murió en un supuesto suicidio, desaparecían mujeres por todas partes y nadie se molestó en intentar establecer una conexión.

—Entonces, ¿dónde está Amber? —preguntó Jake.

—La hizo prisionera y la torturó por lo que les había hecho a sus hijas.

—¿Durante más de veinte años?

—No lo sé. ¿Quizá? No sé si sigue viva.

Jake negó con la cabeza mientras asimilaba todo el peso de aquella atrocidad.

—¿Dónde la metió? —dijo Lillian.

—Insisto, no lo sé con seguridad. Solo puedo contarle lo que me dijo a mí: que la había devuelto a la naturaleza para que se purificara. Pero la naturaleza podía ser cruel en su deber. Se pudriría en algún lugar oscuro y frío, pero él haría lo justo para mantenerla con vida: darle de comer, impermeabilizar su refugio y proporcionarle mantas.

—Dios mío —dijo Lillian.

—¿Pero por qué iba a contarle todo esto? —preguntó Jake.

—No lo sé. —Louise se pasó ambas manos por su pelo morado—. Estaba borracho y pasando por un raro momento de vulnerabilidad mientras hablaba de las hijas que había perdido. Empezó a despotricar y se le escapó todo. Dios, ojalá no lo hubiera hecho. No puede ni imaginar la carga que he tenido que soportar, sabiendo que

ese maníaco está torturando a alguien por ahí, pero ¿qué podía hacer? Cuando se despertó al día siguiente, apenas podía creer lo que había confesado. Y su amenaza fue muy clara. Si se lo contaba a alguien antes de que les cogieran a él y a Amber, los eliminaría a todos de la ecuación, incluido nuestro hijo Ayden. —Se cubrió la cara con las manos—. ¿Hice lo correcto? ¿O simplemente he sido una egoísta?

Jake suspiró. No quería juzgarla. Jotham era calculador y malvado. Louise no era más que otra víctima de su manipulación.

—Pero hay algo que siempre me ha hecho dudar —dijo Louise.

—Prosiga —dijo Jake.

—El rumor sobre el pozo de Jotham.

—No la sigo.

—Son tonterías —dijo Lillian.

—Sí, lo sé, pero…

—¿Puede ponerme alguien al día, por favor? —preguntó Jake.

—Que tiene un pozo en sus tierras donde arroja a quienes se cruzan en su camino —dijo Lillian—. No es más que otro rumor de mierda que Jotham dejó correr, cualquier cosa que alimente su imagen de monstruo.

—Según mi experiencia, los rumores suelen partir de alguna verdad —dijo Jake.

—Sí —dijo Louise—. Eso es lo que me inquieta. ¿Y si *sí* que metió a Amber en un pozo? Me dijo que la había devuelto a la tierra, a un lugar frío y oscuro. ¿Y si la ha encerrado en ese lugar al que muchos ahora se refieren como *el pozo de la muerte*?

Jake lo sopesó. —Bueno, con pozo o sin él, creo que ya es hora de que el reinado de este cabrón llegue a su fin. Louise, por favor, póngase en contacto con Ayden. Tráigalo aquí. Esto se acaba esta noche.

Louise asintió. —Hay algo más, pero no estoy segura de que sea relevante… Quizá sea mejor…

—Cuéntenoslo —dijo Jake.

—Una de las trillizas no murió. La dieron en adopción.

—¿Dio a su hija? —dijo Lillian—. No parece propio de él.

—No, pero estaba demasiado ocupado construyendo su imperio. Sin una madre que criara a su bebé, no podía permitirse la distracción. Pasó lo mismo cuando tuve a Ayden. Salvo que a él lo reclamó cuando tenía ocho años. —Bajó la mirada—. Porque era varón y con el tiempo ayudaría en el negocio. Creo que vio el hogar de esta hija, vio que era feliz y la dejó en paz. Posiblemente, el único acto desinteresado que ese hombre ha realizado en su vida.

—¿Adónde fue? —dijo Jake.

Louise miró fijamente a Jake. —Sigue aquí, por supuesto. En Blue Falls. No pensaría que le permitiría ir muy lejos, ¿verdad?

—¿Quién es?

—Ellos no lo saben. Es mejor que *ustedes* no lo sepan.

—Se acabaron los secretos —dijo Jake.

Ella suspiró. —Piper Goodwin. ¿La conoce?

Jake tuvo que apoyarse en el escritorio.

18

PETER SHEENAN PENSÓ en Prince y en todos los demás perros que había amado y cuidado en lo que ahora le parecía una vida razonablemente corta, y luego se concentró en el agujero de bala sangrante que tenía en el estómago. Estaba familiarizado con las heridas abdominales. En Vietnam, había visto a amigos morir por ellas y había visto a amigos sobrevivir a ellas. Una vez que se adaptó al repentino dolor y a la confusión de tener ácido gástrico y bacterias inundando su cavidad abdominal, inspeccionó la herida sangrante.

No podía estar seguro, pero la ubicación de la herida le daba alguna esperanza. Había una buena probabilidad de que el daño se limitara a su estómago y de que otros órganos y entrañas vitales se hubieran librado del traumatismo. Si recibía atención médica, podría sobrevivir a lo que estaba por venir: la pérdida de sangre, la fiebre, la parálisis de los intestinos y la septicemia. Un soldado con el que había patrullado había sido encontrado cuarenta horas después de su herida en el vientre y había salido adelante. Así que, si no fuera por Brad, el guardia de seguridad de Jotham, que estaba de pie junto a él apuntándole con su propio fusil, Peter tendría motivos para ser optimista.

Al menos Oliver se había marchado. *Si, por algún milagro, Peter salía de esta, más le valdría a ese capullo echar a correr.*

Habían arrastrado a Peter hasta las jaulas de los perros. Ladeó la cabeza y clavó la vista en los pequeños y redondos ojos de los

pitbulls americanos.

Le ladraban y le gruñían desde las puertas de sus jaulas.

Él les devolvió la sonrisa. Qué animales tan hermosos. Desperdiciados en esta vida de miseria. *Si Oliver no me hubiera traicionado, os habría sacado de aquí.*

Había intentado hablar con Brad en varias ocasiones, pero este lo había rechazado cada vez. Aun así, insistió:

—No puede dejarme aquí desangrándome en el suelo.

—Cállese. Está molestando a los perros.

Peter tenía un cuchillo de caza en una funda en la pantorrilla. Si Brad se acercara un poco más, podría darle un buen uso.

Jotham apareció por detrás de la jaula más lejana.

—Buenas noches.

Brad dijo:

—Señor MacLeod, este hombre…

—Ahórratelo, Brad. Acabo de ver a Oliver. Ve para adentro.

Peter vio al cabrón que le había disparado marcharse.

—¡Usted y yo no hemos terminado!

Jotham se acercó, seguido de cerca por Anthony Rogers.

Esto era especialmente triste; Peter era buen amigo del padre de Anthony y hacía poco le había ayudado a reformar la tienda. —¿Cómo está su padre, Anthony?

Anthony evitó mirarlo a los ojos.

—Seguro que estaría orgulloso de usted.

Jotham se rio mientras se acercaba. A su lado, sus perros gemían y arañaban las puertas de las jaulas para llamar su atención.

—¿Cree que puede apelar a Anthony? Lo intentó con Oliver, ¿y de qué le ha servido? Mis hombres eligen el bando ganador, Peter.

—Es usted un gusano canceroso, Jotham MacLeod.

—¿Lo dice el hombre que está desparramando sus entrañas por mi camino? —Jotham se detuvo a un metro de Peter y se frotó la barba—. Quizá debería pedir ayuda en lugar de repartir críticas.

—Prefiero morir. He estado en su foso para perros, Jotham.

—Lo sé. Le he hecho una visita a nuestro amigo en común.

Peter abrió los ojos de par en par.

—No se preocupe, Peter, él está bien. Que es más de lo que puedo decir de usted. ¿Cómo de grave es la herida?

—¿Por qué no se acerca a echar un vistazo? —*Y entonces le clavaré mi cuchillo en su negro corazón.*

—Será mejor que no me acerque demasiado. Aún no me he lavado, y usted tiene que evitar una infección.

Peter sintió una repentina oleada de dolor y náuseas. Evitando la herida, se palpó el estómago. Las paredes se estaban contrayendo para proteger sus otros órganos de la creciente presión en su cavidad abdominal.

—Es una abominación, Jotham. Esos pobres animales. ¿Cómo puede vivir con ello?

—¿Vivir con ello? —Jotham se acercó un poco más—. ¿Por qué no hablamos de cómo vive usted consigo mismo?

—No lo entiendo.

—Usted dirigió a sus canes por una selva en llamas.

—*Nosotros* los cuidábamos.

Jotham se rio.

—¿Los estaba cuidando cuando fueron considerados material excedente durante la retirada de Estados Unidos? ¿Se despidió siquiera de las pobres bestias que dejó atrás?

—Suplicamos. Lo intentamos.

—Podría haberse esforzado más. ¿Cuántos volvieron? ¿Doscientos? De miles…

Peter recordó haberse despedido de Prince, su mejor amigo, el perro que le había salvado la vida. Habían juntado sus frentes. Prince había gemido. Sabía que aquello era el final. Lágrimas tanto de dolor por su estómago como de angustia por Prince y otros miles de perros perdidos surcaron el rostro de Peter.

Jotham se cernió sobre Peter.

—¿Qué les pasó a los perros que usted *cuidaba*, Peter? ¿Fueron sacrificados, abandonados para ser masacrados por el enemigo, o entregados al ejército de Vietnam del Sur para vivir en la miseria?

—La Ley de Robby, cabrón. Luchamos para que no volviera a pasar. Desde el año 2000, no se ha dejado atrás ni un solo perro.

—Más vale tarde que nunca, supongo. —Jotham se arrodilló junto a la cabeza de Peter.

Eso es, cabrón. Acérquese… La mano de Peter se deslizó desde su estómago hasta su muslo.

—Tengo un uso para usted, Peter.

—¿Eso es antes o después de que llegue al hospital? —Levantó lentamente la rodilla para acercar el tobillo armado con el cuchillo a su mano. Manteniendo la mirada fija en la de Jotham, apretó los dientes para soportar el dolor, forzándolo a retroceder a su interior.

—Ha venido aquí con la intención de ayudar a mis perras, ¿no?

—Sí. —Su mano estaba ahora justo tocando el músculo de su pantorrilla. La pernera de su vaquero se deslizaba hacia arriba y sintió la frialdad de la funda del tobillo.

—¿Sabe lo que es un perro de cebo?

—Sí. —Sus dedos tocaron la empuñadura del cuchillo de caza.

—Normalmente no usamos perros de cebo vivos aquí. No es una jubilación justa para un perro de pelea. Yo tiendo a recompensar a los míos.

—Qué santo es usted —dijo Peter, soltando el broche de la correa.

—Sí, pero esta noche haré una excepción.

La mano de Peter se cerró sobre la empuñadura.

—Tengo a tres de mis perras más prometedoras en la última jaula. Si las dejo competir por un perro de cebo, potenciará mucho su agresividad.

Sacó la hoja, lentamente. *Ahora te vas a enterar, cabrón vil y asesino.*

Jotham se puso en pie.

Peter soltó rápidamente la mano y bajó la pierna. Por suerte, los vaqueros cubrieron el arma enfundada.

—Pero recuerde que un perro de cebo sabe morder y desgarrar tan bien como los de pelea. Así que, primero —se quitó el fusil del hombro—, tenemos que asegurarnos de que eso no ocurra.

Peter vio venir la culata del fusil, pero no tuvo tiempo de moverse. Sintió la presión en la boca, todo se volvió blanco y luego

llegó un dolor desgarrador. Abrió los ojos. Vio las estrellas. La culata quedó suspendida, lista para golpear de nuevo. Saboreó la sangre.

—Hacemos esto arrancándole los dientes.

—No…

Dos golpes más en rápida sucesión. Sintió la boca llena de piedras. Dejó caer la cabeza a un lado, escupiendo dientes y trozos de labios. Intentó abrir la boca para suplicar piedad, pero solo sintió un dolor atroz. Seguro que tenía la mandíbula rota. Increíblemente, en ese mundo que daba vueltas, donde el dolor y las náuseas amenazaban con anular sus sentidos, seguía siendo consciente de lo que estaba sucediendo.

—Sujételo, Anthony —dijo Jotham.

Unas manos se deslizaron bajo sus axilas y lo alzaron hasta dejarlo sentado.

—No, no… paren. —No estaba seguro de si las palabras habían logrado salir de su boca destrozada. Mientras lo arrastraban, intentó zafarse, pero eso solo intensificó el dolor de estómago, y su boca despellejada ardió bajo una repentina arcada de vómito y jugos gástricos.

—Os he traído un premio, chicas. —Jotham abrió la puerta de la jaula—. Portaos bien. —Con un palo, hizo retroceder hasta el fondo de la jaula a las pitbulls, que gruñían.

—¡Paren… paren! —dijo Peter, pataleando.

Lo metieron dentro de un empujón y cerraron la jaula de un portazo tras él.

—Perdónenos por no quedarnos —dijo Jotham—. No me gusta ver a mis perras peleándose por el cebo.

—No puede…

Unos dientes se le hundieron en la muñeca derecha. Vio los ojos vidriosos de una pitbull.

—Jesús, Minx —dijo Jotham, riendo—. Cualquiera diría que llevamos una semana sin darte de comer.

Minx sacudió la cabeza de un lado a otro, gruñendo.

Peter sintió cómo se le desgarraba la piel.

—Adiós, Peter —dijo Jotham.

Gruñendo, otras dos pitbulls se abalanzaron sobre Peter mientras Minx le destrozaba el brazo. Levantaron el belfo y sus colmillos relucieron.

Menos de un minuto, se dio cuenta Peter, era lo que le quedaba en este planeta. *A menos que…*

Las voces de Jotham y Anthony se apagaron. Ya estaban a cierta distancia.

Había una opción. Una opción horrible…

Minx le arrancó un trozo de carne del brazo a Peter.

Lanzó un alarido gutural y puso los ojos en blanco. *Jódete por obligarme a hacer esto, Jotham.*

Unas fauces se le cerraron en la pierna derecha.

Casi ciego por la conmoción cerebral, el dolor y la sangre perdida, Peter alargó la mano izquierda, arrancó el cuchillo de caza de su funda y lo clavó donde sentía la quemazón. Oyó gemir al perro. Y se le rompió el corazón. Volvió a hundir el cuchillo hasta el fondo y la presión en su pierna cesó. Sintió más dientes en su hombro derecho.

Sin tiempo para desesperarse por lo que acababa de hacer, dirigió el cuchillo también contra los otros animales inocentes.

Kayla estaba de espaldas a Gabriel.

—Por favor —dijo Gabriel, mirando por la ranura de la puerta—. Déjeme verla. —No hubo respuesta. Se preguntó si estaría dormida —. Sé que no es lo que tenía en mente cuando vino a mí, pero ahora está a salvo.

—Estoy encerrada en su sótano.

—Donde su padre no puede dar con usted. Donde ya no puede hacerle daño.

—Nunca me hizo daño a *mí*.

Apoyó la frente en la puerta y suspiró.

—Por favor, dese la vuelta.

—¿Para que pueda volver a hacerse esas cosas a sí mismo?

—No. Solo quiero hablar.

—Lo *odio*.

—Entiendo que es así como se siente ahora. He hecho algo bueno hoy, ¿sabe? He salvado a algunas personas.

—No me importa.

—La estoy salvando a usted.

—Déjeme *salir*.

—No puedo hacer eso ahora.

—¿Cuándo?

—Cuando se dé cuenta de que este es su sitio, entonces podré confiar en usted. Un día ocurrirá, estoy seguro. Usted no es como los otros MacLeoid…

Sonó el timbre.

Kayla se dio la vuelta de un salto. Tenía los ojos desorbitados.

—*¡SOCORRO! ¡SOCORRO!*

Cerró la ranura de golpe. Con el corazón martilleándole en el pecho, subió las escaleras a toda prisa. Hacía mucho que había insonorizado el sótano, pero la puerta de arriba de las escaleras estaba abierta de par en par.

—*¡SOCORRO! ¡ESTOY EN EL…!*

Cerró la puerta del sótano de un portazo y echó el cerrojo. El timbre volvió a sonar y él miró furioso hacia la puerta de la entrada. *¡Mierda! ¡Mierda! ¿Lo habrá oído quien sea?* Tras limpiarse el sudor de la frente con la manga, corrió hacia la puerta principal y miró por la mirilla. Le entraron ganas de vomitar.

Jake, Lillian y Ayden: dos agentes de policía y el hermano de la chica que tenía en el sótano. ¿Podía haber una combinación peor?

El timbre sonó por tercera vez. Echó la cadena de seguridad. Si habían oído a Kayla, entrarían enseguida. La cadena podría darle el tiempo suficiente para coger el fusil, que estaba al alcance de la mano, bajo los abrigos.

Abrió la puerta.

—¿Bickford? ¿Qué demonios hace usted aquí? —preguntó Gabriel.

Jake no estaba de humor para sus gilipolleces, no desde que supo la verdad sobre Piper.

—Lo sabemos.

Gabriel abrió los ojos como platos.

—¿Saber el qué?

—Todo.

Gabriel se lanzó a un lado.

Jake fue más rápido. Se abalanzó hacia delante, rodeó la cintura del jefe con un brazo y lo estampó contra la barandilla al pie de la escalera. Tras dejar a su oponente sin aliento, Jake tuvo un segundo para ajustar su posición, de modo que, cuando Gabriel levantó la cabeza, boqueando en busca de aire, le estrelló un puñetazo en la cara.

Gabriel se estrelló contra la pared. —Soy el jefe de policía...

Jake le asestó dos golpes al cuerpo y un gancho.

Gabriel se deslizó por la pared hasta el suelo y Jake retrocedió, sacudiéndose la mano. —Ya se lo he dicho antes, Jewell, es usted un hombre débil.

Gabriel le sonrió a Jake. —Voy a matarte, joder.

Jake avanzó.

El brazo de Lillian se interpuso en su pecho. —Ya basta, Jake.

Jake la miró; tenía razón. Miró a Gabriel con desprecio. —Una chica de quince años ha muerto, Jewell. ¿Dónde está su integridad?

—¡Largaos de mi *puta* casa! —Gabriel se pasó la manga por el labio partido—. No voy a hablar con usted.

—Entonces hable conmigo, jefe —dijo Lillian—. Maddie Thompson ha muerto.

—¿Y cómo demonios sabe eso?

Ella miró a Ayden, que esperaba en el umbral de la puerta con la cabeza gacha. —Ayden estaba allí.

—¿Lo sabía? —preguntó Jake.

—¡Claro que no!

—No parece muy sorprendido.

—¿Cuánto tiempo lleva en Blue Falls, *Bickford*? Nada te sorprende aquí.

—Vuelva a llamarme Bickford, Jewell, y lo parto por la mitad.

—Cuando quiera.

Lillian fulminó a Jake con la mirada. —Esto no nos lleva a ninguna parte.

Jake asintió y volvió a centrarse en Gabriel. —Vale, Jewell, ahora que lo sabe, ¿cuál es su plan?

Gabriel negó con la cabeza. —Es usted un cabrón testarudo. De verdad que no lo pilla. Aunque él la haya matado, nunca podrá imputárselo. Tiene demasiados contactos. Puede que yo sea el jefe de policía, pero estaría muerto cinco minutos después de solicitar un equipo de búsqueda.

—Si no puede asumir el riesgo, no debería tener este trabajo.

Gabriel gruñó. —¿Todavía no se le ha metido en la mollera? Lo odio tanto como cualquiera. Le he estado ayudando todo lo que he podido sin ponerme en el punto de mira.

—¿Esas pistas de mierda?

—Bueno, algún impacto habrán tenido. Parece que ha llegado aquí bien informado. —Enarcó una ceja hacia Jake—. ¿Le apetece compartirlo?

—Su mujer, Amber Colson, está viva.

Gabriel negó con la cabeza.

—Es verdad —dijo Lillian.

—Se voló la ca...

—Es *verdad* —dijo Ayden, avanzando para reunirse con Jake y Lillian—. Está viva... si a eso se le puede llamar vivir. La tiene en su foso.

—¡El famoso foso! —Gabriel miró los rostros de sus tres intrusos —. Un rumor imaginativo.

—No, jefe. Puede que usted no lo haya visto, pero ha pasado suficiente tiempo con mi padre para saber que existe —dijo Ayden.

Gabriel suspiró. —Quizá... pero ¿tener a alguien ahí dentro? ¿Cómo es posible que sobreviva?

Los ojos de Ayden se llenaron de lágrimas. —La cobija en una pequeña caseta de madera. Le da de comer pienso para perros y la mantiene caliente con mantas viejas manchadas de mierda. La *tiene*

en ese foso, jefe... un foso reforzado con madera para que no se derrumbe.

—Acaba de decirnos que nada le sorprende, Jewell —dijo Jake—. *Sabe* de lo que es capaz ese hombre. Y durante años, bajo su supervisión, ha permitido que esto continúe.

—*Que te jodan.* Si hubiera sabido eso, la habría sacado de allí.

—No lo habría hecho —dijo Ayden—, porque quien entra en el foso no sale. Los incapacita cuando los mete. Luego, cuando están ahí abajo, ella ejerce de madre para ellos, reviviendo los últimos momentos de la vida de sus propios hijos. Mi padre le proporciona lejía industrial para obligarlos a beberla.

—Qué cabrón más enfermo —dijo Gabriel—. ¿Y usted estaba allí, Ayden, cuando le hizo eso a una niña?

Las lágrimas surcaban el rostro de Ayden. —Nos obligó a hacerlo. No lo entiende. Si no lo hacemos... si decimos que *no*... entonces... —Se llevó la mano a la cabeza—. Dios... ¿qué he hecho?

—Ahora no —dijo Jake—. Debe *pagar* por esto, Ayden. Pero primero puede redimirse. Haga lo correcto.

Ayden asintió.

—¿Por qué? ¿Qué piensa hacer? —dijo Gabriel.

—Querrá decir qué pensamos hacer *nosotros* —dijo Jake—. Hay un plan.

—Somos policías. Hay un procedimiento...

—¿En serio? ¡No me haga reír! A la mierda su procedimiento. Esta noche, los cuatro que estamos aquí vamos a hacer lo correcto.

19

EL MÓVIL de Jake estaba en silencio. Después de que le vibrara por tercera vez en el bolsillo, lo sacó y vio que tenía varias llamadas perdidas y mensajes de texto de Piper. Se quedó mirando la pantalla y, a medida que se acercaban al lago Stinson, las barras de la cobertura disminuyeron. Sopesó la idea de llamarla por teléfono antes de quedarse sin cobertura, decirle que estaba bien, preguntarle cómo sobrellevaba lo que había vivido en el Taps, pero no fue capaz de hacerlo.

Igual que había hecho Sheila en tantas ocasiones durante su matrimonio, Piper descubriría de inmediato los patéticos intentos de Jake por ocultar su ansiedad. Sabría al instante que algo iba muy mal, y nadie merecía descubrir una verdad tan horrible a solas. Necesitaba estar con ella.

Aunque pudiera ocultar la verdad para siempre, no lo haría. Ella se merecía saber que miembros de su familia biológica estaban vivos y cerca. En su lugar, él esperaría la misma cortesía.

Después de que Ayden y Gabriel aparcaran sus coches, los cuatro caminaron en silencio por un sendero largo y embarrado. Ayden iba delante con una linterna frontal, pero todos llevaban Maglites. Nadie hablaba; no porque valoraran un avance sigiloso, sino porque Jake en realidad no quería cruzar palabra con Ayden o Gabriel. A decir verdad, le repugnaba su existencia y solo los veía como un medio para detener a una fuerza más malévola.

Finalmente, salieron de una pequeña zona boscosa y llegaron a la orilla.

Gabriel resbaló, pero Lillian alargó la mano a tiempo para sujetarlo.

Jake sintió una punzada de decepción. Sí, podría haber comprometido su avance, pero ver al impotente jefe de policía chapoteando en el lago habría supuesto un pequeño consuelo.

Ayden empujó una pequeña barca de madera desde detrás de un árbol hasta la orilla. Todos, menos él, subieron.

—Recuerde que debe remar en línea recta —dijo Ayden—. La apertura en el muro solo tiene tres metros de ancho. Acuérdese de amarrarla bien al poste, o puede que tenga que volver a nado. ¿Tiene la brújula?

Jake se dio unas palmaditas en el bolsillo y asintió.

—Recuerde, la casa está a casi dos kilómetros y medio del pozo. Apesta que no se puede ni imaginar, pero tiene que quedarse ahí. Sea paciente.

—Lo seremos. Está haciendo lo correcto —dijo Jake mientras Ayden los empujaba hacia el agua.

—Lo sé. Ojalá lo hubiera hecho hace mucho tiempo.

—Nadie lo desea más que la familia de Maddie —dijo Lillian.

La barca se alejó a la deriva. —Buena suerte —dijo Ayden y se dio la vuelta para dirigirse a su vehículo.

Mientras Jake remaba por el lago Stinson, escudriñaba el agua, salpicada por la blanca luz de la luna. A lo lejos, vio la torre de vigilancia donde Jotham se había sentado varios días atrás, cuando Lillian le habló por primera vez de la familia MacLeoid.

Respiró hondo y remó con fuerza.

Ayden entró en el porche trasero.

—Has tardado, hijo —dijo Jotham, inclinándose hacia delante en su silla. Reclinarse no era una opción con la espalda hecha trizas.

—Me dijiste que lo tenías todo bajo control.

Jotham bebió de una petaca. —Y así era, pero siempre viene bien un par de manos extra.

—¿Incluso con la ayuda de Anthony?

—Ah… —Jotham sonrió—. Ya veo.

—¿Ver el qué?

—Anthony. Te molesta.

—En absoluto…

—Rodeado por las llamas de la envidia, el envidioso acaba, como el escorpión, volviendo contra sí mismo el aguijón envenenado.

—No lo entiendo.

—Nietzsche.

-No lo conocía.

Haciendo una mueca, Jotham se levantó lentamente de su asiento. Gimió y respiró hondo cuando se hubo estirado por completo. —¿Debería preocuparme por tu aguijón envenenado, Ayden? ¿Lo has vuelto contra ti mismo?

—Lo siento, papá, estoy completamente perdido. Si te preocupa que esté celoso de Anthony, de verdad que no deberías. No lo estoy.

Jotham se acercó arrastrando los pies hacia su hijo. —Escúchame, mi pequeño escorpión. Anthony es un buen soldado. —Le puso una mano en el hombro a Ayden—. Pero eso es todo lo que es. Un soldado. Tú eres mi hijo.

Los ojos de su padre contenían una ternura que Ayden no había visto nunca. Sintió una sensación de entumecimiento en la boca del estómago. Sin saber cómo responder, se limitó a asentir.

Jotham le puso la mano en la mejilla a Ayden. —Todo lo que hago, lo hago por amor. Lo sabes, ¿verdad, hijo?

No… no, no lo sé.

—Boyd hizo lo mismo por mí. En su momento pareció injusto. ¡Bueno, eso es quedarse corto! Pareció jodidamente despiadado, pero ahora no pasa un día sin que se lo agradezca. Gracias a él, tengo todo esto. Y un día, será tuyo. No de Anthony, pequeño escorpión, *tuyo*…

Una bengala estalló en el cielo.

Jotham apartó la mano de la cara de Ayden y se giró para mirar.

Otra bengala explotó. Sus tierras brillaron de color rojo.

—¿Qué está pasando?

—Bengalas —dijo Ayden.

—Ya lo sé, hijo. No soy gilipollas. Pero ¿quién demonios las está lanzando? Y, lo que es más importante, ¿quién demonios está en mis tierras?

Una tercera bengala se alzó.

—¡Anthony! —gritó Jotham—. *¡Anthony!*

Anthony entró corriendo en el porche trasero. —¿Sí, señor?

Jotham cogió el rifle que estaba junto a la silla en la que había estado sentado. —Anthony, coja su rifle. Hay alguien en mis tierras.

—¡Mierda! Sí…, dos segundos. —Volvió a entrar corriendo.

Se volvió de nuevo hacia Ayden. La amabilidad que había en su mirada había desaparecido. —Tú quédate atrás y pide refuerzos. —Levantó la barbilla para fijar la vista en el cielo rojizo.

¡Qué predecible! No me quieres a tu lado; nunca me has querido y nunca me querrás.

Anthony regresó al porche con su rifle.

—Cuando lleguen los refuerzos —le dijo Jotham a Ayden—, sales y te unes a nosotros.

Ayden asintió. *Adiós, padre.*

Jotham y su buen soldado salieron a localizar el origen de las bengalas.

Gabriel, el primero en derrumbarse, había vomitado en el foso.

Jake había caído de rodillas para combatir una oleada de náuseas. Había visto su buena dosis de atrocidades en su vida y tenía un estómago fuerte, pero esto era otro nivel.

Lo más perturbador cuando iluminaron el foso con la linterna no fue la ingente cantidad de cuerpos —algunos esqueléticos, otros aún pudriéndose, otros todavía frescos—, ni las expresiones retorcidas que hablaban de una muerte agónica; ni fue la demacrada Amber Colson sentada junto a la caseta de madera, jugando con su pelo enmarañado y tarareando para sí misma; sino más bien, fue la visión

de aquella joven, Maddie Thompson, a quien Lillian identificó. Su rostro joven y pálido, congelado para siempre en la angustia.

Lillian se lo había tomado mejor que Jake y Gabriel. Había abierto la cremallera de la mochila de Jake mientras él se arrodillaba sobre el corazón negro, retorcido y *aún* palpitante del monstruoso mundo de Jotham y había sacado la pistola de bengalas.

Sus tres bengalas iluminaron el cielo.

—Ven a por nosotros, cabrón —dijo ella mientras Gabriel vomitaba de nuevo en el foso y Jake apretaba los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaban en las palmas.

Pronto se hizo evidente para Jotham que se dirigían hacia el foso.

—Señor —dijo Anthony—, esto da mala espina. Deberíamos esperar a Cole y a los demás.

—Esa sería probablemente la opción más segura —dijo Jotham, manteniendo un ritmo constante—, pero no, continuamos.

—No entiendo cómo alguien ha podido encontrar el foso.

—Nunca subestime a quienes le rodean, Anthony. Hay mucha gente con recursos ahí fuera, y ninguna fortaleza es inexpugnable, ni siquiera esta.

—Pero esta es muy fuerte.

—Sí, lo es. Pero una verdadera fortaleza se construye sobre el miedo, Anthony. Y hay quienes han elegido no tener miedo.

—Tienen que estar jodidamente locos.

Jotham se detuvo.

Anthony paró y se volvió hacia su amo. —¿Está usted bien, señor?

—¿Me he equivocado con usted, Anthony?

—¿Perdón, señor? Yo… no entiendo qué he…

—Ha llamado locos a nuestros enemigos.

—Pero lo están, ¿no? Seguro que usted lo ve.

—Veo todo lo contrario, Anthony. Tráigame a mis enemigos ingeniosos y audaces y, en palabras de Roosevelt: «Les pido que me

juzguen por los enemigos que he hecho».

Anthony asintió. —Sí, señor. Le pido disculpas. No están locos.

Jotham sonrió. —Acepto sus disculpas, Anthony. Y ahora, ¿vamos a matarlos?

—Sí, señor.

Jotham marchó hacia el foso, agarrando la correa del rifle para evitar que rebotara contra su dolorida espalda.

Jake llevaba ya un rato de espaldas al foso, escuchando el suave tarareo de Amber Colson y contemplando una gloriosa luna llena. Pensó en Paul Conway, el joven de Wiltshire que había quedado atrapado entre los escombros de un coche bomba aquella fatídica noche. Recordó haber sostenido el cuerpo destrozado del chico. Todo había sido culpa suya. ¿Tenía razón Gabriel? ¿Era él solo otro Bickford? ¿Otro producto de una estirpe enferma responsable de las muertes más trágicas? Sus pensamientos se dirigieron a su propio hijo, Frank, y se preguntó qué estaría haciendo en ese preciso momento.

Jotham y un joven al que no reconoció salieron del bosque.

El joven tenía el rifle preparado, pero Jotham no. A pesar de ello, Jake mantuvo la vista fija en el viejo cabrón. No tenía ningún interés real en su soldado ni en ninguna de las marionetas del narco. *Corta la cabeza de la serpiente y el cuerpo morirá.*

—Bueno, está usted justo donde le necesitamos, señor Bickford —dijo Jotham.

—Pettman —dijo Jake.

—Pettman, Bickford. ¿Crees que al foso le importa?

—A mí me importa.

—Y ese es tu problema, en realidad, ¿no? Que te importe.

—Ahora es tu problema.

—¿Cómo es eso?

—Acércate y descúbrelo.

Jotham se rio y miró a su joven soldado, que sonrió pero a duras penas logró forzar una risa.

Jake respiró hondo. Los nervios en el enemigo no eran algo bueno cuando te estaban apuntando con un arma cargada.

—¿Esperas que me crea que has venido solo?

Jake se encogió de hombros.

—Sabes, hijo, en cierto modo, me gustas. Mucho. He visto muchas cosas en mi vida, pero nunca nada como esto. ¡Mírate! ¡Mira dónde estás! Eres el enemigo que nunca tuve, el enemigo de cuya existencia dudaba. Estoy asombrado contigo.

—Me das asco.

—¿Por qué? Piénsalo, hijo. Yo soy un hombre con determinación; tú eres un hombre con determinación. Los enemigos pueden ser mucho más poderosos juntos. Podría utilizarte. Joder, tú podrías utilizarme a mí, por mí como si quieres. Nadie tiene por qué perder aquí. *Tú* no tienes por qué perder aquí.

—Has matado a una niña. En ese momento perdiste, cuando tu imperio se derrumbó. Cada segundo desde entonces ha sido tiempo prestado.

—¿Niña? ¡Venga ya, hombre! ¡Tenía quince años!

—Una *niña*.

—Puede que así sea de donde vienes, muchacho, pero aquí, con quince años no eres una niña. Desde luego, yo no era un niño a los quince. Podría llevarte a Sharon's Edge una noche. Hay chicas de quince años allí que no se comportan como niñas.

Jake observó al joven soldado. —Tiene la oportunidad de marcharse ahora. No he venido a por usted. Puede que no crea que esto se ha acabado, pero así es. Haría bien en fiarse de mí.

El soldado miró a Jotham y luego de nuevo a Jake. Negó con la cabeza.

—No lo siga —dijo Jake—. No le conviene ir adonde va este hombre.

—¿De verdad? —dijo Jotham—. A no ser que tengas un ejército contigo, ¿adónde crees que me vas a enviar?

Jake sonrió. —¿Necesitas que te conteste a eso? Sabes perfectamente adónde vas, Jotham MacLeoid.

Jotham se encogió de hombros. —Mátelo, Anthony.

—Antes de que lo haga, Anthony, deje que su amo vea lo que tiene detrás.

Jotham se giró y ahogó una exclamación.

—Tu caída —dijo Jake, sonriendo al resplandor del fuego en la distancia.

—¡No! ¡No! ¿Mi hijo? ¡*Ayden*!

—¿Quién crees que ha encendido el fuego, Jotham?

Jotham se giró, con los ojos desorbitados y enseñando los dientes. —¡Eres un puto *mentiroso*!

Jake negó con la cabeza.

—Él no lo haría. ¡Es un MacLeoid!

—Solo es otra de tus víctimas.

—¡No me lo creo!

—¿Quién crees que nos ha enseñado el camino para entrar?

—¡Mátelo, Anthony! ¡Mátelo, *ahora*!

Su joven soldado apuntó...

La cabeza de Anthony se sacudió hacia un lado en una nube de sangre, sus ojos se pusieron en blanco y se desplomó en el suelo.

Jotham se frotó la sangre de los ojos y Jake cargó contra él. Jotham levantó su propio fusil, pero Jake se lo apartó de un golpe y le hundió el puño en la garganta a ese cabrón. El asesino de niñas trastabilló hacia atrás, agarrándose el cuello.

Jake se abalanzó sobre él, lo desarmó y le dio una patada en las piernas para derribarlo.

Jotham se dobló en el suelo.

Jake retrocedió y apuntó con el fusil al anciano que se asfixiaba. Era posible que le hubiera golpeado con la fuerza suficiente para aplastarle la tráquea.

Gabriel, que había acabado con Anthony, se colocó a un lado de Jake, y Lillian al otro. Juntos observaron cómo Jotham se debatía.

Finalmente, el asesino controló su respiración y los fulminó con la mirada, con la barba goteando la sangre de Anthony. —¿Tres policías? ¿Es en serio?

—Estamos aquí como ciudadanos preocupados —dijo Lillian.

—Y bien, ¿ahora qué? —dijo Jotham con desdén.

—Observamos cómo arde tu imperio —dijo Gabriel.

—¡Pensaba que tendrías más juicio, jefe Jewell! Siempre supe que eras un esclavo de tus impulsos, ¿pero llegar a actuar contra mí?

Gabriel golpeó a Jotham en la boca con el fusil. —Cállate, Jo.

Jotham escupió sangre y luego miró a Jake. —¿No te ha hablado el buen jefe de sus impulsos?

Gabriel echó el fusil hacia atrás para volver a golpear, pero Jake le puso el brazo por delante. —Ya basta, Jewell.

—Sí, jefe, te gustan jovencitas, ¿verdad?

—¡Cierra la puta boca! —Gabriel forcejeó contra el brazo de Jake.

—¿Recuerdas a esas chicas de quince años de Sharon's Edge?

—¡Eres un puto mentiroso! —Gabriel se zafó de la resistencia de Jake, pero este fue lo bastante rápido como para agarrarlo por los hombros antes de que volviera a arremeter contra Jotham.

—¡Basta, Jewell!

Gabriel gruñó.

Jake apartó una mano del hombro de Gabriel y señaló a lo lejos. —Mira. Está hecho.

—Tu imperio ha desaparecido —dijo Gabriel, aparentemente tranquilo.

El viejo capo de la droga se volvió hacia el infierno que destruía su mundo. —Aquellos para los que trabajáis no tardarán en pulular por este lugar.

—Encontrarán el foso y pondrán fin a tu creación sin alma —dijo Jake—. Devolverán los cuerpos a las familias, y Amber, tu mujer... con suerte, intentarán darle algo de paz.

—No merece ninguna paz.

—Esa nunca fue una decisión que te correspondiera tomar.

—Que te jodan. La tomé.

—Sí, lo hiciste.

—¿Sabes de lo que fue responsable?

—Lo sé, pero una de tus hijas sobrevivió. Quizá deberías haberle prestado atención a ella en lugar de construir esta abominación.

—Ah, ¿así que lo sabes todo, eh?

—Por desgracia.

—Es de mi sangre, muchacho —rio—. ¿Estás listo para tener a una MacLeoid en tu vida?

—Se acabó —dijo Jake—. Es la hora, Jewell.

Gabriel caminó por detrás de Jotham.

El anciano lo siguió con la mirada. —Ninguna jaula puede retenerme, jefe.

—Lo sabemos —dijo Jake—. Por eso termina esta noche.

Jotham se rio. —¿Tres agentes? Dos de los cuales se supone que son ciudadanos ejemplares de Blue Falls. ¿Una ejecución? ¡No me lo trago!

Gabriel se arrodilló detrás de él y le metió una mordaza en la boca a la fuerza.

—Silencio —dijo Jake—. No mereces unas últimas palabras.

Gabriel la apretó con fuerza.

Jotham hizo una mueca de dolor.

Mientras el jefe de policía la anudaba, se inclinó y le susurró algo al oído a Jotham.

Los ojos de Jotham se abrieron de par en par. Intentó ponerse en pie, pero Gabriel se levantó y lo pateó para que cayera de costado. El monstruo intentó gritar a través de la mordaza.

Jake le disparó en la frente. Bajó el fusil de Jotham y lo dejó caer al suelo. —Tirad a Jotham y a Anthony al foso y lanzad otra bengala. Y tirad todos los fusiles al Stinson. Os veo en la barca. —Mientras Jake se alejaba, sus pensamientos se dirigieron a sus antepasados, los Bickford, y a los niños muertos que habían descubierto tras su marcha.

Entonces, a lo lejos, oyó sirenas de vehículos de emergencia. Cuando llegaran al foso de la matanza, encontrarían una tragedia. Pero con la muerte de Jotham MacLeoid, con suerte, podrían encontrar algún tipo de esperanza.

20

A varios kilómetros de distancia, Ayden se sentó y observó cómo ardía la casa en la que había pasado más de veinte años infelices. Después, sonriendo y sintiéndose en cierto modo purificado, se dirigió al pueblo. Ya había decidido pasar la noche en un motel de Blue Falls. Ir a casa de su madre, ponerla en peligro, no era una opción. Pasó por delante del Taps, que estaba cerrado tras la muerte de Justin Stone, y siguió hacia el motel.

Con el imperio de los MacLeoid hecho trizas, lo mejor que podía hacer era largarse de Blue Falls por la vía rápida. En ese pueblo habría mucha gente que le guardaba rencor a su familia, y era el momento perfecto para que salieran de debajo de las piedras. Los hermanos Thompson, Devin en especial, estarían rabiosos de sed de venganza. Y con razón.

Sin embargo, irse de Blue Falls sin su hermana Kayla no era una opción. Seguía viva. Simplemente lo sabía. Había huido por alguna razón y ya no tenía por qué tener miedo. El laboratorio, los perros y el foso de la matanza habían desaparecido. Su cruel padre ya no existía.

Kayla *volvería* con él. Tenía que hacerlo...

Pero entonces, en el aparcamiento del motel, se le ocurrió una cosa: ahora que su padre había muerto, ¿quién la estaría buscando? Los hombres que su padre había contratado para que la buscaran

activamente ya no tendrían ningún incentivo económico. ¿Y la policía? ¡Pues la policía ni siquiera lo sabía!

Salió marcha atrás del aparcamiento y condujo hasta la casa de Gabriel. Sospechaba que el jefe de policía aún no habría vuelto, y la ausencia de su coche lo confirmó. Cogió una bebida energética del salpicadero y salió del coche para sentarse en el capó. Hacía frío y viento, pero si algo positivo podía sacar de toda una vida en la propiedad de los MacLeoid, era el amor que había desarrollado por el aire libre y el aire fresco.

Tras terminarse la bebida, se dirigió al contenedor de basura de Gabriel. Levantó la tapa y se le cortó la respiración. La tapa se le cayó de la mano y resonó contra el suelo. Cogió del contenedor sus viejas zapatillas Converse. Kayla las había encontrado metidas en un rincón de su habitación, entre un montón de calzado desechado. Se las había suplicado. Recordaba sus palabras: «Bueno, deben de ser dos tallas más grandes, pero ¿qué demonios? ¡Adelante!». Ella le había dado un beso en la mejilla...

Se tocó la mejilla.

—Kayla —dijo mientras miraba hacia la casa—. ¡Kayla!

Con la adrenalina sacudiéndole por dentro, tiró las Converse al contenedor. Inspeccionó la casa y se fijó en la verja de madera que llevaba al sendero del lateral de la casa. Pasó la mano por encima y la palpó.

—Vamos... Vamos... —Su mano se posó en un cerrojo—. Te pillé. —Lo corrió con un chasquido sordo y abrió la verja. Se coló por ella y la cerró a su espalda.

Deambuló por el estrecho sendero encajonado entre una valla y el muro de piedra hacia una ventana de un solo cristal. Se quitó una bota y rompió el vidrio. ¿Qué le importaba si alguien lo oía? Que un vecino llamara a la policía. Así podrían preguntarle a su jefe, delante de todo el mundo, por qué las Converse de Kayla estaban en su basura.

Recorrió el marco con la bota, derribando los trozos de cristal que sobresalían. Luego, tras calzarse, se aupó y entró sobre una encimera. Notó el cristal de la ventana crujir bajo sus vaqueros, así que tuvo cuidado de no deslizarse para no arriesgarse a cortarse a

través de la tela. También intentó no apoyar las manos desnudas en la superficie tanto como pudo, pero ya sentía que le ardían las palmas, así que debía de haberse clavado algunos trozos.

Aterrizó en el suelo con otro crujido, buscó en el bolsillo de la chaqueta la linterna frontal que había estado usando antes en el bosque, se la colocó en la cabeza y la encendió. Escudriñó la cocina.

—¿Kayla? —Salió de la cocina al pasillo—. ¡Kayla!

Se detuvo a escuchar. *Podía* oír algo.

—¡Kayla! —esperó.

Sí..., alguien estaba respondiendo, sin duda.

Entró corriendo en el salón. Al no encontrar nada, probó en el despacho contiguo. De nuevo, nada.

—*¿Kayla?* —Se detuvo a escuchar.

¡Una voz ahogada! No podía estar seguro, pero sonaba como si alguien pidiera ayuda desde muy lejos, ¿quizá desde las profundidades de la tierra?

Salió corriendo del despacho y vio la puerta bajo las escaleras.

—*¡Kayla!* —apoyó la oreja en la puerta del sótano.

—¡Ayúdame! —Aún ahogada, pero ahora definida.

Intentó deslizar los viejos cerrojos, pero estaban duros y sus manos ensangrentadas resbalaron.

—¡Joder! —Se secó las palmas en los vaqueros, ignorando el dolor, y lo intentó de nuevo; esta vez con las dos manos. Corrió ambos cerrojos con un fuerte chasquido. Abrió la puerta y sintió que el aire frío lo envolvía—. ¡Kayla! ¿Estás ahí?

—¡Ayúdame! Ayden. ¡Soy yo!

Sintió que el corazón iba a estallarle.

—¡Ya voy, Kayla! ¡*Ya voy!*

La luz del techo iluminaba los escalones de madera, desgastados y de aspecto inestable. *A la mierda.* Bajó corriendo, el eco de sus pisadas resonando.

—¡Espera!

—¡Ayden, por favor, sácame de aquí!

Al pie de la escalera, tropezó con una fregona y un cubo y cayó de rodillas.

—Ayden, ¿estás bien?

—Sí —dijo Ayden, haciendo una mueca de dolor—. Estoy bien. — Se levantó y se quedó de pie ante la puerta que lo separaba de su hermana. Levantó una solapa y miró por una rendija. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Kayla. De pie. A centímetros de la puerta. Mirándolo. Pálida, agotada, con los ojos hinchados de llorar, pero era ella... ¡*Dios, era ella!*

¡Viva!

Intentó empujar la puerta. Un candado traqueteó. *¡Joder, no puede ser!*

—Apártate, Kayla. Está cerrada con llave. Voy a echarla abajo de una patada.

—¡No! Deja la llave ahí fuera, en una de las macetas.

—¿Dónde?

Hubo una larga pausa. —¿Kayla?

—Puede que lo haya movido de sitio.

—Vale, entonces quédate atrás.

—Es un juego de tres. Grises. Están debajo de la barbacoa, en el jardín trasero.

Ayden miró fijamente por la ranura durante unos instantes y luego respondió: —Te prometo que vuelvo enseguida.

Ayden divisó unas estanterías decrépitas repletas de viejos adornos y jarrones. Empezó a sacudirlos para vaciarlos.

Gabriel pasó la mayor parte del trayecto a casa sonriendo. ¡Aquella noche había estado tan llena de momentos gloriosos! Momentos que reviviría con regocijo hasta su último día. El momento en el que le había susurrado la verdad a Jotham; el momento en el que la desesperación había estallado en la cara de aquel psicópata; el momento en el que el cabrón se había retorcido en el suelo, intentando gritar a través de la mordaza…, habían sido tantos. ¡Si al menos Jake no se hubiera cargado al cabrón tan rápido! Le habría

encantado ver a Jotham sufrir unos minutos más sabiendo que ahora la hija de Jotham era suya.

Al entrar en el camino de su casa y aparcar junto al vehículo de Ayden, suspiró. ¿Qué querría esa plaga? La irritación se convirtió rápidamente en pavor. El coche estaba vacío. Inspeccionó su casa con la mirada y abrió los ojos como platos. Metió la mano en la guantera para coger el cuchillo de caza enfundado, se lo enganchó al cinturón y luego cogió la pistola. Desactivó la luz de cortesía para no revelar su presencia al abrir la puerta del coche. Salió sigilosamente y pasó de largo la entrada principal en dirección a la verja trasera.

Vio la tapa del cubo de la basura en el suelo y las zapatillas Converse encima de la basura. Sentía como si todos los nervios del cuerpo le ardieran.

Ayden lo sabía.

Se acercó a la verja de madera y vio que estaba ligeramente entornada. Levantó la pistola, la abrió con el pie y se coló dentro para ver la ventana rota. Se movió rápida y silenciosamente por el lateral de su casa. Miró a través de la ventana rota, pero pudo ver muy poco; no obstante, conocía la distribución, así que, por supuesto, dentro tendría ventaja. Sacó las llaves del bolsillo y fue a la puerta trasera. A pesar del frío, el sudor se le acumulaba en el centro de la espalda. Abrió la puerta trasera con el mayor sigilo posible y entró con la pistola en ristre.

Vio la luz del sótano colándose por debajo de la puerta del pasillo.

La puerta del sótano debía de estar abierta.

Ayden había encontrado a su hermana.

KAYLA INTENTABA CONTROLAR LA RESPIRACIÓN. Había sufrido muchos ataques de pánico en los últimos días, pero habían sido provocados principalmente por la pura desesperanza. Ahora, estaba a un paso

de la libertad, y la ansiedad de que se la arrebataran de repente era debilitante.

—¡Ya está! —dijo Ayden.

Se llevó una mano al pecho. *La llave..., ¡tiene la llave!* Estaba a punto de abrazar a la persona que más le importaba en el mundo. —¡Por favor, Ayden, date prisa! —Le oyó forcejear con el candado.

—Vamos, vamos..., puta mierda...

—Sigue intentándolo, *por favor*. Funcionará.

—¡Sí! —Un golpe sordo sonó cuando el candado cayó al suelo. La puerta se abrió. Su hermano mayor estaba allí, secándose las lágrimas con las manos ensangrentadas. Se acercó a ella rápidamente, se arrodilló y la abrazó.

Ella apoyó la mejilla en el hombro de él y cerró los ojos.

—Lo siento. Lo siento mucho, Kayla.

Frotó la cara contra el hombro de él. Qué bien sentaba. —No es culpa tuya.

—¿Te ha hecho daño?

—No..., todavía no, pero lo hará, con el tiempo. Tenemos que irnos.

—Te he fallado. Debería haberte protegido de *él*.

—Me has salvado. —Con los ojos aún cerrados, le besó la mejilla —. Pero tenemos que irnos ya.

—Voy a matarlo.

—Ayden, por favor.

—Vale... —chilló Ayden. Su hombro desapareció y la cabeza de ella se inclinó hacia delante—. ¡Suéltame!

Mientras lo arrastraban hacia atrás por el pelo, Ayden consiguió arañar la mano de Gabriel, pero el jefe de policía demostró su determinación con una mirada salvaje y los dientes al descubierto. Ella se imaginó que el agarre era feroz.

—¡Suéltalo!

—*No te acerques, Kayla* —consiguió decir Ayden mientras intentaba liberarse.

Gabriel le enseñó a Kayla el cuchillo de caza que llevaba en la otra mano.

—Por favor... —dijo ella.

—No debería haber venido —dijo Gabriel, tirando del pelo de Ayden.

Ayden gimió de dolor mientras Gabriel lo arrastraba hacia atrás, hacia la puerta.

—Por favor —dijo Kayla, sintiendo que la boca se le llenaba de lágrimas—. Haré lo que sea.

La lengua de Gabriel salió y se tocó el labio superior. —¿Lo que sea?

—Sí.

Ayden se retorció. —¡No, Kayla! Pienso matarte, Jewell.

Gabriel le pasó el cuchillo a Ayden por la garganta.

Kayla gritó.

Los ojos de Ayden se abrieron de par en par. Se llevó una mano al cuello mientras la otra se lanzaba en dirección a ella.

Gabriel soltó el pelo de su hermano y este cayó boca abajo, ahogándose.

—¡Ayden! —Se arrastró hacia él—. ¡*Ayden*!

Él gorgoteó.

Metió los brazos por debajo de él, levantándolo y empujando con todas sus fuerzas hasta que rodó sobre su espalda.

Tenía la cara pálida y manchada de sangre. El amplio corte del cuello le burbujeaba. Intentó hablar, pero solo consiguió jadear.

—¿Ayden? Por favor..., ¿Ayden?

La miró fijamente mientras levantaba una mano hacia su cara.

—Has venido a por mí. Sabía que lo harías.

La mano le cayó. Los ahogos se hicieron más lentos y luego cesaron.

Le mantuvo la mirada, pero supo que se había ido.

—Ya estás a salvo, Kayla —dijo Gabriel.

Incapaz de responder con claridad por el llanto, le gritó a su captor en su lugar.

—¿Has acabado? —dijo él.

—¡MONSTRUO!

—Se acabaron los MacLeod.

—¡Yo soy una MacLeoid! —Se golpeó el pecho con el puño.

Él negó con la cabeza. —No. Ya no. Ahora me perteneces.

Ella apretó los dientes y se abalanzó sobre él.

Cerró la puerta de un portazo antes de que pudiera alcanzarlo.

Aporreó la puerta hasta que el agotamiento la venció, y entonces se desplomó en el suelo.

—Te daré tiempo para que te despidas de él —dijo Gabriel—. Luego volveré a limpiar.

Se arrastró hasta su hermano, dejó caer un brazo sobre su pecho inmóvil y se tumbó a su lado en un charco de sangre.

Después

EL VENDAJE que rodeaba la boca de Peter dificultaba la conversación. Por suerte, el brazo de la mano con la que escribía no había sufrido ninguna herida, así que garabateó en un cuaderno: *Odio los hospitales.*

—Bueno, por lo menos estás en uno —dijo Jake—, y no tirado por ahí, reducido a cenizas.

Peter hizo una mueca. Estaba claro que había intentado sonreír.

—Lo siento —dijo Jake.

Jake llevaba sentado junto a la cama del hospital casi una hora mientras Peter se despertaba y se volvía a dormir a ratos.

Antes, Peter había garabateado: *Agradezco la compañía. No te vayas corriendo.*

—No lo haré —dijo Jake. Entonces se sentó y se puso a leer un libro de bolsillo de Elmore Leonard que había cogido antes de la sala de espera del hospital.

Los servicios de emergencia habían encontrado a Peter en el campo, a poca distancia de la granja en llamas. Seguían sin tener ni idea de cómo había llegado hasta allí.

—¿Qué ha pasado, Peter?

Conseguí abrir la puerta de la jaula de una patada y arrastrarme para alejarme después.

—¿Después de qué?

La tristeza invadió los ojos de Peter. *Ya hablaremos en otro momento. Solo léeme.*

Jake leyó en voz alta unos cuantos párrafos del libro de Elmore Leonard mientras Peter miraba al vacío. Jake había sido vago en los detalles de lo ocurrido en el pozo de la muerte. Al fin y al cabo, las paredes oyen.

Peter esperó a que Jake terminara el capítulo y escribió: *¿Jotham está muerto seguro?*

Jake asintió. —Hablé con Jewell esta mañana. Lo sacaron a él y a Anthony del pozo.

Peter escribió: *El padre de Anthony estará destrozado.*

Jake suspiró. Le había dado a Anthony la oportunidad de marcharse. Fue decisión suya. —También han encontrado más de veinte cadáveres.

Joder.

—Esa es una forma de decirlo. Al menos, muchas familias podrán ahora cerrar ese capítulo.

Ayden y su hermana correrán peligro.

Jake volvió a asentir. —Ya se han marchado de la ciudad.

Bien.

Jake miró su reloj. —Bueno, viejo soldado, tu tiempo casi se ha acabado. ¿Alguna última voluntad antes de que te dé un beso de despedida?

Devuélveme mi atractivo.

Jake rio. —No soy el genio de la lámpara.

Con mi pensión, podré permitirme un diente postizo nuevo al año.

—Me temo que no, Peter. Tendrás que gastarte el dinero en vacaciones. Tus gastos médicos, incluida la reconstrucción dental completa, estarán cubiertos.

No digas tonterías. No puedo permitir que lo hagas.

Jake le apretó el brazo. —Ya está hecho.

Mientras le sujetaba la mano, Piper examinó el brazo consumido de Amber Colson, su cuerpo esquelético, y luego posó los ojos en su rostro demacrado. *¿Qué te hizo ese hombre?* Piper miró hacia la puerta de la habitación del hospital para comprobar que el guardia armado no se había colado dentro para escuchar lo que iba a decir. Levantó la mano áspera y curtida de su madre biológica y la besó. —Te perdono por lo que hiciste. Estabas enferma, y yo tuve suerte. Mi vida ha sido buena. Siento mucho lo que *él* te hizo.

Amber no se movió. Si no fuera por las máquinas que pitaban a su lado, se podría pensar que había muerto.

Piper sintió que se le asomaba una lágrima. Ahora Amber tenía una oportunidad de encontrar la paz.

Se encontró con Jake en la sala de espera.

Él la envolvió en sus grandes brazos y la abrazó con fuerza, tal y como había hecho durante toda la noche después de contarle la verdad.

Ella lloró suavemente sobre su pecho. —Gracias.

—Por favor, no sigas dándome las gracias.

Se apartó para poder mirarlo. —Me dijiste la verdad.

—Otros habrían hecho lo mismo. Tenías derecho a saberlo.

Pero muchos otros no me lo habrían contado. Hacía falta valor para decirle a alguien que era hija de un monstruo. Muchos habrían tomado el camino fácil, convenciéndose a sí mismos de que era mejor que esa persona no lo supiera, que le estaban haciendo una especie de favor... —¿Qué pasará con ella?

—No lo sé. Sinceramente, no lo sé.

—Bueno, pase lo que pase, no tendrá que hacerlo sola.

Jake asintió.

—¿Saben ya quién mató a Jotham?

Jake negó con la cabeza.

—¿Está mal que me alegre de que esté muerto?

—Probablemente mucha gente sienta lo mismo.

—Me alegro de no haber tenido que mirarlo a los ojos y reconocerlo como mi padre.

Jake le puso la mano en la mejilla húmeda.

—Creo que él lo habría disfrutado demasiado.

Él le besó la frente. —Vamos a comer algo.

—Tengo un hermano y una hermana. —Sonrió—. Es la primera vez que puedo decir eso.

Jake le devolvió la sonrisa.

—Ayden y Kayla. —Respiró hondo—. Espero que estén bien.

—Lo estarán. Consiguieron escapar.

—Bien. Espero que sean felices. Después de todo lo que pasaron con ese hombre, se lo merecen.

Gabriel necesitó varias tazas de café para ponerse en marcha; había pasado la noche entera deshaciéndose del cuerpo. Abajo, en el sótano, vio que Kayla también estaba agotada; yacía acurrucada, sollozando en su cama. Había traído una silla consigo y, tras abrir la puerta con la llave y deslizarse sigilosamente en la habitación, la colocó junto a la cama de ella.

Ella se mantuvo de espaldas a él.

Él se inclinó y le tocó el hombro.

Ella se apartó de un respingo.

—No pasa nada. Lo entiendo. Lleva su tiempo —alcanzó uno de los libros de su mesilla: *Los Cinco en la isla del tesoro*, de Enid Blyton—. Qué maravilla. Este era de Collette. Su libro más preciado —Gabriel empezó a leer—: «*—Madre, ¿sabes ya algo de nuestras vacaciones de verano? —preguntó Julian en la mesa del desayuno...*»

Estuvo leyendo un buen rato y, a lo largo del día, ella fue sollozando cada vez menos hasta que, finalmente, se giró para tumbarse boca arriba y se quedó mirando el techo. Escuchó hasta que el día se convirtió en noche e incluso logró esbozar una sonrisa irónica con una de las frases: *No servía de nada pelearse con los mayores. Podían hacer exactamente lo que les daba la gana.*

La cervecería Blue Falls Taps tenía previsto reabrir por la noche, así que Piper se había ido para allá para ayudar a estabilizar la situación.

Jake estaba sentado solo al borde de la cama, mirando las fotografías de Frank. Ya debería estar pensando en marcharse de Blue Falls, pero de repente la idea de dejarse llevar a otro pueblo, uno sin Piper, no le atraía. Y, de todos modos, por ahora estaba fuera de peligro gracias a aquella conversación final entre Jotham y Gabriel. *«¿Recuerdas a aquellas chicas de quince años en Sharon's Edge?».*

Jake se había enfrentado a Gabriel en el viaje de vuelta desde el lago Stinson. *«¿Es verdad, Jewell?».*

«¿El qué?».

«¿Lo de las chicas?».

«No... no seas ridículo. Mentía. Habría dicho cualquier cosa para desacreditarme».

«Eso espero, Jewell, de verdad que sí. Pero quizá deberías saber que no voy a seguir tu consejo. Que estoy pensando en quedarme por Blue Falls».

«¿Desde cuándo es esa una opción...?».

«Desde ahora mismo».

«Yo...».

«Piensa muy bien tus próximas palabras, Jewell. Si la información sobre mi paradero llega a Inglaterra, lo averiguaré todo sobre ti, y si confirma las acusaciones de Jotham, el próximo al que iré a buscar será a ti».

No volvieron a hablar en todo el resto del viaje, y Jake se tomó su silencio como un acuerdo.

Ahora, solo en la habitación del motel, sintiéndose un desgraciado sin los problemas de otros que lo distrajeran de los suyos, Jake suspiró. El acuerdo de Gabriel era simplemente un aplazamiento de la ejecución: un poco más de tiempo con Piper, nada más. Tarde o temprano, Gabriel haría esa llamada a la gente de la que Jake había huido. ¿Por qué no iba a hacerlo? Jake siempre sería la sombra del jefe mientras permaneciera en Blue Falls,

cuestionando cada uno de sus movimientos en lo que respecta a la ley. Sí, su tiempo aquí era muy limitado.

Marcó el número de su exmujer. —¿Hola? Soy yo. ¿Estás bien?

—Perfectamente —dijo Sheila—. No está.

Él bajó la vista hacia la fotografía de su hijo. —Ah, vale. ¿Dónde está?

—Con mamá.

—Ya veo...

—Y tú, ¿dónde estás?

Jake suspiró. —¿Volverá más tarde?

—Me temo que después de la hora de dormir. Aunque lo traerá ya dormido.

—Vale. Lo intentaré mañana.

—Genial, pero no se lo voy a prometer. Ayer estuvo todo el día esperando tu llamada, Jake. Quería contarte cómo le fue en el partido de fútbol.

Jake se frotó la frente. —Surgió una cosa.

—Nada cambia, ¿verdad?

Jake suspiró de nuevo. —Probablemente tengas razón, Sheila.

—¿Dónde estás, Jake?

—Al menos dile que lo siento y que lo he intentado hoy.

—¿Disfrutas de tu autocompasión?

Si solo fuera eso. Si solo... —Adiós —dijo Jake, pero Sheila ya había colgado.

¿PREPARADO PARA MÁS?
Jake Pettman regresa en *FUEGO EN LOS HUESOS*



Un jefe de policía fuera de control. Un presunto asesino de niños del pasado. Y una colegiala aparecida en las orillas del río Skweda.

Se avecina una tormenta sobre Blue Falls, Maine.
Una tormenta sin precedentes.

Y en el ojo de la tormenta se encuentra el ex-detective Jake Pettman. Un hombre desesperado por encontrar refugio y por descubrir la verdad.

Pero en un lugar repleto de secretos atroces e imperecederos, tal desesperación se vuelve peligrosa.
Tanto para uno mismo como para aquellos a quienes ama.

¡Haz clic aquí para leer ahora!

Agradecimientos

Mantener la intricada y tempestuosa relación de Gardner y Riddick a lo largo de seis novelas nunca habría sido posible sin el apoyo inquebrantable de mi equipo editorial: Emily Ruston, Candida Bradford y Susan Sugden.

Mi más profundo agradecimiento a los primeros lectores y a los maravillosos blogueros —Kath, Donna, Sharon, Phyl, Melanie e incontables otros—.

Mis hijos siguen iluminando mi camino de alegría, mientras que mi familia —incluida Jo— demuestra una paciencia infinita con este narrador que vive en su rincón.

Aunque *The Black Rock Killings* supone un cierto cierre, al menos en lo que respecta a la relación entre Paul y Emma, esos personajes siguen muy vivos en mis sueños. ¿Volverán?

No puedo daros ninguna certeza, pero sí puedo deciros esto:

Nunca digas nunca.